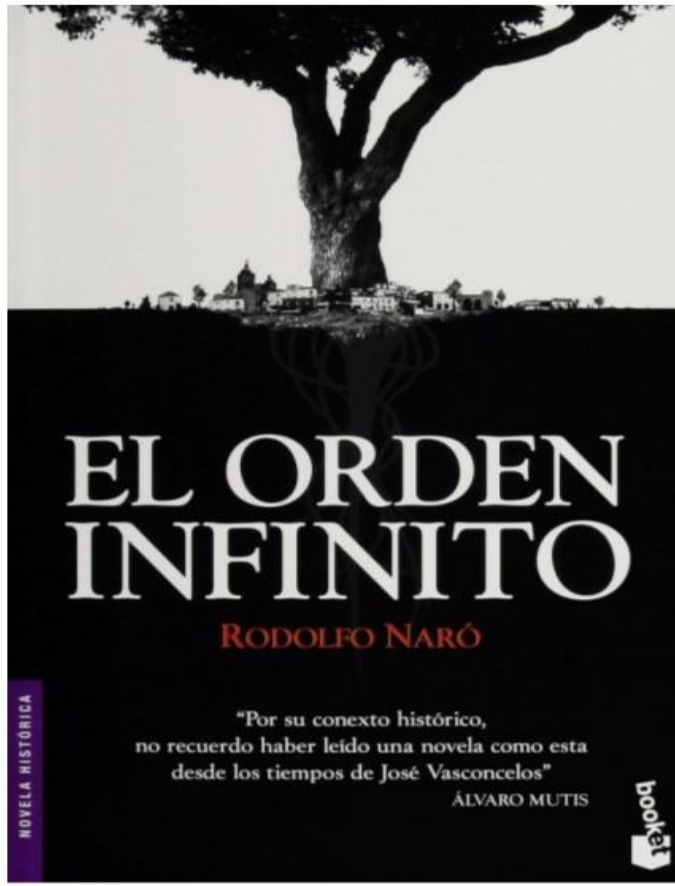
EL ORDEN INFINITO

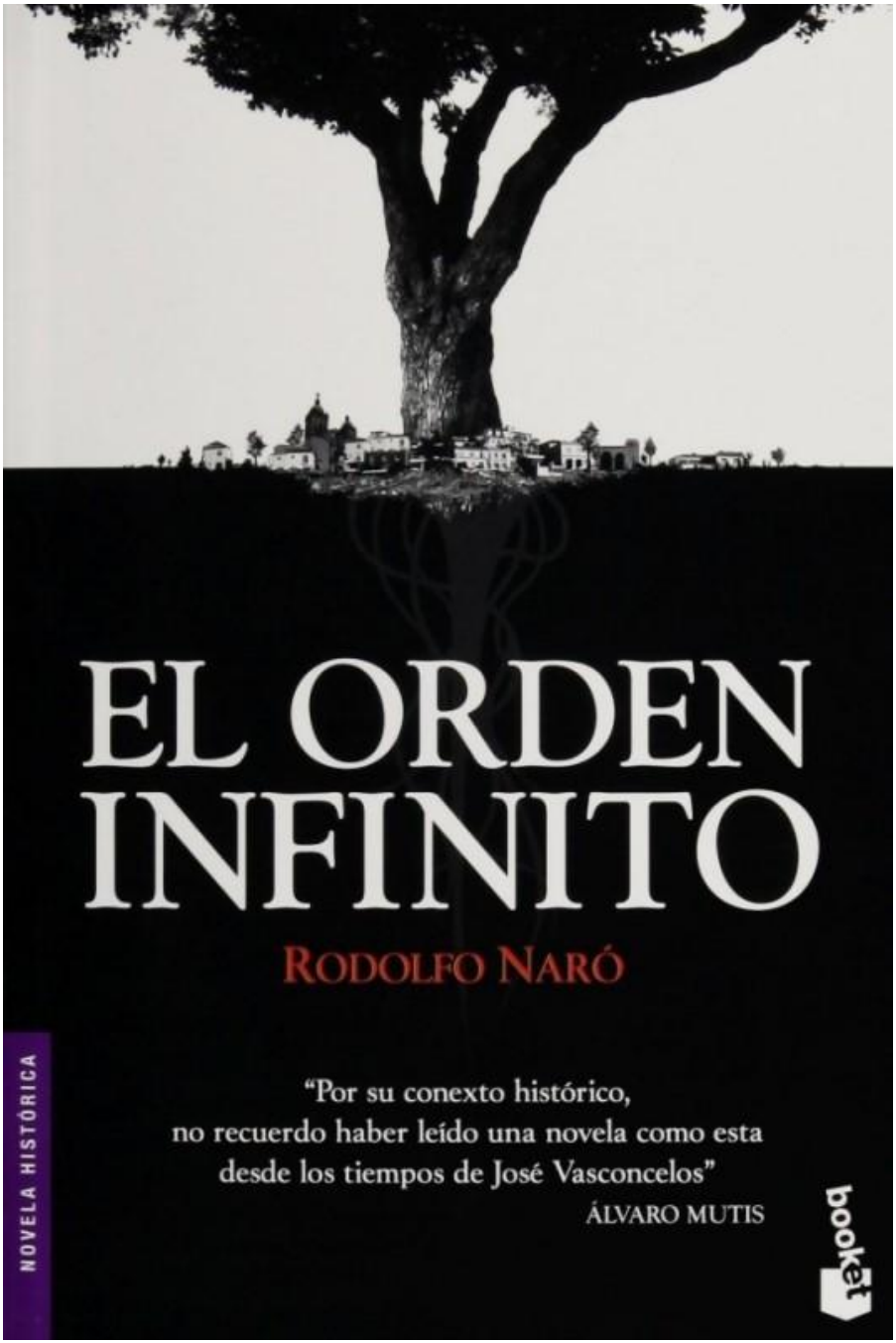
RODOLFO NARÓ

"Por su conexto histórico,
no recuerdo haber leído una novela como esta
desde los tiempos de José Vasconcelos"
ÁLVARO MUTIS

NOVELA HISTÓRICA

booket


EL ORDEN INFINITO
RODOLFO NARÓ
"Por su conexto histórico,
no recuerdo haber leído una novela como esta
desde los tiempos de José Vasconcelos"
ÁLVARO MUTIS
NOVELA HISTÓRICA
booket


EL ORDEN INFINITO
RODOLFO NARÓ
"Por su conexto histórico,
no recuerdo haber leído una novela como esta
desde los tiempos de José Vasconcelos"
ÁLVARO MUTIS
NOVELA HISTÓRICA
booket

Índice

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

Acerca del autor

Créditos

A mi padre

—Analco es un refugio —repite la Nina.

Las nubes se amontonaron unas con otras, hasta hacer una sola, grande y espesa, como sangre molida. La Nina Ramos era la única que mantenía la calma. Sabía que no era una lluvia ordinaria, ni el viento azul que todas las tardes destensaba las ramas de los árboles. El rumor que desde lejos llegaba fue premonitorio, por lo que ya no puso en tela de juicio lo que sucedía. Dejó de mirar el cielo. Dictó órdenes extrañas. Habló con voz llena de autoridad. Volvió a preguntar por Nacha, y Pomposa le respondió lo mismo. Se fueron a la biblioteca y vieron todo destrozado: estantes vacíos, cuadros tumbados, su escritorio hecho pedazos. Una ventana estaba abierta y la borrasca seguía buscando rincones, rascando con filos grandes, como uñas de animal de monte, mordiendo hasta los entresijos. En otros tiempos, en ese lugar, la Nina Ramos había tomado las decisiones más importantes de su vida. Era su refugio de silencios, el augurio venturoso de sus mejores días. Furiosa, levantó el puño, aún cogiendo su bastón, y ya no tuvo fuerza para golpear a su doncella. Le ordenó atrancar la ventana. En el cuarto de al lado escucharon un lamento ciego que a la Nina le cortó la respiración. Dejó a Pomposa y salió con prisa, como si alguien la estuviera llamando.

No era posible caminar por las calles. Las piedras estaban fuera de su lugar; el viento era una legión de alas que destapaba socavones en la tierra. Las paredes encaladas, flacas como esqueletos, mostraban un dolor de años. Los patios de las casas estaban atestados de cachivaches que la andanada había arrastrado quién sabe desde dónde. Se podían ver objetos que la gente desconocía, como un timón de barco, un mástil principal con vela y bandera, la parte final de un muelle o un ancla tan pesada como la fuerza de tres hombres. Los relámpagos eran lo único que sonaba más fuerte que las dolencias del temporal. Hacinaron a la gente en albergues improvisados: la escuela, la presidencia municipal o la casa de la Nina Ramos. Parecía que las nubes se movían más abajo que otras veces, iban arriba de sus cabezas como si tuvieran intención de coronarlas y reventaban sobre las hinchazones de la tierra. Desde lejos provenían voces del más allá. Los difuntos insistían en hablar de sus cosas y se hacían una sola boruca con los gritos de los vivos, que aventaban sus pecados, como si fuera un diluvio de arrepentimientos en pleno juicio final.

Era un viento del tamaño de la noche. Subía muy alto para dejarse caer con peso muerto. El padre Ramberto creyendo que el

demonio de sal, como le llamaban a la ventolera, no se atrevería a entrar en la casa de Dios, dejó las puertas abiertas; cuando la alfombra roja del pasillo central quedó pegada en el techo comprendió que esos desatinos de la naturaleza iban más allá de cualquier fuerza terrenal. Buscó en el Viejo Testamento, sin encontrar respuesta. De momento no quiso leer el libro del Apocalipsis y cerró la Biblia de golpe. Se restregó los cabellos encanecidos al recordar a su madre tal como la había visto la última vez, a punto de comulgar. De su sotana sacó una pequeña botella de metal para llevársela a la boca. Murmuró lo que pudieron haber sido plegarias. De nuevo abrió la Biblia y la voz de san Juan se le reveló como si estuviera dictándole las siete cartas. En la tercera, dirigida a la iglesia de Pérgamo, alcanzó a leer: *Conozco dónde moras, dónde está el trono de Satán…* y cayó de rodillas ante la imagen de un Cristo que tenía los ojos cerrados. Había encontrado la respuesta, pero se negaba a creer que el Dios de sus oraciones se estuviera ensañando con él y los suyos, que esto fuera el principio del fin del mundo. Al segundo día cerró la iglesia, después de salmos y bendiciones, de oficiar misas interminables y orar a pies descalzos. El piso de madera comenzó a reventarse. Adentro montó guardia un grupo de beatas invencibles; agazapadas, se atrincheraron entre las bancas y apretaban los ojos al oír la andanada de aullidos que combatían con su canto agudo. Al cabo de un rato dirimieron posiciones y se turnaron en grupos para rezar el rosario y mantener encendidos los cirios. Hubo que vestir a san Pedro y demás santos con ropas de hombre. Fueron ellos los primeros en quedar desnudos con el vendaval. El cura Ramberto las dejó hacer su voluntad y, previniendo una mayor desgracia, guardó el oro bajo llave, una custodia gigante hecha con el marfil de trescientos elefantes, el arca eucarística y una cruz procesal sólo utilizada en las fiestas del santo patrono. En sus ojos revivió la angustia al no saber qué hacer con su colección de cálices.

La gente acudió con la Nina en busca de respuestas. Llegaban mujeres llorosas, niños flacos abrazados por hombres acobardados. Caían sin voluntad a los pies de la señora, querían ser otra vez los ahijados comprometidos. Decían que An había vuelto cargado con una venganza infinita. La Nina Ramos salió a la calle y se sorprendió al ver a su pueblo empequeñecido, como lo recordaba en los tiempos de su juventud.

Por aquellos años, Analco era un pueblo de una docena de calles, una plaza de armas sin kiosco y una imponente iglesia construida por la orden de los dominicos en los tiempos en que Martín Cortés quería ser virrey de la Nueva España. La casa de la Nina Ramos estaba en el centro del pueblo, enfrente de la parroquia, y ambas competían en tamaño. Era una casona colonial con seis patios interiores y un huerto

de naranjos. Analco estaba en la región más intrincada de la Sierra Madre, donde el viento le hacía camino al sol para llegar a todos los lugares. Sus fundadores creyeron que sería una ruta de nuevos pobladores, paso obligado para el comercio. Sin embargo, después de dos siglos sólo había triplicado sus calles y construido un portal de cantera barroca. Con el tiempo se dieron cuenta de que ahí no llegaba nadie, sólo los indios huicholes de alrededor y los hombres de la barranca. En los días más salvajes de la primavera, los más atrevidos asaltaban el rancho de Santa Teresa para robarse a las mujeres y luego buscar la bendición del señor cura. Pero como a veces transcurrían años sin tener autoridad eclesiástica ni civil y como la Nina Ramos era la dueña de todo aquello, iban a buscarla para recibir su aprobación. Su propiedad fue tan vasta que corría desde la barranca de San Pedro, la Sierra Madre, la región de Los Altos hasta sus límites con el Bajío. Si los nuevos matrimonios le pedían a la Nina Ramos que fuera la madrina de bautizo de sus hijos, ella les concedía un pedazo de tierra para sus casas y una parcela para sembrar. Así, la costumbre que fuera primero por conveniencia, se hizo tradición con el correr de los años.

La Nina Ramos era la única mujer que había bailado con dos emperadores el mismo vals, en el mismo castillo, pero en diferente época: del brazo de Agustín I, y como dama de la corte de la emperatriz Carlota se sumergió en la profundidad azul de los ojos de Maximiliano de Habsburgo. Nadie podría asegurar, pero tampoco desmentir, la historia de las sábanas de algodón egipcio, traídas especialmente para que durmiera el general Agustín de Iturbide, cuando rumbo a la capital, comandando el Ejército Trigarante, pernoctó unas noches en Analco. Fue la inteligencia e ingenio, más que la belleza de la joven señora, lo que cautivó al futuro emperador. Dos noches descansó sus sienes en el frondoso pecho de la Nina. La señora hablaba de él con tanta familiaridad que, a veces, traicionada por los recuerdos, a media conversación guardaba silencio, como si un viejo dolor le brincara otra vez en los ojos. Nadie recordaba quiénes fueron los padres de la Nina y hasta habían olvidado el nombre del coronel con quien estuvo comprometida y a punto de casarse. Algunos decían que ella había abierto los doce túneles en la montaña para llegar a esta barranca y trazado las calles del pueblo. Virginia era su nombre de pila, y a pesar de no tener hijos, todos la veían como a una madre y se dejaban querer como si lo fueran. Aunque alguna vez Nacha mencionó de soslayo que la Nina había parido un varón, nacido por los pies, hermoso como el deseo, y que su descendencia se encontraba ahora a lo largo y ancho de la barranca de San Pedro.

Como la ruta de Analco nunca se incluyó en la cartografía nacional, la Nina Ramos sentenció que quien llegara allí lo haría por

voluntad del destino. Un día de marzo, al año siguiente en que se firmaron los acuerdos de independencia con la Madre Patria, llegó buscando refugio don Alonso de Alvarado, español realista que huía de la persecución que se encarnizó contra los extranjeros. La Nina Ramos lo dejó quedarse con un mínimo de condiciones. Fidela, su mujer, que se presentó como la viuda Fidela, en cuanto vio la enorme iglesia en el centro del pueblo, dijo que ahí sería enterrada, junto a los restos de su primer marido. Y para que no quedara duda de su viudez, cargaba los restos de éste en un elegante baúl. Don Alonso de Alvarado la había conocido por los tiempos en que servía al virrey Apodaca. Fidela se decía mujer de un solo hombre; por eso presumía de su viudez, y desde su noche de bodas durmieron en camas separadas. “Antes muerta a que me ponga una mano encima”, le repetía en noches de forcejeo. No los había unido el amor ni la desgracia, sino el interés. Cuando quedó viuda, Fidela contaba su riqueza entre dos continentes. Terminada la vigilia del luto, su notario le pidió matrimonio y la señora le respondió que jamás se volvería a casar, mucho menos a desnudarse frente a otro hombre. Don Alonso de Alvarado insistió. En tres ocasiones le propuso matrimonio, prometiéndole que sólo sería un formulismo para la salvaguarda de sus bienes; le aseguró que de buena fuente sabía que ya estaban adscritos en las listas de requisa de la iglesia. La mujer aceptó con la condición de guardar su viudez y respetar la memoria de su difunto marido. Don Alonso se convenció de que la castidad iba en serio cuando por enésima vez se le echó encima y la viuda Fidela, dos veces más ancha que él, asfixió tanto su entrepierna que le dejó amoratada la última voluntad de amor que le quedaba. Cuando llegaron a Analco llevaban más de quince años juntos, y el español se consolaba con una burrita que llegó con ellos y que sólo él montaba.

Por su lugar estratégico, la Nina les dio un terreno frente a la plaza y en menos de un año levantaron una casa de muros muy altos, con troneras en la parte superior, la cual se convertiría en la más segura del pueblo. Su fachada cubierta de piedra volcánica roja daba la impresión de una muralla impenetrable. Don Alonso la había hecho construir así para guarecerse de sus enemigos. Al atardecer recorría la azotea cargando un arcabuz taraceado de manufactura francesa, gritaba improperios y daba órdenes a un batallón imaginario. Por las noches, el miedo a que lo sorprendieran dormido hacía que Jonás, su esclavo negro, durmiera en la puerta de su habitación con un cuchillo largo y domesticado. El hombre era mudo, porque otro amo le había cortado la lengua siendo un niño. Don Alonso de Alvarado lo compró en los muelles de Veracruz, recién desembarcado de Santo Domingo, un sábado que fue a pagar un par de bueyes y unas gallinas negras de

Guinea, pues le habían dicho que éstas daban muy buenos huevos en la pascua. Cuando se enojaba con él, le reclamaba el doble precio que le había costado por su condición de mudo. La Nina Ramos había hecho una concesión especial a don Alonso para que lo conservara a su servicio, luego de explicarle a Jonás que podía marcharse si quería, porque era libre. El hombre les hizo entender su destino de esclavo al quedarse de pie, inmóvil, cruzado de brazos al lado de su amo, con la mirada perdida en el infinito y los ojos náufragos. Entonces la Nina les pidió que lo vistieran, pues era impropio andar descamisado y en calzones por todo el pueblo. Jonás, que hasta ese día había andado con el torso oxidado bajo el sol, vistió una casaca de gastado terciopelo rojo con bordados de seda en los puños y peluca blanca de coleta. Fue luego de la muerte de su amo y de la viuda Fidela, cuando hizo vida de hombre libre y se casó con Fidelidad, doncella de la Nina. Moriría de muerte natural tocando el arpa que le enseñó a rasgar un fraile dominico, quien nunca pudo cambiarle sus collares de cuentas por una cruz de oro.

El viejo español pronto se aficionó a los dados y al mezcal que destilaba Vicente Rojas en la fábrica La Rojeña, —misma que nunca le tocó en herencia a su bisnieto, don Belisario—. Desde el mediodía se juntaban los Barones de la barranca, como les nombraba el gachupín, a beber vino mezcal y presumir sus hazañas. Don Alonso siempre era el centro de atención; sus historias eran de antología, con mentiras tan verídicas que dejaban a todos con la boca abierta. Una temporada de caza, don Alonso se vio rodeado por indios salvajes, caníbales de la selva Lacandona. Sin poder huir y con sólo una carga en su mosquete, le dobló el cañón con la rodilla hasta dejarlo en forma de U, y con un sólo disparo la pólvora alcanzó a dar la vuelta matando a todos sus captores. Otro día les platicó el asalto a su casa. Dos noches antes de dejar la capital, imposibilitado de llegar a su cuarto de armas y viéndose solo con un cuchillo de matancero, se enfrentó a docenas de soldados insurgentes. Fueron tantos los que mató y tal el desgaste de su arma, que justo al amanecer los últimos salieron corriendo y don Alonso, apenas con un rasguño en el brazo, miró su cuchillo que, según sus palabras, se había gastado hasta convertirse en una navaja ni siquiera buena para cortar callos. También presumía de tener el caballo más veloz de toda la Nueva España. Así lo comprobó la tarde venturosa que logró escapar a todo galope de sus enemigos, en una de sus múltiples batallas. Llevándoles la delantera a las descargas de fusil y cuarteando el caballo por ambos costados, se dio cuenta, al llegar a buen resguardo, de que el fuego contrario sólo había chamuscado la cola del animal. Los hombres que se reunían alrededor de una improvisada mesa de tablones, escuchaban atentos las historias que el

viejo andaluz contaba con fuertes movimientos histriónicos; antes de comenzar les preguntaba si preferían la versión corta o larga, pero sin dejar que le respondieran, contestaba: “Voy a contaros la corta, es la que mejor recuerdo”. La historia se escurría durante toda la tarde, entre distintas voces y manotazos del narrador.

Don Alonso de Alvarado aún vestía casaca de terciopelo con bordados entorchados de seda y oro, sombrero de tres picos y corbatín con chorrera de holanes. Ni siquiera con la pérdida de su pierna izquierda se acostumbró al uso de pantalones largos; hasta el día de su muerte los llevó con medias blancas. Jamás atendió el consejo de usar huaraches de vez en cuando y no los zapatos de tacón que le apretaban la pisada; la uña del dedo gordo se le encarnó y tuvieron que sacársela a tirones. Días después, cuando el pie se le convirtió en una llaga viva, por fin se dejó atender por la curandera del pueblo. La mujer, en su lengua de india, dijo que le había caído gangrena: o cortaba su pie o le tomaba medidas para que le fueran tejiendo su petate. La Nina Ramos les tradujo lo que Refugio Palomera murmuró. Don Alonso de Alvarado se negó rotundamente. Otra vez gritó los nombres de sus enemigos y aseguró que habían planeado una emboscada, que a él lo enterrarían entero. La viuda Fidela tuvo que decidir. Semanas más tarde, el esclavo Jonás tenía un nuevo trabajo: empujar la silla de ruedas de su amo. El viejo cargaba su pie izquierdo en el regazo, metido en un vitrolero de los que se usan para los chiles en vinagre; la extremidad flotaba en una fórmula de alcoholes y fermentos. El carácter se le agrió, se hizo arisco y reservado, pero siguió visitando las cavas de La Rojeña. Ya entrado en copas volvía a ser el mismo de antes y contaba sus historias. La más reciente era la pérdida de su pierna, a veces en un campo de batalla; otras, por la tarascada de una fiera al atravesar los límites humanos del África. Al escuchar las campanas de la bendición, sus amigos se turnaban la vigilancia desde la puerta. En cualquier momento podía llegar la viuda Fidela, repartir tortazos y llevarse a su marido casi de las orejas. “Ahí viene la viuda, ahí viene la viuda”, se pasaba la voz desde el centinela hasta el interior de la cava y don Alonso de Alvarado más tardaba en esconderse que su mujer en encontrarlo, siempre acompañada del esclavo negro. A veces se lo llevaban en la misma silla de ruedas y, cuando se ponía impertinente, la viuda había autorizado a Jonás para que lo sacara cargando del lugar. “¡Dejadme disfrutar!”, gritaba don Alonso, entre improperios acuñados en su país, que a los barranqueños les parecían más cómicos que ofensivos.

Al morir la viuda Fidela, un año después que su marido, su casa se guardó para los olores propios del encierro. Con muchos años de abandono, la humedad y la hiedra treparon sus paredes. Fue hasta los

primeros años del nuevo siglo, cuando la Nina Ramos se la cedió al doctor Leonardo Ralla, eminente médico y biólogo que en Analco haría florecer la ciencia y multiplicaría las maravillas de la región. Leonardo Ralla presumía, con cierta modestia, haber sido alumno del científico Pasteur. Por casualidad llegó a la barranca un día en que su caballo se desembocó y corrió sin detenerse lo que pudieron haber sido tres días y tres noches continuas. El doctor se aferró a la crin y se dejó llevar con los ojos cerrados. Cuando los abrió, mayúscula fue su sorpresa al encontrarse con el Cápora, mayoral de la Nina, que en su visita por las huertas se dio cuenta de que los nuevos injertos estaban destruidos. Era un domingo de resurrección. Amanecía. Por fin Leonardo Ralla desmontó y vio al otro desenfundar un enorme machete y amenazarlo con palabras tan fuera de su cotidianidad que el doctor sólo atinó a presentarse con un fuerte apretón de manos. El Cápora tenía suficientes motivos para matarlo, según le dijo con voz pausada. Sin embargo, le extrañó tanto su presencia que le preguntó cómo había cruzado el río Santiago. El doctor no supo qué contestar porque en su trayecto alucinado no había tenido que burlar ninguna frontera de agua.

Ya en presencia de la Nina, el doctor intuyó de inmediato que esa mujer de voz precisa era la máxima autoridad en la región. La biblioteca estaba decorada con gusto afrancesado, con techos de mampostería barroca y ventanas que iban casi de piso a techo. El doctor Leonardo Ralla descubrió una reserva de tiempo en su mirada y la enfrentó con tanta delicadeza que a la señora le vinieron recuerdos de otra época. Antes de que la señora le ofreciera una silla, el doctor le preguntó por un baño donde poder asearse; la Nina lo dejó salir ya sin la vigilancia del Cápora. Fue a las letrinas que estaban más allá del huerto de Los Naranjos. Se lavó. Volvió a fajarse y regresó a la biblioteca. “Fue como si mi caballo supiera los atajos para llegar a este lugar. Vengo de la capital”, le dijo. Entonces la señora le preguntó por las revueltas que se habían suscitado y por el nuevo presidente que gobernaba al país. Le pidió que la pusiera al corriente de lo que allí estaba sucediendo. Leonardo Ralla le relató con detalle los primeros brotes de violencia, la huida del dictador. “No me gusta el término que le da al general Porfirio Díaz. En todo caso debería llamarlo el buen dictador”, interrumpió la Nina. Horas de charla fueron transcurriendo hasta que la conversación concluyó en formulaciones de fragancias y otros augurios. La Nina le prometió toda clase de facilidades y lo conminó a quedarse.

Tardó más de un mes en descombrar la casa de la viuda Fidela. Mandó traer a su esposa de la capital y sus aperos de trabajo. En grandes petacas con doble candado llegaron a lomo de burro sus

extravagantes enseres que sólo podían servir para la tortura: pinzas enormes y dentadas, cuchillas pequeñas pero con tanto filo que atravesaban la carne al menor roce, enormes bandejas de acero, telas que al mojarse endurecían como piedra, e infinidad de frascos con líquidos extraños y penetrantes aromas. Decía el doctor que algunos servían como ungüento para revelar el alma. Antes de cumplirse un mes de su llegada, hizo un censo sanitario de la población. Casa por casa recorrió las calles del pueblo y dio a beber a niños y adultos tres gotas de un líquido amargo e incoloro que, según él, prevenía contra la fiebre amarilla, el tifo, la tuberculosis y hasta la peste del insomnio. La Nina Ramos fue la primera en tomar la vacuna, en la misa del domingo. Aun así las habladurías no se hicieron esperar. Decían que desataría los demonios de la carne, que no era bueno verse a solas con el doctor. Muchos de esos pretextos los inventaba Nacha, contradiciendo las palabras de bienaventuranza de Pomposa, doncella de la Nina. “Con ese hombre han llegado la fatalidad y el mal agüero a Analco”, sentenció la yerbera. Luego se hacía la distraída cuando la señora le preguntaba de dónde provenía tanta maledicencia de la gente. Hasta que el viernes primero de agosto, la Nina Ramos aplacó los chismes en la voz del padre Ramberto, que desde el púlpito desmanteló cualquier circunstancia que pusiera en peligro a Leonardo Ralla y a su mujer, quien no aceptaba del todo vivir en esa barranca y dejar su vida citadina, sus amistades del *country club* y los bailes de beneficencia. Desde su llegada notó que las mujeres usaban vestidos de otra época, parecidos a los que recordaba haber visto en el ropero de su abuela. Fue en un desayuno en casa de la Nina Ramos, el Día de los Fieles Difuntos, cuando la señora felicitó al doctor por el embarazo de su esposa. “Pero si en más de diez años de matrimonio no ha podido quedar encinta; además, Lucrecia ya no está en edad”, respondió él con sorpresa. En ese momento también Pomposa se alegró con la noticia y él la confirmó apenas regresó a su casa. Su mujer le dijo, contrariada, que volvía a creer en los milagros.

Leonardo Ralla acondicionó en el convento, bajo el cuidado de las monjas descalzas, un dispensario médico. La orden religiosa era gobernada por sor Petronila y bajo su mando tenía a doce monjas que, por alguna extraña coincidencia, llevaban los nombres en femenino de los doce apóstoles. El convento se convirtió en un centro de investigación y estudio. El espacio del segundo patio y la casta virtud de la huerta fueron el lugar ideal para sus nuevos cultivos y experiencias transgénicas. En la atalaya que despuntaba hacia el oriente se adaptó un observatorio crepuscular en el que sor Judas se ilusionaba con mirar las estrellas. Rápidamente Judas se distinguió por su estricta disciplina y su apego a la lógica para la solución de

todos los problemas. De no ser porque vestía su hábito azul y blanco de la orden, cualquiera podría pensar que sor Judas estaba segura de que el hombre había nacido de la unión de unos catetos y que las plantas germinaban de una raíz cuadrada. Todas sus explicaciones eran a través de números y como era hábil para las aplicaciones aritméticas, en sus ratos de ocio resolvía con mano dura los libros contables. Su vida era la astronomía, por lo que fue una justificada consejera en la exploración del firmamento. Sor Judas había llegado a Analco para cumplir una condena de clausura que no duró más de tres años, después del escándalo que armó en la capital, cuando sus cálculos adivinaron el paso del cometa Halley; ella aseguraba que haría una colisión tan fuerte con la Tierra que desprendería la península de Yucatán. El señor arzobispo escuchó el disparate como una herejía, y conociendo los métodos de limpieza espiritual de sor Petronila, puso santo remedio. Judas completó penitencias de ayuno en la oscuridad, se sobrepuso a pruebas de fe y juró, en vano, que jamás volvería a mirar las estrellas. Fue hasta que llegó el doctor Leonardo Ralla y supo del asunto, que éste intervino con la Nina Ramos para liberarla de toda culpa. En la primera conversación que sostuvieron, sor Judas tenía una sola pregunta que la había atormentado durante los últimos años, más aún que el encierro: en qué había fallado para que el impacto no se suscitara como había pronosticado. “Porque ha de saber, doctor, que a estas alturas ya no creo en milagros”, le dijo. “Un punto fuera de lugar invirtió las coordenadas”, contestó él. Después de ese día, volvió su mirada al horizonte del cielo y en sus observaciones diarias dedujo que la superficie lunar era una extraña especie de arena volcánica comparable con la era cuaternaria, en antigüedad y pureza; también supo, con una certeza que el doctor Leonardo Ralla sólo había descubierto en los libros del padre de la física, que un día lunar duraba lo que veintiocho amaneceres en la tierra. Entre los dos pusieron nombres a los cráteres y montañas, clasificaron las manchas, a las que les encontraron caracteres mitológicos, y hasta resolvieron el cultivo de la tierra a través de las corrientes de chorro.

Fue en el observatorio del convento, una noche de luna nueva, cuando el doctor Leonardo Ralla comprobó su teoría *Anima lux*. Sor Judas lo estaba asistiendo en el momento de revelársele la hipótesis que años después iba a ser fundamental para su sistema Umbra quirúrgico. De cualquier manera, la visión científica del doctor nunca fue aprobada por sor Petronila, lo que ocasionó más de un enfrentamiento. La superiora no estaba conforme de tener en el convento la visita diaria de un hombre y convertir su huerta en tierra de cultivo para flores carnívoras, según decía. La situación llegó a su

máximo deterioro cuando la Nina Ramos convenció al padre Ramberto para que diera la autorización de instalar un dispensario médico en el segundo piso, y lo convirtieron en un lugar donde la gente llegaba para sanar. En los más de diez años que operó, no se asentó ningún muerto en sus libros de registro. La monja prior lo discutió hasta el cansancio con la Nina y revivió otra vez el asunto que la señora tenía más que enterrado: la monja desertora que una noche huyó con hábito y todo en compañía del padre Donato Godínez. Sor Petronila se escudaba en las tentaciones que el diablo acomoda en los entresijos de los hombres, no ponía en duda la santidad de ninguna de sus subordinadas, pero aseguraba que el doctor Leonardo Ralla contrariaba los designios del Señor.

En toda la barranca no se conocían flores mejor cultivadas ni más hermosas que las del jardín del convento, donde sacaban a pasear a sor Matea, la monja más vieja de la orden. En julio y sus días de lluvia se le veía poco; por la flebitis de sus piernas el doctor Leonardo Ralla la mantenía en reposo absoluto. Siendo la única sobreviviente de quienes habían fundado el convento, era la única persona que conoció a la Nina Ramos por las fechas del Segundo Imperio. Hablaba en murmullos y tergiversaba recuerdos. Todas sabían que algo de verdad había en sus palabras, sobre todo la Nina, que era la primera en preocuparse por esos recuerdos. “Huye, tú que aún puedes”, le decía Matea a la hermana que cuidaba de ella y quien fue la última en ingresar al convento. Juana llegó siendo niña, tirada del brazo por Pomposa. Esa tarde, desde la torre del campanario, sor Tadea divisó a la Nina Ramos y tocó un misterio en la campana que sólo utilizaba para anunciar la visita de la señora, bajó a toda carrera el caracol de la escalera y le avisó a la madre celadora que algo no andaba bien. Faltaban pocos minutos para el rosario de las siete. La superiora suspendió el servicio y recibió a la Nina Ramos en la dirección. La madrina se arrellanó en un sillón y, antes de dejarla hablar, sor Petronila preguntó de quién era la criatura que Pomposa llevaba de la mano.

—La niña es huérfana y andaba rodando de mano en mano por la calle Del Rey —dijo la señora, y continuó—: el Cápora la recogió anoche, cuando salía del burdel.

—¡Santo Dios! Personalmente me encargaré de rescatar su alma —exclamó la monja.

Años después, la niña profesaría con el nombre de Juana, tendría bajo su cuidado a sor Matea, sería ayudanta en el dispensario del doctor Leonardo Ralla, guía espiritual de su hija Dolores y, por azares

del destino, casi una santa.

Nadie esperaba la sorpresa de un mal parto en la casa del doctor Leonardo Ralla. El embarazo de su esposa había sido difícil, pero gracias a sus cuidados extremos y, según él, al aire de esta barranca que olía a cobre y tierra mojada, no tuvo un tercer aborto. Sin embargo, doña Lucrecia guardó cama casi todo el periodo y se desentendió de cualquier asunto de su casa. Hasta que el martes dos de mayo, pasado el mediodía, un accidente que de momento se pensó fatal, obligó a la familia a cambiar sus planes de viaje. El alumbramiento no debía suceder en Analco. Doña Lucrecia estaba en el séptimo mes de embarazo y a una semana de volver a la capital. Pero por una distracción sin motivo sufrió una caída en el cuarto de baño y su vientre abultado se estrelló como cascarón contra la porcelana de la bañera.

Doña Lucrecia jamás perdonó a su esposo el no haber sido él quien estuviera con ella esa mañana, sino Nacha, la partera, porque la Nina Ramos lo había mandado a las huertas de mango a controlar una disentería mansa entre los barranqueños. Doña Lucrecia apenas tuvo fuerza para llegar a su cama. Cuando le avisaron a la Nina Ramos, la señora ya se estaba alistando para visitar la casa del doctor. Mandó buscar al padre Ramberto y el cura ordenó repicar las campanas de la parroquia.

—Yo le dije al doctor que ya no era conveniente viajar a la capital —le comentó la Nina al señor cura antes de salir de su casa.

—Lo que temía usted era que después no quisieran volver —objetó el padre Ramberto.

Y en efecto, durante todo el embarazo de doña Lucrecia, la Nina Ramos había intentado persuadir al doctor Leonardo Ralla para que el parto no sucediera fuera de sus tierras. La Nina no le respondió al cura y apresuró a Pomposa para que trajera la sombrilla.

Una hora más tarde, Leonardo Ralla, desde el zaguán de la entrada escuchó los lamentos de su mujer reventados en las vigas. Había un calor líquido en el ambiente. La tensión se cortaba con el sonido de las espuelas, tropezaba con miradas que agachaban la cara, con cuerpos sin rostros que lo urgían a llegar. Vio a su esposa entre almohadones, con una mirada de desamparo que lo hizo precipitarse a su lado. Durante los siete meses que duró el embarazo, doña Lucrecia se quejó de una constante opresión en el pecho, su respiración fue acelerada y corta, decía que sentía al bebé colgado de sus pulmones.

Le molestaba el olor de su casa, los suspiros de ácido y arsénico del laboratorio. Vivió una constante alucinación de malos augurios y de espíritus desencarnados al acecho de recuerdos.

El parto no tuvo complicación alguna, porque al menor crepúsculo de dolor, doña Lucrecia consintió en tomarse un influjo de semillas que le dio la yerbera para que aflojara el cuerpo. Poco a poco Nacha comenzó a dejar de escuchar los gritos de la parturienta, y se abandonó al trance involuntario de su oficio que, en ocasiones como ésta, la hacían revivir sueños premonitorios. Recordó que su nacimiento había sido el único que había atendido, personalmente, la Nina Ramos. Volvieron sus recuerdos al lado de la madrina, su voz reveladora de secretos, de grandes promesas, hasta que el llanto azorado de la criatura la volvió en sí y se sorprendió al tener en sus brazos a una niña sin color en la piel. Se sintió exhausta y de inmediato se la pasó a doña Lucrecia. Al verla, Leonardo Ralla descubrió una mirada de ángel en sus ojos azules y se sintió deslumbrado por la luz de sus cabellos blancos; el recuerdo de su primer amor le saltó a los ojos, pero no se dejó amedrentar. A doña Lucrecia, que estaba inmersa en una nube de caos, se le revolvía la mirada en imágenes delirantes. Le gritó al doctor que apartara a la niña de su vista, que era un castigo de Dios por haberlo seguido a esa tierra sin caminos. Gritó que Nacha era bruja, que seguramente había conspirado con las sombras. Repetía los nombres de sus asesinos, entre ellos el de la Nina Ramos, porque aseguraba que estaba muerta en vida, e insistía en que la niña era albina por castigo de Dios, pero en el fondo sabía que era por su culpa: que la maldición de Magdalena, su hermana, la perseguiría hasta el fin de sus días. Sin esperar más, el doctor salió al corredor con su hija en brazos y de inmediato recibió la bendición del padre Ramberto. La Nina Ramos se convenció de haber presenciado el advenimiento de una santa.

El mercado fue un bullicio ensordecedor. Nadie recordaba otro año con mejores cosechas ni frutas tan abundantes que lloraban su jugo al primer apretón. A partir de entonces cosas extrañas comenzaron a suceder en la barranca de San Pedro. Pomposa corroboraba estas versiones, muchas de las cuales salían de la casa de la Nina Ramos. La doncella decía que no eran extrañas coincidencias, que abrieran los ojos para ver los milagros que pronto se manifestarían. El padre Ramberto los quiso documentar para presentarlos como férrea prueba ante la junta de arzobispos en la capital. Pronto se corrió la voz que atribuía a la criatura el poder divino de la sanación. Decían que esta niña había sido tocada por la mano de Dios y el adelanto del parto era un presagio de amor. “El Señor quiso que naciera en Analco, que su madre no se fuera a parir a

la capital", repetían por todo el pueblo. Dolores, como ya le nombraban, era la encarnación del silencio. La cubrían con frazadas de fino algodón hechas especialmente para ella. No fue necesario que el doctor regresara a la barranca a seguir con el tratamiento para la disentería. Los enfermos sanaron sin saber a ciencia cierta si se debía a los nuevos medicamentos que les dio a beber o si fue el nacimiento prematuro de Dolores lo que los salvaría de la mortandad. De cualquier modo, la gente se agolpó afuera de su casa. Todos querían ver su luz. Llegaban en caravanas incansables desde el otro lado del río, los indios devotos le dejaban ofrendas, subían de la barranca hombres desesperados con sus ilusiones a rastras, y los niños creían ver en Dolores al ángel de la guarda del que tanto les contaban en el catecismo. Un lazo humano y apretado rodeó tres veces la casa del doctor. De día y de noche guardaban su lugar sin que nadie ni nada los hiciera moverse. Al tercer día, aquello se convirtió en un mercado; había quienes gritaban suertes de feria y otros que juraban sobre la cruz de sus dedos haber visto a la pequeña salir por la puerta sin siquiera abrir el portón. "¿Ya vieron las nubes?", gritó alguien y señaló al cielo. "Es la niña que se manifiesta", aseguró otra voz. Una tormenta de relámpagos precedió a un desplome de agua, ocasionando que la marabunta de gente quisiera entrar a la fuerza para apropiarse de un milagro. La Nina Ramos mandó al Cápora a poner orden y el mayoral acabó junto con el doctor Leonardo Ralla defendiendo la casa desde las troneras. Ni el padre Ramberto con su montón de sermones pudo combatir el destino de un pueblo en búsqueda de respuestas. Fue hasta que la Nina Ramos tomó cartas en el asunto, que puso remedio a tanta frustración. Se presentó con Pomposa y en medio del aguacero entraron a la casa de los Ralla. Al cabo de un rato salió con Dolores en los brazos y la gente se fue detrás de ellas, en silencio.

2

Sentada en su poltrona, la Nina Ramos se reflejó en su retrato que descansaba en la mesita de noche. Hacía más de veinte años le habían hecho el daguerrotipo que envejecía junto con ella. Estaba gastado y su gesto ya no parecía eterno; sin embargo, sus ojos aún conservaban esa luz propia que había iluminado la conciencia de tantos hombres. El coraje tembló en sus párpados al sentir el dolor de una madre que criaba entenados. Recordó el pasado miércoles de ceniza y se vio de nuevo en el altar de la parroquia, hablando una y otra vez, mientras Pomposa repetía sus palabras con gritos ensordecedores. Ese día, las manecillas del reloj del templo se juntaron en una sola. Prócoro, el campanero, se colgaba de la cuerda, mientras el padre Ramberto repetía a una fila interminable de fieles la sentencia: “Polvo eres y en polvo te convertirás”, mientras les dejaba en la frente una mancha de tizne. Tres monjas lo asistían y el coro de niñas del catecismo interrumpía esos instantes, cuando un viento de sueño comenzó a colarse en cada espacio. Pequeños círculos de arena se remolineaban en los pies de la gente. Era un escalofrío premonitorio. El padre Ramberto, celebrando por enésima vez el sacramento de imprimir ceniza, levantó su diestra, pero ese soplo rebelde lo dejó sin polvo en los dedos. La Nina Ramos no le dio importancia. El cura volvió a introducirlos en la urna y antes de tocar la frente de la señora, se quedó, una vez más, sin nada. El tercer intento le dejó apenas una mancha de tizne, pero el simún enrarecido y tenaz borró todo indicio de polvo. La Nina se tambaleó, como si alguien la hubiera empujado, y escuchó una voz que en secreto la llamó por su nombre. Miró a su alrededor, se cogió fuerte de Dolores y con sólo una mirada tuvo a Pomposa a su lado. La doncella supo que sería un día largo.

Las campanas estaban mudas. Prócoro, arrastrando su pierna izquierda por una fractura que tuvo al nacer y que soldó al revés, apresurado se abrió paso entre la gente para llegar hasta el altar. El padre Ramberto lo urgió a que subiera a revisar el campanario y le dijo a la Nina Ramos que algo no andaba bien. Escucharon al viento desgarrarse como entre dientes de metal y estirarse a lo largo de la iglesia, hasta sentir la tensión de sus amarres. La gente, despavorida, echó a correr, mientras el padre Ramberto gritaba arrebatos entre los ahogos de la incertidumbre. Dejó a la Nina Ramos de pie en el altar y trató de abrirse paso entre la turba. Antes de llegar a la puerta escuchó un grito largo; un golpe seco y otros sonidos extraños lo invadieron. Cayó de bruces entre la gente. Se arrastró a la puerta y lo que vio no le gustó nada. Al incorporarse distinguió a Prócoro en el suelo, muerto, como si la campana lo hubiera arrojado al vacío. El

padre Ramberto levantó la mirada intentando descubrir algo y vio las sogas del campanario que oscilaban sobre la pared como serpientes que suben o bajan. En ese preciso momento, la Nina Ramos supo que ya era demasiado tarde, habían caído en una trampa.

Casi un año después del nacimiento de la hija del doctor Leonardo Ralla, el padre Ramberto hacía los preparativos para un bautizo extraordinario. Entraba la primavera. Desde una semana antes habían comenzado a decorar la iglesia con lujo de colores nuevos. Abrillantaron el oro de la mampostería, pulieron la madera del piso y a puerta cerrada hicieron ensayo de alabanzas. Por último, el cura hizo un reconocimiento de campanas en plena tarde. Ese domingo la adornaron con flores primogénitas y colgaron pendones de terciopelo púrpura. Desde temprano la calle de Los Naranjos se abarrotó de curiosos, querían ver a su madrina. En los meses anteriores, la señora había vivido encerrada en su casa, dispuesta a cuidar de Dolores. Su creencia indisoluble de que se estaban cumpliendo sus anhelos, hacía que la bañara en agua bendita, la recostara en una especie de altar y le insistiera al padre Ramberto para que cada día fuera documentado, como una prueba de santidad. “En su momento”, le dijo, “nos presentaremos en Roma con milagros y todo, ya verá”. Le pidió a sor Judas que hiciera la carta astral de la recién nacida. La monja tardó varios meses en descifrarla y otro tanto en salir del asombro. Designó a Carmen Rojas como nodriza y mandó abrir un paso restringido en la tapia que dividía ambas casas.

Al filo del mediodía el Cápora y dos de sus hombres abrieron el portón de la casa grande. El sol volvió a dibujar un semicírculo de luz en el piso del zaguán. Entraron un par de golondrinas y, salidos de Dios sabe dónde, un asno, un cerdo rosado, una vaca con ubres hinchadas, perros y gallinas. La gente no se atrevió a cruzar el umbral, ni a preguntarle al Cápora por la madrina, hasta que apareció Pomposa con una mirada de triunfo; todos se callaron. De no haber sido por unas nubes transatlánticas que proyectaron su sombra cuando la Nina Ramos salió con Dolores en los brazos, la doncella hubiera jurado que el mundo se detuvo por un instante. Los hombres se descubrieron la cabeza, un corrillo de vivas y aplausos las recibió y entonces la señora los invitó a que la acompañaran al templo.

La alfombra roja estaba tendida desde el atrio y el coro de la iglesia en su versión más nutrida: cuarenta niñas las recibieron con un canto de lisonja celestial. En el altar las esperaba el doctor Leonardo Ralla y su esposa. El padre Ramberto recibió a la niña y se dilató más de lo convenido en el sermón, repitiendo de memoria un extracto del Génesis. Enumeró milagros y proezas hasta que por fin dijo: “Yo te

bautizo con el nombre de Rosario Carmen María Dolores, según lo manda la Iglesia Católica, Apostólica y Romana. Te exhorto a vivir bajo los diez mandamientos, ahora que eres hija del verbo que se hizo carne, *in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*".

Doña Lucrecia se opuso de todas las maneras posibles a que la Nina Ramos fuera quien sostuviera a su hija en la pila bautismal. "Me niego a emparentar con esa bruja", le repetía al doctor al acercarse la fecha. Dejó de comer por varios días, hasta que las fuerzas la abandonaron y se tiró en la cama a repetir que pronto moriría. Mandó clausurar las ventanas y no le importó que su esposo decidiera mudarse de habitación. Por insistencia del padre Ramberto estuvo presente en el bautizo, pero al volver a su casa se encerró, y desde esa tarde argumentó enfermedades para no salir de su pieza durante varias semanas. Planeaba viajes al extranjero y escribía cartas a parientes de los que no recibía respuesta, porque en el remitente ponía alguna dirección ficticia de París o de San Remo. Les contaba que el próximo mes serían huéspedes del káiser Guillermo en su castillo veraniego del Rhin. Nunca estaba disponible para nadie y a sus doncellas las hacía anunciarse con nombre de abolengo. Desde su embarazo, ella misma comenzó a llamar Dolores a su hija; lo repetía a los sirvientes de su casa, lo ratificaba en cartas a su madre. Alucinaba con el calor húmedo de septiembre y pasó los meses de lluvia arriba de la cama, bordando nubes en sedas de la India. La niña había nacido con el estómago abotagado; su padre explicó que era debido a una hernia hiatal, aunque Nacha estaba segura de que se debía a parásitos. "Fue la amargura de doña Lucrecia de lo que se mal nutrió la criatura", le aseguró a Pomposa. Sin esperar los medicamentos del doctor Leonardo Ralla y con la autorización de la Nina Ramos, Nacha formuló un ungüento de grasa de puerco y claras de huevo, que en círculos medianos aplicó en la panza rebotada de la criatura. En dosis extrañas y noches de plenilunio le dio a beber apenas media cucharada de una purga de ricino con marrubio y estafiate, un puñito de sal y otras yerbas asfixiantes. En Dolores tuvo efectos inmediatos. Defecó parásitos de dos cabezas y otras alimañas de mayor ponzoña.

Después del bautizo, Leonardo Ralla convino con la Nina que ella se hiciera cargo de Dolores hasta que doña Lucrecia sanara de una enfermedad renal que la hacía cargar una bacinica en todo momento. La señora no dejó que nada la distrajera. Todas las noches la mecía en su regazo y con voz de mudas sirenas le contaba la historia infinita de una princesa sin castillo y de un apuesto capitán perdido en un laberinto de túneles. Siempre era el mismo cuento, pero cada vez le engarzaba un nuevo eslabón a la cadena que arrastraba el enamorado, dándole la posibilidad de caminar otro poco para encontrar la salida,

sin darse cuenta de que se perdía más en el dédalo de ilusiones y amores ficticios. Al terminar, la Nina dejaba caer un beso ligero en su frente, y se la pasaba a Pomposa para que la acostara. Desde sus primeras noches, Dolores sufrió de alucinantes pesadillas; la madrina lo notó de inmediato y puso un remedio infalible. Instalaron un camastro de elegantes decorados para que durmiera en él la contrariedad de sus sueños. Fue hasta que pasó el segundo cumpleaños de Dolores, el viernes primero de junio, cuando el plazo llegó a término y regresó a la casa de sus padres. De inmediato Pomposa notó una tristeza extraña en la Nina y un silencio que la hizo recordar otros días adversos. También se llevaron a la doncella Domitila y el camastro de las pesadillas. La Nina puso en advertencia al doctor Leonardo Ralla y le dio una serie de consejos. Pero todo fue inútil. Pronto el doctor descubrió que su hija sollozaba y entre borucas de dormida pronunciaba frases en castellano virreinal. Antes de una semana, sin importarle la voluntad de doña Lucrecia, devolvió su hija a la Nina Ramos, y convinieron para que pasara el día con su madre. Al principio esto se cumplió al pie de la letra, pero a las pocas semanas, doña Lucrecia dejó de interesarse por Dolores y en más de una ocasión la llamó con el nombre de Magdalena, su hermana. Antes de septiembre volvió a postrarse por un mal de pulmón que la obligó de nuevo a dormir en clausura. Temiendo que la envenenaran, quiso recibir todos los días la santa comunión en su oratorio privado, así contrarrestaría cualquier influjo que la dejara en estado cataléptico. Se refugió en el padre Ramberto, a quien sintió como único aliado y un influyente salvoconducto para que sus cartas llegaran sin censura al Santo Padre.

El tiempo terminó por poner las cosas en su sitio. Una tarde especialmente calurosa, mientras descansaban al amparo de un jazmín que sólo floreaba de noche, el señor cura le dijo que ya no podía recibirle más cartas porque él mismo había perdido la esperanza de volver a Roma. Hacía más de quince años que Ramberto había dejado una carrera prometedora en el Vaticano para llegar a Analco. Desde muy joven había sentido la vocación religiosa, pero fue hasta cuando estaba a unos meses de terminar la carrera de abogado que su padre, en plena cena familiar lo felicitó por su desempeño y le dijo que ansiaba el momento de dejarle la dirección de la notaria. Ramberto por fin se atrevió y le confesó que ya le era imposible evadir el llamado y había decidido cambiar el derecho civil por el canónigo. Su madre lo apoyó a pesar de todo. A la siguiente semana su padre lo llevó por primera vez al templo masón y Ramberto se quedó dormido en pleno oficio. De regreso a su casa, el notario le reprochó a su mujer la vergüenza que había sentido ante sus compañeros de logia. “De algo

sirvieron tus rezos", le dijo, "que se reciba de cura". Ramberto fue un seminarista ejemplar. Aun sin buscar el liderazgo entre sus compañeros, los demás no sólo le tenían buena estima, sino que le pedían consejo y acataban su mirada. Se ordenó sacerdote en la Compañía de Jesús y de inmediato pasó a ser secretario particular del señor arzobispo, quien antes del año lo recomendó para continuar sus estudios en Roma. "Casi se podría decir que vivo en el Vaticano", le escribió a su madre, recién instalado como segundo secretario del camarero del Santo Padre. Las largas jornadas de trabajo lo obligaban a despachar hasta altas horas de la noche. Sólo le quedaba tiempo suficiente para sus oraciones, no hacía caso de sus compañeros de área que cambiaban sus ropas y salían a divertirse al centro de Roma o se aventuraban hasta Florencia. Él sólo hacía paseos de madrugada por los puentes del Tíber. "Dios y tú, madre, me mantienen con vida en esta lejanía". Todas sus cartas comenzaban con esa frase o palabras similares, y se encomendaba a la tarea de escribir una por semana. De igual manera recibía respuesta todos los viernes, hasta que se sumaron ciento ochenta y dos sobres. La semana siguiente, el cartero pasó de largo por su escritorio y Ramberto lo llamó.

—*Padre Gino, c'è qualcosa per me?*

—*Mi dispiace non c'è lettera.*

El lunes último de noviembre llegó al Vaticano minutos antes de las ocho de la mañana. Apenas comenzaban a humear las cafeteras. Dejó su sobretodo en el guardarropa y caminó por el pasillo arcado aún con las manos enguantadas. Al llegar a su escritorio encontró una nota donde le decían que monseñor D'Anunssio lo esperaba en su despacho. Acudió de inmediato y, sin más preámbulo, el cardenal le entregó un sobre que acababa de llegar de su país. Ramberto le pidió autorización para abrirlo en privado. Leyó que su madre estaba postrada de muerte y sólo esperaba su bendición para emprender el viaje sin retorno. Al terminar de leerla, se dio cuenta de que estaba solo, bajo el Arco de las Campanas, aún con los guantes puestos.

Un mes más tarde se encontraba de nuevo en casa, ante el lecho oloroso de su madre, que volvió en sí al tenerlo cerca y recibir la comunión de sus manos. Como si un milagro hubiera obrado con su presencia, doña Eduarda Alatriste de Linares se restableció lo suficiente para tomar sus alimentos sentada y escuchar la misa que oficiaba su hijo los domingos en la capilla de su casa. Un año y medio después, luego de graves recaídas que sumían a Ramberto en postradas oraciones, doña Eduarda murió en el momento en que recibía la comunión de manos de su hijo. El médico diagnosticó un

paro respiratorio, pero él no resistió la tentación de cuestionar a Dios, de sentirse culpable por la coincidencia. Luego de varias semanas de expiar una culpa inmerecida por la sacramental asfixia de su madre, y de enfrentar remordimientos persecutorios, el señor arzobispo le presentó a la Nina Ramos, en uno de los viajes de la señora a la capital. Ramberto llegó a Analco seguro de estar en el paraíso de los bienaventurados, al encontrar un sosiego virginal en la mirada de la Nina. De inmediato la señora sintió que suplía sentimientos filiales, hasta que años después tuvieron su primera desavenencia por una niña que encontraron a las puertas de María la Blanca y que la Nina llevó al convento. El señor cura no estuvo de acuerdo, porque además de ser bastarda era hija de una puta. Él prefería que se la llevaran al rancho Santa Teresa. La Nina no le hizo caso y le contestó que no volvería a vivir la experiencia que había tenido con Rito el año anterior. Por la noche, Pomposa llevó al curato una garrafa del tequila que tomaba la señora. Pero Ramberto no se conformó y a la mañana siguiente usó ese pretexto para buscar de nuevo a don Belisario Rojas y pedirle, otra vez, la clausura del burdel.

Cuando María la Blanca llegó al pueblo huyendo de Santa Teresa, la Nina le mandó construir una buena casa, sin saber, por esas fechas, en qué oficio terminaría, por lo que el burdel ahora estaba situado justo atrás de la parroquia. En más de una ocasión el señor cura había querido llegar a un acuerdo. La primera vez se acercó a la matrona con las manos vacías y la palabra de Dios a flor de labios, pero no alcanzó a decir nada porque al llegar, un escándalo que dejó a dos muertos junto a sus pies, lo recibió en la puerta. La siguiente ocasión que volvió, iba armado hasta los dientes con sus armas de fe, las que tampoco le sirvieron de nada al comprobar que ahí el pecado era de uso corriente. Por eso, ahora con conocimiento de causa, le dijo al alcalde que los gritos y francachelas del lugar se oían hasta su púlpito y las tarifas se decían a voz en cuello sin el más mínimo recato. Desde que don Belisario tomó posesión del cargo, decía ser el último liberal de la región: dictaba leyes absurdas, plagadas de anacronismos, y defendía el prostíbulo alegando el derecho de propiedad privada y las garantías individuales. Le dijo al padre Ramberto que la Constitución así lo especificaba. Quiso sacarla en ese momento, pero no la halló, de otro modo le hubiera cantado las Leyes de Reforma, la educación laica, los principios de la autoridad civil que él hacía cumplir, y terminó por decirle que moderara sus modales. De un manotazo aplastó la tijerilla que merodeaba en su escritorio y con el dedo mayor la arrastró, dejando una huella amarillenta y zigzagueante. “¿No sabe la última?”, preguntó el padre Ramberto. “No”, respondió sorprendido don Belisario, al tiempo que espantaba unas moscas que zumbaban

alrededor suyo como tábanos de feria. Entonces el cura le contó sobre la niña que el día anterior había llegado al convento arrastrada por Pomposa, y de la preocupación de la Nina por no saber quién era el padre. Como el alcalde era cliente del burdel y el mejor tirador en la región, de momento temió su acertada puntería y no quiso enredarse en un alegato sin pies ni cabeza. Dijo al padre Ramberto que pronto le mandaría el diezmo que aún le debía y lo despachó abruptamente. Don Belisario, sin cerrar la puerta, cogió su sombrero y escuchó el quejido de un chacuaco que anunciaba la una de la tarde. Tenía el tiempo justo para ir a casa de su madrina a conocer más detalles sobre la huérfana.

A don Belisario, la Nina Ramos le enseñó a leer y escribir. Lo tuvo siempre cerca; depositó en él su confianza para el manejo de sus minas, las que estaban al fondo de la barranca, después de tres toques del alba. Había que llevar más de una herradura de repuesto, porque las piedras del camino eran tan bravas que roían los metales. La Nina le presentó a Carmen, quien un año más tarde sería su esposa. Sus primeros meses de pareja los vivieron sin la bendición del señor cura, porque don Belisario decidió esperar a que un lechón de color azucarado diera buena carne para el banquete. No se dejó amedrentar por el padre Ramberto cuando le negó cualquier auxilio espiritual. “De no creerse… éstos que no se quieren casar nomás por un puerco”, se quejó el cura una tarde de confesión con la Nina Ramos. Cuando el lechón se convirtió en un cerdo que dio lo suficiente para una fiesta de sonidos nuevos, no se casaron en el altar mayor de la parroquia, sino en la Capilla de los Desahuciados. Su primer hijo fue varón y, aunque a Nacha le falló el cálculo por unas horas y no nació el Día de San Juan, a don Belisario no le importó y lo bautizó con ese nombre: Juan Belisario. Por esos días Carmen le pidió a la Nina la casa abandonada de la viuda Fidela, pero la señora le contestó que ésa no era para ellos; les tenía reservado el terreno que estaba al lado de su casa. En el bautizo de Adela, su sexta hija, la señora bromeó con los presentes en la fiesta, diciendo que la estirpe de don Belisario sería la más fecunda de Analco. En esa ocasión la Nina les prometió unas tierras que estaban por el rumbo de la cofradía y eran buenas para el tequila, la bebida del futuro, aseguró. Tiempo después designó a don Belisario presidente municipal, le dijo que su nombramiento provenía de don Porfirio y ella sólo hacía cumplir su voluntad.

En el laboratorio de su casa, el doctor Leonardo Ralla seguía contrastando pruebas del método Umbra quirúrgico, para descubrir en su sombra huesos dislocados o cálculos renales. Hacía varios meses que estaba obsesionado con esa invención. Estaba seguro de que podía operar desde fracturas hasta venas varicosas, sin éter y sin causar

dolor, siguiendo con cuidado los pliegues y contornos de la sombra de los enfermos. El Jueves de Corpus se disculpó con la Nina Ramos por no estar con ella en la iglesia y le dijo que por fin estaba a punto de perfeccionar su terapia. Todo era cuestión de encontrar un voluntario. Entonces la Nina le mandó a Severo Berumen con un pretexto inusual. El carnicero fue una atinada recomendación de la señora y sería el ayudante ideal para armar el esqueleto de un dragón alado que el doctor aseguraba haber descubierto en una cámara secreta, situada trece metros debajo de la Pirámide del Sol, y que aún tenía guardado en baúles de viaje. Al abrir la puerta del laboratorio, Severo distinguió, a media luz, la figura descalza de Leonardo Ralla contoneándose frente a mantas blancas tendidas sobre la pared. El doctor perdió la secuencia y se dirigió a la puerta saltando en un solo pie. De un tirón se quitó la bigotera y abultó unas muecas como si de pronto sintiera ajenos sus labios. Cogió a Severo del brazo y lo llevó al final del cuarto. Sin escuchar sus reclamos, le ordenó que se quitara la ropa y se pusiera de pie sobre un taburete con los brazos extendidos y la cabeza de lado. Le volvió a decir que guardara silencio y mirara fijamente un orificio de luz en el techo. Severo no tuvo más remedio que obedecer y quedó en calzones de manta mirándose a sí mismo en una sombra lánguida y casi palpable. Pasaron varias horas antes de que pudiera vestirse y el doctor acertara un diagnóstico. A las nueve de la noche en punto, las campanas de la iglesia anunciaron la bendición, y como si ésa hubiera sido la señal que Leonardo Ralla esperaba, por fin le dijo que habían terminado. Luego hizo anotaciones en su diario de apuntes, mismo en donde todos los días, desde que funcionaba el observatorio, registraba la hora exacta del crepúsculo, la aurora y la duración de los relámpagos.

Una semana antes de empezar el verano, a don Belisario Rojas le llegó un despacho telegráfico del gobierno y minutos después de la siesta se presentó en casa de la Nina Ramos a discutir el asunto.

—Usted dirá si mandamos unos refuerzos a los del partido liberal —dijo el alcalde.

La señora estaba en la huerta de Los Naranjos; veía jugar a Dolores con Ataúlfo, uno de los hijos del alcalde, y conversaba con el poeta Amado Nervo, que semanas antes había llegado con el equipaje suficiente para una estancia corta en el paraíso.

—¡Qué liberales ni qué ocho cuartos! ¡Es una guerra de pobres contra ricos, de resentidos, y de este lado del río a nadie le hace falta nada! —sentenció la Nina y abrió su abanico.

Los niños siguieron buscando los duendes y hadas que la Nina decía que habitaban en la huerta de Los Naranjos. La señora les daba un pedazo de ate o un dulce apetitoso para que lo dejaran al pie de un arbusto y estuvieran vigilantes. Mientras Ataúlfo esperaba ver en los refugios del viento el azorado vuelo de un hada, Dolores se quedaba mirando el señuelo hasta descubrir a un hombrecito barrigón llevarse el ate. Luego corrían hasta el regazo de la Nina y le gritaban que habían visto un duende panzón y de barba blanca salir corriendo de detrás de un árbol para meterse en el orificio de otro. Hasta Pomposa se emocionaba con la vehemencia de los niños y también aseguraba haberlo visto.

—Creo que esto no sólo es una escaramuza —intervino Amado Nervo—. Se vienen tiempos difíciles, ya verá usted.

—Respóndeles cualquier cosa, pero no vamos a mandar a nadie a morir en una guerra que no nos incumbe —le ordenó al alcalde y lo despachó.

Aunque las noticias eran desastrosas, a la Nina no le importaban los embates de la Revolución, como si estuviera segura de que Analco estaba a salvo. En la oficina del alcalde, junto al gran óleo del general Porfirio Díaz, ya descansaba en el piso el retrato del presidente Francisco Madero. Un año antes lo habían asesinado, sin darle tiempo de avisar que no lo esperaran para cenar en su castillo ni tampoco liberaran la colección de mariposas que el emperador Maximiliano había dejado en su despacho real, cincuenta años atrás, porque él seguiría buscando sus colores en los brazos del viento. Ni siquiera le dieron oportunidad de ver la cara de su asesino. A la presidencia municipal de Analco no llegó el retrato del nuevo presidente, y la sucesión de hechos sangrientos fueron de la mano, se jalaron unos con otros en actitud protagónica. Como una marabunta, el país empezó a moverse: los del sur hacia el norte y los del norte al centro. Del general Porfirio Díaz apenas llegaban noticias y había quien aseguraba que, desde su exilio en París, había dirigido el golpe de Estado contra Madero. Al término de su cuarto periodo como alcalde, don Belisario Rojas decidió reelegirse y fue la Nina Ramos, un domingo al salir de misa, la primera en decir que ésa era la mejor decisión para todos. “Los tiempos no están para principiantes”, le murmuró al doctor Leonardo Ralla cuando la acompañaba a su casa. Ese mismo día mandó a recoger la pintura de don Porfirio para dejarlo descansar en su biblioteca. Cuando la Nina se sentaba a despachar o a leer, Dolores entraba sigilosa y al pie del escritorio miraba el cuadro como queriendo alcanzar el cielo con un vistazo. Años después, en la oscuridad de sus recuerdos evocaría la imagen de la pintura como el

ángel de la guarda de su madrina, pues veía en el espeso y blanco bigote del general unas alas listas para emprender el vuelo, que resplandecían con la luz de las cinco de la tarde.

Don Belisario Rojas dispuso la clausura de la calle Del Rey. Así lo convino con la Nina Ramos cuando comprobaron que la huérfana no era su hija. Levantaron unas bardas que delimitaron la zona y la entrada se restringió a una puerta. Juan Belisario, su primogénito, escuchaba a su padre hablar de María la Blanca; de las maravillas que hacían sus mudos labios y su busto alado; de las jovencitas que llegaban de Santa Teresa; de las carcajadas de mujer que opacaban cualquier sonido animal. Las últimas noches de sus catorce años, él también creía haber escuchado risitas de mujeres que se revelaban en sus sueños y le despertaban cúmulos de sangre que lo hacían amanecer con las manos entre las piernas, cogiéndose la voluntad con tal fuerza que parecía como si estuviera cayendo. Junto con Noé, su hermano, y otros muchachos de la villa, se aventuraba en la calle Del Rey. María la Blanca sabía de sus incursiones. “Ya tendrán dinero para pagar, sólo es cuestión de que se les despierte el instinto”, repetía a sus pupilas. Hasta que un mes antes de su cumpleaños, Juan Belisario llegó puntual a la cita con su destino y por fin se animó a ir solo. Entró al callejón sin que nadie lo viera, trepó la barda del corral y desde lo alto, con la luz de la luna, pudo ver junto a un árbol de limón rebosante de azahares a una muchacha que se soltaba el cabello y miraba al cielo como buscando un recuerdo. Luego la vio levantarse las naguas para lavarse los pies, con la gracia de las cenicientas.

Desde esa noche se sintió ajeno a sí mismo, como si su cuerpo ya no le obedeciera y sus músculos se hincharan a voluntad propia. Pensando en ella dejó caer las primeras gotas del rocío de su alma. Todas las noches repitió la infalible hazaña de penetrar hasta el corral del burdel y espiar por un orificio de ladrillos sobrepuestos el busto quieto de negros pezones. Fue él quien sintió vergüenza al verla desnuda: supo lo que era tener una esperanza y se sintió hombre. Judith tenía el cabello azabache y muslos buenos para andar caminos. Decían que un hombre de la barranca había pagado con ella sus deudas a María la Blanca, pero la matrona no dejaba que nadie la viera y las otras mujeres creyeron que la reservaba como la carta fuerte del burdel. Hasta se corrió la voz de que era una muchacha maldecida, con cara de caballo, y que fue el diablo quien la dejó como desecho después de hacerla suya. De esto se valió el padre Ramberto para volver a pedirle a la Nina Ramos la clausura del lugar. “No señor”, le replicó la madrina, “un pueblo sin burdel es como un cántaro sin agua”. Judith vivía en el último cuarto, pasando el segundo patio, después del tendedero, más allá del corral de las

gallinas ponedoras, atrás de las letrinas, donde la música y las risas apenas se escuchaban. Sólo Juan Belisario dormía con ella entre sueños de amaranto y gasa. Desde el primer día, Judith supo que la espiaba y dejó que el joven Romeo posara sobre ella su mirada.

El día que Juan Belisario cumplió quince años, dejó a sus hermanos los pantalones cortos. A diario se buscaba el bigote en el espejo, se acicalaba para la cena y usaba una loción de lavanda que el doctor Leonardo Ralla le regaló en su cumpleaños. Cada vez más, Juan Belisario dilataba su baño, y le exigía a la nana Prudencia que plancharan sus camisas almidonadas como las usaba el doctor. El siguiente domingo apenas almorzó un vaso con leche y una pieza de pan, y al mediodía no quiso comer nada. Dijo que le dolía la panza y su mamá le encargó a Prudencia que le diera una purga de ricino mientras ella atendía la comida. Don Belisario Rojas le pronosticó a su mujer que el muchacho no tenía nada. “Mañana le consigo otras tareas para que no ande de ocioso”, le dijo antes del postre. Hasta ese día la vieja nana lo miró hecho un hombre y no tuvo que darle la purga, porque al tocarlo supo que eran los ardores propios de sus años. “Pronto pasará, báñate con agua serenada. Así es la primera vez y la segunda y la tercera, pero no te preocupes, de eso no se muere uno”, dijo mientras le acariciaba el cabello. Juan Belisario no la escuchó, siguió aferrado a su deseo y se sintió en el más absoluto desamparo. Por la tarde tuvo que cumplir con su obligación en la ordeña y para la merienda llegó cuando ya todos ocupaban sus lugares, tan repuesto que Carmen le notó algo raro en la cara: por primera vez se había afeitado y tenía el rostro iluminado. Adela, su hermana, le dijo en secreto que olía raro, peor que otras veces. Sólo don Belisario no se dio cuenta de nada y siguió remojando su pan dulce en el tazón del chocolate.

Faltaba poco para la medianoche. Judith se quitó de encima la sábana, a contra luz dejó ver sus senos erguidos. La luz del aparato de queroseno parecía mirarlo todo. El calor sofocó la habitación hasta hacerla transpirar. Juan Belisario, en cuclillas, la vio acostada boca arriba, con una mano entre las piernas y con la otra acariciándose, como queriendo palpar una corazonada. Judith buscó el orificio de la pared y él, aguantando la respiración, se cayó de nalgas al creer que lo había descubierto. Pensó en salir corriendo, pero se arrepintió y volvió a ocupar su lugar de primera fila. Vio a Judith mojada, poseída por una lentitud de escalofríos que la hicieron pandearse entre ahogos propios de una resurrección. Juan Belisario no se percató de que la puerta estaba sin cerrojo para que al fin pudiera entrar, y tampoco escuchó sus gemidos. Ensimismado en sus visiones de holocausto, también le faltó el aire, se desabotonó la camisa, creyó que su sexo

explotaría y con ambas manos cogió el bulto de su entrepierna.

De pronto la puerta se azotó, un hombre irrumpió en el cuarto y se le echó encima a Judith. Lupe Santos trató de besarla, de cogerle los senos, de separarle las piernas. Judith se tragó su humor de días, sus gritos y mordidas no le valieron de nada. Juan Belisario entró al rescate y al tratar de someterlo rodaron por el suelo, forcejearon por un revólver, hasta que dos balazos pararon la música del burdel. Una bala atravesó la pierna de Lupe Santos y fue a sembrarse al piso; el segundo disparo rompió la luna del ropero. El Cápora entró en el momento en que Lupe Santos tenía a Juan Belisario cogido de los cabellos y a punto de soltarle un disparo en la sien. “Suéltalo, o te mato como a un perro”, le gritó al momento que amartillaba. En segundos, Lupe se vio rodeado por una veintena de hombres armados y mujeres a medio vestir. Entonces aflojó el índice del gatillo.

Lupe Santos llevaba varios días bebiendo en el burdel, desde poco antes que su madre se empezara a morir. Pagó las primeras copas con un gran ópalo que encontró en las minas, pero cuando fueron a avisarle que su madre ya había muerto pidió una ronda para todos y soltó una suerte de improperios contra la Nina Ramos. Se desplomó en la silla y siguió repitiendo, para sus adentros, un recado que le había mandado a su madrina y del que no había tenido respuesta. Siempre quiso ser el favorito de la señora, intentó de todas las maneras posibles ganarse su voluntad y competía con el Cápora en cualquier terreno. El primer enfrentamiento que tuvieron entre ellos fue en el horizonte de las mezcaleras, jugando con un cuchillo al tiro al blanco. Después, por una mujer del burdel que terminó por no irse a la cama con ninguno de los dos. Las cosas llegaron aparentemente a su término el día que la Nina nombró mayoral de sus huertas al Cápora, y le regaló su primer caballo. Recién cumplidos los dieciséis años, en una discusión sin fundamento, Lupe Santos mató a su padre de un machetazo y huyó al monte. Nacha salió en su defensa y atestiguó que ella estaba con Lupe en el momento de la tragedia, y aunque la Nina descubrió en los ojos de la partera una complicidad de amante, les creyó la versión de un irremediable accidente. Esa misma noche interrogó a Nacha hasta la madrugada y terminó revisándole el cuerpo para comprobar que aún tuviera su virginidad intacta. “Casi podría ser tu hijo”, le reclamó antes de dejarla dormir. A Lupe lo puso a trabajar de balsero en el cruce del río Santiago, hasta que meses después lo hallaron flotando corriente abajo, sentenciado por el moscón del paludismo. Nacha lo volvió a la vida con dosis extras de quinina, té de borraja para bajarle las fiebres y tomates asados en las plantas de los pies. Meses después, la Nina lo mandó a trabajar a La Rojeña y fue por esos tiempos que se hizo cliente de María la Blanca; no había vuelto a

cruzar palabra con el Cápora sino hasta la noche del pleito con Juan Belisario.

Lo que despertó a la señora no fue el griterío de la gente, sino las espuelas de plata y estrella grande del Cápora. Atrás de él venía el padre Ramberto, quien llegó siguiendo el rastro de sangre que dejaba a su paso. La oscuridad era densa pero, como él era un elegido de Dios, podía ver más allá de las tinieblas. Dos hombres contenían a Lupe Santos, que arrastraba una pierna y apenas pudo apoyarse en ella cuando se lo presentaron a la Nina. Los gritos de María la Blanca y sus mujeres alertaron a don Belisario Rojas, que se sorprendió al ver a su hijo en medio de la gresca. Pero a Juan Belisario no le importó. Estar cerca de Judith lo hizo vivir el sueño maduro que cae del árbol para rodar por la tierra. La gente seguía llegando y en pocos minutos aquello fue un tumulto sin medidas de cordura. Cuando se presentó el doctor Leonardo Ralla, la casa era ya un hormiguero amenazado.

En el camastro de las pesadillas, esa noche se acostó la peor de todas: Inguma era un sueño real hecho bulto bajo la sábana. Ágil y acechando, se movía como gato bajo una red esperando saltar. Despertó a Dolores. Le habló al oído con esa voz inquieta de los sueños contrariados. La niña bajó de la cama y salió al corredor. La noche era espesa. La luna, como uña de gato, curva y filosa, desgarraba el cielo. Mientras la Nina Ramos confiaba en la justicia de don Belisario Rojas, a Lupe Santos lo asaltó el recuerdo de Martina y no pudo contener su coraje. Miró al Cápora cerca de la señora y de nuevo el recuerdo lo hizo sufrir. Desde hacía mucho tiempo tenía sobrados motivos para matarlo. Un leve temblor de su pierna herida le recorrió el costado izquierdo y fue a impactarse en su corazón, las venas del cuello se le hincharon como serpientes y un borbotón de sangre estalló en su cabeza. Como si las campanadas de la medianoche hubieran sido la señal, con un parpadeo torpe y un rápido movimiento de su siniestra, arrebató una pistola, giró sobre su eje, fijó sus ojos en los del mayoral y antes de dispar le advirtió: “Te vas a morir, Cápora”. La Nina Ramos gritó al ver que Dolores se interponía entre los dos. Eran las doce. El último tañido fracturó la campana mayor, cimbró la barranca, trepó paredes, brincó tumbas y despertó por instantes a los eternos con su quejido huérfano.

3

Salvador siempre recordaría el olor de la guayaba como el humor de la muerte. Gertrudis, desde su poltrona, ordenó que lo levantaran del suelo. Las mujeres dejaron de rezar el novenario. Se rompió el prolongado murmullo. La mirada de los presentes se situó en la muchacha, que no dejaba de ver a los cuerpos hinchados, de rostros rígidos y labios cenizos. Salvador era el menor de once hermanos. Pasaba por debajo de la mesa donde descansaban sus padres, lanzando un trompo chillador para correr tras él. Don Rómulo Fonseca y su esposa doña Asunción eran las primeras víctimas del movimiento revolucionario en la región. Vestido con su mejor traje, el de negro soledad y una perla gris en la corbata, don Rómulo usaba sus botines nuevos, los que guardaba en la parte superior del ropero y no había querido estrenar, según decía, sino hasta que la ocasión lo ameritara. Y eso que hubo varias: el nacimiento de Salvador, su bautizo, más tarde la primera comunión de dos de sus hijas, pero sus botines seguían esperando. Ahora, ya difunto, Gertrudis se los mandó poner, para que los estrenara al menos el día de su sepelio. El mozo que se los calzó tuvo que quebrarle los pies, porque de tan tiesos, los botines ya no le entraban, aunque la señorita Gertrudis nunca se enteró de eso. Su mujer apretaba entre sus manos un ramo de flores silvestres, ya marchitas y con olor a pólvora, a mecha encendida. También vestía de luto, en su propio entierro. Los estaban velando en la casa del capataz.

Sólo muerto podía compartir la misma mesa con sus campesinos. Durante algún tiempo don Rómulo Fonseca tuvo fama de hombre justo, de haber heredado la buena voluntad de don Rómulo viejo, su padre, quien hizo crecer la labor en la hacienda y compró un ingenio de caña, porque su padre, también Rómulo, que fue el primero en dejar los terciopelos y vestirse de chinaco, e hijo del primer Rómulo que llegó en un barco, le dijo que esta tierra era buena para la caña. El sueño de sus antepasados se cumplió hasta don Rómulo viejo, quien por fin juntó el dinero suficiente y gestionó los permisos con las autoridades de la capital para instalar un ingenio en las tierras que había heredado y otras que fue pagando de a poco. Pero la máquina de molienda se retrasó más de dos años en llegar desde Santiago de Cuba y el viejo ya no alcanzó a verla instalada. Una caída de caballo le fue mermando la voluntad de vivir y el dolor que se le manifestaba como ciática era en realidad un cáncer que le fue quemando los huesos. La misma tarde en que se iba a morir le dejó instrucciones a su hijo y trató de cubrirlo de consejos. Le dio una bolsita con tierra prieta del campo y lo hizo jurar que siempre la traería con él. “Esto es

lo único que va a ser realmente tuyo", le dijo entre estertores de muerte. Contrario a la tradición, sólo un día guardó luto el joven, porque la peonada se formó desde temprano afuera de su casa. Desde ese día lo llamaron "don Rómulo", y le dieron cristiana sepultura a su padre. No se había cumplido siquiera un mes del fallecimiento cuando llegó un aviso diciendo que ya había llegado su maquinaria al puerto de Veracruz.

Ahora velaban a don Rómulo y a su esposa junto a una veintena de hombres y mujeres que habían muerto en el sitio a la hacienda. El ambiente era tenso, nadie lloraba. Las miradas de todos eran distantes, excepto la de Gertrudis que reflejaba en sus pupilas la danzante flama de una vela y se cubría la cabeza con un rebozo de Anita, su nana, lo que hacía sus facciones más duras. Una mujer se le acercó y le dijo al oído que dejara salir a los niños, que ése no era ambiente para ellos. Gertrudis apenas asintió con la cabeza, pero quiso mantener a Salvador a su lado. "Lleva a las niñas al patio, al rato voy yo con Salvador. Y vuelve a pasar otra vez con el café", le ordenó. El silencio sólo era interrumpido por el zumbido de unas moscas panteoneras que hacían su vuelo de rutina. Las mujeres mostraban en sus rostros heridas descuidadas y ojeras de noches estériles. La habitación estaba abarrotada y parecía estar dividida en dos grupos: los que habían servido en la casa grande y los que trabajaban en el campo. Casi todos seguían buscando la mirada autosuficiente de Gertrudis Fonseca, que atraía por el relámpago de su porte. Con ella estaban sus cuatro hermanas, que todavía eran unas niñas, y la mayoría de los que servían en la casa grande: Anita, la cocinera, que fue como una segunda madre para las niñas; Gabina, ama de llaves, y su esposo Pedro Rubicundo, huertero de los días soleados en la hacienda del Cabezón; y un puñado de sirvientes de los más diversos oficios para mantener en orden una casa con veinte habitaciones, cuatro húmedos patios, un salón de música, una biblioteca, una panadería y un molino de nixtamal que trabajaba de día y a veces también de noche, una capilla para un centenar de almas, y un sinfín de pasillos para fregar de rodillas. De entre todos los sirvientes de confianza se destacaba Juanito Rodríguez, arrendador de caballos y mozo de estribo del amo, quien había enseñado a montar a los hijos del hacendado. Todos habían nacido para servir y su destino era el de sus padres, que fue también el de sus abuelos. Sin embargo, el sepelio múltiple estaba rebasado por la gente del campo, que había conocido a don Rómulo Fonseca no como el patriarca que guía, sino como el hombre duro que gobierna.

Un día antes de la Ascensión de la virgen, la tarde era fresca, y el viento, al parecer, lo había enrevesado todo. Como era seguro que

llovería, don Rómulo le dijo a su esposa que esa noche cenaran temprano y dispuso lo que quería para la merienda. Durante toda la tarde había hecho cuentas en su despacho, con su administrador, sobre los nuevos adeudos en la tienda de raya. Antes de las ocho, una mujer del servicio le avisó que estaba todo dispuesto. “Lo mejor es que se quede a merendar con nosotros, ya sabe que ésta es su casa”, le dijo a su contador que no tuvo más alternativa que quedarse. Cuando estaban en la mesa, don Rómulo notó una silla vacía, por lo que no hubo más remedio que decirle la verdad. El hacendado no alcanzó siquiera a desdoblar su servilleta para ponerla en el regazo, salió furioso en medio de una tormenta alumbrada por relámpagos. Al final del patio le gritó a doña Asunción que la cosa ya no tenía remedio, que él debió habérselo puesto desde el principio. Montó su caballo y se fue con tres de sus hombres. Una hora más tarde se encontró con Soledad, su hija, quien venía por el camino que llevaba a la antigua curtiduría, acompañada por una sirvienta que él había dejado en el salón comedor a punto de servir la sopa. Las dejó volver a la hacienda y le dijo a Soledad que de regreso ajustaría cuentas con ella. En la curtiduría ya no encontró al hijo de su caballerango. El muchacho alcanzó a huir cuando la sirvienta llegó a avisarles que el amo los había descubierto. Para descargar su furia, don Rómulo mató al padre del muchacho y se ensañó con la mujer que los alertó, dejándola en manos de Zenón Avilés, su capataz. Esa misma noche prepararon las petacas para llevarse a Soledad de la hacienda, sin saber, don Rómulo, que esa noche él mismo había encendido la mecha.

Dos semanas antes le avisaron que las tropas de Pancho Villa habían tomado el control del estado y que otras haciendas habían sido tomadas por su propia gente. Pero don Rómulo no hizo caso, se burló y dijo que eran chismes. “De dónde van a sacar armas estos infelices, si apenas tienen uñas para rascarse”, gritó desde su despacho cuando Zenón Avilés le dijo que la bola venía en dirección suya. El siguiente domingo, el amo salió al campo con Rómulo, su hijo. Recorrieron a caballo las barracas de los peones, mientras, a su paso, la gente cerraba puertas y ventanas, como queriendo dejar la peste afuera. El sol enrojecía el rostro del amo y reflejaba en su mirada una incertidumbre comparada con la del miedo. Quiso alzar la voz cuando el silencio le cayó de peso y escuchó un galopar detrás de él: era Zenón Avilés que venía levantando una gran polvareda y tupiendo de cuartazos al rosillo. Cuando estuvo cerca vieron que traía una cara que no era la suya y ahogándose en su propio resquemor les dijo que regresaran a la casa grande lo antes posible, ya estaba de regreso el mensajero que había mandado a la vecina hacienda de San Felipe, a averiguar. Era un muchacho no mayor de veinte años. Llegó empalado

en su caballo, sin lengua y con un tajo que casi le desprendía la cabeza del cuerpo.

Don Rómulo ordenó cerrar las puertas de acceso al casco de la hacienda. Se encerró con Zenón Avilés por largo rato en su despacho y, de atrás de un librero que abrió con movimientos secretos, descubrió un arsenal suficiente como para dar batalla por varios días. Reunió a su gente en el patio, gritó instrucciones y repartió las armas. Las mujeres y los niños fueron a refugiarse a un sótano que estaba debajo del altar de la capilla.

—A ver Juanito, pélate con los caballos al monte. Nomás llévate dos hombres contigo y cuidadito donde te agarren —le ordenó.

El hombre le preguntó por la señora y las niñas; se atrevió a sugerirle que podría llevárselas, con su vida le respondía.

—No andes de acomedido. Aquí se queda la señora —le contestó el amo.

La hacienda del Cabezón era conocida en los alrededores por sus buenos caballos. Ése era el gusto de don Rómulo Fonseca, tenía cuartos de milla y empezaba a criar percherones. Eran tantos caballos que los iba montando conforme los días del año, y Juanito Rodríguez se dedicaba en cuerpo y alma al cuidado de los animales. Tenía un bigote risueño que le abultaba la cara, era flaco como un adolescente y su rostro estaba surcado por las curtidas del sol. Él contaba que su madre lo había parido a lomo de caballo, que por eso tenía un ojo azul y el otro verde, y si le preguntaban qué tenía que ver una cosa con la otra, respondía que no sabía, pero que eso le habían dicho desde niño. A diario se vestía de charro y no se quitaba el sombrero más que para dormir. “Un hombre sin sombrero, es como si anduviera encuerado”, le decía a Rómulo. Juanito había enseñado a montar a los hijos del amo y don Rómulo Fonseca siempre presumía que sus hijos primero aprendían a montar a caballo antes que a caminar. Desde pequeños los subía al animal y los amarraba a la teja y la cabeza de la silla. “Para que desde chiquillos se les vaya amoldando el cuerpo”, decía, y se pasaban horas dando vueltas alrededor de un árbol de parota, al cuidado de un adolescente. A veces ni siquiera los bajaba para comer, les daban un taco de crema con sal o un pedazo de carne cecina para que se entretuvieran chupando. Rómulo era el menor de sus hijos; antes que él, habían nacido cuatro mujeres, razón por la que don Rómulo se encorajinaba al ver que no le nacía el varón. “Aunque nos llenemos de viejas”, le sentenció una noche a su mujer. Hasta que por fin, al quinto embarazo de doña Asunción nació Rómulo y luego otro

niño, al que le pusieron Eraclio pero murió unos días antes de hacer su primera comunión, triturado en la máquina de molienda. Nadie escuchó sus gritos. Los peones se dieron cuenta al ver el bagazo de la caña pintado de rojo. Tampoco nadie vio llorar a don Rómulo, que no estuvo en el sepelio. Decía que "eso" que estaban velando —en una caja elegante había pedazos remolidos de caña, revueltos con una masa espesa y colorada— no era su hijo. Ni siquiera visitó el altar que mandó poner doña Asunción en su oratorio privado, con una foto ovalada de Eraclio, de cuerpo entero y vestido de charro. Del marco pendía un moño negro y estaba junto a una imagen retocada de San Antonio. Don Rómulo redobló la vigilancia en el ingenio, culpó a los peones por el accidente y se los hizo pagar, con mano dura. Se empeñó en tener otro varón "o los que Dios quiera darnos", le decía a su mujer; hasta que después de cuatro niñas nació Salvador. "Mi orgullo", lo llamaba, porque para esas fechas él ya estaba por cumplir sesenta años.

Rómulo salió tan avispado para los caballos que a los ocho años ya montaba a pelo y floreaba la soga, hasta manganeaba como gente grande y seguía al pie de la letra los consejos de Juanito Rodríguez. "Mejor manso que bueno. Todo el chiste para montar bien está en las piernas, muchacho; por cómo aprietas, el caballo se da cuenta a quién trae arriba". A escondidas entrenaba con él para las carreras de caballos. Lo subía al lomo del animal y le decía cómo pegarse al cuello y cogerse de la crin para no caerse. "Usted háblele en la oreja, ya verá que entienden. Hasta los cuatro años el caballo es tu peor enemigo, es rejego para aprender, pero si lo hace a tu modo se vuelve tu mejor amigo". Las carreras parejeras se hacían en las fiestas de la Virgen de la Asunción, patrona de la hacienda. Venían hombres desde la capital con sus mejores caballos y se apostaba fuerte. Eran seis días de fiesta continua, de cohetes y banquetes prolongados, se casaban apuestas y se comprometían los herederos con las hijas de los hacendados vecinos. Ningún año fallaba el circo, repleto de enanos y animales tan raros que sólo podían caber en la imaginación de los niños. Al año siguiente volvía con más enanos y un domador de fieras; se notaba, a leguas, que ya habían sido amaestradas. Al año siguiente, incorporaron en su elenco a un hombre que tragaba fuego, espadas y vidrio, y lo anunciaban como el hombre con tripas de fierro. Así, cada verano, todos esperaban las novedades que traería el Circo Atayde. Para las fiestas, don Rómulo Fonseca permitía a sus hijas desvelarse hasta las diez de la noche, pero con Rómulo era diferente, como era hombre y ya tenía edad para aprender, podía estarse con su padre hasta la medianoche, visitar con Zenón Avilés las barracas de los peones y quitarse las ganas con la muchacha que se le antojara.

Al anochecer del domingo que se pertrecharon, todo seguía igual, con esa calma que se percibe en el rictus de los muertos. No hubo tiempo de enterrar al mensajero, así que lo amontonaron en un rincón del patio y le echaron encima una cobija cuando comenzó a oler a muerto. Al destensar el día bajaron la guardia. Don Rómulo Fonseca estaba seguro de que llevaba las de ganar. Tenía casi treinta hombres armados hasta los dientes y, según él, dispuestos a dar la vida por la hacienda. Apagó su sexto puro de la tarde, bajó de la atalaya y se encaminó a la capilla para ver cómo estaban las mujeres. Pero antes de llegar, escuchó a lo lejos unas descargas de fusil y gritos iracundos. Volvió a la torre y tamaña fue su sorpresa al ver una caballada que avanzaba. “Zenón, ¿de dónde salió tanto desarraigado? ¿No dijiste que eran pocos?”, le gritó al capataz. De nuevo se asomó y alcanzó a ver el destello de las antorchas. Parecían ser cientos de hombres que corrían hacia la fortaleza de su hacienda, bien armados; los de la primera posición con machetes y palos de azadón, los de la retaguardia con carabinas de medio uso y el pecho cruzado de cananas. Don Rómulo ordenó abrir fuego y vio que los hombres caían como moscas, pero no dejaban de avanzar. En su desesperación mandó subir un cañón que tenía como reliquia del castillo de San Juan de Ulúa, pero fue más el desgaste de los hombres para subirlo a la atalaya que el provecho que le dio. Aunque lo recargaron con pólvora tierna y cualquier utensilio de cocina que hallaron, no pudieron hacerlo funcionar.

Pasada la medianoche la batalla seguía, y cerca del amanecer se decidieron las posiciones. Más de la mitad de los hombres que defendía la hacienda del Cabezón murió en la primera refriega y don Rómulo dispuso a los caídos junto al montón de moscas en que se había convertido el mensajero. La atmósfera se ennegreció por el olor a pólvora y a carne quemada, hasta que un estruendo de dinamita pura voló el portón principal y levantó una nube de polvo de la cual emergieron hombres de rostros desconocidos que llegaron hasta la casa grande, penetrando puertas y ventanas. Con antorchas en las manos dejaban rastro de su paso. Antes de poder accionar una vez más su máuser, el amo y cuatro de sus gatilleros, los únicos que quedaban con vida, se vieron rodeados. De entre la bola surgió un hombre cojo, trasijado, con unas cananas rebotándole en el pecho y una cicatriz profunda en la mejilla; se presentó con su nombre y para mayor seña dijo su apodo: “el Justiciero”.

La turba se agolpó sobre la casa, jalando cortinas y tapetes. Con los muebles hicieron leña y todo lo fueron apilando en el patio. No tardaron en encontrar la plata, el vino en los sótanos, los vestidos de doña Asunción y las niñas. Todo se volvió carcajadas peligrosas, una vorágine que no alcanzaba a seguir el ojo humano. En medio del

patio, el revolucionario con dos de sus lugartenientes hicieron la farsa de un juicio sumario, deliberaron un rato y antes de terminarse la primera botella de vino declararon culpable a don Rómulo y a sus hombres, de crímenes contra la nación. El Justiciero le dijo que había sido un juicio justo y volvió a preguntarle dónde estaban los caballos y las mujeres. “Si me dice la verdad, yo trataré de hacerle más rápido su paso a la otra vida. Voy a contar hasta diez”, le advirtió, y antes de terminar el conteo ordenó que buscaran por todos lados, mientras él llevaría al amo a ver sus tierras por última vez. Le pasó una soga entre el pecho y los brazos, montó un tordillo cara blanca y, amarrando la reata a la cabeza de la silla, salió a todo galope. Creyendo que salvaría la vida de su esposo, doña Asunción Fonseca emergió de su escondite; quiso obligar a las demás mujeres a quedarse a resguardo pero no le hicieron caso y, finalmente, salieron una por una. Eran muchas, algunas apenas con la adolescencia en los cabellos. Rompieron en llanto al ver el desastre y eso alarmó a la tropa. Arrepentidas, trataron de huir. La casa que conocían como la palma de su mano era ahora un gran laberinto. Corrieron por pasillos interminables, se metieron en un cuarto al escuchar una voz que les marcó el alto, cruzaron de una habitación a otra hasta llegar a la huerta, al final de la casa. Los hombres les cayeron encima, desgarraron sus vestidos; cada mujer fue violada hasta por quince hombres.

Al amanecer, el Justiciero estaba de vuelta, arrastrando un hombre hecho trizas. Desenfundó su machete y cortó la soga que jalaba a don Rómulo; luego varios revolucionarios lo levantaron de los cabellos y lo jalaron hacia la huerta. De los árboles colgaban tantas sogas, que hacían falta más prisioneros. Doña Asunción pidió hablar con el jefe, quien haciendo honor a su apodo, le concedió unos minutos. La escuchó hasta el final y, luego de un rato de silencio, le dijo por fin estar complacido ante la cooperación de la familia, por lo que cumpliría su palabra empeñada al hacendado. Pero antes ordenó que asistieran a la señora. Sin saber de dónde, el amo vio correr dos vueltas de soguilla alrededor de su cuello y el tirón se escuchó forzado, mientras salía humo por el roce con la rama. Don Rómulo dio los últimos manotazos hasta que su cuerpo quedó tendido a un metro del suelo. Se retorció, estiró los pies y las puntas oscilaron el vacío, exhaló un sonido gutural y los ojos se le saltaron con el último estirón. El siguiente fue Zenón Avilés, que daba pasos de ciego. Le habían quemado los ojos con el hierro para marcar a los animales. Enseguida tocó el turno a tres de sus hombres. El último fue Rómulo hijo, con su carita de niño. El Justiciero ordenó que le bajaran los pantalones. Doña Asunción estaba como loca, atada de pies y manos, tirada junto al árbol donde se mecía el amo. Un hombre llegó hasta ella y con una

patada en la boca la hizo callar. El Justiciero le preguntó a Rómulo si quería mucho a su mamá, y el muchacho apenas afirmó con la cabeza. Entonces, el jefe sacó un cuchillo de monte para cazar leoncillos, de un tajo le arrancó los genitales y ordenó el tirón de cuerda.

Durante toda la mañana los cuerpos permanecieron colgados. Sus sombras se hicieron largas. El sol del amanecer rechinaba en las cuerdas. Al mediodía todo era silencio. Los que no habían dormido andaban atarantados buscando qué comer entre los desperdicios. Apenas se escuchaba un llanto quedo multiplicado por la soledad de la derrota. Esa misma tarde se fueron los revolucionarios; en mulas cargaron la plata y las porcelanas y otros valores que de milagro no habían echado al fuego. Arriaron el ganado y, a lomo de caballo, se llevaron gallinas y las mujeres que estaban a la mano. Todo volvió a la calma, pero doña Asunción no despertó del petate donde dormía, en la casa del capataz.

Gertrudis ordenó bajar los cuerpos y darles cristiana sepultura. La hija mayor del amo fue la única que no salió detrás de su madre, ni tampoco dejó salir a Salvador. Se pasaron dos días en la oscuridad, abajo del altar de la capilla, donde había media docena de criptas con los nombres en oro de los primeros Rómulos. Desde ese día habló de venganza y ordenó poner todo de nuevo en su sitio. Repartió tareas y se empeñó en sacar adelante la casa en ruinas. De entre los escombros se rescató lo poco de valor que había quedado: la cama de sus padres, un aguamanil inglés de porcelana pintada a mano en tonos azul cielo; un espejo enorme descascarillado que días antes lució hoja de oro en el marco; dos vestidos de diario y algo de ropa de cama que estaba tendida al sol el día de la revuelta. Las mujeres deambulaban de un lado para otro, los revolucionarios habían enrolado en sus filas a los peones, y a los que no quisieron seguirlos, los colgaron. También se llevaron a los niños que pudieron, y envenenaron, con un animal muerto, el agua de la noria, por lo que los sobrevivientes debían acarrearla del arroyo, pero el hambre les fue comiendo la voluntad y en menos de dos semanas la hacienda quedó hecha un montón de hierros retorcidos y pedazos de tierra sin entrañas. Los más jóvenes huyeron apenas con lo que traían puesto. Sólo quedaron los viejos, Gertrudis Fonseca y sus cinco hermanos menores: Clementina y Eladia, las gemelas que dormían en el regazo de doña Asunción la mañana en que murió, y el pequeño Salvador. Soledad, la tercera de sus hermanas, fue la única que huyó; no se conocía su paradero. Gertrudis se enojó aún más cuando le confirmaron que no había muerto a manos de los alzados, sino que aprovechando la confusión se fugó con un muchacho callado y macizo con quien se citaba en la antigua curtiduría, él se ocupaba de los establos y de acomodar su

caballo para que lo montara. Le dijeron que había vuelto por ella a pesar de todo.

Tenían que salir al campo, rascar la tierra para comer raíces o pedazos de tubérculos que no hubieran sido devorados por las ratas la noche anterior. Sólo el guayabo que estaba al final de la casa seguía floreciendo, pero tenían prohibido comer uno solo de sus frutos. Desde el día de los colgados, la guayabas, con aroma a podrido, rodaban por el suelo para empacho de los gusanos. Gertrudis prefería morir de hambre antes que recibir alimento de las ramas que habían sostenido la vida de su padre y madurado su muerte. Se pasaba algunas tardes encerrada en el despacho con Salvador y, otras veces, les contaba a sus hermanas historias de abolengo, prometiéndoles que pronto encontrarían gente que quisiera trabajar la tierra, que no tardarían en volver aquéllos que los habían abandonado. “Pero no los voy a dejar entrar nunca más, nunca más”, repetía una y otra vez. Salvador la escuchaba atento y siempre terminaba dormido en su regazo. Todos los días Gabina, la que fue doncella de doña Asunción, insistía en que huyeran, pues se estaban muriendo de hambre. “No hay adónde ir. Ésta es todavía mi casa y esta tierra es lo único que tengo”, le respondía Gertrudis con los ojos llenos de coraje al tiempo que le mostraba la bolsita de cuero que el abuelo había dado a su padre, y que ella recuperó de su chaleco antes de que lo enterraran. “Ya habrá algo para comer, esto no puede durar mucho”, repetía, y salía con Pedro Rubicundo al campo. A medida que pasaban los días y se alejaban más de la hacienda, comprobaban que todo era peor de lo que suponían. Las siguientes semanas resistieron a otras escaramuzas de revolucionarios. Las dos escopetas que pudieron conservar se convirtieron en un dilema de supervivencia: o se terminaban las pocas balas que tenían para defenderse, o las usaban para la cacería. Hasta que el invierno llegó y se coló por las rendijas de una casa en ruinas que aún guardaba olores de ceniza. Las condiciones de vida en la hacienda del Cabezón eran cada vez más precarias. No sólo hacía falta alimento y ropa que aguantara el frío, sino que a veces también se extrañaba la fortaleza interior. Los pocos que aún vivían en la hacienda estaban dominados por el miedo. Gertrudis Fonseca hacía que todas las mañanas se formaran en el patio de la casa para darles una nueva orden, pero en realidad era para confirmar que nadie hubiera huido. Los tenía amenazados con matarlos si no volvían del campo aunque fuera con piedras para defenderse. Luego les daba ánimos con mentiras que nadie creía y les aseguraba que el año siguiente todo sería distinto. A finales de noviembre el cólera, peor que los alzados, sembró la muerte en la región. Las gemelas, apenas un poco mayores que Salvador, quienes nacieron compartiendo el

mismo útero, también tuvieron el mismo destino: el cólera las dejó con los huesos pintados debajo de la piel y los labios carcomidos por las moscas. No había nada más que hacer en esa casa en ruinas. La tierra era una tolvanera y el viento insistente sólo traía el olor de la guayaba.

De aquellos días, Salvador Fonseca jamás olvidó los cuerpos colgados de los árboles, la ruina en que se convirtió su casa, ni el amor de Gertrudis. El filo del invierno los cobijó. La hermana mayor dejaba de comer para alimentar al pequeño y, en las noches, cuando el fuego se achicaba, lo cubría con las tiras de su cuerpo. Por los días en que enterraron a las gemelas sólo quedaban menos de diez personas, y Gabina insistió en que dejaran la hacienda y se fueran para la ciudad. Entonces Pedro Rubicundo le dijo que tenía trazado un plan de viaje, que a más tardar en tres días de camino llegarían a la capital. Por fin Gertrudis dudó y les respondió que si la situación no mejoraba después de Navidad, los dejaría ir en busca de ayuda. Ésa fue la última Navidad que pasó Salvador en la hacienda del Cabezón; no hubo cena ni regalos, apenas una sopa caliente y un rosario silencioso antes de la medianoche. En los primeros días de enero, Gertrudis Fonseca dejó de quejarse del dolor de costado que tiempo atrás la estuvo fatigando y que el día de los Santos Reyes le impidió levantarse de la cama. Tenía los ojos hundidos y la mirada vidriosa. Ardía en fiebre y deliraba frases de venganza. Su respiración acompasada se convirtió en un quejido que sólo se interrumpía por una tos ostentosa y terca. Anita, la cocinera, estuvo pendiente de su pequeña ama. Los días completaron una semana, su cuerpo hizo crisis y cayó en la inconsciencia. Sabían que aún vivía porque no dejaba de resollar y tenía los pies tibios. A pesar de ello comenzaron a velarla.

Pedro Rubicundo, desde la capilla, arrastró la imagen de la Virgen de la Asunción y la puso a un lado de la cama. Se sentaron a esperar. Mientras tanto, Clementina, Eladia y Salvador, jugaban afuera de la casa del capataz a que morían a balazos y revivían para volver a morir. Antes de finalizar el mes, a Gertrudis Fonseca se le contrajo la respiración y un estertor oscuro dejó escapar las secreciones de su cuerpo. Era lo único que contenía su voluntad de acero, y murió con un suspiro prolongado hecho nudo en su garganta. Cuando Salvador vio a su hermana con los brazos cruzados en el pecho y un pañuelo sobre el rostro de cera, le vino a la memoria la imagen de su madre, y supo que jamás volvería a verla. Estaba solo en el cuarto. Había flores de campo en jarrones improvisados. El aire era denso, con olor a sebo. Se acercó despacio, muy quedito, utilizó la bacinica para subir sin dificultad y se acostó a su lado. Buscó el calor de su vientre, el candado de sus brazos y, en silencio para no despertar a los muertos,

lloró su orfandad a los cuatro años.

La mañana del viernes un grupo de niños se alejó demasiado del albergue. Siguieron la alucinación de unos hombres con armaduras propias de conquistadores que buscaban a gritos un galeón perdido. Eran rubios y barbados, no dejaban rastro de su andar y cogieron el camino al Maloaste. A los pocos pasos, los niños dejaron de verlos y escucharon un silbido de dolor entre las rasgaduras del viento. Quisieron volver, pero otra vereda los confundió y se encontraron con un charco de serpientes negras que despedían luz al moverse y chispeaban al atizarlas con palos. Les pareció divertido y volvieron a hacerlo, hasta que Fidencio se acercó demasiado para golpearle la cola a la más grande. La víbora lo mordió en el tobillo; el niño recibió una fuerte descarga eléctrica que le prendió la carne como un relámpago y una luz de tinieblas le subió por el cuerpo hasta ponerle los pelos de punta. Los ojos se le cocieron y ahogó un grito entre los humos de la chamusquina.

Caminando entre despojos, el padre Ramberto recorría las calles de Analco. Cargaba entre sus manos, a la altura de su pecho, al Santísimo, repitiendo frases en latín que el viento arrebataba de sus labios y, como si fueran de cristal, las reventaba contra los muros lastimados de las casas: “El diablo toma formas grotescas para apoderarse de la conciencia de los hijos de Dios”, decía. Lo acompañaba el Chato, su monaguillo de incienso, que sin ton ni son repartía mudos campanazos. Una pequeña procesión iba atrás de ellos, pisando piedras cachetonas casi desenterradas. El viento no había cesado de rasgar, como cuernos ateridos, la esperanza de la gente. Se cubrían el rostro con paños, caminaban inciertos entre rezos profundos y atragantados. De pronto el señor cura se detuvo y los demás hicieron lo mismo. Se encontraron con el costillar de un niño quemado hasta los huesos en medio de unas culebras. “Son visiones del infierno”, gritó mientras les echaba agua bendita creyendo que desaparecerían; pero avivaba su destello y eso evitó que se atreviera a pisarles la cabeza. “¡Están vivas!”, gritó y las rodeó asombrado. Decidió dejar la campana y el incienso que el viento se empeñaba en devorar. Le gritó a sus fieles que no se acobardaran o arderían en el fuego eterno. “Ésta era la mayor prueba de fe, enfrentemos a Satanás, síganme”, les ordenó, pero antes de dar el segundo paso se detuvo. El Chato, con su vestido rojo y blanco de monaguillo, fue el primero que se puso a su lado, mientras la mayoría de los hombres se quedó quieto. Ramberto arremetió furioso contra ellos y de una vez los condenó, les dijo que morirían sepultados por su miedo. Se fueron rumbo al Santuario, el templo que estaba en la parte más alta del

pueblo. El camino para llegar era largo y empinado; de los cuatro templos de Analco, era la iglesia más alejada del centro, construida de paso a la sierra, cuyos grandes ventanales con emplomados diurnos semejaban frescos de la Capilla Sixtina. Ahí estaba una imagen ardorosa de La Purísima, donada por Leocadia Rubio, en su primer aniversario de viuda. Lo único que se le ocurrió al señor cura fue dejar al Santísimo en el altar y regresar a la parroquia de San Pedro con la virgen. Su sentido común lo guiaba en esta batalla sin cuartel. Las tácticas de guerra no eran su fuerte, así que este cambio de santos lo hizo para descontrolar al enemigo. Se dio tiempo para mirar el rompecabezas en el que se habían convertido los vitrales y ordenó a unos hombres que recogieran los pedazos antes de cargar el baldaquín de la virgen. Ramberto tenía pústulas en las mejillas, no había querido cubrir su rostro, prefirió darle la cara al enemigo, enfrentándolo abiertamente. Sus ojos estaban enrojecidos e hinchados, hacía tres días que no cambiaba su ropa, su sotana parecía sacada del fondo del abismo. La procesión se encaminó al convento de Las Descalzas. Cada vez lo seguían menos personas; quedaban varados a medio camino como estatuas de sal y el más leve arrebato soporífero del viento los derribaba hasta cubrirlos de arena.

Al llegar al convento, sor Simona urgió su presencia. La hermana Matea se estaba muriendo. El señor cura llegó a su lecho con la consternación de sus primeros ejercicios en el oficio. Matea le pidió que se acercara, confesó lo que había vivido, lo que era para ella el pueblo de Analco, le habló de la Nina Ramos con una precisión que lo acercó a lo increíble. Entre encías abigarradas le advirtió que se cuidara o, lo que era mejor, que huyera antes de que fuera demasiado tarde. El padre Ramberto no podía creer lo que escuchaba y pensó que eran delirios de la moribunda. Ya no quiso tocarla, ni siquiera le cerró los ojos, que quedaron observándolo con esa mirada que descubre miedos. Se alejó de la cama, permaneció quieto a unos pasos, escuchando el silencio. Trató de abrir la puerta pero algo se lo impidió, entonces su otro miedo, el del encierro, comenzó a revivir en su respiración. Jaló la puerta con toda su fuerza hasta hacerla ceder. Sintió una calma infinita; el viento había dejado de galopar, como si alguien de pronto hubiera cerrado las puertas del infierno. Caminó por el corredor, dejando su rastro en las dunas de arena. Se detuvo en medio del patio, cegado por el sol inmenso y anaranjado. El padre Ramberto se llevó las manos a los ojos y haciéndose sombra con la diestra en la frente volvió a ver el sol como sostenido por un recuerdo. Estaba solo. Aquellos que se arrastraban a sus pies cuando llegó al convento, habían desaparecido. Se dio cuenta del deterioro. De entre los escombros, comenzaron a salir las monjas, como quienes

despiertan de un sueño profundo, brincando cachivaches. Se deslumbraron con el oropel del sol y, sin decir palabra, se congregaron alrededor del cura. Ramberto se persignó, juntó las manos a la altura de su pecho y rezó, ellas hicieron lo mismo. Luego le dijo a sor Petronila que los días de las vacas flacas habían terminado, el Señor por fin había escuchado sus oraciones. Al salir, sintió más fuerte el olor a putrefacción, buscó en la manga su pañuelo —el que le regaló Pomposa siendo una niña, cuando él llegó a Analco, que tenía bordadas las iniciales de su nombre, en azul marino— pero recordó que días antes lo había perdido, entonces se cubrió nariz y boca con el brazo y caminó por calles desiertas hasta la casa de la Nina Ramos.

En la casa grande había gente amontonada en los pasillos. Quisieron incorporarse al verlo pasar echando bendiciones a diestra y siniestra. Desde el comedor, la Nina le hizo una seña y él, por un instante, juró ver un cardumen de caballos a todo galope, y peces de colores pastel nadar en ese océano chiquito que era el denso lugar en el que estaba la señora. La Nina lo esperaba al final de una larga mesa con veinticuatro asientos. El padre se detuvo, desconoció la figura empequeñecida de la madrina, su cabello gris y un leve temblor en la cabeza. Estaba sentada con las manos sobre un bastón negro de mango de plata. Su mirada era quieta y su voz serena le indicó una silla. Le confesó la verdad. Comenzó con un relato de viejas rencillas y enemigos poderosos que habían tomado la fe de los hombres y las mujeres de Analco. La voz de augurio de la señora le puso en el oído varios nombres que él conocía. Otra vez Ramberto buscó su pañuelo. No daba crédito a lo que escuchaba, si no fuera porque se lo estaba diciendo la señora de Analco.

Don Belisario Rojas llegó para dar un informe de lo acontecido en las últimas horas. La Nina lo dejó pasar y en menos de lo esperado escucharon los pasos del doctor Leonardo Ralla. La señora le señaló la silla a su diestra, igual que al alcalde. Pomposa se quedó vigilante en la puerta del comedor. Entonces los increpó diciéndoles que no sólo se trataba de conjuros y maleficios; tampoco eran caprichos de la naturaleza ni pruebas del Señor. Les recordó la noche en que Lupe Santos disparó contra el Cápora, la noche que se fracturó la campana mayor de la iglesia, y luego de un silencio que se prolongó lo que un bostezo, continuó: “Pues del tañer de esa campana es de lo que voy a hablarles”.

La partera cubría el cuerpo de Dolores Ralla con una sábana de hierbas olorosas. “Apártate, y envaina tu espada, no dejaré que le cortes la cabeza”, gritó Nacha al tiempo que lanzaba unas aguas sulfurosas al viento. Tenía la cara encendida y el cabello suelto en una

maraña. El quinqué de flama gótica que chisporroteaba como alma en pena, multiplicó su sombra. La sangre estaba quieta en el piso, la herida en la cara había dejado de latir, el resuello de la niña era acompasado. Azrael, el Ángel de Exterminio, plegó sus alas de viento y, con su mirada sin rostro, aguardó. La yerbera sacó puños de sal de su mandil para hacer un círculo alrededor de la cama, rematándolo con una forma que figuraba una estrella. Encendió un sinfín de velas. La reacción de Azrael fue inmediata. Su constante aleteo revolvió la habitación, hacía sonidos feroces y rechinaba los pies en el suelo buscando por dónde saltar. Nacha lo enfrentó, los instantes se le iban rápidamente, sacó de su morral el libro de Salmos y comenzó a leer de izquierda a derecha la *Deprecación para un justo enfermo*, que sólo se le entendía cuando gritaba: "Vuélvete, ¡oh Yahvé!" La fuerza de la oración fue como un espacio que se abrió en el tiempo y una luz finísima iluminó el cabello de la dormida. Nacha supo que era la mano del ángel de la guarda que estaba para proteger a Dolores. La presencia del arcángel se sintió de inmediato en la figura erguida de la yerbera, quien haciendo círculos con los brazos buscó el aire denso de Azrael. Volvió a retarlo. El Ángel de Exterminio resopló con el hálito de sus alas y se golpeó contra las paredes, hiriéndolas con su coraje. Se dejaba caer, desaparecía e inmediatamente se erguía con más fuerza. Pero todo fue inútil. No pudo atravesar el círculo de pureza que las protegía y se sentó en una escalera imaginaria sostenida por el viento, que se perdía en la redonda luna del tocador. Clavó su espada en el suelo sin herir el mosaico y esperó la pesadez del sueño. Nacha deshizo unas flores de amapola, las tendió sobre el rostro de Dolores y comprobó que la bala había salido casi sin dejar rastro. Le acomodó los brazos al costado del cuerpo, puso en su mano izquierda una pata de gallina y le embadurnó la herida con barro acedo y jugo de jitomates verdes. Sopló en la boca del estómago para que le llegara más rápido oxígeno a los pulmones y se sentó con los ojos en vela.

Leonardo Ralla llegó con sus instrumentos en un estuche de plata. Al abrir la puerta de la habitación donde su hija se estaba muriendo, se espantó al verla tendida entre velas de sebo, un círculo perfecto y tirones ensangrentados. La peste lo hizo imaginar lo peor. "Deje ahí, don Leonardo", le dijo Nacha casi en un grito. "Es sebo de puerco y el olor es el de la muerte que se está quemando en su lumbre, por eso las flamitas chuecas". Azrael se había perdido en la escalera del espejo, pero dejó la puerta abierta. De un manotazo el doctor Leonardo Ralla tiró los afeites del tocador, preparó un suero y alineó tenazas inoxidables. Al mirarse en la redonda luna, se desconoció y un viento de presagio le repitió lo que la yerbera le había dicho. Se acercó a la cama, revisó la herida y las curaciones de Nacha. Se sintió traicionado

por sí mismo, tan vencido, que quiso creer en un milagro.

—No voy a suturar, Nacha. Sólo me queda confiar en sus atajos para que no llegue al cielo —le dijo el doctor.

—Déjeme usted, yo sé de eso —contestó la yerbera.

Nacha había aprendido todo lo que sabía de la Nina Ramos. La señora le había enseñado sus secretos, a distinguir la vida de la muerte en las pupilas de los enfermos. Desde niña se había criado con ella, después de que la separó de sus padres con el pretexto de que estaba vieja y necesitaba compañía. La verdad, sin embargo, era que buscaba en quién confiar. Al poco tiempo Nacha quedó huérfana, cuando descubrieron que toda la familia había muerto intoxicada, una noche que respiraron el carboncillo de la hoguera, apagada por el frío. La Nina nunca dejó que se casara. Nacha era hermosa como un resplandor y a veces se encorajinaba con la madrina, por haber dejado marchitar su belleza sin que un hombre le hubiera aplacado los ardores del vientre. “Tú no estás para esas cosas, Nachita, son pura pérdida de tiempo —le decía— para ti he reservado una vida mejor, bien sabes que eres todo lo que tengo”. Muchos años después le dio su casa, por donde comenzaba a perderse el arroyo de la Tuba. Fue un año antes de que llegaran los Ralla. El doctor la despertó del trance de ilusiones en el que estaba y le pidió que lo dejara solo con su hija. La partera aprovechó para ir a ver a Carmen. Al salir se encontró con Ataúlfo Rojas que desde hacía rato esperaba, como soldadito de plomo, que le permitieran ver a Dolores.

Después del atentado la Nina Ramos no quiso moverse de su poltrona y cuando lo hizo se ayudó con la antigua silla de ruedas de don Alonso de Alvarado. Se la pasaba tomando té de yerbas que le hacía Pomposa. Fue a Nacha a quien confió la vida de Dolores, como una nueva muestra de lealtad. “Hasta para una madre hay hijos favoritos”, le confesó en medio de nuevos consejos. “Me está poniendo a prueba”, contestó Nacha. “Obedece”, interpuso la Nina al momento que Pomposa se acomedía a abrir la puerta. Enseguida mandó por la madre superiora y le pidió una comisión de cuidados intensivos, por lo que dispusieron que sor Judas y sor Felipa ayudaran a velar el sueño de Dolores; se turnaron las horas con el doctor Leonardo Ralla y Nacha. A veces Pomposa llenaba el ambiente de rezos insufribles y preguntaba a cada rato si pronto la niña se despertaría. Después de dos semanas todo seguía igual, Dolores mejoraba pero no daba señales de volver en sí. Desde el púlpito el padre Ramberto informaba sobre su estado de salud, pedía un extra de oraciones y mandaba un salmo de campanas, que a veces se prolongaban igual que un oficio de

viernes primero. Se dividieron las guardias. Un grupo de ancianas, capitaneadas por Eduviges la de Rufino, fue el primero en ofrecerse. Juntas hacían apenas un montoncito de gente, y cada una traía sus propios remedios. Aseguraban que con nueve días de rosarios ininterrumpidos harían que Dolores se levantara aunque fuera levitando. Gracias a la intervención de la Nina Ramos, que no puso en duda la gracia madura de las beatas del curato, pero juzgó como una intromisión al sueño reparador de Dolores, lograron mantenerlas a raya. Todas las noches, desde el atentado, sor Judas consultaba el infinito. “Los astros no presentan pesadumbre sobre esta casa”, le comentaba después a Nacha, asegurándole que las estrellas eran mejores predicadoras que sus ungüentos. Sólo en los días de crisis, cuando Azrael insistía vapuleando sus alas, la yerbera sacaba a todos del cuarto y ella volvía a estabilizar a Dolores. No sabían con quién hablaba, pero detrás de la puerta oían sus gritos y ruidos extremados, que no eran de este mundo. Personalmente le informaba a la Nina, y a pesar de que parecía que la señora no la escuchaba, en los momentos de mayor gravedad le respondía con una nueva fórmula, o sacaba de sus cajones un remedio urgente.

Lupe Santos esperaba la justicia en un cuarto de la presidencia municipal. No dejaba de amenazar, de repetir que lo volvería a hacer si pudiera, que él no quería matar a la chiquilla pero ella se le había atravesado. A muchos les extrañó que la madrina, con un coraje desconocido, impidiera que lo lincharan esa misma noche. Puso un resguardo de hombres que a fuego de antorchas iluminaron los cuatro puntos cardinales de la alcaldía, donde lo tenían preso. La Nina Ramos no quiso tomar una decisión apresurada. “Todo a su tiempo”, le contestó a Pomposa cuando la ayudaba a meterse a la cama. Días más tarde le ordenó al Cápora que se encargara de él, que hiciera lo que fuera necesario para no volver a saber de Lupe Santos en Analco. “¿Me entendiste?”, terminó diciéndole. “Mala yerba nunca muere, madrina”, le dijo Nacha cuando el mayoral las dejó solas.

La misma madrugada que el Cápora se llevó a Lupe Santos, un fuerte aguacero cayó sobre Analco. Los relámpagos iluminaban el camino de la emboscada y sus tronidos se confundían con la voz de un arma. Antes del amanecer una luz densa cayó sobre la ventana de Dolores. Se despertó. Lo primero que dijo fue “agua” y lo último que vio fue una escalera que se esfumaba en la profundidad de una luna llena. Nacha notó la alucinación de la niña y volteó hacia el espejo, pero lo único que vio fue su imagen con el cabello enmarañado y un montón de arena al pie del tocador. Estaba sola en el cuarto. No quiso esperar a que llegara el doctor Leonardo Ralla y fue por agua a la cocina, donde se encontró con Pomposa; fueron a darle la noticia a la

Nina. Domitila corrió a la casa del doctor para que se apurara, luego avisó al alcalde y al padre Ramberto, que estaba por comenzar la misa de siete. La suspendió y desde el púlpito advirtió el milagro que acababa de obrar el Santo Niño de Atocha en casa de la Nina Ramos, y otra vez las campanas de la iglesia revivieron el júbilo. Prócoro necesitó de otras manos que le ayudaran a repetir la hazaña de hacerlas cantar. En un abrir y cerrar de ojos el mercado se vació de gente, la iglesia y el convento aplazaron sus oficios, los jornaleros aventaron sus herramientas y corrieron al pueblo. La casa de la Nina se sofocó por el montón de fieles que llegaron detrás del señor cura a presenciar otro milagro de Dolores: su resurrección. En el momento en que la niña se incorporó, las beatas cayeron de rodillas y Eduviges la de Rufino soltó un canto improvisado de evangelios. La señora hizo "ssh" y el sonido se fue repitiendo de boca en boca. Con mano segura la Nina Ramos ofreció un vaso con agua de jamaica a Dolores, quien lo cogió a diez dedos y lo bebió de un trago. Todos escucharon su respiración en la profundidad del vaso y los de adelante alcanzaron a ver cómo se llenaba de vaho. Luego volvió a acostarse y se abandonó a merced del sueño. Su padre no consideró oportuno levantarla hasta el tercer día.

Esa mañana, la señora le ordenó al Cápora traer los mejores mangos de la barranca, ciruelas enormes como para llenar puños. Dispensó la jornada a sus trabajadores y quiso que la banda de música tocara en el kiosco de la plaza, desde temprano. Leocadia Rubio confeccionó para Dolores vestidos dignos de una ungida, y los tuvo listos antes del amanecer. Una vez más la casa grande fue un hervidero de curiosos, donde se pisaban unos a otros por el mejor lugar. Los rezos llenaron otra vez las bocas de las más viejas. Entre sor Judas y el doctor levantaron a Dolores, quien caminó unos pasos y chocó con el luto de Carmen Rojas. Doña Lucrecia le habló dulcemente y la niña volteó hacia el lugar de donde provenía la voz, pero no vio nada. Trató de caminar y cayó de bruces. La Nina preguntó qué pasaba. "¡Está maldita, como todos ustedes, eso es lo que pasa!", le gritó doña Lucrecia, y volvió a decir que Nacha era bruja y se había vuelto en contra de su estirpe. No quiso acercarse a su hija. Sólo el padre Ramberto la pudo volver en sí. Leonardo Ralla abrazó a Dolores, contuvo la fuerza de su llanto murmurándole amores al oído. Entonces pidió que lo dejaran solo con su hija y la última en salir fue Pomposa, quien empujó la silla de ruedas de su madrina.

Al alcalde no le importó que su mujer estuviera a punto de parir. Estaba enfurecido por la vergüenza, decía, de enredar a su familia en un pleito de burdel. Juan Belisario se agazapó en el suelo, y se resignó a la tunda que desde hacía algunos años ya no recibía. En la mitad de los golpes, unos toques en la puerta dejaron al alcalde con la mano en el aire. Era la nana Prudencia, quien venía a avisarle que ya no había nada que hacer: Carmen estaba bien pero la criatura había nacido muerta. "Por tu culpa, ¡cómo fue posible que te enredaras con una puta!", gritó al tiempo que le daba otra bofetada a Juan Belisario, y sacó una vara de membrillo que usaba especialmente para educar a sus hijos. "Judith no es puta", le contestó el muchacho, con los ojos vidriosos de coraje, quien volvió a agazaparse cuando sintió los varazos. Volvieron a escuchar a Prudencia golpeando en la puerta. Por fin atendió don Belisario; antes de salir le dijo que se lavara la cara. Juan Belisario tragó saliva y fue a sentarse en un extremo de la cama. Dijo para sí mismo que tenía rabia por ser cobarde. Con el dorso del puño se limpió las lágrimas y la sangre que le corría por la nariz, pero no le importó eso, sino pensar en lo que le estaría sucediendo a Judith en manos de María la Blanca; entonces tomó la decisión de rescatarla y dejó de llorar. Toda la tarde estuvo ahogándose en su angustia y al anochecer escuchó las vueltas de la llave. Era Noé, su hermano. "Dicen que Dolores se está muriendo", le dijo. Juan Belisario no se inmutó. Sin embargo, le pidió que llevara un recado a Judith. "Cómo

se te ocurre. La cosa se está poniendo peor", contestó Noé, "y yo no me atrevo a ir a casa de María la Blanca. Oí decir a papá que hoy te llevarán preso". Al otro día, ya crecida la mañana, Juan Belisario volvió a escuchar el cerrojo de la puerta. La nana Prudencia entró con la bandeja de la comida, y con señas el joven le dijo que cerrara, mientras ella dejaba la bandeja sobre la cama. Se abrazaron y a Juan Belisario se le agitó el resuello. El muchacho le entregó un sobre urgente que la mujer escondió en el busto y en medio de sus consuelos le juró que iría a ver a Judith, que ella se daría sus mañas. Esa misma noche Prudencia fue a casa de María la Blanca. Ya había dado de merendar y tuvo el tino de esperar hasta que pasara la bendición. La gran puta la recibió con las manos en jarras. "Da la casualidad de que estamos trabajando, ¿no ves?", dijo, y señaló con sus manos a su alrededor: había tres o cuatro hombres que en sus visiones de borrachera vieron entrar a una mujer, pequeña y vieja. No le permitió ver a Judith y la echó de su casa con gritos destemplados. La vieja nana supo lo equívoco de su táctica, se valió de otros medios y antes de la medianoche le entregó el recado a Judith en propia mano.

Para cuando Nacha llegó a ver a Carmen Rojas, ya había perdido el bebé: un varón que nació muerto, con las manitas cubriéndose los ojos. La nana Prudencia le ofreció la bacinica, pero Carmen la rechazó. Necesitaba ir a la letrina, así que se apresuraron, acompañadas por un aparato de queroseno que llevaba otra mujer. Al cruzar el corral, a unos pasos antes de llegar, Carmen Rojas no se aguantó más y soltó el cuerpo. El niño se le desprendió sin el mayor esfuerzo, hizo "plaf" en el barro, que le salpicó los pies. Prudencia lo levantó inmediatamente y le limpió la nariz, le pasó la oreja por el cuerpo y supo que estaba muerto, no por la caída, sino que se había malogrado en el vientre. Nacha no tuvo nada que hacer, más bien Carmen Rojas le dijo que estaba cansada de tanto embarazo, "pero Dios dispone, Nacha", terminó quejándose. La partera no estuvo de acuerdo con las decisiones divinas y volvió a proponer la solución para que dejara de parir. "Tu nomás me dices y ya está, verás cómo descansas". "No, mujer, sería incapaz de hacerle algo así a mi señor. Luego ya ni voy a poder comulgar. Esas cosas se notan". Nacha guardó silencio y siguió haciendo su oficio de yerbas. Al regresar con Dolores, se encontró de nuevo con Ataúlfo, ahora sentado al pie de un pilar del corredor, esperando.

Mientras don Belisario Rojas intentaba encontrar un mejor lugar para su hijo, le improvisó un espacio en el chiquero de los puercos —puso dos tablones cubiertos con cobijas, semejando una cama, apenas levantados del suelo por unos ladrillos— y lo amarró de un pie a un travesaño. Según el alcalde, ahí escarmentaría, pero el castigo surtió el

efecto contrario. Ajustándose el plazo que le escribió en el recado a Judith, Juan Belisario se quitó la cuerda del tobillo y salió caminando como si nada por la puerta del corral. Llegó unos minutos tarde porque tuvo que distraer a unos borrachos que gritaban que un muchacho igualito al hijo del alcalde estaba brincando la barda de María la Blanca. Al final, uno de ellos le sirvió de apoyo y el otro fue testigo de cargo al día siguiente en casa de la madrina. Cuando la Nina Ramos se enteró de que el miércoles Juan Belisario no había amanecido en el chiquero de los puercos, que no lo encontraban por ningún lado y que un trío de borrachos lo había ayudado en su descarada huida, mandó llamar a don Belisario y estuvieron toda la mañana encerrados en la biblioteca.

Juan Belisario comenzó a temblar, pero no de miedo, sino de otra sustancia que le humedeció el cuerpo. Judith lo abrazó y le dio caricias de consuelo, que de inmediato se convirtieron en cariños de ansiedad sin respiro, en libertad de manos que buscan y encuentran. El deseo los derribó de la cama y se arrastraron por el suelo, para seguir amándose en un rincón con movimientos acompasados y sonidos de herida mortal. Con el delirio que rehúye instantes de tregua, terminaron bebiendo uno del otro con una sed que no se sacia, que se convierte en hambre, empapados y gimiendo un solo resuello, sintiendo por primera vez el pánico de no volver a ser uno mismo.

El aguacero los sorprendió apenas saliendo de Analco. Caminaron desde la madrugada siguiendo el rastro del Cápora. Los cascos de su caballo se hundían en el lodazal, dejando profundos hoyos que la lluvia insistía en borrar. Lupe Santos iba con las manos atadas a la espalda, caminando delante del caballo. Según los cálculos del mayoral, pronto llegarían a las minas. Cuando Juan Belisario y Judith divisaron el límite del río como una franja de plata que comienza a oscurecer, ya no estuvieron tan seguros de seguir adelante. Juan Belisario cayó en la cuenta de que nunca había visto tanta agua junta. A lo lejos alcanzó a distinguir cómo se alejaba la panga, con el Cápora sujetando su caballo, y junto a los pies del panguero, un bulto que seguramente era Lupe Santos. Cuando vio la otra orilla, no estuvo seguro de que lo pudieran cruzar a nado. “Nos moriremos aquí”, chilló Judith entre el torrencial que apagó su voz. Pero a Juan Belisario nada lo detendría, así se lo dijo y la refugió en sus brazos. Luego se echó a correr río abajo. Se metió para comprobar la fuerza del agua y la corriente lo revolcó. En el intento perdió su saco de casimir azul marino que la Nina Ramos le había regalado al cumplir quince años.

De regreso, el panguero vio a una muchacha esperando cruzar el río. Ella trató de ocultar su miedo antes de oírlo decir un montón de

palabras que tampoco quiso escuchar. Nepomuceno Aguirre bajó de la panga y antes de terminar de hablar, ya estaba frente a Judith, con una mirada desbocada y ansiosa. El viejo sonrió y dejó ver los dos únicos dientes que le quedaban. Se pasó la lengua por entre ellos y como si algo lo hubiera distraído, hizo un ademán como queriendo callar a alguien. Judith no vio a nadie, aunque sí escuchó un forcejeo de perros, atados a un recuerdo. Nepomuceno Aguirre la cogió por los hombros y al tratar de besarla distinguió a Juan Belisario apuntándole con una pistola. El viejo sacó un cuchillo y se le fue encima, pero un disparo le reventó un ojo. Los amantes echaron la panga al río y antes del anochecer llegaron a lo que se conocía como El Paso del Vigía, un estrecho donde se juntan el día y la noche, donde la corteza de los árboles tiene forma de rostros humanos que miran. Buscaron un resguardo, y en una cueva de lobos encontraron el cuerpo de Lupe Santos.

Antes de dejar la hacienda del Cabezón, Salvador guardó en su bolsillo un camafeo de oro y concha nácar con el retrato de su hermana Gertrudis, y en el guarda pelo, un mechón de sus cabellos. Pedro Rubicundo se armó de valor y con lo poco que les quedaba emprendieron la huida. A su paso dejaban rancherías en cenizas, el hambre los movía a seguir adelante. Iban el huertero, su mujer, y las dos únicas hermanas de Salvador que habían sobrevivido. Era difícil andar con tres niños, había que alimentarlos y ponerlos a dormir en lugar seguro. La mayor preocupación de Pedro Rubicundo eran las niñas, Clementina y Eladia. “Ya están en edad de entender”, le dijo a su esposa una de las noches que pasaron a la intemperie. Cuando llegaron a San Francisco del Rincón, Eladia acababa de pasar por su tercer ataque de asma. Gabina fue al mercado a buscar algo de fruta y sólo consiguió huesos de res para un caldo, y allí aprovechó para preguntar sobre el convento de la Virgen de la Soledad. En un primer momento las monjas no quisieron recibirlos, hasta que se dieron cuenta de que de verdad una de las niñas estaba grave. No hizo falta revisión médica. A primera vista la superiora supo que la pequeña ya estaba muerta y era urgente darle sepultura. Pedro Rubicundo preparó la tierra, y esa misma tarde la enterraron en la huerta del convento. El viejo escogió un rincón soleado junto a una camelia de raíces dulces que floreaba en otoño pálidos sueños. El entierro no tuvo el mayor significado para nadie. Las niñas del convento, como las monjas, ya estaban acostumbradas a sepulturas rápidas, sin llantos ni misas prolongadas.

Después de varias semanas tuvieron que dejar el convento. Ni siquiera los muchos oficios que les hacía Pedro Rubicundo, ni las duras jornadas que completaba Gabina, fueron suficientes para poder quedarse. Las religiosas aceptaron sólo a Clementina, con la condición de que a su debido tiempo profesara bajo la orden de las mercedarias. El matrimonio y Salvador debían dejar el convento en los próximos días.

Desesperado, sin saber qué hacer ni adónde ir, Pedro Rubicundo escuchó en los portales que el general Pancho Villa pagaba bien a los hombres que peleaban con él, y nunca les faltaba comida ni techo donde dormir. También le contaron que el general era un hombre justo y generoso, que su ejército era invencible. Esa mañana Pedro Rubicundo siguió perdido en los portales del pueblo, ensimismado en sus decisiones, tratando de no caer otra vez en el recuerdo. Habían sido los villistas quienes saquearon la hacienda donde ellos vivían,

quienes los obligaron a salir al campo a buscar raíces amargas, los que violaron y mataron a las hijas del amo don Rómulo. Aún lo tenía todo presente, pero no podían seguir solos, las provisiones que les dieron las monjas les alcanzarían cuando mucho para un par de días más. Pedro Rubicundo le había jurado a su niña Gertrudis en su lecho de agonía, cuidar de Salvador hasta que Dios le diera vida, así que no tuvo otra opción. Cogió a su familia y se encaminó a la plaza, donde ya había muchos hombres y mujeres reunidos que irían al encuentro con las tropas de la División del Norte. Los villistas venían de la Convención de Aguascalientes y se dirigían hacia la capital, pero se detuvieron unos días en la región. Instalaron un gigantesco campamento en las ruinas de una hacienda. El ejército del general Pancho Villa estaba bien organizado, contaba con infantería y caballería. Eran más de cincuenta mil hombres, que cargaban con sus familias y todo lo necesario para conformar una ciudad errante que se divisaba a kilómetros de distancia. Además, el ejército se componía de doctores, enfermeras, cocineros, fotógrafos y periodistas, hombres con cámaras de cine —porque al general le gustaba que filmaran sus batallas—, banda de músicos, mecánicos, pagadores y hasta un biógrafo con el que sesionaba.

El centinela gritó un santo y seña. Todos se quedaron quietos mientras él bajó la guardia y salió detrás de una piedra. Era un hombre como ellos: usaba huaraches, calzón de manta remendado, sombrero de campo de ala ancha y palma quebrada. Sólo se diferenciaba por el arma que traía entre las manos y un par de cananas cruzadas al pecho con un número indefinido de balas. Los recién llegados salieron de San Francisco del Rincón apenas con los primeros rebotes de luz, y ya casi era de noche. El centinela los revisó de arriba a abajo y con un chillido de tejón llamó a varios como él, que en minutos estuvieron atentos. Cuando les preguntaron de dónde venían, un hombre hizo un movimiento con el brazo señalando el infinito. Los centinelas se pusieron de acuerdo, organizaron al grupo y caminaron casi un kilómetro para llegar al campamento. Los villistas ocupaban el casco en ruinas de la hacienda de San Andrés; otros revolucionarios la habían dejado en puro cascajo. Sus paredes tiznadas estaban llenas de alcayatas donde colgaban ropa de manta y sombreros. Pedro Rubicundo y los demás cruzaron el patio de ingreso, escucharon algunos sonidos de guitarra y voces chillonas que cantaban. Había gente sentada en el suelo, agrupada alrededor de fogatas. Los perros fueron los primeros en recibirlos; unos husmeando sus pasos y otros ladrando enloquecidos. Las mujeres, sin dejar de tortear, los miraron pasar con indiferencia, cuchicheaban entre ellas y escondían sus rostros cuando les ganaba la risa. Algunos hombres

caminaron junto a ellos mirándolos de pies a cabeza y echando tanteadas sobre la fuerza de los más grandes. A Salvador, que iba junto a Gabina, se le despertó el hambre al ver las tortillas inflarse sobre un comal, y el olor a frijoles de la olla lo hizo detenerse frente a una mujer que tenía un chiquillo colgando de una teta. La mujer lo miró a los ojos y sin decirle nada extendió la mano y le ofreció un taco. Antes de que Salvador pudiera cogerlo, Gabina lo jaló de una oreja.

Al llegar al caserón un segundo vigilante se les cruzó en el camino y les impidió el paso. Habló con voz decidida, recia, pero le entendieron poco porque se comía las palabras. Se quedó de pie en actitud de guardia. Al rato volvieron a preguntarle por el general y les dijo lo mismo que un rato antes. Pasaron tres cuartos de hora y el hombre con labios de bracero seguía caminando en pequeños círculos, cerca de la puerta, escupiendo con cada movimiento. Los hombres comenzaron a desesperarse, pero el centinela no bajó la guardia, hasta que por fin les dijo que el general estaba cenando, que no podrían verlo sino hasta que él lo ordenara, y eso podría ser al día siguiente. “Si insisten en esperarlo, allá ustedes, yo no puedo ir a avisarle”, les advirtió. Entonces uno del grupo se acomidió como mensajero, pero el vigilante que no lo dejó siquiera acercarse a la puerta, replegó con su arma al grupo que ya tenía en sus narices. De entre la gente salió una patada que le cruzó la pierna. Los hombres se le abalanzaron, peleando por la carabina, hasta que un disparo alarmó a Pancho Villa. Un muchacho corrió a ver qué sucedía y no tardó en volver e informarle al general que Tarcisio había matado a un hombre, uno nuevo, desconocido, y que había otros que querían verlo. El jefe desenfundó su pistola y la dejó sobre la mesa. Ordenó que los dejaran pasar. Estaba sereno y a pesar de que la pieza se llenaba de gente, Villa siguió comiendo unos sopes rebosantes de col. El lugar era amplio, alumbrado por antorchas que humeaban. Sentados a la mesa había tres hombres más, de los cuales sólo uno tenía el sombrero puesto. Era el general Rodolfo Fierro, su brazo derecho.

—Ah, qué Tarcisio, nomás gastando parque. Ándele, vaya a presentar su arma —ordenó el general con la boca llena.

Pancho Villa, alisándose el bigote, pasó sus ojos frente al grupo y se dio cuenta de que eran hombres dispuestos a todo. También les distinguió el hambre y antes de hablar con ellos ordenó que les dieran de cenar. Por entre las faldas de Gabina se asomó Salvador, que miró de frente a los hombres. Caminó detrás de ella y al pasar al lado de la mesa, reconoció al que estaba próximo al general. Se le reveló la hacienda de su padre, la noche en que todos murieron. El niño

comenzó a transpirar, cerró las manos y se le echó encima, y el hombre se cayó de espaldas con silla y todo. De un manotazo aventó a Salvador y se levantó de un brinco. Desenfundó. El fuego de las antorchas avivó el rojo de su cabello y un coraje incierto en su rostro. Los demás generales comenzaron a reírse, al tiempo que el hombre guardaba su pistola. Otra vez Salvador corrió hacia él, pero éste lo detuvo con su mano sobre la cabeza. Gabina intervino y jaló al niño hasta su falda; el reflejo en su mirada fue de odio resignado.

—¡Asesino! —gritó—. ¡Usted mató a mi niña Gertrudis y a doña Asunción!

—Mire doña, aquí todos somos iguales y peleamos, precisamente para que tenga usted casa y tierras para trabajar y harto maíz —respondió Pancho Villa, y continuó—: Aquélla no era su casa, nunca lo fue y éste es uno de mis mejores hombres —señaló al que estaba a su izquierda— y cumple al pie de la letra mis órdenes. Su nombre es Lupe Santos y para mayor seña, le apodan el Justiciero.

La calma en el campamento era de rutina. Entrada la mañana, las mujeres regresaban de los lavaderos de la hacienda cargando sobre sus cabezas amplios chiquihuites con ropa. Como eran miles de familias las que aguardaban la señal, los lavaderos estaban ocupados todo el día. Había que turnarse por jornadas rápidas para fregar y exprimir; cada prenda era un delirio para el viento. El sol caía sobre una gigantesca hortaliza de manta, donde los niños corrían entre surcos alzando los brazos, se perdían en un laberinto de prendas que el viento movía a voluntad mientras se columpiaba en los mecates sostenidos por horquetas clavadas en la tierra.

El general Villa y sus hombres tenían los ojos puestos en la capital, en la gran ciudad que había mojado sus calles para que caminara el señor Madero sin empolvarse los zapatos. Algunos contaban los días para levantar el campamento y otros decían que el general se había enamorado de una muchacha de San Francisco del Rincón y ése era el motivo por el que no continuaban. Pero la verdad era que estaba esperando un aviso del general Emiliano Zapata para encontrarse con él, en Xochimilco, según lo acordaron en la Convención de Aguascalientes.

Salvador fue comisionado para bolear las botas del general y cuidar de su caballo cuando desmontara en el patio de la hacienda. Gabina y Pedro Rubicundo encontraron tareas que hacer en la cocina, en los tendederos del patio de servicio. Poco a poco Salvador se fue alejando de sus padres adoptivos para acercarse más al general. Lo

contagiaba su risa ostentosa, la descarga de su voz, la fuerza de su estatura, su lucha interminable contra lo que se moviera. Dejó los juegos de niño, decía que ya era grande y que su general le había prometido llevarlo con él a su próxima batalla, que él también sería general y tendría un ejército. Villa le regaló el esqueleto de una carabina y Salvador no lo soltaba ni para dormir. Jugaba a hacer guardias, cogía prisioneros en sus batallas, fusilaba, y daba el perdón a traidores y moribundos. Con el trajín cotidiano y tanta gente nueva que conocía todos los días, dejó solamente para la noche, en reveladas pesadillas, sus recuerdos de la hacienda del Cabezón. Sin embargo, aunque Lupe Santos era mayor del ejército revolucionario y se había ganado a pulso su cercanía con el general, quien lo había nombrado uno de sus Dorados, a Salvador le revivía una ansiedad predecible y lo retaba con sus ojos cuajados de imágenes.

Cuando Judith y Juan Belisario encontraron a Lupe Santos en el Paso del Vigía, estaba a punto de morirse, pero por el fervor de las oraciones de él y los cuidados de pecho caliente de Judith pudo recuperar otra vez la conciencia, abrir los ojos y reconocer que le habían salvado la vida. Aguardaron unos días ocultos en esa cueva y los muchachos siguieron al pie de la letra sus indicaciones para burlar la búsqueda de los hombres del Cápora y de don Belisario Rojas. El alcalde los quería vivos o muertos. Luego de matar a Nepomuceno Aguirre y cruzar el río, tuvieron que desbordar la panga, manchar ropas con sangre y echarlas al río, para simular que la corriente los había arrastrado. Sin embargo don Belisario Rojas nunca estuvo seguro de que hubieran muerto y por un año no cejó en su empeño de encontrar los cuerpos. De cualquier manera, les dijeron sus misas y les apartaron un pedazo de tierra en el panteón. Cuando Lupe Santos estuvo bueno para continuar la huida, dejaron el refugio y caminaron cuarenta noches a paso de luna quieta, hasta que se unieron a una gavilla de bandoleros. Lupe Santos siempre hablaba de justicia. “No es justo que yo tenga una pata casi tiesa. No es justo que yo no tenga dónde dormir ni el calor de una mujer para hacerla mía. No es justo que ande matando conejos para tragar, o robando vacas flacas”. Así fue como se ganó el apodo de Justiciero. No pasó mucho tiempo cuando se impuso como jefe de los forajidos y se convirtió en el azote de la región, temido por su impiedad. Hasta que un día, cansado de robar gallinas y caer sobre poblados rascuaches, donde ya no quedaba nada, porque ya se le habían adelantado los revolucionarios, quiso medir fuerzas con Pancho Villa, y una mañana despertó a Juan Belisario para que lo acompañara a buscar al ejército villista. Le dijo que se llevara provisiones para una o dos noches. Era la primera vez que Juan Belisario se separaba de Judith, desde aquella madrugada

húmeda en la que huyeron de Analco. Para ellos no había hambre ni Revolución. Las noches en vela eran un delirio, vivían su amor a cada momento, descubriéndose uno al otro; cada parte de sus cuerpos era un cúmulo de silencios que nombraban con palabras suyas. A ella le gustaba mirarlo aún dormido. En la madrugada, cuando Judith se levantaba para ir a orinar y regresaba con los zumbidos del amanecer, y se metía de nuevo a la cama, sentía la mano despierta de Juan Belisario que a ojos cerrados la buscaba, como si estuviera a gran distancia; respiraban el mismo aliento, hasta creerse infinitos.

Desde la noche del pleito en casa de María la Blanca, ella supo que ya no podría ser de nadie más. Juan Belisario la había rescatado como quien descubre una flor en el fango, y le juró cuidar de ella: como la ocasión en que uno de la gavilla quiso acompañarla al río e intentó ayudarle con el canasto de la ropa sucia; Juan Belisario peleó a muerte con él hasta matarlo de tres puñaladas. Judith quiso que dejaran el campamento, que buscaran ellos su propia tierra y no seguir la ambición de Lupe Santos, ni unirse a un general revolucionario del cual se contaban historias peores. Pero Juan Belisario por fin se sentía hombre y buscaba probarse a sí mismo. Confió en Lupe Santos, le presumía sus hazañas de hombre enamorado, le platicaba detalles de su amor y le respondía preguntas íntimas. El Justiciero aún revuelto en su coraje fingía y lo presentaba como su mejor amigo, por lo que no le extrañó la madrugada que sin previo aviso fue a despertarlo para que lo acompañara a buscar al ejército de Pancho Villa. Llegó sin hacer ruido y abrió la puerta del jacal. Lo alcanzó a ver desnudo encima de Judith, antes de que ella lo corriera del cuarto. Juan Belisario se levantó del catre y fue a mirarse en un pedazo de espejo. Su barba apenas comenzaba a oscurecerle las mejillas y ella se apresuró a decirle que iría a calentar agua. Juan Belisario le respondió que no era necesario, que se estuviera quieta para poder verla a través del espejo, pues así le gustaba, la veía hermosa como un espejismo. Al darse vuelta, el sueño se hacía realidad. “Eres el mejor de mis desvelos”, dijo, y hundió sus manos en el aguamanil para mojarse la cara. Se afeitó con cuidado evitando el área del bigote; sintió los brazos de Judith rodearlo por la cintura y su busto apretándole la espalda. “Ayúdeme a vestirme, ándele”, le pidió. Ella le repitió que le hiciera caso y se fueran lejos, que no le gustaba la amistad de Lupe Santos ni se fiaba de él. Juan Belisario se enfundó los pantalones, oteó buscando su camisa, la que había puesto a dormir en el respaldo de una silla. Le pidió a Judith que se la pasara. Mientras se abotonaba le señaló los botines. Judith, en cuclillas, se los ajustó y siguió repitiendo que no le gustaba cómo la miraba el Justiciero. “A leguas se le echan de ver sus ojos lujuriosos”, le dijo. Él la alzó del

suelo cogiéndole la carita y le dio un beso en la frente. En ese momento ella le dijo al oído que tenía un mal presentimiento, que no la dejara sola. Juan Belisario la abrazó con una paz que la hizo llorar, y entre balbuceos ella le repitió que lo amaba más que a su vida. Él acarició su rostro, la besó, le metió la mano por entre los cabellos de la nuca y la abrazó apretándole las nalgas. Con sonrisa pícara le advirtió que esa noche se bañara porque la iba a ocupar, y que ahora sí aguantaría todas las veces que ella quisiera.

—Ya ves, ni me pones atención —dijo Judith parando la trompa —. Te digo una cosa y tú sales con otra.

—Sí —respondió Juan Belisario al momento en que se ponía una chaqueta de lana.

—¿Sí qué? Hoy ni me has dicho que me quieres.

—Apenas está amaneciendo. Pero sí, sí te quiero.

—Júramelo.

—Te lo juro.

Lupe Santos lo esperaba en la puerta del jacal, montado a caballo y con el sol detrás, como sostenido por su sombrero. Juan Belisario ensilló su frontino y antes de subir se tentó la pistola. Galoparon todo el día siempre en dirección al sol. Le preguntaban a arrieros, a campesinos solitarios que habían hecho un pequeño oasis de hortalizas en medio de la nada, y los mandaban para donde apuntaba el sol. Hablaron de sus planes a futuro, de sus últimos atracos, y como otras veces, por alguna coincidente razón, terminaban hablando de Judith. Cuando Lupe Santos se supo lejos de su guarida y miró al sol revolcándose en sus colores, le ordenó a Juan Belisario que caminara de avanzada, porque él tenía mejor vista y era más cauto. Juan Belisario le clavó las espuelas a su caballo y salió al trote. La promesa juramentada que le hizo a Judith, de cuidar de ella y amarla, no la cumplió. Teniéndolo delante, a corta distancia, Lupe Santos desenfundó su pistola y con el pulso más firme de su justicia le reventó la cabeza de un disparo. El caballo también corrió la misma suerte. Al otro día volvió como si nada, diciendo que Juan Belisario había desertado. Judith se desmayó con la noticia y cuando volvió en sí Lupe Santos la estaba penetrando, empujando dentro de su cuerpo hasta herirlo. Estaba amarrada a la cama, con las piernas abiertas y los tobillos sangrantes. Fue tal su repulsión que vomitó bilis y Lupe Santos, sin querer, tragó un sorbo de esa amargura. La golpeó. La dejó

amarrada casi una semana, sin comer, con órdenes estrictas de que nadie se le acercara.

Días más tarde, cuando Lupe Santos estuvo en presencia de Pancho Villa, presentó a Judith como su mujer y a sus hombres como buenos revolucionarios. Quedó bajo el mando del general Joaquín Amaro. Se unieron a la División del Norte poco antes de la toma de Torreón, y ése fue el primer aviso al gobierno usurpador de que el movimiento villista había crecido con tal fuerza que bien podía rebasar al ejército federal. Desde sus primeras batallas, el general Villa lo puso a prueba y Lupe Santos se ganó el respeto de los demás. El asalto a la hacienda del Cabezón fue su golpe de suerte, tan limpio y con tan pocas bajas en sus filas que el general lo vio listo para ser uno más de sus Dorados. Le dio una carabina 30-30 y cambió su moro por uno color bayo que lo distinguía como parte de la élite. Se ganó el grado de mayor. Lupe Santos tuvo que pagar el precio de ser Dorado de Villa: andar sin mujer, sin hijos, sin imágenes, así que dejó a Judith, no sin antes amenazarla con matar a aquél que se le acercara.

Lupe Santos cepillaba su bayo cuando vio llegar al general Rodolfo Fierro. No le respondió el saludo, pero con la mirada siguió sus pasos. El día pardeaba. Las caballerizas olían a mierda. Fierro le palmeó el anca al animal y un espasmo hizo volar medio enjambre de moscas. Lupe Santos oía los botines de Fierro hundirse en el lodo. Él seguía cepillando con fuertes movimientos, espantando las moscas que no tardaban en posarse de nuevo en cuanto pasaba el cepillo por la cola del caballo. El general fue al grano. Se lamentó porque el nuevo mayor tenía que dejar a una mujer como la que traía, por Pancho Villa. “Ver para creer”, le dijo. “Tan buena muchacha que se ve la tal Judith, tiernita”. Las imágenes de Judith se acentuaron en su memoria. Recordó el bajo resollar de su vientre, sus piernas apretadas y quietas, el talle de su espalda hecho a la medida de su brazo, la fuerza de sus labios que jamás habían querido besarlo, pero que él arrebataba y mordía. La voz del general Rodolfo Fierro se enquistaba en sus oídos, le dieron ganas de matarlo, apartar el caballo que los separaba y revolcarlo en la mierda de la caballeriza hasta cerrarle la boca. “No se apure, mayor, mi general harto cuida a las mujeres ajenas, y más al hacerlas suyas”, terminó riendo. Rodolfo Fierro le dio la vuelta al caballo hasta que los dos quedaron enfrentados. Sin darle tiempo de mirarlo a los ojos, Lupe Santos quiso sorprenderlo con un golpe bajo. Fierro, midiendo a cada paso las reacciones del mayor, lo sometió tirándolo al suelo, a unas cuartas de los cascos del animal. Presionó su cara contra el estiércol, soltándolo después de unos segundos. Lupe Santos tragó aire, intentó zafarse, bufaba de coraje. “No se le ocurra volver a levantarme la mano, recuerde que usted y yo

no somos iguales", le susurró al oído antes de soltarlo.

Una lluvia tierna amaneció junto con el día. Salvador corrió a los surcos del tendedero y sólo estaban las horquetas holgando mecates. Se quedó parado, viéndolos. La lluvia no maduró más allá de las nueve. Como cada mañana, acompañó a Gabina a los lavaderos para ayudarla después a tender la ropa, así que desde temprano esperaban su turno entre un grupo de mujeres. Salvador, en cuclillas, se entretenía haciendo círculos en el lodo con un palito, cuando la vieja lo mandó de vuelta a la hacienda por la canasta del almuerzo que había olvidado. De un brinco salió corriendo y alcanzó a oír el grito de Gabina, apurándolo. Tres cuartos de hora más tarde Salvador no regresaba y a ella le había llegado su turno. Tuvo que ocupar su sitio en el lavadero. Después de mucho rato llegó Salvador con la canasta, buscó a Gabina, y otra mujer, que había estado al tanto de todo, lo mandó con ella. La vieja lo regañó y le dio de coscorrones. Ahora tendría que almorzar cuando terminara con la ropa; de cualquier manera le preparó una tortilla con crema y le dijo que se fuera al tendedero a apartar lugar. Fue ahí donde Salvador la vio por primera vez. Sintió algo tan fuerte en el cuerpo que volvió a recordar a Gertrudis. No era una mujer como las otras; ella atrapó su mirada desde lejos, y la reconoció como si de verdad se estuvieran buscando, como si fuera parte de su familia. Al sentir los ojitos huérfanos que tenía tan cerca, Judith se agachó hasta la altura de Salvador y le hizo un cariño en la nariz. Sin decirse nada, él le ayudó con la ropa, con movimientos expertos, despacio.

La presencia de Judith cambió el destino de Graciela Olmos, la mujer del general, como se hacía llamar. Las dos eran el nuevo chisme en los lavaderos: que si había botado a Graciela por verse cada noche en los ojos cansados de Judith; que era una resbalosa, que pronto el general se cansaría de ella por mosca muerta. Ser la mujer de turno de Pancho Villa era un privilegio que muchas deseaban. El jefe no se enredaba con cualquiera. Le gustaban jovencitas, de muslos grandes y olores fuertes, a las que él pudiera distinguir a ojos cerrados entre la multitud, que soportaran el peso bruto de sus manos, sus arranques de cólera y su voz cuando les cantaba. Parecía que Villa estaba sólo para complacerla. Le asignó una doncella para hacerle más liviano su quehacer, le dio un cuarto para ella sola en el patio principal de la hacienda y de vez en cuando la visitaba entre los blancos del tendedero. Judith conoció la buena ropa de cama, el levantarse si quería a la hora del almuerzo, y ordenar que se lo sirvieran en su cuarto. Le sentaron bien los buenos modos. El cutis le revivió un color de tierra madura, le florearon las caderas y empezó a usar los baños de tina con agua hirviendo en yerbas y unos jabones olorosos que la

perfumaban de pies a cabeza. Sin embargo, cerraba con llave la puerta de su cuarto y en más de una ocasión sintió la presencia del general afuera, queriendo entrar. Judith sonreía poco y su llanto silencioso por las noches parecía atenuar el brillo de las estrellas. Sólo volvía a ser niña cuando jugaba a las escondidas con Salvador.

Las cosas cambiaron de rumbo el día en que Villa la invitó al pueblo a hacer unas diligencias. Se fueron en un carro descapotado los dos solos, con una escolta de Dorados detrás. En San Francisco del Rincón le compró vestidos, listones nuevos para sus trenzas y hasta unos zapatos de charol que le venían grandes pero que el tendero resolvió rellenándoles la punta con algodones. Pancho Villa buscaba el roce y la trataba con una amabilidad que a Judith le comenzó a incomodar. Ese día los invitaron a comer a un restaurante del portal que ella percibió muy elegante. Les dieron una mesa para ellos solos, y eso también le gustó. El menú fue de tres tiempos y Judith no soltó la cuchara con la que se le dificultó cortar el pollo. El general pidió que no se les interrumpiera, y ahí, a medio bocado, le soltó su amor y su fuerte admiración. Terminaron el día en la plaza del pueblo, degustando helado de leche que también les invitaron y que Judith se atrevió a repetir porque nunca antes había probado algo similar. De regreso en la hacienda, luego de despachar unos telegramas urgentes que lo habían esperado todo el día sobre su escritorio, pidió que le llevaran un jarro con café para estar despierto toda la noche. Fumando un cigarrillo tras otro, esperó hasta después de las doce y fue a tocar a su puerta. Judith no tuvo más remedio que abrir, y dejarlo pasar, echar llave a la puerta y apagar la luz.

Montando un rosillo, doble alzada, cara blanca, llegó el hermano del general Zapata al campamento villista; lo acompañaba un grupo considerable de hombres, de rostros desencajados por el hambre, empolvados. Dando un salto desmontó y entregó su caballo a un grupo de chiquillos acomedidos que se disputaron la rienda. Con grandes zancadas cruzó el patio de la casona, miró a su alrededor el sueño de las fogatas, y a unas mujeres que se despiojaban unas a otras sentadas en fila. Al pasar por un lado de la rotonda, escupió en la fuente, ocasionando un temblor circular en el agua y un hoyo en la superficie verdosa. Preguntó por el general Villa a una mujer gorda que pasaba con un chiquihuite lleno de nixtamal sobre la cabeza. La mujer se alzó de hombros. Al entrar a la casa el olor a comida le revivió el hambre. Como acto de rutina revisó la estancia. No tardó en llegar un emisario diciendo que el general estaba en el campo, que hiciera el favor de aguardarlo en el despacho.

6

Era tan fantástica la historia que les contó la Nina Ramos, que si no fuera porque la estaban viviendo, no la creerían. Don Belisario Rojas, el padre Ramberto y Leonardo Ralla salieron de la casa grande sin verse a la cara. Por la calle pasaba el mediodía y un sol que no dejaba de mirarlos. Se despidieron sin hablar y sus ojos reflejaron una complicidad que los uniría por el resto de sus vidas. Leonardo Ralla caminó hasta su casa, cubriéndose nariz y boca, por el hedor. Parecía que lo traía encima. Todo era podredumbre. Y les dijo a los demás: "Si seguimos así, acabaremos en un hacinamiento de cadáveres". El trayecto a su casa le pareció distinto, como si hubiera caminado por un pueblo fantasma, de calles movedizas. Volteó al cielo y lo vio despejado, blanco. Su cabeza reventaba de sudores. Recordó que por las prisas de los últimos días había olvidado anotar la hora exacta del crepúsculo y la aurora. De cualquier modo, vio al sol lleno, en medio del gran silencio. Se sintió abandonado, como si él fuera el único que existía. El sudor le corrió por la espalda, se secó la frente y ya no quiso seguir pensando en las palabras de la Nina Ramos, ni recordar aquellos días cuando llegó a Analco, ni los augurios de su mujer, que ahora parecían verídicos. No había lugar ya para arrepentimientos. Se repitió que fue lo mejor para todos, que todo lo había hecho por Dolores. Al llegar a su casa, fue al cuarto de su hija, pero antes de entrar escuchó su nombre pronunciado muy cerca, como quien sopla el humo de una vela. La voz rompió el cristal de silencio agolpado en los muros. De inmediato se detuvo y pensó dos veces antes de voltear. Le volvió el sudor a las manos y el frío cimbró los huesos de su conciencia. Era doña Lucrecia que estaba de pie detrás de él, en medio del corredor, con ropa de dormir, descalza.

—Ven Leonardo, te guardé este pez erizo para que uses sus espinas para clavar tus insectos y ya no te robes mis alfileres de costura. Mira, tiene los ojos verdes como tu mamá. En su carta de ayer me dice que llega la próxima semana —el doctor volteó para mirarla —. Ya encargué mis nuevos vestidos para estas fiestas de septiembre, doña Carmelita se morirá de la envidia. Hace tanto que no vamos a París. Leonardo, te estoy hablando, quiero ir a París.

Al doctor le dio gusto que lo reconociera, la abrazó como si fuera una despedida y tras dejarle un beso en cada mejilla le dijo "mi gracia", como a ella le gustaba.

Apenas se asomó al cuarto de su hija, la vio dormida, como la había dejado horas antes. Dolores había regresado la tarde anterior, en

cuanto pasó la tormenta de arena, tal como se lo había exigido a la Nina Ramos. Esperaron hasta el sol de media tarde. La transportaron en el baldaquín de la virgen, envuelta de pies a cabeza en mantas de lino que bendijo el padre Ramberto a insistencia de la señora. El Chato iba adelante, abriendo camino, empuñando una cruz de plata casi de su tamaño. Fueron los únicos en acompañarla, en una procesión que en otro tiempo habría sido un júbilo de cohetes. Doña Lucrecia la recibió como si fuera una visita que hacía años no veía, la desconoció por completo, pero ordenó preparar una cena de bienvenida para la recién llegada. El doctor consultó su reloj de bolsillo y decidió documentar la hora. Recordó que su libro de notas estaba en el observatorio y que sor Judas, días antes de comenzar las tolvaneras, no había previsto el fenómeno. Entonces lo volvieron a confrontar las palabras de la Nina Ramos. Antes de salir rumbo al observatorio del convento estuvo a punto de ir por su pistola, pensó que siempre era necesaria un arma en tiempos de crisis. Pero no lo hizo, no quiso perder más tiempo.

La situación en el pueblo era grave. La gente se moría sin recibir auxilio. No sólo eran los de la alcaldía, también estaban los de la casa grande, los de la parroquia, la sacristía y quienes habían quedado atrapados en sus casas. El alcalde no sabía qué hacer con tanta mortandad. Carmen Rojas estaba a salvo, en cama desde hacía unas semanas. Su último parto la había dejado exhausta, menguada hasta los huesos. La Nina Ramos no quiso que se enterara de lo que estaba sucediendo, por lo que le encargó a Adela que cumpliera su promesa de velar por su madre y mantenerla serena. “Carmen puede ser nuestra única salvación”, le dijo. “No hace falta ni que me lo pida, Nina, yo sabré cómo lo hago”, contestó. A pesar de todos los esfuerzos que hicieron por dejarla al margen, Carmen Rojas sabía que algo grave espantaba a los suyos. Le extrañaba que Adela no la dejara sola en varios días y echara llave a la puerta al salir. Se sentía presa. Algunas noches, entre sueños, escuchó el doble cerrojo. Sabía que era don Belisario; lo delataba el tintinear de llaves peleándose entre sí por cohabitar la cerradura. Carmen se preguntaba por qué la Nina Ramos aún no había ido a conocer a su nueva ahijada, a quien en honor a ella le pondrían su nombre: Virginia. ¿Dónde estaban sus demás hijos que no habían ido a verla? Su mayor alarma, más que sus hijos, fue sentir la ausencia de Dolores, escuchar ruidos extraños en la ventana y pasarse los días tomando tés que la Nina Ramos ordenaba como si fueran una dieta blanda y le hacían perder la conciencia. Hasta que la tarde del primer domingo de cuaresma, en un momento en que se sintió más repuesta, sin pretextos y simulando haber creído que don Belisario estaba de viaje por las minas, mandó a Adela a buscar a

Dolores, quien antes de salir le acercó su misal. Carmen Rojas, fingiendo leer salmos, abrió el broche dorado del librito que tenía desde que Juan Belisario llegó a este mundo, y comenzó a leer la primera página: "Oraciones y meditaciones para asistir con devoción y respeto al santo sacrificio de la misa…" Cuando escuchó que la puerta se cerraba detrás de los pasos de Adela, dejó el misal y quiso bajar de la cama. Al poner los pies en el suelo un viento de muerte le dio escalofrío y escuchó una voz infantil que le decía en otra lengua una oración para justos y pecadores. "Duerme, descansa", fueron las únicas palabras que entendió antes de que los sonidos de timón la confundieran y un escándalo atolondrado de campanas la dejara sorda por unos instantes. No estaba asustada por las visiones de muerte que tenía ante sus ojos; fue el desconcierto lo que la hizo intentar bajarse de la cama. "Déjame en paz", gritó y escuchó su propia voz distorsionada. Se le manifestaron imágenes borrosas. "¿Qué te pasa, por qué me haces esto? Que me dejes en paz, te digo", fue lo último que dijo antes de que un olor a yerbas le picara los ojos, la nariz, le resecara los labios, y todo pulso de vida la abandonara.

Los gritos de don Belisario Rojas hicieron volver en sí a la Nina Ramos, quien dejó pendiente el ajuste de cuentas en el que estaba con Nacha. El escándalo se interrumpió cuando salió al corredor. El alcalde exigía ver a la Nina en ese momento.

—Déjalo hablar, Pomposa —ordenó la señora.

—Mi mujer se está muriendo —dijo don Belisario.

La Nina se cogió del brazo de Pomposa y caminó con paso exhausto. En el patio, el sol la deslumbró con un rojo intenso, como el día en que Dolores Ralla revivió del balazo.

Después de un exhaustivo examen a los ojos de Dolores, Leonardo Ralla comprobó que el daño era irreversible. Sólo veía sombras, reflejos constantes de luz. La intensidad del rojo era el único color que distinguía. "Por eso cogió sin problema el vaso con agua de jamaica", le explicó a la Nina. No sabía cuánto tiempo vería su hija ese color, pero estaba seguro de que iría perdiendo la poca visión hasta quedar ciega. "Ya verá cómo sí podrá caminar sola por las calles de Analco", le respondió la Nina, y con un gesto que Pomposa entendió de inmediato, empujó la silla de ruedas y salieron de la pieza.

Al día siguiente, desde muy temprano, mandó a buscar al Cápora, que llegó con el olor de siete jornaleros bajo el brazo y, como otras veces, no se quitó las espuelas. La Nina lo pasó por alto. Desde el

escritorio de su despacho le ordenó que parara la labor y se fuera a la sierra con los hombres necesarios; le urgía que trajera tierra roja de aquellos montes azules, la más encendida que encontraran. Luego quiso hablar con Severo Berumen. Le pidió sangre fresca. Y el carnicero duplicó la jornada de matanza en el rastro, para mandar a la casa grande los galones que hicieran falta. En menos de una semana cubrieron de tierra colorada las calles, pintaron de sangre las casas y se trazó un camino desde el atrio hasta el altar. Claveles y nochebuenas, llamaradas de rosas se dieron a voluntad de la señora en la plaza y los jardines. En el patio central de su casa, mandó construir una jaula gigantesca con cardenales y petirrojos, para que las aves pudieran volar con cierta libertad y Dolores los viera alcanzar el cielo. Mandó instalar fuentes en todos los patios, comunicadas entre sí por guías de agua. Encarecidamente se la encomendó a Adela Rojas para que cuidara sus primeros pasos, aunque Ataúlfo terminaba siendo el guardián de sus visiones. Cada mañana, como un juego de ilusión, Dolores creaba sus propios colores, definía los rasgos de diferentes maneras. Aprendió a escuchar los pasos de los demás, a conocer sus estados de ánimo por los resuellos, a clasificar las voces. La única que no vivió su recuperación fue doña Lucrecia, que desde la noche de la tragedia se sumergió en una profunda crisis. Sintiéndose rodeada de enemigos, el día que por fin Dolores pudo caminar, intentó suicidarse. Tomó medio frasco de azufre con aceite de ricino, creyendo que era extracto de cianuro. Después de horas de buscarla, el doctor la encontró en el lugar que menos imaginaba: su laboratorio. Tirada en el suelo, sin conciencia, con la boca pintada de amarillo, en medio de un charco de mierda y vómito, asfixiándose con su propio reflujo. Doña Lucrecia pasó los meses de invierno recluida en su habitación, sin ver a nadie, refugiada en los brazos de su esposo, donde se escondía haciéndose pequeña y le pedía con voz niña que la meciera.

Una veintena de hijos se sentaban a diario en la mesa de don Belisario Rojas, a la que cada año le añadían otra tabla. Todo era una boruca de voces y manotazos, hasta que llegaba el alcalde y ocupaba su lugar en la cabecera. Los niños relucían de bien peinados y sólo esperaban la orden de su padre para comer, en silencio. Ese día era un lunes y, como cualquier otro, las tres tortilleras no daban abasto. A don Belisario le gustaban algunas tortillas medio chamuscadas, porque según él, eran buenas para espantar el insomnio. Desde pequeños, sus hijos aprendían a comer chile; Carmen, su madre, que cultivaba una gran variedad en el corral de su casa, se los daba en tacos de mantequilla y sal. Crecidas enredaderas de piquín, chile bolita y chile de árbol trepaban por las guías de sol. Siempre traía en su mandil un jalapeño recién cortado para dárselos a oler y hacerlos salivar, o para

que se fueran haciendo hombrecitos, según don Belisario. Incluso para las niñas era de mucha hombría aguantar las salsas de molcajete, las que siempre se preparaban una hora antes de la comida. Don Belisario pedía la salsa recién hecha, calientita, con trozos de jitomate cocido. Toda la casa se llenaba de ese olor quemado, asfixiante, que picaba la garganta y hacía gruñir las tripas. Cuando a Adela Rojas le despuntó el busto, fue la más esmerada en la cocina: no tenía miedo de enchilarse los dedos al hacer las salsas, aunque su especialidad eran las galletas de requesón y el ate de mango, que tanto le gustaba a la Nina. Pronto aprendió a desvenar, a distinguir las semillas del chile manzano de las del chile güero. Sin ser ese lunes la excepción, después del caldo de pollo y el arroz, se servirían chiles rellenos de picadillo y queso fresco, que era el platillo favorito de don Belisario. Dos días antes se ponían a desflemar en agua con sal, para bajarles el picor. El chile poblano se servía bañado en salsa dulce de jitomate, y encima un poco de crema. Para don Belisario se reservaba el más picoso, amarillo y de ancha corteza, redondo como naranja. Comer chile manzano era una aventura. A veces, ni siquiera la noche de asfixia, ni el fuego manso eran suficientes para disminuir su fuerza. El alcalde aguantó el suplicio por puro gusto. Como si el bigote de mosca se le fuera a desprender, su cara redonda se prendió de intensos colores que sudó a fuego lento. Alguna vez Ataúlfo quiso hacer lo mismo para ganarse la mirada de su padre, y le pidió a la nana Prudencia el más picoso; la vieja le respondió que era imposible saber cuál era el más bravo, que eso se descubría en el momento de comerlo. Ataúlfo no hizo caso y se comió un chile verde, pero a la primera mordida trató de alcanzar el vaso con agua, escupió el bocado y comenzó a llorar lágrimas azules. Don Belisario dio un manotazo, ordenó que dejara el agua, fue por su varita de membrillo y le dio tres buenas razones para llorar. Después lo volvió a sentar en la mesa y lo obligó a pedirle perdón y a comer el chile que había dejado. Fue entonces cuando el alcalde percibió que su hijo comía y se persignaba con la mano izquierda.

La leche llegaba de los establos de la Nina Ramos. De madrugada, Noé Rojas iba a La Purísima para hacerse cargo de la ordeña y contar las garrafas que se distribuirían en Analco. Suplía la tarea que antes había hecho Juan Belisario, quien desde su fuga había dejado de existir para su padre. Estaba prohibido pronunciar su nombre y se había quemado todo recuerdo de él. No había nada que ofuscara más a don Belisario Rojas que escuchar alguna referencia de su primogénito. Como aquella ocasión en que Justo, su hijo, poco antes de cumplir ocho años, peleando con otro de sus hermanos, le gritó que ojalá se lo llevara el río como a Juan Belisario. Sin esperar explicaciones, el alcalde, que en ese momento llegaba de la

presidencia municipal, lo cogió de las orejas, le lavó la boca con jabón de lejía y lo encerró en el ropero toda la tarde, hasta después de la merienda. “Ningún otro muchacho se me va a malograr, como aquél”, le advirtió a Carmen, sin siquiera nombrarlo, y para evitar que otro hijo saliera de madrugada, discurrió echar dos vueltas de llave a todas las habitaciones. Pero contrariamente a su deseo de extinguir todo recuerdo de su hijo, los hermanos más grandes les contaban a los más chicos la historia de amor de Judith y Juan Belisario, antes de dormir. A la luz de las velas representaban grandes hazañas y clandestinas aventuras que el joven realizaba por el mundo. La historia de Juan Belisario se fue contando de un hermano a otro, salió de la casa y en el catecismo era un secreto a voces. Más de una jovencita esmirriada soñaba ser elegida y robada por el apuesto ladrón de amores.

Por las tardes, después de la reparadora siesta, Carmen Rojas y sus hijas se reunían a bordar en casa de la Nina Ramos. De una vidriera, que en otros años vigiló a las cortesanas del Castillo de Chapultepec, la Nina sacaba un dedal de plata con la medida exacta para el dedo medio de la ahijada que comenzaba en el bordado. Eran piezas únicas de joyería. En algunos pesaba la leyenda de una princesa que había sucumbido al pinchazo del amor o del sueño idílico, por no usarlo como era debido. Mientras trabajaban, se leía en voz alta a los clásicos. Así fue como Dolores Ralla, con sus hermanas de crianza, escuchó por primera vez la palabra amor, en los diálogos imposibles entre Romeo y Julieta. Las niñas soltaban suspiros y sollozos. Durante la lectura, la Nina Ramos no dejaba escapar ni un solo error. Cuando parecía más dormida y a la muchacha le ganaba la emoción con un tropiezo verbal, la señora, sabiéndose cada página de memoria, la corregía tocando una campana y le ordenaba comenzar a leer otra vez el párrafo. Luego tomaba lectura de un poema, el cual las obligaba a aprenderse de memoria; les daba uno por semana, y aprovechaba para darle consejos a Carmen Rojas y a sus hijas casaderas. A su derecha siempre se sentaba Dolores y, a veces, la Nina le daba en la boca galletas de mantequilla o trozos de ate.

En el salón de música la Nina Ramos descubría ante Dolores sus secretos en el piano. Por esas fechas Ataúlfo Rojas dejó de ir a la escuela y se escapaba de la custodia de Adela para esconderse en el salón, haciendo lo necesario para burlar la vigilancia de Pomposa. Dos horas diarias pasaban aprendiendo lo más elemental de Schubert o algunas mazurcas de Chopin. “Déjate llevar, siente su voz invadir tu pecho, no dejes que te domine. Si tú lo acaricias con amor, él te responderá también con amor”, dictaba la Nina. El Steinway en el que practicaban, fue de los primeros instrumentos en cruzar el Atlántico en un buque alemán hasta el puerto de Veracruz. Las dos semanas que

duró la odisea para llevarlo a Analco estuvo a cargo del general Miguel López, chambelán del emperador Maximiliano que, para no perderlo de vista, viajó en el mismo vagón del piano. En la capital del estado, descansaron algunas noches, hasta que estuviera lista la carreta especial donde lo montarían para transportarlo a la barranca de San Pedro. Con más cuidado que una campaña militar y sabiendo lo importante que era para la emperatriz su dama de honor, el general Miguel López no tuvo reparos en terminar la misión que le comisionó Su Majestad. Al frente de un contingente de hombres dispuestos a todo, el general emprendió el último tirón del viaje, al parecer, con rumbo desconocido. A caballo, una procesión de hombres amansados caminó por una brecha injusta sobre los lomos de la Sierra Madre. Dejaron atrás filosas mezcaleras, azules como un cielo raso tendido, bajaron a las ruidosas entrañas de la barranca, se enfrentaron a la longevidad del día, a los insomnios de la noche, al viento que se incrustaba por entre los paños que cubrían al piano y que tocaba con sus dedos de aire alguna tecla que se quejaba por los bruscos movimientos. El segundo anochecer los cogió en el Paso del Vigía. El general Miguel López por fin marcó un alto a sus hombres. Prendió una antorcha y descubrió los rostros en los árboles. No muy lejos escuchó la crecida del río en tremolina. Volvió a buscar su reloj para situar el tiempo y las manecillas le marcaron la misma hora de un rato antes. No hizo mucho caso, le creyó más a la oscuridad. “Sargento, disponga un descanso de cuatro horas”, ordenó. Al amanecer, el río era un cristalino y suave resuello. En la orilla, los esperaba un muchacho no muy fuerte, de labios tupidos y amoratados, prieto como quien se niega por años a estar en la sombra. Al general no le dio mucha confianza y entonces le advirtió que la carga era para la Nina Ramos, que preferiría hacer dos viajes. El panguero obedeció, y primero subió el general y el piano. A la mitad del río, el militar le preguntó su nombre y Nepomuceno Aguirre lo dijo fuerte para que lo pudiera oír entre los borbotones de agua y los ladridos de un perro oscuro que, a veces, sólo él oía. Al subir la sierra, después de pasar el tercer túnel, una de las ruedas de la carreta se venció y tronó como sonido de cañón. Al aflojarse las amarras hasta romperse, el piano se liberó y con un quejido suelto se fue yendo al vacío. “¡General!”, gritó el sargento segundo. “¡Agárralo, no dejes que se caiga!”, ordenó el militar desde su montura, a la cabeza de la expedición. El sargento aventó su mosquete y lo sostuvo por unos instantes, antes de que el instrumento lo aplastara, entre acordes que se perdieron en el eco de los túneles.

El piano medianoche sólo perdió una de sus tres patas en el accidente, la que nunca se le volvió a reponer en honor al sargento

segundo. La Nina hizo adaptar el mosquete del soldado para que sirviera como eje del piano y sostuviera la hazaña de su vida. Cincuenta años después, la Nina Ramos dejaba que Dolores Ralla inventara notas al sentir el marfil de sus teclas. Después de unos años, pasaban toda la mañana en el gran salón; empezaban una y otra vez. La Nina le dictaba sus secretos y la corregía con su abanico dándole ligeros golpes en los hombros o sobre las muñecas, para que bajara las manos. Dolores repetía la misma pieza hasta la perfección. Sólo necesitaba escuchar una vez la melodía para memorizar cada nota y tocarla como parte de su repertorio. “Tienes que ser la mejor. Tocar como si el viento posara sobre tus manos, suave, sin dejar huella, así”, le dijo la Nina y volvió a tocar el piano. Era domingo y Dolores no lo esperaba. La madrina interpretó a Chopin. Sus manos gordas y manchadas rejuvenecieron. El tiempo se detuvo por unos instantes. Enmudeció el aletear de aves que viajaban montadas en el viento, las pisadas de los insectos, el rumor de las nubes. Los acordes se manifestaron como si no fueran de este mundo.

Antes de cumplir nueve años, para su fiesta de primera comunión, Dolores tocaría su primer concierto, íntimo, para veinte personas. Todo lo planeó la Nina, con un año de antelación, porque era el evento más importante de su vida. Se la veía más nerviosa que su discípula. El doctor Leonardo Ralla gozaba como nunca en los desayunos, con los comentarios exhaustos de la señora: la confección del vestido de Dolores, las invitaciones, el acomodo de las sillas en el salón, las piezas que se interpretarían esa tarde, siendo casi todas de Federico Chopin.

Como en los mejores conciertos de salón de París, los invitados llegaron de gala y ocuparon sus asientos. La Nina hizo las presentaciones y desde un espejo barroco que estaba atrás de ella, se podían ver los interiores del piano y el teclado con otra perspectiva. Esa tarde hizo una excepción y dejó a Ataúlfo Rojas en primera fila, y pidió a los presentes que aplaudieran sólo al final. El concierto comenzó con la *Fantasía en Do sostenido,* seguida por el *Vals del minuto* y la interpretación de los doce grandes estudios. Aunque Dolores insistió en tocar una Polonesa para finalizar, su madrina le aconsejó que no lo hiciera, pues aún no tenía la edad suficiente. Los aplausos las conmovieron y la Nina Ramos guardó en sus recuerdos ese día como uno de los más felices de su vida. Entonces el padre Ramberto le pidió que tocara algo. Hacía mucho tiempo que no la escuchaban. La Nina se rehusó, por lo que intervino el doctor Leonardo Ralla para pedirle que contara la historia de cuando estuvo en París, donde conoció a Federico Chopin.

—¿Tú lo conociste? —le preguntó Dolores, sorprendida.

—Espera, no comas ansias —respondió la Nina, y comenzó a contar su primer viaje a París—: Yo tenía la ilusión de conocer a Chopin, de escucharlo tocar. En otoño comienza la temporada de conciertos, y nosotras llegamos para octubre, nos hospedamos en un hotel cerca del Palacio de Luxemburgo.

Don Belisario le preguntó con quién viajaba y la Nina le respondió que lo había hecho con su doncella Fidelidad. Sin querer, Pomposa se ruborizó al escuchar el nombre de su abuela. —No teníamos ni dos días de habernos instalado, cuando una mañana, mientras desayunábamos, entró corriendo un chiquillo al hotel, haciendo gran escándalo. Estaba lívido, no dejaba de hablar, casi gritaba y hasta juraría que estaba a punto de romper en llanto. Lo recuerdo muy bien. Y más me llamó la atención cuando mencionó varias veces "Chopin". ¡Virgen Santísima!, todavía se me eriza la piel. Yo estaba segura de que decía Chopin, y que algo grave le había pasado. Mi francés nunca ha sido tan bueno y menos en Francia, donde lo hablan de una manera que sólo ellos entienden. Dejamos el desayuno y pedí hablar con el gerente del hotel. El muchacho tardó más en entrar y pegar de gritos que en salir corriendo. El gerente me dijo que desde hacía un mes Federico Chopin se estaba muriendo, que todos los días París amanecía en ascuas, esperando cualquier noticia, fuera buena o mala. Entonces le pedí que todos los días me tuviera listo un coche de alquiler para ir a la Plaza Vendôme, donde vivía Chopin. Casi una semana estuve dándome mis vueltas. Hasta que por fin nos dijeron que todo era cuestión de horas. Tuve que comprarme un vestido de luto, cómo iba yo a saber que iría a un velorio en París y cómo presentarme en la casa de Chopin sin el vestido apropiado. La tarde en que volvió el muchacho con la fatal noticia, ya tenía mi coche esperando. París era un caos. La muerte de Chopin había caído como chorro de agua fría. Tuvimos que rodear calles estrechas, para buscar un atajo que nos llevara al Sena. Cuando me asomé por la ventanilla, íbamos por la ribera del río, levantando la hojarasca del suelo.

—¿Y de qué se murió? —interrumpió Carmen Rojas.

—De tisis. Federico Chopin murió tísico. Nadie sabía nada del velorio, de las misas, de nada, había muchísima gente en la plaza, incluso el coche nos dejó como a dos calles y tuvimos que caminar. Nos tropezábamos unos con otros, esperando cualquier noticia. Al día siguiente volví, y lo mismo, nada. Fue hasta el tercer día cuando por fin salió publicado en el diario que las exequias serían en la Iglesia de

la Magdalena, no en la Catedral de Notre Dame, como todos esperábamos. Decían que era por la cercanía con la Plaza Vendôme. Ese día llegamos temprano, quise acompañar el cortejo desde su casa. La mañana estaba más fría, con un poco de lluvia. Creo que fui de las primeras en llegar. Me di mis mañas para poder plantarme en su casa en el momento justo en que bajaban el cuerpo desde el segundo piso. Tres hombres cargaban el cajón sin el menor de los cuidados. Cuando cruzó el patio interior del edificio ya se empezaba a juntar la gente. Entonces aproveché y me fui detracito de él. La plaza estaba repleta, sólo se distinguían los paraguas negros. Lo subieron en un coche descubierto, lleno de flores níveas, tirado por dos caballos blancos. Nos fuimos caminando detrás de él. Éramos miles de personas.

"En la puerta de la iglesia la cosa se puso terrible; tuvo que intervenir la policía y el arzobispo de París. Un coro nos recibió, acompañado con el órgano mayor. Todo estaba lleno de flores blancas. Sobre el cajón tendieron la bandera de Polonia, su país. Decían que él mismo había pedido que tocaran el *Réquiem* de Mozart, porque era su músico favorito. Decían que nunca dejó de componer. Aún postrado, le acercaban el piano, aunque en sus últimos días ya no tenía fuerza ni para eso, se pasaba las tardes mirando por la ventana, dibujando notas en el aire. Decían que el Federico Chopin que estaba en el cajón, ya no era el mismo, que le habían sacado el corazón para llevárselo a su tierra. Eso me pareció terrible, el no dejarlo siquiera descansar. Fue la hermana quien lo ordenó, porque su corazón siempre había estado en Polonia y allá debía estar. También decían que en la Iglesia de la Magdalena a veces se oye que alguien toca su *Marcha Fúnebre,* la misma música que oímos cuando acompañamos su cuerpo para ser enterrado".

7

Salvador Fonseca supo con tristeza que levantarían el campamento cuando vio a Gabina, como a otras mujeres, recoger apresurada las ropas del tendedero. De un brinco se levantó de la piedra donde estaba sentado y corrió a los lavaderos a buscar a Judith. No la encontró. Volvió al tendedero y allí tampoco estaba. Desbocado cruzó por el campo plano y silencioso y no la vio. Se llevó la mano al pecho al sentir que casi se le salía el corazón. Se fue para la hacienda, esquivando gente. Llegó gritando a la casona. De súbito se detuvo junto a la fuente del patio y arrojó una piedra sudada, ocasionando un temblor circular en el agua y un hoyo transparente en la superficie verde. No esperó a ver cómo la piedra se perdía en la profundidad. Continuó su carrera aventando puertas, gritando con extravío el nombre de Judith. Cortó camino por la cocina y una mujer le gritó que parecía alma en pena, mientras las demás soltaron la risa. Preguntó por Judith y la cocinera alzó los hombros. Salvador corrió de nuevo, ahora por la puerta interior, hasta que sus pasos chocaron con un hombre robusto, empolvado, quien vestía chaparreras de cuero que le cubrían las piernas. Lo desconoció, levantó la cabeza y abrió tamaños ojos al ver su sombrero tan grande. El hombre le preguntó: "¿qué pues?", y sin responderle, el niño se le zafó de las manos al escuchar la voz del general Villa en el despacho. Al abrir la puerta, la conversación se silenció. Salvador vio a muchos hombres sentados a cada lado de Pancho Villa, todos extraños, iguales al que lo había detenido en la puerta. Se fijó que sólo dos tenían los pies metidos en huaraches —eran pies rajados, de uñas crecidas y amarillas—, mientras los otros usaban botines. Detuvo su mirada en las botas de su general. Cómo no las iba a reconocer si él mismo las había boleado esa mañana. Luego le vio el pecho rebotado de balas, levantó más la vista y se encontró con los dientes manchados de la sonrisa de Villa. El antiguo despacho del hacendado era el que se encontraba en mejores condiciones de toda la casa, el escritorio de madera rojiza seguía intacto. Los hombres aspiraban fuertes bocanadas de humo, unos de cigarrillo y sólo dos o tres de grandes habanos. El general le hizo una seña con la mano para que se acercara y, como si el corazón se le fuera a salir, Salvador se llevó la mano al pecho, sintió más recio sus golpes y las orejas calientes. Villa lo presentó como su lugarteniente, primer capitán de caballería y mensajero oficial de sus batallas.

El día amaneció allá lejos, donde se acaba la tierra. El sol ya estaba prendido, quemando la oscuridad. Antes del primer toque de corneta, se escuchó una primera exhalación de la máquina locomotora y el estruendo de los vagones. En unas cuantas horas, miles de familias

recogieron sus pertenencias, arrearon a sus animales, cargaron en los vagones la artillería, metates y comales. La noche anterior no durmieron por subir tanto bulto. Saldrían a las siete de la mañana. El mayor Lupe Santos caminaba atento junto al tren que seguía soltando chorros de humo. De vagón en vagón se asomaba buscando a Judith entre los montones de gente. Aunque no podían viajar juntos, quería cerciorarse qué lugar ocuparía, con quién iba a sentarse. Caminaba a lo largo del convoy, entre la multitud, disimulando su pierna renga. Aventaba a la gente que se le interponía, hasta que llegó al carro del general Villa, distinto a los anteriores: elegante, con ventanas que disimulaban el interior con finas cortinillas. Pensó dos veces antes de subir, tronó los dientes y se dio media vuelta para regresar por donde había llegado. "Mayor", escuchó al general, "usted se viene acá conmigo, faltaba más".

Quién sabe qué gritó el maquinista con todas sus fuerzas en el momento en que el convoy de veintitantos carros comenzó a moverse. La gente se agarraba de las paredes del vagón. En el tren iba el grueso de la tropa, algunos encaramados en el techo, sin saber si era mejor cogerse de alguna lámina o agarrar su sombrero para que no se los arrebatara el viento. Por fin completó un ritmo que no cansaba, lento como el cortejo de las culebras. Una avanzada, que había salido horas antes, les cuidaba el camino. Al segundo día se les unió el general Joaquín Amaro, con su ejército de por lo menos mil hombres. Estaban a tres días de la capital y continuaron de un tirón hasta Xochimilco, donde los esperaba el general Emiliano Zapata. Apenas crecía diciembre.

Villa no quiso llevar a Judith a su gabinete porque iría con su Estado Mayor, aunque le dio un asiento en un vagón cercano al suyo. Ella insistió en llevarse a Salvador y el niño no pudo desprenderse de Gabina y Pedro Rubicundo, así que los cuatro ocuparon los pocos asientos acojinados y se hicieron bolita para cubrirse del frío. El vagón estaba atiborrado de mujeres y niños. Pronto el calor recalentó los sudores, los canastos de comida. Los perros andaban sueltos entre la gente. Algunos no habían querido separarse de su atado de gallinas, o de sus lechones. En el sopor de la tarde, Salvador vio a un grupo de niños que jugaba al final del vagón con un pedazo de trapo amarrado a un palo. Se acercó en silencio. El que mandaba no tenía más de doce años, y una cicatriz de quemadura le bajaba desde el hombro hasta casi la muñeca. Su pantalón había sido el de un revolucionario muerto en batalla, le venía grande, pero se lo sujetaba fuerte a la cintura con un mecate. Por amuletos traía unas balas de máuser en el bolsillo. Al rato sacó una pistola, les dijo a los demás que también era del muerto, que se la había encargado antes de irse, y les preguntó quién de ellos

tenía los tamaños para dispararla. Ninguno respondió. “A ver güero, a ver si tú puedes”, y le pasó el revólver y los tiros a Salvador. Pero antes de cogerla, escucharon a Judith, y la muchacha le quitó el arma de las manos. Los niños la miraron asustados y detrás de ellos salió Herminia. Era la madre de Cruz, el niño que traía el revólver. Herminia se había curtido en la tropa, tenía en su haber tres revolucionarios que habían muerto en batalla y, según las soldaderas, ella era de mal agüero por haber arrimado la muerte a sus hombres. Por eso ahora andaba sola, con sus cuatro hijos regados en la tropa. Cruz era el tercero, y cuando le convenía negaba que fuera su hijo; pero ahora él se sentía protegido y al ver llegar a su mamá puso la peor de sus caras.

—¡Qué se trae con mi chamaco, vieja catrina! —gritó Herminia.

—No soy ninguna catrina. ¿Quién le dijo?

—No se haga, si a leguas se le echan de ver sus modos, y luego con su chiquillo güerito. ¡Uy sí, me creo mucho porque tengo un hijo gringo! ¡Arrastrada! Anda de mosca muerta con el general para endilgarle a su chiquillo.

Los gritos de las mujeres azuzaron la pelea, Salvador se refugió entre las piernas de Judith y ella apenas alcanzó a sacarlo de la bola. “Déjalas Gabinita, eso se saca la Güera por hocicona, quién le manda meterse con Herminia”, gritó una mujer furiosa. Aún no terminaban de escucharse las voces cuando Judith, sin esperar más, agarró de los cabellos a la madre de Cruz; se trenzaron en el suelo, revolviéndose entre cachetadas y mordidas. Judith se le montó en la panza y con todas sus fuerzas le restregó la nuca contra las tablas, le azotó la cabeza una y otra vez hasta que Herminia perdió el conocimiento. Desde ese día, Judith se ganó el respeto de las soldaderas y el apodo de Judas.

El pueblo de Xochimilco, al sur de la capital, había colgado flores en las ventanas y augurios en lo alto de las azoteas. La gente murmuraba. Todo el pueblo salió a la plaza a recibir a los generales Villa y Zapata. Los dos caudillos se dieron la mano y el apretón se reflejó en sus miradas. El saludo fue cordial aunque frío, amistoso pero con reservas. Uno y otro habían oído de sus múltiples hazañas. Caminaron en silencio dos calles de tierra. La gente se arremolinaba a su paso, querían verlos de cerca. Al general Pancho Villa el frío le enrojecía aún más la cara, y su suéter de lana lo hacía verse más corpulento. Algunas veces disimulaba una sonrisa de gusto e inseguridad, es que se sabía lejos de su terreno. Sus hombres iban bien

uniformados. Zapata lo miró con sus ojos oscuros. Su gran sombrero lo hacía verse más bajo de estatura, le disimulaba los rasgos duros de la cara y el bigote espeso que le cruzaba el rostro. Zapata no dejaba su puro, como si la mano izquierda se sostuviera de él. A veces se olvidaba de fumar, por lo que el robusto se le apagaba, y volvía a encenderlo con cerillos que sacaba de su chaleco negro. El viento se entretenía con el azul de la pañoleta que traía anudada al cuello, por encima de su camisa color turquesa. Para la ocasión, Emiliano Zapata había lustrado la botonadura de plata de sus pantalones charros: los negros de gala.

Entre la multitud, el rostro limpio de Judith daba luz a la mirada de Pancho Villa. Mientras caminaban, el general buscó los ojos seguros de ella. Judith se abrió camino para no quedarse atrás; sólo a veces lo impedía el paso lento de Salvador, a quien traía cogido de la mano. Al llegar a la escuela, donde celebrarían el encuentro, Judith le murmuró algo al oído y el niño corrió junto a su general, para no desprendérsele. Los caudillos se sentaron enfrentados en una mesa oval. El tiempo se fue acumulando en los párpados de todos; el silencio sólo se rompía con el carraspear de alguno o el restregar de las botas. Luego de la última chupada a su habano, el general Zapata ordenó una botella de coñac y propuso un brindis, pero Villa, rascándose la cabeza, le dijo que él no bebía. Zapata buscó en su mano el puro que había terminado. Pancho Villa comprendió el desaire y aceptó. Entre los murmullos de los presentes los dos alzaron sus copas. Villa bebió de un trago, como queriendo acabar pronto con las diferencias. El rostro se le fue del rojo al púrpura, sus ojos se anegaron de lágrimas y, entre un ataque de tos, pidió agua. Zapata se apresuró a palmearle la espalda. Los hombres de Villa trataron de disimular su preocupación y el general terminó de toser con una fuerte carcajada que por fin los hizo entrar en confianza.

Entre otras cosas, acordaron entrar juntos a la capital, la misma que días antes había sido abandonada por el congreso y por el presidente de la República, y que ya estaba resguardada por tropas villistas y una fracción del ejército zapatista. Quedaron dispuestos para salir el siguiente domingo. Un contingente entraría por el sur y la división haría lo mismo desde el norte; se reunirían en los bajos del Castillo de Chapultepec, en la gran calzada que había hecho trazar el emperador Maximiliano. La capital vivía un caos de buenas voluntades. Sus habitantes se mezclaban con la tropa, intercambiaban recuerdos y ofrecían hospitalidad. Desde la noche del sábado los cohetes interrumpieron el sueño y las bandas de música tocaron toda la noche, exaltando el ambiente que en la mañana se llenaría de serpentinas y olores dulces. Los balcones y azoteas eran los lugares

estratégicos, desde donde estaban apostados los miles de curiosos para ver desfilar al poderoso ejército.

"¡Ahí viene la Virgen de Guadalupe!", se escuchó el grito que se hizo coro entre la multitud. Primero desfilaban los de a caballo, los que portaban uniforme con gorra militar, detrás venían los de artillería y al final los hombres y mujeres de la Revolución. Las tropas bajaron de los cerros, inundando los llanos de la capital. Eran los zapatistas los que enarbolaban el pendón con la virgen. Iban sólo unos metros atrás de los generales Villa y Zapata, quienes de vez en cuando conversaban sobre la gente que los miraba, sobre la ciudad que parecía más grande que en sus sueños. Pancho Villa se distinguía de entre todos por su uniforme azul oscuro y su gorra de general de división; Zapata manejaba con fuerza la rienda de su rosillo. Igual que en su primer encuentro, llevaba pantalón charro de gala y estrenaba chaqueta beige de gamuza, con el águila de la República bordada en oro viejo sobre su espalda. Junto a ellos iba el general Rodolfo Fierro. Su paso por la ciudad parecía breve pero dejaba una fiesta detrás, el zumbido de clarines y trombones de las bandas militares. Cientos de músicos hacían una sola orquesta.

Los jefes tardaron un par de horas en llegar a las puertas de Palacio Nacional. El caballo de Emiliano Zapata caracoleó y se detuvo frente al gran portón de madera. Pancho Villa se descubrió la cabeza y con un brazo limpió el sudor de su frente, se volvió a poner la gorra y desmontó al mismo tiempo que los demás generales. Al cruzar el portón sintieron el fresco de la sombra. "Un momento, mi general", escucharon la voz de un fotógrafo que los estaba esperando en el patio con una cámara lista sobre un tripié. Aprovechando la postura, otros flashes reventaron a su alrededor, ocasionando un denso humo que a más de uno hizo toser. El general Felipe Ángeles, primer estratega de Villa, y sus hombres, ya se encontraban con ellos; el lugarteniente de Zapata llegaría minutos más tarde. Los recibió José Vasconcelos, ministro de Instrucción Pública, y los invitó a subir al balcón presidencial para ver el desfile de las tropas. Todos caminaban detrás del ministro, que les iba haciendo una reseña histórica del lugar. El mayor Lupe Santos se sentía fuera de sitio. Seguía buscando con su mirada a Judith hasta que por fin alcanzó a ver a Salvador, abriéndose camino entre la gente para alcanzar a su general. El mayor sabía que Judith no estaría muy lejos, porque en los últimos días el niño no se le despegaba ni para comer; atisbó desesperado, pero no la vio y tuvo que continuar con la comitiva.

Pancho Villa y Emiliano Zapata, acompañados por el Estado Mayor de sus ejércitos, salieron al balcón presidencial a saludar a la

muchedumbre que los vitoreaba. Sintieron los chorros de sol. El desfile se extendía a lo largo de sus miradas y los diferentes batallones los saludaban presentando sus armas. “Mire general, ya vio usted a aquellos de atrás”, le comentó Pancho Villa a Zapata, apuntando a lo lejos. “Ésos son mis mejores hombres, les dicen los Dorados”. Zapata empequeñeció los ojos y asintió con la cabeza. Villa no dejaba de hablar, de interrumpir las otras conversaciones con su carcajada. Que si había comprado nuevos caballos y armamento del otro lado; que contrató a unos gringos para filmar sus batallas; que eran más bonitas las mujeres del norte que las de acá. En el transcurso de la mañana ya había repetido tres veces que él no quería ser presidente. En cambio, Emiliano Zapata era hombre de pocas palabras. De vez en cuando limpiaba su frente con un pañuelo descolorido que guardaba bien doblado en el bolsillo del pantalón. Chupaba su segundo habano. Pasado el mediodía, el mayor Lupe Santos se acercó a la espalda de su jefe, se paró de puntas y le informó que gran parte del ejército aún esperaba incorporarse al desfile en las afueras de la ciudad. José Vasconcelos presintió que era el momento de invitarlos a pasar al gran salón a tomar un refrigerio. A medio coctel, Villa pidió conocer el lugar preferido de don Porfirio y nuevamente el ministro pidió que lo siguieran.

Villa le pasó el brazo izquierdo por el hombro a Zapata, cruzaron tres enormes puertas de madera tallada. Atrás dejaron el salón de recepciones, la sala de acuerdos, el amplio recibidor de piso blanco y negro, hasta llegar a una puerta de doble altura, con partes recubiertas en cobre labrado. Dos hombres quitaron la aldaba y empujaron sus dos hojas, que se azotaron contra la pared. El eco pareció venir de otro tiempo. La oficina del presidente de la República estaba en penumbras, allí no llegaban los ruidos de la calle, ni el griterío. En un rincón del despacho estaba la silla presidencial del general Porfirio Díaz, con su vivo oro de hoja y sus dos águilas reales labradas en sus patas delanteras, con la cabecera de su respaldo también dorado y el escudo nacional erguido en el centro. La misma silla que tantas veces ocupó don Porfirio, no sólo para trabajar o recibir a los embajadores, sino también para dormir la siesta, después de regresar de comer, porque según él, allí dormía mejor que en su casa. A una indicación del ministro, movieron el pesado sillón de las sombras y Vasconcelos le ofreció la silla al general.

—Después de usted, general Zapata —dijo Villa con la mirada llena de ganas.

—No, mi amigo, vaya usted a saber qué chinches tenga —rezongó Zapata.

—Pues yo sí me voy a sentar, nomás para ver qué se siente —dijo Villa—. Ora pues, dónde está el fotógrafo, para que todos se enteren hasta dónde llegó la División del Norte.

Muchos se apilaron alrededor de ellos. Miraron al fotógrafo que rápidamente preparaba la cámara. Otros estaban atentos a la voz de Villa. "Hasta se siente uno más nuevo", dijo entre risas, y antes de que el general terminara la frase, Salvador Fonseca se paró de puntas atrás del respaldo y estiró el cuello cuando la intensa luz del flash los dejó a todos encandilados.

Con los revolucionarios en la capital, el terror se apoderó de las calles. Los bailes, las inauguraciones, los acuerdos de la Convención, los pactos de Xochimilco quedaron en el pasado. En dos semanas de ocupación, las ejecuciones de Villa se contaban por cientos. El general no sentía ningún aprecio por los capitalinos; los culpaba de no haber defendido la vida del presidente Madero, y muy en el fondo quería hacerlos pagar por su muerte. El mayor Lupe Santos, bajo las órdenes del general Joaquín Amaro, hacía y deshacía a su antojo; a caballo recorría las calles del centro, robaba mujeres y las dejaba casi muertas a sus hombres, para que siguieran violándolas o pidieran rescate. La gente que semanas antes los recibiera con emoción, ahora les escondía los víveres. Cerca de la ciudad estaba el Ejército Federal, a cargo del general Álvaro Obregón, quien les dio un ultimátum para abandonarla antes de que terminara diciembre. Pero Pancho Villa estaba seguro de que no se atrevería a enfrentársele en la ciudad, así que en el telegrama le contestó que esperara a enero, así podría celebrar el fin de año en Palacio Nacional.

En los primeros días del año nuevo, la División del Norte empezó su retirada. Arremangaron todo lo que pudieron y, adrede, dejaron rastros: hombres colgados por el camino. De inmediato, Obregón volvió a tener el control de la capital, pero al encontrarse con una ciudad devastada y la apatía en el quehacer diario de la población, consideró oportuno dejar al presidente de la República y al congreso donde estaban. Las condiciones de seguridad eran graves y una epidemia de escarlatina cundió el pánico y la muerte. Los capitalinos también culparon de la peste al ejército de Pancho Villa. Pero fue el hambre lo que en realidad hizo a la gente manifestarse por la calles y buscar a gritos al general Obregón. El presidente Carranza, desde su exilio, pidió la cooperación de la Iglesia, pero como el clero se negó a entregar donativos en oro, ordenó apresar a los curas, lo que enardeció aún más los ánimos; apedrearon el cuartel general obregonista e hicieron quemas de basura en las calles. El país vivía la peor de sus crisis. El Ejército Libertador del Sur, comandado por

Zapata, agotaba las reservas de la capital, haciendo la guerra de guerrillas, cortando los suministros de agua y dinamitando las vías del ferrocarril. Al general Álvaro Obregón no le importó lo que hicieran los zapatistas; su encono y la estrategia de sus tropas federales iban hacia Pancho Villa. Para el mes de abril preparó la avanzada hacia el norte. Tres veces por semana informaba al presidente Carranza de sus avances, en telegramas donde le decía que era inminente la ruptura entre Villa y Zapata, y que ya tenía en su poder el ferrocarril central.

Pancho Villa se reorganizó en el norte del país. Implantó su ley en cinco estados y dejó un resguardo en el Bajío. Cuando estaba en la frontera le informaron que el general Joaquín Amaro lo había traicionado y se había pasado al bando federal, y que sólo habían recibido setecientos mil cartuchos de los quince millones que compraron a los gringos. Villa se enfureció y prometió invadir territorio yanqui en cuanto acabara con Obregón. También decidió no mandar el préstamo de armas que le prometió al general Zapata como lo pactaron en Xochimilco.

—Ése que se rasque con sus uñas —dijo en una reunión con su Estado Mayor.

El general Felipe Ángeles opinó que era mejor aguardar a que llegaran todos los cartuchos de los Estados Unidos, pues él desconfiaba de un enfrentamiento entre ambos ejércitos en los llanos del Bajío. Villa se le quedó mirando y disparó:

—Los tengo bien puestos, general, y vamos a armar la grande, sólo es cuestión de fajarse. Pasado mañana salimos al Bajío.

Los demás, que se habían quedado callados, calcularon bien: a Villa no le había gustado la advertencia de su lugarteniente, ni que lo hubiera contradicho en plena reunión.

La primavera se dejó caer con sus golpes de calor. La División del Norte atacó en la madrugada del primer martes de abril, tomando por sorpresa a los más de mil hombres que resguardaban la hacienda El Guaje. Obregón ordenó la retirada inmediata, lo que ocasionó que Villa ganara confianza. Dos días más tarde, su caballería, temida por sus fuertes ofensivas, volvió a atacar el resguardo de Obregón. El llano era extenso. Villa, montado en su alazán, levantó su brazo derecho ordenando alto; sus generales hicieron lo mismo y poco a poco la tropa se detuvo. El jefe se apoyó en los estribos para levantarse, miró al frente buscando. Amanecía. Pancho Villa aguardó unos minutos más en silencio, midiendo el terreno. Escuchó el chillar de los grillos,

el roce de los jinetes con el cuero de sus monturas. Volteó hacia arriba; las estrellas todavía perforaban el cielo. Volvió a alzar su brazo derecho y lo aventó hacia delante, al tiempo que le clavaba las espuelas a su caballo. “¡Viva Villa!”, se escuchó el grito de campaña que fue pasando de voz en voz. Como una marea que crece, los hombres de la División del Norte bajaron por el cerro del Cubilete, avanzando en semicírculo, como una liga que se estira en los extremos. La espesa polvareda que se levantó y la oscuridad de la madrugada no los dejaba ver más allá del largo de su brazo. Creyendo encontrarse también con un ejército de caballería y buscando el encuentro cuerpo a cuerpo, fueron recibidos por soldados atrincherados con ametralladoras, semiocultos entre los surcos. Las bajas no se hicieron esperar; los hombres y sus bestias caían en el campo de batalla sin saber de dónde les llovía el plomo. Pero no fue suficiente para contener a los más de treinta mil hombres de la división que, ya para la una de la tarde, habían lanzado cuarenta cargas a las trincheras. El general Villa seguía encarnizado, mandando hombres al frente, vociferando y maldiciendo. Los soldados del general Obregón, viendo que cuanto más disparaban, más hombres se les venían encima, arrojaron apanicados sus armas y corrieron lejos de la línea de fuego, haciendo oídos sordos a los gritos de sus superiores. Entonces Obregón se les enfrentó, ordenó que las bandas de música tocaran marchas triunfales, que gritaran con alboroto de fiesta. Subió a un niño corneta en las ancas de su caballo, le ordenó que tocara diana y salió a todo galope hacia las trincheras. “¡Viva la República!”, arengó a sus hombres que al ver semejante acto de valor se arrojaron de nuevo sobre sus armas y como locos se lanzaron sobre el enemigo. La reacción fue inmediata. Pancho Villa juzgó que habían caído en una trampa y ordenó la retirada, ahora perseguidos por el fuego federal. Los muertos de uno y otro bando se contaban por miles, destripados, regados sobre el campo para alimento de los buitres. Sin el tiempo necesario para cavar fosas, el general Obregón mandó apilarlos en las trincheras y prenderles fuego. El llano se convirtió en una hoguera inmensa que duró varios días, y la pestilencia llegaba hasta el otro lado de los cerros.

El general Pancho Villa no quiso dar marcha atrás, así se lo gritó al general Felipe Ángeles cuando volvió a proponer la tregua y que se replegaran al norte.

—No podemos correr el riesgo de quedarnos sin cartuchos. Los gringos aún no han completado la remesa —le recordó Ángeles.

—¡Retirarse es de cobardes! —gritó Villa— y a estas alturas, ¡yo no voy a hacer ese ridículo, nunca nadie ha vencido a mi caballería!

—Pelear con un fusil a media carga es una locura —insistió Ángeles.

En medio de la discusión, alguien mencionó que Zapata se había comprometido a cortar las comunicaciones de Obregón. El mayor Lupe Santos interrumpió, diciendo que ése ya no era de fiar. “Sólo tanteadas y quemazones ha hecho”, dijo. Los hombres salieron de prisa murmurando entre sí. El último en abandonar el vagón fue el mayor Lupe Santos y al salir se encontró con Salvador, que estaba dormido en el cobertizo.

Acostumbrado a no perder ni una batalla, el exceso de confianza de Villa hace que mande a toda su gente a la pelea, sin dejar hombres de reserva, ni mandar traer las tropas que tiene aún en el norte del país, o las del general Rodolfo Fierro, en el oeste. Intensifica los ataques, y vuelve a enfrentar a Obregón, durante cuarenta días. Villa duerme poco, regresa de la línea salpicado de sangre, con olor a pólvora en el cuerpo y las manos engarrotadas de tanto disparar. Se lo ve desesperado. Deja de escuchar al general Felipe Ángeles. Su orgullo no le permite tomar una táctica defensiva en vez de ofensiva, ni tampoco logra cortar las comunicaciones del enemigo. A finales de mayo, cansado de enfrentar pequeños combates, ordena lanzar otra vez a su poderosa caballería mientras Ángeles debe cubrir la línea del frente con sus artilleros. La lucha se inicia sangrienta. Por fin los villistas comienzan a avanzar, repliegan a los federales a la hacienda de Santa Ana. El general Álvaro Obregón manda un telegrama desesperado pidiendo refuerzos de la capital y le informa al presidente Carranza que están a punto de quedarse sin cartuchos. Ese mismo día recibe por respuesta que tanto los hombres como las municiones tardarán varios días en llegar. “Hágale como pueda para resistir”, lee. En otra más de sus estratagemas, Obregón manda reventar las compuertas de la presa de Sarabia, ocasionando una tromba y convirtiendo en una laguna el campo de batalla, obligando de nuevo a la tregua.

Villa vuelve a explotar contra su gente, pide que le informen de cada movimiento de los suyos y del enemigo. Maldice una y otra vez, grita que sí había funcionado su estrategia, que sólo era cuestión de días para ganar. Cuando se reanuda la lucha, Pancho Villa manda otra vez a toda su división al campo de batalla, y se niega a dejar gente de refuerzo. Obregón tiene bien estudiados sus movimientos porque siempre son los mismos. Hace un último esfuerzo táctico: los deja avanzar y ganar confianza para tenerlos sobre sus dominios y rodearlos por la retaguardia. La derrota se convierte en un desastre. Los prisioneros villistas se cuentan por miles y, desde el cerro del

Cubilete, el general alcanza a ver cómo cientos de sus oficiales son pasados por las armas. El mayor Lupe Santos se convierte en su hombre de confianza; así se lo dice, y lo pone al frente de la primera brigada del general Felipe Ángeles. “Mayor, le encargo que no pierda de vista al general Ángeles, no vaya a ser que cometa más pendejadas”, le ordena. Lupe Santos no ha dejado ni un día de estar en la línea de fuego, o de vigilar de cerca a sus hombres, al general Felipe Ángeles, y cualquier movimiento del enemigo. Duerme en el campo de batalla, con el dedo siempre en el gatillo. Tiene bien identificado al general Obregón, dice que a veces lo ve caminando por la hacienda de Santa Ana, que clarito lo oye resollar y no alucina, como dicen sus hombres. Él puede verlo.

La madrugada del tres de junio, Lupe Santos suda entre sueños, habla dormido, grita de tal forma que despierta a su lugarteniente, quien lo oye mencionar varias veces el nombre de una mujer. Lo nota muy agitado, pero no se anima a despertarlo porque sabe que le puede costar la vida. “Lupe, levántate, Lupe”, vuelve a escuchar la voz de esa mujer que le habla. Por fin se despierta empapado y el corazón brinque que brinque. Está seguro de que era la Nina Ramos quien lo aconsejaba en sus sueños. No puede acompasar el ritmo de su respiración. Se sienta en el petate, se talla los ojos y busca a su alrededor. Sigue escuchándola. Vuelve a buscar y encuentra su revólver. Se pone en cuclillas y apunta en la oscuridad. “¿Quién vive? ¿Nina, dónde está?”, grita. Sus hombres se despiertan al escucharlo, pero siguen haciéndose los dormidos, no se atreven a decirle nada, ni siquiera a contradecirlo. Creen que delira: seguramente es la muerte que revive en sus pesadillas. Lupe Santos se incorpora, se quita los cabellos de la cara y va por la cantimplora. Tiene la boca seca, la lengua pegada en el paladar. Traga tanta agua que se le derrama por la boca, y se echa el resto en la cabeza para comprobar que está despierto. Comienza a amanecer. Un fuerte presentimiento agita su respiración, los pálpitos le zumban en las orejas, se incorpora y mira la pistola en su mano. Levanta a sus hombres a patadas. Escoge a doce de ellos y les pregunta si están dispuestos a seguirlo hasta la muerte; todos asienten más por miedo a morir en ese momento, que por lealtad. Cargan sus armas, rellenan de cartuchos sus cananas, se llevan todas las granadas que pueden y el mayor Lupe Santos les habla de nuevo. “Vamos a tomar la hacienda de Santa Ana, y a matar a Obregón”.

Los hombres salen de entre las sombras. Corren casi en cuatro patas a campo traviesa. Se mueven rápido porque el sol ya los distingue. Llegan hasta la hacienda y sus sombras se alargan por las paredes. El general Álvaro Obregón, con algunos de sus hombres,

cumple una visita de reconocimiento. Al oír la voz del mayor Lupe Santos, desenfunda su arma, pero una lluvia de balas los tiene copados. Lupe Santos corre hacia él y lanza su última granada, la que finalmente estalla en los pies de Obregón.

8

Montado en su caballo de guardia, el Cápora espoleó y dejó a Antonino arreando las vacas. Como si trajera la muerte en ancas, regresó por el camino del monte que parecía un cordón tirado en la sierra. Antes de la puesta de sol llegó a casa de la Nina Ramos, amarró su caballo a una argolla de la pared y apresurado cruzó el zaguán, restregando sus espuelas. La Nina estaba en plena lectura.

—Nina, otra vez se aprontaron las aguas. Está el cielo harto de negro, allá entrada la sierra —dijo el Cápora al momento que hacía una seña con el brazo—, y dice Rufino Muñán que Abundio otra vez se atrasó con lo último que pidió de la capital; que si no nos apuramos nos vamos a quedar sin sal y sin panocha. De ahí mismo vengo ahorita.

La Nina lo miró sorprendida. Le pareció que nunca había dicho tantas palabras juntas. Dio por terminada la hora de lectura y le pidió al Cápora que la ayudara a levantarse. Las hijas de Carmen Rojas sabían lo que significaba el tiempo de aguas. Comenzaba con tormentas eléctricas, relámpagos en el cielo que se dibujaban como cuarteaduras. Los días y las noches se llenaban de lluvia, los caminos cerraban toda comunicación, la vida del pueblo se desarrollaba paredes adentro, las calles se anegaban de aguas negras, de montones de tierra y piedras que bajaban de los cerros. Por fin se callaba el zumbido de las chicharras, se ahogaban miles de tijerillas que nacían de Dios sabe dónde y que se amontonaban en el kiosco de la plaza, en las bancas, salían por entre la madera de los muebles, caían atarantadas de las tejas. La gente debía estar lista para matar a las cucarachas coloradas que volaban al ras de la cabeza y parecían crecer cuando se arreciaban las aguas.

—Ya me lo esperaba —respondió la Nina—. ¡Ese condenado de Abundio! Vamos a ver, Cápora. Dile a Rufino Muñán que no se apure, yo tengo suficiente de todo. Pero primero vas y le dices al padre Ramberto que dé un aviso en la misa de siete, luego te pasas con don Leonardo y también le informas que ya vienen las aguas, que digo yo. Y por último dile a Nacha que venga.

Dos días y dos noches estuvieron ausentes de Analco. El Cápora llevó a la Nina Ramos y a Nacha adonde la sierra termina en un cerro vigilante y la tierra sube para luego bajar hasta hacerse falda. Las madrugadas son nebulosas, los venados caminan entre madroños rojos y encinos. Decían que allá se podía atrapar el aullido del coyote, la

primera luz del sol. Que cuando se adelantaba el tiempo de aguas, la Nina Ramos subía a la tetilla de la sierra, con sus manos deshuesaba el espinazo del cielo y les rompía los brazos a los rayos. En la madrugada del jueves se las vio llegar por la calle de la Posta: la Nina montada en una mula que había nacido para moverla y, junto a ella, en otras dos no tan prietas, Nacha y Pomposa, con pesadas tinajas llenas de ojos de agua que el Cápora plantaría en las huertas.

Al poco rato de haber llegado se apersonó don Belisario Rojas en casa de la señora, con el apuro brincándole en la cara. Le dio a leer un telegrama que decía: *La ciudad ocupada por efectivos villistas. Situación mejorando pero no deja de estar peor. Se esperan nuevos saqueos. Apertréchense*. La Nina lo urgió a que les contestara y les pidiera más detalles. Antes de despachar al Cápora, le ordenó que no anduviera diciendo nada de la revolución con María la Blanca.

—Ya te conozco, con media botella de mezcal adentro y andas que la virgen te habla.

—Adió —pujó el mayoral—. ¿Oiga, y usted cree que lleguen esos pelaos hasta acá?

Tenían al Cápora sentado en el lodazal de los puercos. La primera luz del sol le abrió el ojo izquierdo, apenas escuchó las voces de unos hombres lejos del corral. Sintió que el sol lo recorría de pies a cabeza y recordó las risas de la noche anterior, el alcohol sobre sus hombros y el olor a carne quemada. El sol buscaba sus rincones, lo reconocía palmo a palmo. El Cápora trató de incorporarse, pero una soga lo jaló otra vez al lodo; el dolor en su pierna casi lo hizo perder el conocimiento. Escuchó unos pasos y voces ajenas que se acercaban. La más fuerte de todas, daba órdenes. Le aventaron un balde con aguas negras, dejándole al descubierto la carne amoratada y el otro ojo hecho un coágulo. Volvió a oír risas. El que mandaba le dijo que le daba lástima verlo tan chiquito. “Las vueltas que da la vida”, le dijo cara a cara. El Cápora escupió agua, forzó sus amarres. El hombre seguía con tono pausado, como si tuviera todo el día para él. “¿Te acuerdas, Cápora, de la Martina?”, le preguntó burlonamente. Al escuchar aquel nombre, la sangre le saturó las venas, el cuello se le hinchó tanto como se tensaron las sogas que lo amarraban. Sus heridas volvieron a sangrar y bufó como hacen los toros.

—No me digas que la sigues queriendo, ¡si era una puta!; todo mundo lo sabía.

—¡Cállate Lupe, o…!

—¿O qué, o qué? —se acercó tanto al Cápora que uno respiraba el resuello del otro. Lo jaló de los cabellos—. Debiste haberme matado. De veras asegurarte que estaba muerto. Yo creí que la Nina te había pedido mi cabeza, que me ibas a dejar bueno para los zopilotes. Debiste haberme matado, Cápora, porque yo sí te voy a matar; allá mismo donde dejaste a la Martina.

El mayoral trataba de zafar el brazo para echársele encima. Sabía que con una mano libre le trozaría el cuello a Lupe Santos. En esos momentos ya no pensaba en sí mismo ni en dónde podía estar la Nina Ramos. Contuvo una fuerza que se le amontonó en el pecho y recordó el agua del río, quieta, dibujando el rostro de Martina en sus reflejos. Era una mañana así como ésta, soleada, caliente como todas las mañanas que se citaban en el aguaje del río. Los primeros encuentros parecieron casuales. Martina llegaba con un cántaro sobre los hombros o cruzado entre sus brazos. Él ya estaba ahí, con sus ojos clavados en el suelo como hace un animal que olfatea huellas blandas, aquéllas que había dejado la muchacha un día antes. Ella sabía la hora en que el Cápora la buscaría sin mirarla. Por eso cada mañana se impuso la tarea de ir por el agua, con el cabello hecho una trenza espesa, su falda larga y blusa de escote que descubría un poquito con su rebozo. El agua no la engañaba, se sabía hermosa. Le gustaba mirarse y que los hombres la vieran con ojos rabiosos. Hasta que un día mientras estaba de rodillas, ahogando su cántaro, sintió otra sombra juntarse con la suya, y sin decir nada se le abrazó, secando el sudor de su frente en el bulto de su entrepierna. El Cápora la levantó y se miró en sus ojos. Estaba indefenso. Se acostaron a la orilla del río. Él le descubrió el pecho —desde niña había sido rolliza, pero ahora esa condición le daba la confianza de tener unos senos grandes—, con ambas manos los aprisionó hasta marcarle la piel. Las uñas del Cápora estaban negras, de la misma tierra que ahora los recibía. Las hojas de los árboles se pegaban en la espalda de ella, se confundían con un lunar grande que resaltaba en su muslo izquierdo. Estaba atolondrado, jamás pensó que las cosas serían así de rápidas. La muchacha abrió las piernas y de momento se espantó al verlo enorme, semejante a la mayor de sus fantasías. Cerró los ojos y se dejó llevar. El Cápora entró con la rapidez del viento, golpeando puertas, se estrellaba con cada vaivén, la asfixiaba, la hacía sentir a veces vacía, sin fondo, y otras, saturada, como si le fuera a reventar el vientre, como si entrara completo hasta la garganta. Esa mañana Martina volvió a su casa sin agua.

Se citaban a la misma hora y los encuentros se prolongaban toda la tarde. El Cápora corría los minutos al pie de un sauce, afilando estacas para limpiarse las uñas con la punta de su filo, las que dejaba

clavadas en la tierra cuando a lo lejos la veía venir, curvando su figura como la veredita del monte. El mayoral erguía la espalda y se descubría la cabeza. Manoteaba para que lo viera, le gustaba llamar su atención. De un día para otro dejó de visitar el burdel de María la Blanca. Se veía distraído, a veces sonriente, recién bañado. Cuando se lo encontraba por la calle o en la cenaduría de las Aviña, la puta mayor le reclamaba sus ausencias.

—¿Dónde te tratan mejor que conmigo, recabrón? Ahí anda la Toña pregunta y pregunta por ti.

—Dile que no se angustie, luego le doy su vueltecita, traigo por ahí otros pendientes —respondía resplandeciente mientras se alisaba los pelos del bigote.

El Cápora no dejaba nada a la imaginación. Su orgullo de la entrepierna delataba su buena condición de vida. No sólo Toña, sino Concha y Cleotilde y Juana y Maricruz, todas las muchachas de María la Blanca, hablaban de sus ausencias, del tamaño de su hombría, como el de ningún otro en toda la barranca.

Se siguieron viendo a diario en el aguaje, siempre con la ansiedad y la prisa de las venas hinchadas. El tercer domingo de junio, cuando casi dejaba de ser primavera, Martina le reclamó más tiempo de amor, le dijo que ya no podía separarse de él otro día más, quería sentirlo por las noches, caliente, junto a su cuerpo. Lloriqueando le reclamó las miradas de otras mujeres los domingos en la plaza, y el Cápora insistía en que ella era la única. Martina le reprochaba que eran mentiras, que todo Analco sabía de sus aventuras, y le echó en cara las del año anterior, las de su juventud, las visitas a la casa de María la Blanca. Se cansaba de repetirle que se casaran cuanto antes, que por qué no le decía a la Nina que les echara la bendición, y preguntaba por qué no le había platicado a la señora que ya la había hecho su mujer. El Cápora cerraba los ojos y escondía la cara en el pecho desnudo de ella. Hasta que un día, Martina decidió cambiar de táctica. Como si supiera las virtudes del tiempo, en las tardes que más se apretaba el calor al cuerpo, lo dejaba plantado. La primera vez ella también se hizo la enojada por no poder avisarle que iba a acompañar a su mamá a un mandado, las siguientes fueron por culpa de los cólicos, o del molino de nixtamal. Pero un martes de agosto, previendo Martina las fiestas del mes entrante, supo que don Belisario Rojas no podría hacer su viaje mensual a las minas y que el Cápora iría en su lugar. Conociendo sus costumbres, madrugó, y fue a esperarlo al aguaje. Dejó su cántaro sobre una piedra, como si éste fuera a ser testigo. Martina le dijo que lo había citado a esa hora para

despedirse; tenía miedo y una punzada se le había manifestado en el pecho. “Es un mal presentimiento; si me dejas de amar, me muero”. A veces ella podía simular excesos de tristeza, desviar los ojos y clavarlos en el suelo, hablar entre dientes y de la nada romper en llanto. Volvió a insistir en que se casaran, que su mamá la veía rara y no dejaba de preguntarle cosas.

—Róbame pues —le imploró alzando los brazos.

—Luego que vuelva de las minas.

—Ah no, luego no. Ahorita.

—¿Y el agua? —dijo el Cápora. Martina estrelló el cántaro en el suelo.

—Ahora sí, vámonos, ni modo que vuelva sin agua.

No tuvo más remedio que cumplir. La dejó en una cueva en una orilla de la barranca, donde retoña un ojito de agua que dice borucas entre el eco del silencio, y donde él se escondía de niño, para que la Nina Ramos no lo agarrara a varazos. Al tercer día, ya de regreso de las minas y después de que medio pueblo buscara a la muchacha, el Cápora se sinceró con la Nina Ramos del amor que lo consumía. “Ya lo veía venir —respondió la señora—. De un tiempo a la fecha he notado que no dejas huellas al caminar”. Lo mandó por Martina y puso fecha para la boda. La señora les regaló un terreno frondoso, por el rumbo de la villa, justo donde la tierra se empieza a caer para hacer barranca. En pocos meses construyeron una casa ventilada, con techos de teja y un corral grande para llenarlo de animales. Entrado el año nuevo, como Martina no quedaba embarazada, la Nina le dijo a Severo Berumen que les diera un par de puercos y un atado de gallinas para que se entretuviera cuando el Cápora se ausentara. A la Nina Ramos no le pareció del todo bien la inspiración de ese amor que lo tenía atolondrado. Con cualquier pretexto, el mayoral llegaba a casa de la señora en plena lectura, se apoyaba en un pilar del patio y ponía atención a los versos que leían las niñas para repetírselos a la Martina. Entonces quiso aprender a escribir, le pidió a su madrina que le enseñara, porque a veces sentía cosas que no sabía cómo decir. La señora le respondió que ya no tenía edad para andar en eso, que pronto se le pasaría. “Y no interrumpas más la lectura, éste no es lugar para ti”.

Una mañana de domingo, la Nina Ramos quiso acompañar a Pomposa al mercado. A la cocinera y a la misma Pomposa les extrañó,

pero tal fue el gusto de la doncella que corrió a la cocina a dejar su mandil y a levantarse la trenza en un arrogante chongo. Juntas cruzaron el atrio de la iglesia. La señora repartía saludos, se entretuvo con los chiquillos que salían del catecismo y brincaban a su alrededor. Afuera de su tienda, Eduviges la de Rufino terminaba de barrer la calle cuando vio venir a la Nina y le gritó a su esposo para que se acomidiera. Rufino Muñán se ofreció a llevarle el mandado. Mientras, Pomposa erguía la vista como queriendo descubrir quién las observaba. Habían dejado de ir juntas muchos años atrás, cuando la Nina descubrió a su doncella en amores clandestinos con un charro del Maloastele. La señora agradeció a Rufino Muñán y despachó a los chiquillos con monedas de cobre que dejó en cada mano. El bullicio del mercado era el mismo de siempre, los colores saltaban a la vista, y escuchó dos o tres palabrotas. Los perros se acercaron a olisquearla, se sabían en su territorio. La Nina se detuvo en la puerta del mercado y su presencia se impuso. Su nombre se repitió entre dientes, acallando voces y ladridos, dejando arriba el zumbido de las moscas. Régulo, el churrero, se acercó y le ofreció una rosca de las grandes. Una vieja desde el suelo, sentada sobre sus corvas, le regaló un ate de guayaba. La Nina caminó decidida hasta el fondo del lugar, donde se oían gritos de pelea. Martina se había encontrado con Toña en un puesto de frutas. La discusión comenzó porque habían escogido el mismo mango y ninguna de las dos quería cederlo. Hasta que Toña le gritó: “Cusca” y Martina la jaló de las greñas. “¿Qué pasa, Martina?”, golpeó la señora. Las mujeres dejaron de gritar cuando escucharon el tronido de su voz y se quedaron quietas, como encantadas, jalándose aún de los cabellos. En ese momento llegó el Cápora por la puerta de atrás con la bolsa del mandado. Se sorprendió al ver a la Nina y la situación en la que se encontraba su mujer. No atinó a decir nada, ni siquiera a quitarse el sombrero. “Sólo vine a comprobar lo que todo mundo dice”, volvió a hablar la señora sin quitarle la vista de encima a su mayoral. El hombre agachó la cabeza.

Martina supo cómo someter al hombre fuerte de la Nina Ramos. Comprobó que lo podía manipular con un abrir o cerrar de piernas. El Cápora no tenía más voluntad que los caprichos de su esposa, su llanto inesperado, sus antojos a cualquier hora. Ella quiso quedar embarazada desde el primer día, darle el gusto al Cápora con un hijo cachetón y charolado como él para que le enseñara a montar a caballo, a lazar, a enamorar a las mujeres. Martina hizo todos los intentos posibles: volteaba santos de cabeza y trataba de cumplir mandas exhaustivas de doble penitencia. Se untó yemas de huevo en el vientre como le recetó Nacha, tragó raíces dulces, luego de entregársele cerraba las piernas y apretaba el cuerpo, se paraba de

cabeza para que no se saliera nada de la voluntad de su hombre. Transcurrieron varios meses y fueron perdiendo la esperanza, hasta que un día Nacha le dijo. “Se me hace que tú estás clueca”, y Martina le gritó que era una vieja loca, que no servía para nada. Esa misma noche, montada encima de su marido, alumbrados por las brasas del comal, le dijo que la llevara con el doctor Leonardo Ralla, él tendría alguna solución. Al escucharla, el Cápora casi pega un brinco de la cama; le exigió respeto y le ordenó que estuviera sosiega.

—Nunca dejaré que hombre alguno te ponga una mano encima y mire de cerca tus partes —le advirtió.

Martina se encerró en un sarape y salió al corral haciendo pucheros.

—¿Y por qué no? Si ése también mira a la Nina —le gritó desde allá.

—Sí, pero tú estás muy nueva y no es lo mismo —sentenció desde la cama.

Las ausencias del Cápora, a veces por una semana, le dieron más espacio a Martina. Ella misma hacía unas cremas que le abrillantaban la piel, y se revolvía el cuerpo con olores de campo. Aunque tenía prohibido salir de la casa, y sólo podía ir al mercado o con la Nina Ramos, se las ingeniaba para lucirse por la calle. Más de un domingo la vieron pasear sola en la plaza, con su cabello recién lavado, suelto. Una tarde, al salir de misa, presumió unas enormes arracadas de oro, que no dijo de dónde había sacado. El escote de su vestido ocasionó el escándalo de las demás mujeres y su andar ventoso atrajo la mirada de los hombres. Las voces alcanzaron los oídos del mayoral. Montó en cólera y antes de anochecer, llegó a su casa a reclamarle, dispuesto a todo. Le dio unas cachetadas para que lo respetara y le dijo que se diera de santos que no le pegaba, que él no era de ésos. Luego la llevó a empujones al Santuario y le hizo jurar frente a La Purísima que eran habladurías de la gente. Martina le juró fidelidad besando la cruz de sus dedos. Otras veces se ponía llorosa y amante, lista para entregársele y repetirle que todas en Analco la odiaban porque ella tenía al hombre más fuerte, al más grande, y ninguna era tan mujer como ella.

Dos meses después, en otro viaje improvisado, el Cápora volvió cargado de piedras de ópalo. Llegó poco a poco, metiéndose como la noche. Caminó con pasos de viento sin que nadie lo viera, sin los buenos días de las mujeres que estaban en lo suyo. Ninguna murmuró

cuando a su paso dejó un aire pesado, amargo. No fue, como siempre, directo a los corrales de la Nina a descargar, sino que una corazonada le palpitó en los ojos y se dirigió a su casa. Había decidido viajar toda la noche para sorprender a su mujer aún dormida y calentarse en los carbones de la cama. El cielo se abría. Cuando entró, algo se le vino encima, como un cuerpo, completito y pesado. Escuchó ruidos al final de la pieza y alcanzó a ver una sombra que se movía rápido. Se quitó a Martina de encima y le preguntó con quién estaba. En eso escuchó el relincho de un caballo del lado contrario al corral, se asomó y sólo vio la figura de un hombre alejarse a todo galope. Desenfundó su Remington y le disparó toda la carga. Martina lloraba a oscuras, tenía los cabellos sueltos, perfumados, con un olor nuevo que el Cápora no reconoció. La vio desnuda, caminó hacia ella y en la alcayata donde él colgaba su sombrero alcanzó a distinguir un paliacate que no era suyo, y en el suelo, una camisa que no era de las que él usaba. Entonces la azotó con su cuarta.

Llegaron a la hora del desayuno. El doctor Leonardo Ralla se había ido más temprano que de costumbre, cuando Pomposa entró de prisa al comedor, alarmando con sus gritos. La señora escuchó el sonido de las espuelas y el griterío de la gente. En presencia de la Nina, el Cápora aventó a la Martina al suelo y le dijo que hiciera algo con ella, pues él no tenía la voluntad, y que ni en la casa de sus suegros la querían de regreso.

—Ya lo veía venir, te habías tardado, Martina —dijo la señora y se llevó la mano anillada a los labios, como para detener sus palabras —. Fíjense, apenas hace un año que se casaron, apenas ajustó los dieciséis y ya anda de… no me atrevo ni a decirlo, esas palabras no se dicen en mi casa. Llévatela Cápora, llévatela, tú sabes lo que debes hacer con ella y que Dios la perdone.

El sol vigilante seguía la tortura del Cápora. Lo pasearon por el pueblo. El general Lupe Santos hizo las tropelías que se le ocurrieron. Se metió a caballo hasta el altar de San Pedro —ni siquiera los federales en la guerra cristera harían tanto destrozo—, y se embolsó lo que relucía de dorado. Sus hombres prendieron fuego a la presidencia municipal, sacaron de debajo de su escritorio a don Belisario Rojas, hecho un manojo de nervios, porque estaba seguro de que lo iban a matar. A punto estuvo el general Lupe Santos de ajusticiarlo. Después de persignarlo varias veces con su arma, ordenó que lo depositaran en casa de la Nina Ramos. En el burdel de María la Blanca hizo una fiesta con música de tambora y balazos al aire para que todo Analco recordara su hazaña y lo mirara con respeto. La gran puta se le había ido por piernas, estaba en Santa Teresa desde hacía dos días y el

general no quiso distraer a sus hombres en ir a buscarla. Lupe Santos gritaba que él era el brazo derecho del general Pancho Villa, que había vuelto de entre los muertos para que le llamaran el Justiciero. Apenas un par de años antes habían querido lincharlo por querer acostarse con una puta y por un méndigo balazo que no había matado a nadie, decía. Caminaron por las calles a paso lento, llevaba al Cápora atado de manos y tirado por su caballo, para que vieran al favorito de la señora convertido en menos que una rata. Les había costado trabajo doblegarlo y hacer que se hincara a los pies del general Lupe Santos; con un punzón al rojo vivo le hicieron varios piquetes en los hombros, a latigazos le cocieron la espalda en carne viva, y a la altura del corazón lo marcaron con el fierro de la Nina Ramos, pero no fue suficiente, así que para restarle voluntad le reventaron una rodilla a palazos. Lo llevó a su casa. El general abrió la puerta de una patada y se quedó de pie. Reconoció el lugar. Aspiró una fuerte bocanada de aire, buscando el olor de la Martina, como si ese día fuera el de su huida, como si ella todavía lo esperara en la cama. Caminó hacia la pared donde estaba colgado su paliacate, se lo amarró al cuello y, tronando los dientes, giró sobre sus talones. Se escuchó el restregar de sus espuelas de plata, de estrella grande, las que un día antes le había quitado al Cápora. Llegó hasta el chiquero de los puercos y ordenó a sus hombres que lo levantaran del lodazal. Seguirían con su paseo. El mayoral arrastraba los pies, con cada jalón de la cuerda le volvían a respirar las heridas. A la tercera caída que sufrió y para evitar la descompostura en el trote de su caballo, Lupe Santos ordenó a uno de sus hombres que lo ayudara a seguir caminando. Las calles estaban desiertas, llenas de un silencio serenado y ladridos de perro. En la puerta de la casa grande, la guardia de tres hombres bien armados no dejó entrar ni salir a nadie. La señora le juró a Dolores Ralla que nada le sucedería, que antes de tocarla tendrían que pasar por su cadáver. Don Belisario entraba y salía por la puerta que comunicaba ambas casas, siempre acompañado por sus hijos Noé y Seferino.

Primero entró el general Lupe Santos. Jalaba al mayoral. La Nina estaba en el comedor y distinguió el sonido de las espuelas, supo que eran las de correllones piteados; Pomposa gritó horrorizada al ver el amasijo en el que habían convertido al Cápora. Lupe Santos gritó una sarta de improperios.

—Déjalo en paz Lupe, es a mí a quien buscas —sentenció la Nina.

—No, doña, usted ya está vieja y se me hace que no aguantaría ni un chingadazo. Usted nomás con verlo sufrir, sufre. Yo nomás vine por éste y por el que se me cruce. De usted no quiero nada, ni su dinero cochino. Ahí está la chiquilla ésa, dizque se quedó ciega por mi culpa, mentira vil, ya la escuincla era rara de nacimiento. A mí no me la endilguen.

Dolores se aferró más al cuerpo grueso de su madrina. El general se paseaba por todo lo largo del salón comedor, presumía unas cananas atiborradas de balas que le cruzaban el pecho, el bigote ralo y mal cortado le enmarcaba los labios, el cabello rojizo le cubría media frente, hacía su cara más angosta. Pomposa se llevó las manos a la nariz, estaba atenta por si algún disparo alevoso pusiera en peligro la vida de su señora. El general Lupe Santos sabía que no podía atentar contra la Nina, porque todo Analco se le echaría encima, y la única condición que le había puesto el general Villa para darle licencia, fue que regresara vivo. Por fin don Belisario Rojas tuvo valor y balbuceó el nombre de su hijo.

—¿Juan Belisario? —reflexionó el general—, por ahí ha de andar en la otra vida. Un día no amanecí de buenas y me lo eché. Pero no se apure don Belisario, que usted tiene, al cabo, hartos hijos —le dijo y por fin salió a la calle.

Llevaron al Cápora hasta el aguaje del río. Ya estaba preparada la soga en un brazo del sauce. Oscurecía. El general Lupe Santos le dio la dispensa de decir su última voluntad, pero el Cápora ya no se hacía en este mundo. Le volvieron otra vez los recuerdos de su mujer, sus primeras citas, el amor aferrado que lo hacía perderse en sus ojos. Miraba a los presentes ya sin distinguirlos, hasta que de pronto recordó cómo había dejado a Martina a la orilla del río. La miró tirada de panza, aún con los cabellos sueltos, navegando en la superficie del agua. Aquella misma tarde la Nina mandó recogerla y darle cristiana sepultura. No dejó que nadie la viera, sólo el padre Ramberto la descubrió para untarle los santos óleos y comprobar lo que todos sabían que era una mentira: no murió al caer del caballo, sino que al

Cápora se le había pasado la mano de tantos golpes cuando Martina, en un arrebato de furia, le reveló que estaba embarazada de su amante. La mató de seis balazos, estaba hincada después de arrepentirse de sus palabras y pedirle perdón. En Analco todos esperaban la muerte de un hombre, el que fuera, cualquiera podría haber sido amante de Martina, pero nadie más murió. Para su consolación, la Nina le regaló al Cápora unas espuelas de plata, de estrella grande, de correllones piteados, porque eran su gusto, para que ya dejara de pensar y se le pasara el coraje. El mayoral sólo se las quitaba para dormir y desde que amanecía las hacía sonar, como si fueran cadenas que arrastrara desde la otra vida. Ahora estaba seguro de que Martina lo había perdonado y lo estaba esperando. Desde la muerte de su mujer, algo en su interior también había muerto, y muy en el fondo lo deseaba. "Ya estoy muerto —se repetía—. Tú me mataste, Martina, sólo falta que me lleves contigo". El general le volvió a pedir que dijera su última voluntad, y como no dijo nada ordenó que le cortaran la lengua, para que no fuera a hablar mal de él en el otro mundo. El Gamuza aventó su sombrero y con pisadas largas se le acercó, al mismo tiempo que sacaba un cuchillo enmohecido de una funda improvisada. Al Cápora se le tensaron los músculos del cuello y tragó aire en el momento de apretar la boca y ver semejante puñal en la diestra prieta de su verdugo. El hombre se le montó en el pecho, con la zurda le presionó ambos cachetes y estaba a punto de cumplir la orden cuando volvió a escuchar al Justiciero decir que esperara, que era nomás una tanteada. Prefería dejarlo completo y aprovechar para mandarle un recado a la Martina. Ahora fue el Justiciero quien se le montó y lo cogió de las quijadas. "Dile que aún la quiero, que no olvido su pechito de golondrina, sus chillidos de perra. Que todavía la huelo; como ella no he tenido otra. Se lo dices; nomás por eso te mueres completo". Mientras le hablaba, el general Lupe Santos volvió a respirar el coraje añejado del Cápora. El cielo se anegó peor que otras tardes. Le pasaron la soga por el cuello. Los revolucionarios se peleaban por las botellas de tequila, aullaban alrededor del sauce, discutían por ser el hombre que jalara la cuerda. El general Lupe Santos bajó la guardia al ver que una mujer se acercaba hacia él. Uno de los revolucionarios se le cruzó en el camino y la paró en seco.

—Si vienes a pedir por la vida de éste, es demasiado tarde, Nacha —dijo el general.

—No. Eso no tiene remedio. Vengo a pedir por la tuya —respondió en tono de advertencia y continuó—: Desde hoy, cuídate, Lupe, cuida quién duerme junto a ti.

Sin más aviso que el tronido de una pistola, de entre los arbustos de arrayán salió una bala que zumbó en la oreja al general. Sus hombres dispararon toda su carga hacia el mismo punto y cosieron a balazos a Seferino Rojas que, para vengar la muerte de su hermano Juan Belisario, los había seguido desde la casa de la Nina Ramos con un revólver de su padre, el cual ya no usaba por viejo.

—Por donde la mires, Nacha, la muerte conmigo no tiene tentaciones —le dijo y dio la orden al alzar el brazo.

Un caballo retinto soltó carrera. Tensó la cuerda, levantando al Cápora del suelo, y lo sacudió contra el árbol. Envuelto en una nube de polvo el mayoral no hizo ningún movimiento. Su cuerpo siguió balanceándose lento, cada vez menos, hasta quedar quieto, como una más de las ramas. Una sucesión de relámpagos se escuchó a lo lejos y fue como si unas nubes prietas y llenas de mal augurio hubieran adelantado la caída del sol. Por unos minutos el general Lupe Santos miró al colgado y se dijo: “Cuando digo, digo, y nunca me desdigo”. Pidió su caballo. Lo montó. Le dio vueltas al colgado y cuando lo tuvo en posición, desenfundó un machete. Se salpicó de sangre. El cuerpo cayó de un lado y la cabeza rodó hasta los pies de uno de sus hombres. Hubo silencio. Todos se sintieron ajenos a su general, a su venganza, y lo miraron desconfiados. “Levántala”, ordenó Lupe Santos.

No había más qué hacer; debían alcanzar a la División del Norte en el antiguo camino a San Luis, y estaban justos de tiempo. Antes de dejar Analco aventaron a los muertos en el atrio de la iglesia y la gente corrió a verlos. Nacha llegó detrás de los revolucionarios y la madrina la enfrentó. “¿Quién te crees tú para meterte en mis asuntos, desde cuándo te mandas sola?” La yerbera hizo oídos sordos y siguió viendo a la gente alrededor de los cuerpos. “¡Ya ajustaré cuentas contigo!”, le volvió a reclamar, y desde la puerta de su casa maldijo a Lupe Santos. A voz en cuello el general urgió a sus hombres para que en una hora reunieran todo lo que encontraran de valor, los autorizó a meterse en cualquier casa y de antemano agradeció a la gente del pueblo su disponibilidad. Terminó repartiendo las tierras de la Nina Ramos, diciéndoles que eran un regalo de la Revolución. Aunque todo el pueblo esperaba una señal de la madrina, del alcalde e incluso del padre Ramberto para armar una defensa certera, no hubo ninguna. La Nina Ramos se había decidido por una calma ventajosa que planeó desde el primer día en que llegaron los revolucionarios.

No fue el general, sino el de su confianza, quien quiso dinamitar la caja fuerte que estaba en el despacho de la Nina, una Mosler del

tamaño de un ropero. La señora le dijo que ni se molestara, que ella se la abría con mucho gusto antes de que hicieran más destrozos. El hombre encontró cientos de costalitos con monedas de oro que decían "Centenario". Eran de doble grosor. Las cargaron en una mula que a la primera vuelta del camino se le pandeó el lomo.

El general Lupe Santos entró por la puerta de atrás en busca del caballo alazán que tanto le gustaba. El corral no tenía animales, sino muchos árboles enanos y montones de tierra de diferentes colores. Doña Lucrecia salió como gata entre la noche y se prendió a mordidas de su pierna renga. El general se la quitó a cuartazos y estaba a punto de echarle encima el caballo, cuando se interpuso el doctor. "Mi caballo está en La Rojeña", le dijo. Para que nadie supiera dónde estaba escondido, lo había puesto junto a los animales de trabajo, jalando la tahona. Era sabido de todos el gusto que tenía el doctor por los cuartos de milla, desde aquel primer alazán que lo había traído a Analco y que más de una vez le salvaría la vida. Junto con una mula cargada de dos barricas de tequila también se llevaron al doctor Leonardo Ralla, porque siempre era necesario un médico en la bola y al general Pancho Villa le daría gusto su contribución. Fueron a despedirse de la Nina Ramos y el general Lupe Santos le hizo un saludo militar, clavó las espuelas en su animal y salieron a todo galope. Sin embargo, nadie los escuchó, como si el silencio que los vio llegar ahora los hubiera aturdido. El ambiente se llenó de los gritos enloquecidos de doña Lucrecia Ralla.

9

La Nina Ramos seguía mirando la fotografía en sepia que le habían tomado a principios de siglo. Fue en el momento más oportuno de la tarde. Retocó sus labios con afeites encendidos, cerró su abanico de encaje y recogió ambas manos en su regazo. Su gesto era sereno y las acentuadas arrugas parecieron distraerse un momento de su rostro. "Nada de retoques", comentó la Nina. Con manos expertas, Guillermo, el fotógrafo, inclinó un poco la cara de la modelo hacia la izquierda. Retrocedió unos pasos con los brazos estirados, como si cuidara el equilibrio de una escultura. Introdujo una placa metálica en la cámara Eastman Kodak de tripié, se escondió tras una franela oscura, enfocó la lente, encuadró la imagen y quiso captar los destellos de luz que irradiaban sus ojos. Frente a él pasaron imágenes infinitas: pudo ver a la joven Nina descender del carruaje del emperador Agustín I; discutir con el presidente Santa Anna la invasión de los norteamericanos; a la Nina capaz de negarle hospedaje en Analco al presidente Juárez cuando huía del emperador Maximiliano, o defender con valentía la memoria de Carlota de Habsburgo. El desconcierto se apoderó del fotógrafo al sentir que estaba en el Castillo de Chapultepec y veía a don Porfirio más viejo, cansado, hablando de un futuro incierto. Las imágenes se sucedieron como gotas de lluvia en medio de un relámpago que despierta la noche. Cuántas cosas habían pasado desde entonces, pensó la Nina. Quién le iba a decir que su mayor prueba sería entre los suyos, en Analco. "Yo siempre he estado pendiente de todos y nadie a estas alturas puede reprocharme nada. En su momento, cada quien ha enfrentado y resuelto su destino, yo sólo he aseverado que las cosas se cumplan", repetía una y otra vez. Con el pañuelo se buscó unas lágrimas, pero sólo eran gotas de sudor que se le escurrían. Volvió a dejar las manos sobre el descansabrazos de su poltrona y, a medio dormir, jaló recuerdos desde un presente lejano, como retazos de tejido que se deshilachan. Hasta los acontecimientos más insignificantes tuvo al alcance de su mano.

—Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo —escuchó la voz de Nacha.

La señora volvió en sí y la miró en medio de una enrarecida luz y un olor a tierra mojada.

—La desobediencia es traición y la tuya no tiene medidas de cordura. Ese muchacho debería haberse muerto —le espetó la Nina.

Desde su poltrona le volvió a reclamar el herido que llevó

Abundio a su casa y a quien ella revivió, contradiciendo las fuerzas naturales del destino, lo cual dispuso la suerte de Analco. Buscó su bastón para levantarse, pero había desaparecido. Nacha, entre vapores, rodeó a la madrina hasta quedar otra vez frente a ella. Vestía la misma ropa con la que había salido huyendo de su casa apenas unos días atrás.

—¡Me cansé de ser su monigote, y luego ya ni caso me hacía! ¡Nunca me dejó vivir mi vida! —le gritó, y le echó en cara el dominio que ejercía sobre ella el doctor Leonardo Ralla.

—A estas alturas tus reclamos no tienen fundamento. Eres una malagradecida, a mí me debes todo lo que eres. Yo te hice —respondió la Nina sin dejar de mirarla.

—Usted qué sabía lo que yo quería. En el fondo cree que Dolores nació albina por mi culpa, como inventó la loca de doña Lucrecia —resopló la yerbera.

—Sabía que alguien me traicionaría, pero nunca pensé que fueras a ser tú. Alteraste el orden natural de la vida y así tenías que acabar. Maldita.

—En el fondo me ha culpado de todo, hasta de las dagas que hizo Lupe Santos.

—¿Y tus pies, dónde están tus pies? —por fin preguntó la Nina, al tiempo que de entre sus cabellos sacaba un gran alfiler que los liberó hasta la cintura, y luego lo clavó en el piso donde Nacha apenas se sostenía—. ¡Ahí voy a enterrar tus pies, para que nunca puedas salir de este cuarto! Ahora te la vas a pasar penando, de eso me encargo yo —le advirtió y se levantó con un pequeño esfuerzo.

La yerbera hizo un movimiento extraño y la Nina escuchó un quejido sordo de metal que agoniza. Eran las campanas de la iglesia en una lejana penumbra de cuartos clausurados; sonaban notas acordes imposibles de descifrar, tan desesperadas como el llanto holgado de los huérfanos. Era un sonido abandonado que dejaba a Analco a merced del mal.

—Todo es cuestión de que usted lo quiera ver, para que se encarne —le dijo Nacha.

—Tú y todos tus demonios me tienen sin cuidado —respondió la Nina.

Un fuerte escándalo en el corredor las hizo voltear a la puerta. La yerbera aprovechó la distracción para huir. Las voces eran fuertes. La señora adivinaba el tono áspero de don Belisario Rojas y los chillidos de Pomposa. Antes de dejar el cuarto, la Nina echó un último vistazo. Estaba sola. Abrió la puerta y les pidió que guardaran compostura. Don Belisario nombró a Nacha por tercera vez y Pomposa le aseguró que la habían visto como una aparición del más allá. La señora cerró con llave y juntos caminaron por el corredor. Al atravesar el patio central la Nina se detuvo y miró a la gente amontonada, revuelta en sus olores. Le preguntaron cuándo pasaría todo. "Ya merito, esperemos unos días más", les dijo. El viento que por fin había dejado de azotar a Analco, se transformó en un calor rojo vivo sostenido por un sol que no descansaba, que ya se había ensañado con las criaturas más pequeñas. La señora le dijo a Pomposa que no dejaran de asistirlos y caminaron hacia la casa del alcalde. Al escucharlos entrar, Adela se cubrió la cabeza. Carmen Rojas estaba dormida, con una respiración serena y un gesto delicadamente hermoso. La Nina ordenó que abrieran la ventana para que circulara el aire y le pidió a Adela cuidar que no entrara nadie más. Sobre la cama vio el que fue su misal, luego se acercó y dijo que sólo estaba dormida.

—No se espanten si habla incoherencias entre sueños —advirtió la señora.

—Pero mi mujer no habla dormida —interrumpió don Belisario.

—Pues ahora va a hablar —replicó la Nina.

Al estar en el lecho de Carmen Rojas, la Nina Ramos comprendió que no se trataba de un conjuro, sino de una maldición a las campanas de Analco. La Nina Ramos recordó que alguna vez, entre secretos, le había confiado a Nacha la pureza del canto de las campanas. "Su tañer mantiene alejados a los demonios, contiene a las fuerzas más oscuras y equilibra el orden natural. Por eso se consagran, se les da nombre y se ponen en las torres más altas. Son más necesarias que el agua, sin ellas el tiempo se enrarecería todo y el aire se convertiría en un caldo irrespirable". Entonces mandó a buscar con urgencia al padre Ramberto para que la acompañara a la casa de Nacha y comprobar así lo que ya esperaba. Pomposa encontró al cura en su oratorio de la sacristía, acostado bajo la sombra de un Cristo inmenso, el cual se figuraba que le caería encima. La doncella notó que había llorado. Su mirada no disimulaba el miedo y la barba había encanecido su rostro. La Nina los estaba esperando en la esquina de la calle de Los Naranjos, cubriéndose con una sombrilla negra. Analco estaba en silencio. Desde la altura del sol, se veían como tres puntitos moviéndose por una

tierra árida. La casa de Nacha estaba situada cerca del arroyo de la Tuba, a un lado de una arboleda de sauces llorones, que habían perdido su follaje y ahora parecían inmensos espantapájaros; por entre sus esqueletos se podía ver el perfil del tejado. Pomposa se adelantó para que su señora no se llevara ninguna sorpresa. Al cruzar la cerca, una peste a animal muerto la confundió. Intentó abrir la puerta. De pronto escuchó un quejido en el interior, un lamento triste sin traza de arrepentimiento, y vio una sombra pasar por la ventana. Pomposa sintió la presencia de alguien detrás de ella. Se sobresaltó pero no vio a nadie. Se levantó las naguas, se apresuró a cruzar la cerca y oteó buscando a la Nina Ramos. Pensó dos veces antes de cruzar por entre los sauces. Volvió a escuchar el lamento, pero ahora cerca de ella, como si hubiera puesto su oreja en el pecho de un moribundo. Sacudió la cabeza, se llevó las manos a la cara, dejó de caminar, cerró los ojos, los apretó. Esa voz quejumbrosa le seguía hablando, como si le recorriera el cuerpo con mano fría. Pudo sentir los latidos de su corazón casi brotándole del pecho y, de tajo, se cayó el zumbido. Abrió los ojos y fue como haber despertado de una pesadilla. Estaba en medio de los sauces y su grito fue escuchado por la Nina y el padre Ramberto.

Por el alboroto de las moscas, la Nina se dio cuenta de que los perros de Nacha habían sido sacrificados al final de la cerca. El padre Ramberto abrió la puerta sin dificultad. Una peste oscura les golpeó la cara. La Nina ordenó abrir las ventanas y la luz rompió el silencio de abandono. Se encontraron con un reguero de gatos destripados y al fondo vieron a Nacha ahorcada a una viga, con los ojos abiertos, como mirando a la Nina Ramos. La señora le buscó los pies, pero no pudo verlos, por lo que le pidió al padre Ramberto que él la revisara. El cura se extrañó y negó con la cabeza. “Levántele las naguas, yo sé lo que le digo”, insistió. El señor cura tragó bocanadas de aire, de ese fétido olor a su alrededor y vio un crucifijo en el suelo cubierto de plumas, al que también le faltaban los pies. La Nina volvió a decirle que no estaba muerta del todo, que la yerbera se había quitado los pies para andar entre los sueños de la gente sin dejar huellas y que sólo liberarían a las campanas de su maldición si lograban sepultarla completa. Les urgía encontrarlos, para que no llegara otro espíritu que se los calzara, pudiera encarnarse y andar con los pasos de Nacha.

—¿Cómo puede creer esos cuentos? ¡Son leyendas de la barranca! —le dijo Ramberto.

—Yo sé mis cosas, señor cura —contestó la Nina antes de salir.

Era domingo. En medio de los calores de junio la Nina Ramos

cumplía su siesta. Desde su cama, con la puerta entreabierta, esperaba que la doncella atendiera sus gritos. Pomposa dejó lo que estaba haciendo en la cocina y corrió por el pasillo restregándose las manos en el mandil; al llegar se volvió a pasar las manos por el cuerpo y con prisa empujó la puerta. Desde hacía rato el cilindro estaba suene que suene, la música provenía de la calle. La Nina le ordenó a Pomposa que lo callara, que lo mandara para la plaza. Más tardó la doncella en ir a averiguar, que en volver con el rostro lleno de muecas para decirle que Ataúlfo Rojas tenía contratado a Lucio, el viejo, para tocarle una canción a Dolores y que estaban afuera de su ventana dándole serenata. "¡Qué serenata ni que ocho cuartos! —gritó la Nina—. ¡Dile a Carmen que sosiegue a su muchacho y manda a Lucio con su música a otra parte!"

Aunque Dolores Ralla estaba por cumplir doce años, no sabía ni abrocharse un botón. Se comunicaba con el mundo a través de la música. Aún seguía citándose con Ataúlfo Rojas en la huerta de Los Naranjos. Ya no creían en duendes ni en hadas, sino en ellos mismos como personajes de mutua inspiración. Las veces en que la Nina Ramos no podía acompañarlos aparecía Pomposa o alguna mujer más del servicio en el momento menos esperado. Ataúlfo Rojas, unos años mayor que Dolores, se sentía su protector y a veces le era difícil disimular sus sentimientos al verla junto a los azahares o sentada en el brocal de la noria. Le gustaba leerle y escucharla tocar. Cuando burlaba la vigilancia de Pomposa, revivía el atrevimiento de acostarse debajo del piano y cerrar los ojos para soñar despierto. Era un joven de avanzada. Los tres años que fue a la escuela se distinguió por ser el mejor de su clase. Memorizaba cualquier nombre, fechas, insignificancias que los demás dejaban pasar. Un domingo de junio, la Nina Ramos y el padre Ramberto compartieron con la familia Rojas un día de campo en los claros de la Fundición. Ataúlfo logró burlar la vigilancia de la Nina y llevó a Dolores a escuchar las caídas de agua de La Toma. Caminaron de la mano hasta el murmullo de un manantial que la conmovió. Jamás había sentido esa impaciencia de sonidos. Le pidió que la acercara para tocarlo. Ataúlfo le decía dónde pisar, qué tan grande era la piedra. Dolores sintió la brisa sobre su cara, se le humedecieron sus listones amarillos, cerró los ojos y el joven le susurró que sólo tenía que estirar la mano. La metió en mitad del chorro y el choque del agua los hizo perder el equilibrio y caer. El peso de su vestido la llevó al fondo. Ataúlfo emergió del agua, volteó a su alrededor y volvió a zambullirse; vio a Dolores como en medio de una nube de cabellos y nadó hacia una mancha de sangre que comenzó a salir, al parecer, debajo de su vestido. La cogió de la cintura y con todas sus fuerzas la sacó a la superficie, la hizo sujetarse

fuerte de una roca, le preguntó qué le había pasado y Dolores no supo qué contestar; no sabía si Ataúlfo le estaba preguntando por el fuerte tirón que había sentido en su bajo vientre. No quiso responderle nada; estaba sorprendida y sentía vergüenza. Permanecieron un rato sentados en la orilla. Él le limpió la cara y estuvo a punto de besarla, pero no se atrevió, sólo le besó la mano y le preguntó si quería ser su novia. Pero antes de que Dolores le respondiera, fueron sorprendidos por don Belisario, que se alarmó al ver el vestido lleno de sangre. Le dio unas patadas a Ataúlfo y le dijo que cómo se atrevía a acercarse a Dolores, si era como su hermana. Más tarde, las mujeres la revisaron y le explicaron la causa de sus contracciones: después del paseo al río, había dejado de ser niña.

La Nina Ramos redobló la vigilancia sobre Dolores y le pidió a Carmen Rojas que cuidara de su muchacho y lo enseñara a respetar. Aun así, Dolores y Ataúlfo siguieron viéndose a diario. No volvieron a hablar del noviazgo, pero el beso en la mano había servido más que cualquier declaración. Nadie sabía de su amor, ni los hermanos de él, ni la doncella Micaela y mucho menos Pomposa. Dolores Ralla se imaginaba a su amado Ataúlfo como el Romeo que escuchaba en las lecturas de Adela. Trataba de no desobedecer a la Nina para estar más tiempo en la huerta de Los Naranjos. Ahora sí comía todas las verduras que le daban en la sopa, se tomaba su tarro grande de leche en la merienda y cumplía con estricto orden sus lecciones de música. El único pesar que la aquejaba era el permanente aislamiento de su madre. Doña Lucrecia Ralla, desde tiempos de la Revolución, no recordaba que vivía en Analco y se había olvidado por completo de que tuviera una hija. Después de que el general Lupe Santos enroló al doctor como médico villista, la señora perdió la cordura. Se encerró en su casa y sólo volvió a salir un sábado de aniversario, para encaminarse al panteón. Se levantaba de madrugada para ir al corral y personalmente ensillaba el viejo caballo alazán de su esposo, el mismo que hacía muchos años lo había llevado por accidente a la barranca. Relámpago, como se leía en la parte superior de su caballeriza, recibía un fuetazo en el anca y escuchaba la voz de doña Lucrecia. “¡Vamos Relámpago, tráelo de regreso!” El caballo salía corriendo, merodeaba por los alrededores y regresaba antes del anochecer. Todas las mañanas repetía el mismo ritual. La Nina Ramos siempre estuvo pendiente de ella, la dejaba hacer sus historias, se ocupaba de que el caballo estuviera herrado, limpio; en las madrugadas lo escuchaba pasar por su casa, restregando sus pezuñas en una carrera contra el tiempo. A doña Lucrecia le dio dos doncellas para su servicio, después de que comprobaron que no estaba en su sano juicio, pues preguntaba por una hija robada por una lavandera y un cofre de joyas que era de

su madre. Doña Lucrecia se desentendió de cualquier asunto. A veces amanecía en París y entonces, todo el día hablaba francés, encargaba quiché de salmón y tomaba cualquier tamal por *foie gras*. Si la noche era fresca, revolvía toda la casa buscando un abrigo con solapas de bisonte, el cual ya no tenía porque su marido le había arrancado los pelos para hacer unas brochas, cansado de esperar las que nunca le llegaron de la capital. El último hecho real que recordaba era el momento en que los revolucionarios se llevaron al doctor y el rostro pasivo de la Nina Ramos. Desde aquella ocasión no resistía verla, cualquier alusión que hicieran sobre ella la violentaba; la culpaba por el rapto de su hija, por el abandono de su esposo, por los retrasos de los embarques de la nueva colección de sombreros que esperaba del extranjero. Nunca volvió a reconocer a Dolores. Cuando la veía en su casa la trataba como a una extraña, como a una visita inesperada, murmuraba con su servidumbre la palidez de su rostro: "Ha de ser hemofílica, de eso murió el hijo del zar Nicolás", les decía. Entre sus remordimientos, le volvía el recuerdo madurado de su hermana Magdalena y se ponía a llorar de espanto como una niña. Dormía perseguida por la eterna pregunta de su madre sobre la salud de Magdalena. Como Lucrecia era mayor le había tocado cuidarla y estar pendiente de sus últimos días, de darle a tiempo sus medicinas, cosa que nunca cumplía al pie de la letra o que dejaba pasar como un olvido involuntario o aumentaba o disminuía las dosis. A veces no podía apartar de su cabeza esos malos augurios que la habían hecho odiarla y envidiarle su próximo matrimonio. Ahora el remordimiento le tenía cegada la razón. En las noches de lluvia, si le apresuraban las ganas de orinar, lo hacía en su bacinica de porcelana, con los ojos cerrados para engañar al insomnio, aunque por su mala puntería terminaba mojándose los pies y cayendo en la cuenta de que estaba despierta, a merced de la vigilia y de sus recuerdos tergiversados. El único lugar de la casa que se ocupaba de mantener en óptimas condiciones era el laboratorio de su esposo; decía que en cualquier momento él podía llegar y quería que lo encontrara tal como lo había dejado. "Hoy sí llega para la hora de la comida", repetía. Sus sirvientas lustraban la platería, la peinaban con lujo de fiesta, pedía que le pusieran su vestido de brocado de seda, el verde olivo con pechera de raso blanco policromado y encajes de oro, porque era el que hacía juego con su cabello rubio. Se sentaba a la mesa del comedor, con el mantel largo que le regaló su madre cuando dejaron la capital, donde disponía cubiertos para doce personas. La llamada del rosario cantado, con el repique de la campana segunda —a la que bautizaron como la Beata—, le devolvía la conciencia de las horas transcurridas; se disculpaba con sus comensales por sufrir un fuerte dolor de cabeza y se retiraba a su habitación. Doña Lucrecia

desconfiaba de todos y no se dejaba ver por nadie que le fuera ajeno, y como recibía los santos sacramentos de la comunión en la capilla de su casa, el padre Ramberto dispensaba sus ausencias en misa, con la penitencia de rezar el rosario antes de dormirse.

Hasta que una tarde que amenazaba tormenta, años después de la escaramuza del general Lupe Santos, volvió el alazán con un hombre en su montura, recostado sobre la crin, con los brazos colgados a cada costado, maloliente, con las ropas como harapos. Era el doctor Leonardo Ralla que se había escapado de sus captores; había dejado atrás la Revolución y su mortandad. Como pudo, siguió el costillar de la sierra para regresar a Analco y en la misma huerta donde por primera vez se encontró con el Cápora vio a Relámpago y lo montó. "¡Ya volvió don Leonardo!", gritó la gente y rodeó al animal, que con trote erguido, sabiendo a quién traía en su montura, llegó hasta la casa de su amo. En ese momento doña Lucrecia se encontraba rezando, antes de dormirse. Al escuchar los cascos del caballo y el griterío supo que su esposo estaba de vuelta. De un brinco bajó de la cama, salió a recibirlo, se echó en sus brazos; quiso llorar de gusto pero no pudo. Echó a la gente a la calle y les dijo que sólo era de ella y que había regresado para llevársela lejos. El doctor consintió en un baño de agua caliente, probó algo de comida en la mesa de servicio de la recámara y pidió que le llevaran a su hija. Ahora sí estaba en condiciones de verla. Por enésima vez doña Lucrecia Ralla ordenó que lustraran la plata, que pusieran el mantel largo de su madre, que encendieran los candiles del comedor y que la ayudaran a vestirse para la cena. El doctor y Dolores no tuvieron ánimos de acompañarla y doña Lucrecia otra vez cenó sola. A la mañana siguiente se levantó de madrugada, fue a ensillar el caballo y lo sacó del corral gritando que buscara a su esposo, que lo trajera de vuelta a casa. El doctor Leonardo Ralla se despertó por el escándalo, fue por su mujer y la volvió a meter en la cama, sabiendo que eso se repetiría todas las mañanas por el resto de su vida.

Al día siguiente de regresar a Analco, Leonardo Ralla sintió que todo era como volver a empezar: montado en el mismo caballo, la entrevista con la señora en la biblioteca, el informe de los últimos acontecimientos. Sólo la ausencia del Cápora era notable. En los años de trato, le había cogido cariño. A la Nina Ramos le dolía su recuerdo, se le notaba cuando hablaba de él, de su valentía y su lealtad. Aunque el doctor era devoto de san Ignacio de Loyola, no pudo aplicar la fácil iniciativa del perdón y le platicó a la señora los detalles horrorosos que vivió en las batallas al lado de los hombres del general Lupe Santos, y los asesinatos en masa y a sangre fría cometidos por los villistas. Los juicios sumarios de los federales, de los que él, en más de

una ocasión, escapó de milagro. Le contó que la gente moría por un pedazo de tierra que a veces no servía ni para enterrar a los muertos; algunos no sabían por qué mataban, simplemente seguían órdenes brutales y sólo unos pocos mantenían los ideales de la Revolución. La gran mayoría estaba en la bola porque no tenía nada, por la orgía de arrebatos que muchas veces terminaban en traiciones. Le detalló a la Nina Ramos el fin del general Lupe Santos, el Justiciero, como se hacía llamar.

La misma tarde que dejaron Analco, cuando se lo llevaron atado de manos, un banco de niebla comenzó a seguirlos en cuanto bajaron la barranca. Antes de llegar al río, la pesada bruma se les instaló frente a las narices, como queriéndose meter por los ojos; los caballos se inquietaron, pero el general tildó de cobarde a todo aquél que quisiera detenerse. “Nomás no suelten la rienda, ya merito salimos de estas nubes”, lo oyeron decir. Pero en vez de acercarse a la zona baja del río, se internaron más en la barranca y lo perdieron de vista. Cuando la niebla comenzaba a disiparse un poco, había parajes que el doctor desconocía por completo, a pesar de haberlos transitado durante años; veía árboles frondosos que al acercarse no tenían siquiera ramas. Caminaron muchas horas buscando un atajo para llegar al río y cuando los hombres se empezaron a violentar, hicieron un alto, no por el hambre o el cansancio sino por el terror a morir tragados por esa densidad. A veces la niebla no los dejaba ver ni la cabeza de su caballo. La mecha se prendió cuando al que llamaban Remigio dio unos alaridos de horror que a todos les puso los pelos de punta. Cada uno tuvo su propia vivencia del grito, como si les hubieran contado una versión diferente de su muerte, porque eso significaba el fin de cada uno de ellos. Escucharon cómo el caballo se debatía junto con él; algo o alguien los estaba azotando y oyeron cómo les reventaban las tripas en medio de esa niebla de piedra. Los animales se inquietaron, fueron los primeros en sentir la presencia del mal. El general Lupe Santos desenfundó su pistola y disparó a diestra y siniestra hacia donde él percibía los gritos. De pronto la niebla se disipó. Se vieron las caras; descubrieron que Remigio estaba con ellos, pero faltaban dos hombres. “El miedo te hizo matar a dos de tus hombres, Lupe”, sentenció Leonardo Ralla.

No supo decirle a la Nina cómo habían cruzado el río ni cómo habían llegado al Paso del Vigía. Contó cómo el asombro les cobijaba la mirada y los sonidos de la noche se empezaron a oír desde el atardecer. Las bestias estaban cansadas y no podían seguir adelante, así se lo dijo el Gamuza al general. Por fin desmontaron y, como si el día se hubiera achicado, empezó a caer la noche y un frío distinto al de cualquier oscuridad en la barranca. Al encender fuego no sólo se

iluminaron sus semblantes sino también las de los árboles que adquieren el rostro de los muertos de Analco. El doctor Leonardo Ralla seguía atado de manos; él y la mula que cargaba el oro era el único botín que les quedaba. Lupe Santos se los encargó al Gamuza y le advirtió que respondería con su vida si se llegaban a perder. Antes de dormir, desataron al doctor Leonardo Ralla, le dieron un poco de tequila y algo de comer. No volvieron a amarrarle las manos, sólo los pies. Lupe, que desde niño fue bueno para hacer nudos, le hizo uno sencillo; le advirtió que si intentaba deshacerlo, la tarea le llevaría toda la noche.

Se fue acercando el amanecer, rápido, como si las cosas tuvieran prisa para hacerse grandes. Un grito de espanto los despertó y vieron a Judith, donde había ardido la lumbre, de pie, con las ropas ensangrentadas y el cuchillo de Lupe Santos en la mano. Les dijo que los había seguido desde que salieron del campamento villista, ella sabía que Lupe volvería a Analco, que siempre había estado cerca del general sin que nadie se diera cuenta, y volvía para buscar a Juan Belisario. Dijo que ella no sabía que estaba muerto sino hasta que se lo dijeron unas mujeres en el mercado, pues desde que huyó con una de las putas de María la Blanca no habían vuelto a saber nada de él. Ninguno tuvo ánimos de reclamarle nada, tan espantados estaban que rápido emprendieron la huida, sin siquiera perder tiempo en sepultarlo. Dejaron al general Lupe Santos donde lo habían encontrado Judith y Juan Belisario aquella vez que el Cápora lo dejó por muerto. Fue como si desde aquel día hubiera vivido de prestado. Pero ahora tenía una tajada que le atravesaba el cuello.

La Nina Ramos pareció no inmutarse ante la historia del doctor, como si ya la supiera o la hubiera vivido. Lo único que le corrigió fue el chisme de las viejas gordas en el mercado. Judith no era puta del burdel. La muchacha era en realidad hija de María la Blanca, y la tenía escondida para que no se mal influenciara con las otras. Lo que nunca supo la Nina fue si Judith conocía su origen, aunque a esas alturas eso ya no tenía importancia.

10

El doctor Leonardo Ralla se despertó minutos después del amanecer, justo cuando el toque del alba daba la quinta y última campanada. Su casa empezaba a moverse con la lentitud de los primeros reflejos del sol y la competencia del canto de los gallos. Como siempre, hizo la rutina de las primeras horas del día. Luego de algunos ejercicios físicos, de su baño de tina, de alisarse el cabello y por fin retirar la bigotera que parecía haberle moldeado la sonrisa toda la noche, se vistió con riguroso detalle, escogiendo la misma combinación de siempre: colores pardos y oscuros. Como todos los días, en la puerta, comparó la hora de su Elgin con el horario que marcaba el gran reloj de la parroquia. El suyo se retrasaba cada mes, uno o dos minutos, por lo que acostumbraba a darle cuerda en la mañana, mientras caminaba rumbo a casa de la Nina Ramos. Antes de bajar los últimos escalones del portal, lo guardó de nuevo en el bolsillo de su chaleco, que le quedaba abajo del corazón. Jamás se acostumbró a llevarlo del otro lado; era el único movimiento involuntario que, según él, lo delataba: siempre revisar la hora con la mano zurda. Nadie, ni siquiera su esposa, sabía que en sus primeros años de vida se había persignado alguna vez con la izquierda, costumbre que le corrigieron amarrándole el brazo al cuerpo. Ahora le agradecía a su madre la devoción religiosa y su creencia profana de la mano izquierda. Cuando se desvelaba en el laboratorio, la diestra no le era suficiente para escribir sus notas, entonces se cambiaba la estilográfica de mano y seguía como si nada. A esas horas de la mañana, las mujeres ya estaban en la calle barriendo su banqueta, evitando levantar el menor polvo posible, rociando agua sobre el empedrado de las calles. El ruido de las escobas de popotillo se detenía cuando llegaba Noé Rojas con dos burros cargados de peroles de leche, y las mujeres ya tenían listo su pocillo.

Un leve temblor, precisamente en la mano izquierda, despertó a la Nina Ramos, aunque ella no quiso hacerle caso. El doctor le pidió que hiciera algunos ejercicios físicos y le ordenó análisis de sangre en su laboratorio. La urgió para que fuera esa misma mañana, en ayunas. “Válgame Dios, doctor, ¡y perdernos los chilaquiles! Nada es más urgente que el pan de cada día. Ándele, ya verá cómo rápido se me pasa la temblorina”, le respondió la señora. La mesa estaba dispuesta para dos lugares y un jarrón con rosas de noche en el centro. Antes de terminar, la señora pidió a Pomposa que le trajera sus sales, las que estaban sobre el buró de su recámara, y le preguntó al doctor Leonardo Ralla por qué lo notaba tan serio. “No me diga que es por la caída de Dolores en el río. No se apure, hombre, son cosas de niños”.

El doctor negó con la cabeza y le recordó cuando estuvo prestando sus servicios médicos en una ciudad del Caribe, años antes de que llegara a Analco. “Por los tiempos del cólera”, contestó la Nina, y él afirmó: “En un telegrama que recibí ayer, me informan que murió mi maestro, el doctor Juvenal Urbino”, dijo con pesadumbre.

Pomposa llegó con las sales y se quedó atenta junto al respaldo de la silla. El doctor, tratando de recuperar su ánimo, cambió de tema y le pidió más detalles de su próxima fiesta de cumpleaños. Por supuesto la Nina no reveló su edad, e hicieron algunas bromas al respecto; dijo que sería una gran celebración, que sería mejor llamarla la Fiesta del Aniversario. De inmediato hizo un ademán a Pomposa para que se acercara, le habló al oído y la doncella salió del comedor. El doctor siguió meneando su té de begonias suculentas y por fin sonrió al escuchar el nombre de su nuevo asistente en el laboratorio.

—¿Cómo le ha ido con Ataúlfo?

Al doctor no le extrañó la mirada de reproche de la Nina por no haberle pedido su opinión.

—Me parece un niño taimado —continuó la señora.

—Querrá decir tímido —repuso el doctor.

—Además se come las uñas y es tartamudo —insistió ella. El acabóse fue cuando la señora se refirió a la enfermedad de la columna que le había impedido crecer normalmente. El doctor le dijo que ya no le buscara defectos, que Ataúlfo Rojas era el asistente ideal.

—Ultimadamente —atajó la Nina—, no me gusta que ande detrás de Dolores.

El día que Ataúlfo se dio cuenta de que estaba enamorado de Dolores, fue la tarde en que descubrió un nuevo color para los crisantemos de sombra. Le llevó la muestra de laboratorio y se pasaron toda la tarde sentados al borde del brocal de la noria, arrojando piedras para que Dolores escuchara el chapotear del agua. Supo que la quería una madrugada en que se despertó agitado y sudoroso, murmurando su nombre. Descubrió que era amor cuando se peleó con Justo, su hermano, para que ya dejara de molestarla; cuando los demás les decían: “Uy sí, los novios”. Ataúlfo sabía que nada le impediría cuidar de Dolores, ni siquiera su extraña enfermedad. Todo comenzó una tarde en el patio de su casa, dos meses después de cumplir ocho años, cuando jugaba con sus hermanos uno de esos juegos repetitivos que parecen nunca terminar, y que

dejan pendiente cuando los llaman a cenar, reanudándolo al día siguiente como si no lo hubieran interrumpido. Esa tarde, sin ningún aviso previo de mareo, Ataúlfo se desvaneció, en el suelo se arqueó tanto que parecía que se le reventaría el espinazo, los ojos se le voltearon y hacía un ruido semejante al de la asfixia. Sus hermanos corrieron espantados gritándole a su madre, echándose la culpa unos a otros de quién lo había tirado al suelo. Cuando Carmen Rojas fue a verlo, aún estaba convulsionándose. Por la noche, a la hora de la cena, Leonardo Ralla les dio la noticia: Ataúlfo padecía una enfermedad de la mente que no tenía remedio: era epiléptico, por lo que le dio unas sulfas para controlar los ataques que podrían ser imprevistos. En ese momento don Belisario Rojas no dijo nada; fue más fácil pensar que era un berrinche de niño mimado, le echó la culpa a su mujer y dijo que él lo enseñaría a ser hombre, que en su casa no había locos. Días después Carmen Rojas llevó a Ataúlfo con Nacha para que le hiciera una limpia. La yerbera se espantó al pasarle un huevo a la altura del corazón y descubrir en la clara que Ataúlfo era un escogido de las ánimas. Cansado de tanto alboroto, don Belisario Rojas prefirió mandarlo a trabajar al establo con Noé, y más tarde al campo a labrar la tierra. Para colmo de males y sin haber ajustado su primera semana de tareas en La Purísima, un sábado por la mañana, cuando Antonino y sus hombres hacían faenas en el lienzo de la Fundición, subieron a Ataúlfo a un caballo y lo dejaron a la buena de Dios. El muchacho trató de entenderse con el animal, lo hizo para un lado y para otro, y al sentir confianza, aflojó la rienda y el caballo lo tiró.

En el dispensario, el doctor Leonardo Ralla lo revisó con su sistema Umbra quirúrgico, el cual no sólo le reveló el brazo fracturado, sino también una malformación congénita en las vértebras cervicales. Don Belisario inmediatamente ordenó auscultar a sus otros veintitrés hijos pero Ataúlfo resultó ser el único que tenía esa enfermedad. El alcalde recordó que el abuelo de su mujer había muerto jorobado, por lo que se sintió libre de culpa. No lo volvió a mandar a La Purísima, pero tampoco supo qué hacer con él. Le reclamó a Carmen que su hijo no servía para nada, y le dijo que sólo faltaba que aprendiera un oficio de vieja o acabara de cura. Al conocer la decisión del alcalde, Leonardo Ralla intervino en favor del niño y les pidió que lo dejaran trabajar con él, les dijo que necesitaba un mozo en su laboratorio. Fue así como Ataúlfo aprendió el oficio de la alquimia y la observación, no el de médico, como quería el doctor. Al poco tiempo el muchacho supo distinguir los sabores de la tierra, los colores del viento, trabajaba incansable para mejorar los cultivos que ya estaban olvidados en el laboratorio. Una tarde que clasificaban la colección de huesos humanos y prehistóricos que descansaban en fila,

colgados a lo ancho de una pared, al descombrar los gabinetes, Ataúlfo se encontró con los apuntes manuscritos de Gregorio Mendel, monje agustino, prior del monasterio checo de Brünn, en cuyo jardín desarrolló experimentos sobre la herencia y mutaciones de las plantas —razón por la que el doctor tenía varios guisantes pisum en el iluminado corral de su casa—. Después de estudiarlos y hacer preguntas convenientes, persuadió a su maestro para hacer cruzamientos alelomorfos con la misma variedad de flores pero con distintos tonos. De esa forma lograron crear un híbrido de jazmines que cambiaba de color conforme a las horas del día. Pronto comenzaron los chismes sobre el doctor Leonardo Ralla y su nuevo ayudante. En el tiempo de aguas, el doctor puso en práctica su favorable descubrimiento del benigno nitrógeno de los relámpagos sobre las plantas. “Si esto funciona, querido discípulo, pronto lograremos que los árboles caminen”, le aseguró una noche que amenazaba tormenta. Con la ayuda de varios hombres que les prestó la Nina Ramos, una tarde de septiembre, la cual el doctor registró en su cuaderno de notas como fecha para recordar, instalaron desde temprano decenas de pararrayos en la huerta El Llano y esperaron a que el cielo se convirtiera en un enjambre de sonidos. En plena tormenta, vistiendo ropa confeccionada con metales repelentes, el doctor y Ataúlfo —en carrera temeraria, que los otros hombres no quisieron seguir—, se pasaron la noche brincando truenos y sintiendo el estremecimiento de la tierra cobriza con cada descarga. Un mes más tarde, tras haber repetido la operación todas las noches de lluvia, el censo sí arrojó lo que esperaban: los árboles habían aprovechado el nitrógeno del relámpago y en su búsqueda se habían desplazado varios centímetros de su lugar. Según cálculos matemáticos del doctor Leonardo Ralla, cada año podría hacerlos caminar nueve centímetros. Entusiasmado por los nuevos experimentos, Ataúlfo Rojas quiso lograr los suyos y, en muestra de laboratorio, logró cambiarle el color a la guayaba; la suya era roja como manzana, con semillas verdes. Hizo aguacates morado intenso: decía que tenían el sabor de betabel; y ciruelas azules: que serían para Dolores, por el color de sus ojos. En cuanto las tuvo en sus manos, fue a visitarla a casa de la Nina Ramos. Esperó un rato a que terminara la lectura de la tarde y sólo alcanzó a oír algo sobre un viaje al espacio de un tal Julio Verne, pero no le dio importancia, porque lo de él, pensó, era la tierra. Tuvo que prometerle otras ciruelas iguales a la doncella Micaela para que fuera a la cocina y los dejara solos. Se sentaron atrás de un pilar. Ataúlfo traía las ciruelas en los bolsillos de su pantalón. Eran tres, de piel tan suave y azul que daba miedo lastimarlas. Una a una las fue dejando caer en las manos de Dolores. Estaba hincado frente a ella y en el momento más oportuno se le acercó del modo como hacen los que buscan un secreto.

Le recitó que sus labios eran rojos como una herida y más húmedos que la lluvia en víspera. Dolores se ruborizó y una sonrisa simple le iluminó el rostro. Él se aventuró por su mejilla, Dolores no pudo contener la risa ni el cosquilleo que le bajaba por la nuca. Ataúlfo cogió sus manos, se acercó lo suficiente; apenas ayer había terminado la penitencia de rezar la novena a san Judas Tadeo. Los latidos de su pecho lo delataron, el temblor de sus manos apretó las de ella y volvió a tartamudear con la constancia de sus años de infancia. Dolores guardó silencio, juntó sus labios en actitud de espera y por un instante, como si lo estuviera mirando, sus ojos se fijaron en los de él. Luego los cerró. Ataúlfo hizo lo mismo, se acercó poco a poco, salvando una distancia que le parecía abismal, pero antes de besarse escucharon un aplauso y la voz chillona de Pomposa. Ataúlfo se cayó al suelo. Fue como tocar el fondo del precipicio que siempre los separaría.

Como Dolores nunca asistió al catecismo de sor Bartolomea y sólo acudía a misa los domingos y primeros viernes de cada mes, el padre Ramberto urgió a la Nina Ramos para que le asignara una consejera espiritual y que leyeran la Biblia, en vez de "historietas de amor", como se refería a las tardes de lectura, a lo que la Nina le contestó que él se hiciera cargo de los juicios de Dios. A Ramberto lo torturaba la idea de un alma descarriada. Recordaba que Dolores no pudo ni siquiera rezar un rosario completo el día de su primera comunión, por eso insistía tanto. No había día en que no fuera a casa de la señora con cualquier pretexto y volviera a preguntarle sobre la tutora espiritual. La Nina lo escuchaba con toda calma, abanicándose los calores de la tarde y cuando parecía que tomaría la decisión, comentaba que el clima, a veces, era agobiante. El párroco no quería sentirse aludido, él sabía que estaba haciendo un apostolado y ni los desplantes de la Nina podrían evitar que encaminara a cualquier alma descarriada. Hasta que ese Jueves de Corpus, después de que Pomposa sorprendió a los novios a punto de besarse y que Micaela no supo qué contestar cuando le preguntaron por qué los había dejado solos, la Nina le dijo al padre Ramberto que Dolores Ralla necesitaba una tutora espiritual.

Sor Juana María del Santo Niño de Atocha era la menor de las doce monjas de la orden. Desde pequeña su destino ya estaba decidido, así lo hablaron la Nina Ramos y sor Petronila la tarde en que la llevaron al convento. Era la misma niña que el Cápora había recogido en la calle Del Rey. Cuando Juana estuvo en edad de entender, sor Petronila le habló de su origen, de la vida que llevó su madre y de la benevolencia de la señora, por lo que debía estarle agradecida y responder a todas sus peticiones para retribuir sus indulgencias. La joven siempre trataba de ver en la Nina Ramos la

bondad superior a la que todos se referían. Sor Juana no lograba entender las palabras vehementes de sor Matea, a quien se había dedicado a cuidar en los últimos años de su vida, y justificaba como alucinaciones seniles, sus palabras. “Nunca estés cerca de ella”, le advertía cuando se encontraban solas en la celda. “¿De quién me habla?”, preguntaba sor Juana. La anciana nunca pronunciaba el nombre de Nina, pero las dos sabían a quién se refería. “Todos están equivocados. Dios está equivocado”, murmuraba la vieja Matea, como si estuviera masticando sus palabras para terminar tragándoselas. La superiora del convento ocultaba sus desvaríos y a veces ni siquiera les daba importancia.

Desde las primeras lecciones, sor Juana notó distraída a Dolores. A veces se le figuraba que estaba próxima al llanto, como si tuviera un pensamiento que la aquejara, algo que nadie debía saber. Más adelante, cuando las semanas se fueron sumando, intuyó que en las ilusiones de su pupila estaba la figura de un hombre y no tardó mucho en descubrir que se trataba de Ataúlfo Rojas. Sor Juana le dijo que la ayudaría, aunque no entendía las razones del amor, sí sentía los cuestionamientos del corazón. Entonces Dolores le platicó lo que había pasado en La Toma, y también que la Nina Ramos le había hablado de la impureza del cuerpo cuando se entregaba al amor. No sabía cómo o porqué, pero su madrina insistía en que tuviera más cuidado, ya que desde esa tarde había dejado de ser niña. Por fin Dolores le confesó lo del beso en la mano y le preguntó si había pecado. Antes de escuchar la respuesta, arremetió segura, le confesó que sí se sentía diferente después de aquel beso, como si ya una parte de ella no le perteneciera. Como si en su cama otra vez se hubieran acunado todas las pesadillas que dejó de soñar cuando era niña, pesadillas igualmente angustiosas, a veces dulces, y otras veces tristes. Le confesó, casi al borde del llanto, que sufría mucho cuando recibía la comunión; sabía que su alma ya no era pura, que pecaba de pensamiento y omisión por no confesarle al padre Ramberto que desobedecía a la Nina, y que ya la había besado un hombre. No sabía cómo explicar lo que sentía cuando pasaba un rato y no escuchaba a su amado, o cuando estaba con él y lo escuchaba. Por su parte el doctor Leonardo Ralla también notó cierta angustia en Ataúlfo, cuando se quedaba ensimismado en el azul prohibido de la flama o siguiendo los vapores amarillos de una probeta. Sabiendo que el duelo de amor debe llevarse solo, una tarde, cuando se les contaminaron todas las muestras de la nueva vacuna, le regaló el libro de poesía, La amada inmóvil, y le comentó que lo había escrito el señor calvo y elegante que fue huésped de la Nina Ramos años atrás. Ataúlfo lo recordó de inmediato. Fue quien le contó la leyenda del perfume de la India que había llevado Marco Polo a la

corte del rey de Florencia y le había servido para enamorar a una princesa. Era un perfume mágico que le dieron los magos del Gran Khan, pero le dijeron que sólo podía estar en poder de manos frágiles, de lo contrario se convertiría en agua siniestra y podía causar la locura o la muerte. El olor de aquella fragancia era una mezcla de aromas dorados y magnolias supurantes cultivadas en el jardín de golondrinas pasionarias. Sus creadores tardaron un siglo en traer de la Tierra Media frutas que nacían a voluntad y maderas que conservaban en su gusto el agua del diluvio universal. Era denso como el aceite y su color era ambarino débil, que cambiaba a un rojo revuelto o a un morado profundo si era colocado en manos tenebrosas. Su recipiente era de cristal de roca. El perfume se fue gastando de mano en mano, cosechando amor y sembrando muerte, hasta que llegó a la custodia de la reina de Médicis. Por esas fechas a la fragancia apenas le quedaba aliento para brillar con intensidad al contrastarla con la luz. Aun así la reina no resistió la tentación de olerlo, de sentir su fuerza y confiarle su larga vida. Ella fue la única que pudo duplicar la dosis, ayudada por Nostradamus, su médico alquimista.

—¿Doctor, usted cree en el amor? —preguntó Ataúlfo.

—Por amor me hice médico —dijo con los ojos anegados de recuerdos.

Le volvió la imagen de su novia Magdalena, la mujer con quien había escogido vivir para siempre, la que murió en sus brazos de una extraña enfermedad en la piel. Ese día descubrió su vocación y juró que jamás nadie se le volvería a morir. Durante sus años de estudio y como era la costumbre, continuó el compromiso con la hermana mayor de Magdalena; tuvieron un noviazgo por correspondencia que concluyó en un matrimonio por poder. Lucrecia debía alcanzarlo en París, donde él estudiaba la especialidad.

Esa tarde, por fin, pudo llorar la muerte de Magdalena, pero antes le pidió a Ataúlfo que lo dejara solo y se encerró en su laboratorio. El muchacho salió corriendo con el libro *La amada inmóvil.*

Cuando Amado Nervo pasó aquel verano en casa de la Nina Ramos, era otro, y no el que había visto la señora en el baile del Centenario. Ahora ya nada lo ataba a su departamento de Madrid y, sin embargo, había dejado su vida entera entre esas paredes. *Nina, me estoy volviendo loco. Quiero morir.* Con esa escueta línea en un telegrama le anunció que llegaría. Se vino de incógnito. No quería ser más el poeta que la gente reconocía, ni escribir versos que lo hacían desangrarse, que lo volteaban en contra de Dios, o le volvían sus ojos

a Él. Vivía la mayor prueba de su fe y a veces sentía que no la podía cumplir, pues estaba más allá de sí mismo. Prácticamente los últimos meses los había pasado en la Iglesia de la Encarnación, que estaba a la vuelta de su casa, frente a los jardines del Teatro Real. Llegaba con el primer oficio y se quedaba ahí todo el día contemplando el altar, mirándose las manos, recostado en el respaldo de la banca, rezando entre dientes. El rector del convento lo veía quedarse solo, revolverse la cabeza, lo escuchaba quejarse, rogar de rodillas con los brazos en cruz. A la hora que ensayaba el coro vespertino, lo sentía penando, perdido. Hasta que un día se le acercó y Amado no pudo decirle nada, tenía un nudo en el pecho, y volvió a llorar, ahora entre los brazos del sacerdote. "Vuestro dolor es vuestra penitencia, hijo mío, ve con los tuyos", le aconsejó. Amado Nervo sabía que sólo en Analco encontraría la paz que necesitaba, por eso le escribió a la Nina pidiéndole que lo recibiera sin preguntas, que sólo le tuviera paciencia, la necesitaba más que nunca.

La Nina se espantó al verlo tan flaco, ligeramente encorvado, sus ojos aceitunados ya no tenían el resplandor que lucieron en su lectura del Centenario. Le preparó dos habitaciones en El Patio del Espejo, junto a la huerta de Los Naranjos. Sus primeras semanas las pasó casi en reclusión, hablaba poco y sólo comía lo necesario. Se levantaba muy temprano, él mismo cortaba algunas naranjas para hacerse el jugo y prefería desayunar en el estudio que le había preparado la señora. Escribía a todas horas, decía que no podía dejar de hacerlo, eso lo mantenía cerca de ella. Pidió autorización al padre Ramberto para visitar la iglesia por la noche, después del último oficio, quería estar a solas con Dios, y que le dispensara no recibir la comunión en esos días. Pronto se dijo en el mercado que en las noches un ánima penaba por las calles de Analco, que nadie lo había visto pero que salía de la "mismita" casa de la Nina Ramos. Hasta que un martes de junio mientras leían *Serenidad* a la hora del bordado, se escuchó su voz seguir la de Adela Rojas: …*Pero tuve miedo de amar con locura/ de abrir mis heridas que suelen sangrar/ y no obstante toda mi sed de ternura/ cerrando los ojos, la dejé pasar*. Todas se quedaron calladas, su voz había sonado fuerte, sosegada. En ese momento la Nina comprendió que había pasado lo peor, le ofreció un aplauso seguro y las niñas lo continuaron alocadamente, luego lo presentó como si fuera uno más de sus ahijados. En las palabras de la Nina había tanta bondad, que al poeta se le llenaron los ojos de lágrimas. Esa noche, Amado consintió en cenar en el comedor. Fue la primera de varias conversaciones que empezarían a la misma hora y se prolongarían hasta la madrugada.

—¡Seis meses ya de muerta! Y en vano he pretendido un beso, una

palabra, un hálito, un sonido…

—¿Pero quién ha muerto, Amado? ¿A quién le has escrito esos poemas?

—A la memoria, Nina, aunque le parezca increíble. A veces la memoria es como una hoguera que nos lastima y asfixia. Siempre recordamos los mejores momentos, los que se dice que nos dan vida, y yo ahora estoy muriendo por tanto recordar. Un nuevo dolor, el más formidable de mi vida los ha dictado, lágrima a lágrima han formado el collar de obsidiana de estas rimas. La encontré en el camino de la vida una noche de agosto hace más de diez años. Caminaba yo por las calles del Barrio Latino, iba al encuentro de una muchacha con quien me permitía matar el tiempo, una mujer que ya ahora no vale la pena recordar. Sin embargo, la mano misteriosa que teje los destinos nos puso frente a frente. Fue una cosa de segundos apenas. Las bromas que nos juega el tiempo. Imagínese si yo hubiera salido cinco minutos después de mi casa, o si el tranvía no se hubiera demorado, tal vez ahora no estaría aquí con usted, porque no la hubiera conocido.

—¿Pero a quién? Hasta ahora no me has revelado su nombre.

—Es verdad, y es que a veces yo mismo me prohíbo nombrarla, no puedo —después de una larga pausa, de ausentarse por instantes mirándose las manos, continuó—: Pensé, Nina, que en la madurez de mi vida, que ha sido conturbada, por fin encontraría el más preciado de los dones: la ecuanimidad, pero la mano de Dios se abatió sobre mí. Tenía yo un cariño, ornamento de mi tristeza, alivio de mi melancolía, lamparita santa y dulce de mis tinieblas, y ante mis ojos despavoridos se me fue, dejándome atónito ante la realidad. Todo lo que amé se ha desvanecido. He llorado más lágrimas que estrellas visibles tiene la noche. He sufrido la amputación más dolorosa de mí mismo. Un hacha invisible me ha partido en mitad el corazón; una mitad me fue arrebatada por el brazo omnipotente de la muerte, la otra, mísera entraña mutilada, sigue latiendo entre oscuros coágulos. Veintiún días duró enferma. Yo velé todas las noches al lado de nuestra cama, espiando su respiración, aguzando mis ojos para ver los suyos, entrecerrados apenas o abiertos en la sombra. Se llamaba Ana Cecilia y me ha dejado, se fue para siempre.

—¿Y cómo es que yo nunca supe nada de ella? Ni siquiera la mencionaste otras veces que nos hemos visto —repuso la Nina.

—No podía, no teníamos derecho a amarnos a la luz del día. Nadie, absolutamente nadie sabía que vivía conmigo una mujer. Ella

no era libre, no podía casarse.

—Entonces, ¿cómo vivieron juntos por diez años? ¿Escondiéndose?

—Diez años, cuatro meses y siete días estuvimos juntos; ella me bendecía cada noche, me resucitaba todas las mañanas. Era tan dulce la niña mía que estaba siempre dispuesta a mí. Nadie, ni mis compañeros en la embajada, ni el portero del edificio sabían que conmigo vivía la más bondadosa de las mujeres. Solíamos pasear por las noches, cuando ya todos dormían, por la Plaza de Oriente. Sólo cuando viajábamos, cuando estábamos en otra ciudad, en París o en El Cairo, caminaba junto a mí, cogida de mi brazo.

—El amor no es negación, sin embargo tú la negabas —dijo la Nina sorprendida.

—No es verdad. Decidimos esconder lo nuestro porque, como le digo, no era una mujer libre. Además, estaba Margarita, su hija. Cómo justificar ante los demás que su madre vivía con otro hombre.

Amado Nervo siguió contándole su historia de amor durante las siguientes semanas que estuvo en Analco. Para él fue como enfrentarse a sí mismo, pues sus conversaciones se convertían en monólogos. Necesitaba justificar sus acciones, escuchar la voz de su conciencia y, otras veces, acallarla. Cómo explicarle que cuando Ana Cecilia cayó enferma de fiebre tifoidea, el primer domingo de diciembre, solo él la cuidaba, la medicaba, se pasaba las noches en vela junto a su cama, tratando de vencer sus delirios, en los que lo nombraba a cada rato y le pedía perdón por abandonarlo. Su cuerpo, de tan pálido, se veía verde. Amado corría de la habitación a la cocina por trapos empapados de agua fría, la cama se mojaba, y apenas podía moverla de un lado a otro. Ana Cecilia dormía hasta la inconsciencia, el dolor la vencía y él se echaba sobre ella sollozando de impotencia, rezando entre dientes al Dios de sus años en el seminario.

—¿Y tú qué hiciste? —le preguntó la Nina mirándolo a los ojos. Pero antes de que pudiera responderle, don Belisario Rojas los interrumpió con un despacho telegráfico del gobierno. La Revolución había estallado.

—Usted dirá si mandamos unos refuerzos a los del partido liberal —dijo el alcalde.

—Qué liberales ni qué ocho cuartos, es una guerra de pobres contra ricos, de resentidos, y de este lado del río a nadie le hace falta

nada —sentenció la Nina, y abrió su abanico.

—Creo que esto no sólo es una escaramuza —intervino

Amado Nervo—. Se vienen tiempos difíciles, ya verá usted.

—Respóndeles cualquier cosa, pero no vamos a mandar a nadie a morir en una guerra que no nos incumbe —ordenó al alcalde y lo despachó.

El poeta lo vio marcharse y detuvo su vista en Dolores, que jugaba entre los naranjos. Después de unos instantes de silencio, la Nina volvió a preguntar:

—¿Y, qué hiciste, Amado?

—Rezar, Nina, rezar; nadie ha orado con más fervor que yo. Le pedía al Señor el milagro de morir antes que ella. Yo que he permanecido espiritual, fiel a Dios y a Cristo, le pedía con fervor, pues hasta Jesús en el evangelio lo dice: *todo lo que pidiereis al padre en mi nombre os será concedido*. Creía tener el derecho de que se me escuchara, se trataba de la vida del ser más puro que ha pasado por la tierra. Si nuestra existencia es una expiación de yerros anteriores, Dios sabe que yo expié las faltas de otras vidas y las de ésta, incoherente y mediocre, en la que ni siquiera he cometido un gran pecado. A ese Dios indiferente le pedía el milagro de morirme antes que ella, o que la sanara, le pedía perdón por mi inconstancia, por haber abandonado el seminario y dedicarme a la vida pública, a la poesía, a amar a una mujer sin su bendición. Hasta que en su última noche, mi jaculatoria ya era una exigencia bronca y violenta.

—Parece mentira, muchacho, nadie se alivia con puros rezos —le dijo la Nina mientras Dolores y Ataúlfo buscaban duendes entre los árboles.

—Muy tarde lo comprobé y mi penitencia ha sido este arrepentimiento voraz que de nada ha servido. Una noche de augurioso alivio le dije: “Rica mía, es preciso que tengas la voluntad de vivir. Di, quiero vivir, óyeme dulcísima, no te rindas al achaque de tu propia voluntad, sobrecoge al dolor”. Pero todo fue en vano, todo ya estaba escrito.

Amado Nervo terminaba sus rezos sollozando hasta que el sueño lo vencía y quedaba dormido abrazado al cuerpo de Ana Cecilia. Por la mañana, no se atrevía a abrir las cortinas, como si el sol le fuera a revelar el estado casi vegetal de ambos. Hasta que llegaba la hora de

partir. Unos minutos antes de las tres, él se iba a la embajada a cumplir con sus obligaciones y disponía todo lo necesario al alcance de su mano. Cuando regresaba, todo permanecía igual, ella seguía en la misma posición en la que la había dejado cuatro horas antes. Hasta que el tres de enero, ya sin fuerza para decirle nada, Ana Cecilia lo miró a los ojos. No hubo ni reproche ni llanto. Amado se acercó, acarició su rostro, le besó la mejilla, cogió su cara con ambas manos y por fin le dijo: “Voy por el médico”.

Amado se levantó del equipal en el que estaba y fue a asomarse detrás de los árboles. El silencio se rompía por los juegos de los niños, aunque se oían muy lejos. Al sentir que alguien lo jalaba volvió en sí, era Dolores que quería mostrarle algo. Se quitó unas lágrimas del rostro, se puso en cuclillas y le dijo algo al oído. Dolores se rio y salió corriendo a buscar a Ataúlfo. Amado volvió adonde lo esperaba la Nina.

—Varias veces acaricié la cacha de mi Browning y me la llevé a la sien. Pero me asustó, no la aprensión vulgar de la muerte, sino el horror de la ausencia eterna, infligida por castigo. He preferido soportar los años que me quedan de vida, que por larga que sea, no dura más que la caída del rocío. Vuelve en ti, me dije, y busqué su refugio.

—Hiciste bien —le dijo la señora, poniendo su mano sobre la de él.

—Pero contrariamente, lo que más me angustia de esta pérdida es que encontraré consuelo, que pronto mi dolor se apaciguará y se convertirá en una especie de apatía. Ni siquiera puedo aspirar al privilegio de llorarla mientras yo viva.

—Ésa será tu penitencia —lo interrumpió la Nina—. Será más vivo el recuerdo de sus últimos días, que todos los años de amor que vivieron juntos.

—Cuando regresé, una hora más tarde, el médico me urgió a ventilar la casa y entonces ya no me importó nada. Abrí las ventanas de par en par y, al mirarla, el doctor se dio cuenta de que ya era demasiado tarde. “Esta mujer se está muriendo”, me dijo. Ana Cecilia había caído en estado de inconsciencia, del que ya no volvió. Hicimos un último esfuerzo y la mantuvimos con vida dos días más, a base de cafeína inyectada y aceite alcanforado, de sangrías; qué sé yo cuántas cosas le hicimos. Hasta que ese hombre, a quien no guiaba la mano de Dios, se dio por vencido. “No hay más qué hacer, sólo esperar, o que

obre un milagro". Sus palabras me las había repetido yo muchas veces. Esperar un milagro. Por un segundo dejé de tener fe, de creer, y eso fue suficiente. Maldije mi capacidad de poeta. *La amada inmóvil* fue un libro que terminé de escribir seis meses antes de que Ana Cecilia muriera. Con esa antelación vaticiné su final. Como si alguien me dictara los versos que más tarde cobrarían vida con la muerte de Ana Cecilia. Como si una fuerza extraña gobernara el pulso de mi mano para escribir y escribir este libro que ahora me alivia y me horroriza. Estuve con ella hasta el final, hasta que me la arrebataron.

Después de tres días, unos hombres de la embajada tuvieron que convencerlo, con amenazas, de dejarlos entrar y sacar el cuerpo. No podía pasar más tiempo en su casa con una muerta.

11

José Cuervo destiló un tequila especial para la Nina Ramos. Logró un añejamiento oloroso con maderas de roble y un color de oro viejo que acentuaba aún más el nombre que le puso: Centenario. La señora lo reservó para las grandes ocasiones y, de vez en cuando, se tomaba un caballito los domingos a la hora de la comida. Después de la escaramuza del general Lupe Santos, la Nina Ramos nunca volvió a dejar la barranca de San Pedro Analco. Luego de la renuncia del general Porfirio Díaz a la presidencia de la República, le ordenó a don Augusto Pimentel, su apoderado, que clausurara su casa de la capital. Era una vieja casona con más de dos siglos de antigüedad, que siempre había pertenecido a su familia. Sin embargo, su abuela la había perdido en un juicio inhóspito y sumario del tribunal del Santo Oficio. La Nina Ramos hizo todo por recuperarla. Aprovechando su influencia decisiva durante el primer imperio, le pidió a Agustín de Iturbide su intervención ante el arzobispado para que le fuera devuelta, luego de un nuevo exorcismo. De arcos irreverentes e incontables ventanas la casa perdió la mitad de su esplendor cuando se promulgaron las Leyes de Reforma del presidente Benito Juárez. En su afán de ampliar calles en el primer cuadro, expropió templos y monasterios. La casa de la Nina, que colindaba con el convento de las Capuchinas se salvó, pese a encontrarse en el proyecto inicial de demolición, al interceder una amistad que tenía en común con la esposa del presidente. La Casa de las Capuchinas, como la llamaba la Nina, estuvo abandonada por casi una década. Algunas veces la habitó con mayor frecuencia, durante sus largas temporadas como dama de la corte de la emperatriz Carlota, pero cuando cayó el segundo imperio y sobrevino otra vez la república, la señora la clausuró para no volver sino hasta muchos años después. Comenzado el siglo, la Casa de las Capuchinas continuó clausurada, con su oscuridad violada por agudos rayos de luz, con sus sonidos estertóreos trepando paredes, bajando del techo y arrastrándose por el suelo como cadenas que aprisionan las voluntades de otros. En tiempos de la Revolución fue saqueada varias veces y tomada por tropas zapatistas. Más tarde sería burdel de medio pelo, refugio de putas decadentes que la defendieron como si fuera suya, y que sólo compartieron con monjas perseguidas por el gobierno federal durante la guerra cristera. En plena reconstrucción nacional, la casa sufrió un incendio que terminó por devorarla. El nuevo gobierno requirió la presencia de la dueña, pero la Nina Ramos ya no estaba en condiciones de viajar, por lo que don Augusto Pimentel se presentó con una carta poder que le rompieron en la cara; le dieron un plazo ridículo para que se presentara la propietaria o procederían a la expropiación, como finalmente lo

hicieron. La Casa de las Capuchinas quedó en el total abandono. A mediados de siglo fue demolida en una noche para construir un estacionamiento de seis niveles. La señora se enojó tanto por la expropiación que no quiso saber nada de lo que sucedía más allá de sus dominios, hasta que un mal presentimiento la hizo cambiar de opinión y le encargó a Abundio Martínez, el burrero, que con los víveres que traía de la capital, también le llevara algún diario.

Fue así como se enteró de la muerte del general Porfirio Díaz, quien falleció en su cama del Castillo de Moulins, asistido por su familia y los auxilios de la Santa Iglesia. Supo que lo enterraron con los honores de un jefe de Estado, por el gobierno de Francia. La noticia la leyó seis meses después. Aun así, la Nina Ramos se vistió de luto riguroso y mandó decir nueve misas por el eterno descanso de su alma. Aunque durante muchos años lo acusó de ser el verdugo al mando del presidente Juárez por la cruenta persecución contra el emperador Maximiliano, don Porfirio terminó por ganarse su dispensa. Le dio toda clase de prerrogativas y tanto él como su esposa estaban siempre pendientes y dispuestos; incluso hicieron un viaje a Analco para festejar el cumpleaños del general. Fue en esa ocasión cuando el presidente le prometió elevar al rango de ciudad el pueblo de Analco, en los festejos del centenario de la Independencia. La Nina nunca dejó de regodearse por la columna que construyó en el corazón del Paseo de la Reforma su ahijado, Antonio Rivas Mercado. El monumento estilo renacentista se erguía hacia las nubes, rematado con una victoria alada, recubierta de oro, a punto de emprender el vuelo. No pudo evitar el recuerdo del gran baile en Palacio Nacional y las monedas de oro que se acuñaron y que luego le robó uno de los hombres de Lupe Santos. La contribución de la Nina Ramos al Centenario consistió en la degustación del tequila que tanto apetecía al viejo mandatario, el cual se tomaba en un vaso pequeño, angosto, que tenía el mismo diámetro y la profundidad del largo del dedo índice del general.

También por los diarios, uno nuevo que la Nina no conocía, llamado *Excélsior,* se enteró que el país tenía una nueva carta magna. Supo de las traiciones entre los hombres que habían hecho la guerra, de cómo el presidente Carranza murió a manos de los esbirros del general Álvaro Obregón, cuando huía de un enrarecido golpe de Estado. Un año antes de que Obregón terminara su mandato, la Nina Ramos leyó en primera plana —el diario mencionaba una emboscada — la muerte de Pancho Villa, acaecida por las mismas fechas de su Fiesta del Aniversario. Años después, le daría muy mala espina la fotografía del nuevo candidato a la presidencia de la República, en cuyo pie se leía: *El general Plutarco Elías Calles, en campaña*. “El

mismito diablo —le comentó al doctor Leonardo Ralla—. Esa Revolución comenzó siendo una guerra de pobres y acabó en traiciones de generales".

Sólo hubo una noticia que la conmovió en extremo, que la hizo vestir otra vez el luto riguroso hasta el último día de su vida y que por nueve meses también llevaron todos los habitantes de Analco. Le dijo al doctor Leonardo Ralla —quien nunca había visto a la señora tan acongojada— que también una parte de ella había muerto. Ése había sido el único periódico que le llegó a tiempo. Don Augusto Pimentel, sabiendo lo delicado de la noticia, prefirió que la señora la leyera de inmediato y no que se enterara por un telegrama. Así que comisionó a una persona de su confianza y le dio instrucciones precisas. "Le entregas este sobre personalmente a la Nina Ramos". Ése fue el último periódico que recibió. Tan devastadora fue la noticia que ya no quiso saber nada de lo que sucedía más allá de la barranca. Era un domingo de enero cuando supo que una semana antes, en el Castillo de Bouchout había muerto, luego de sesenta años de locura, la emperatriz Carlota.

La Nina Ramos recordó la última vez que la vio, en el Castillo de Chapultepec, cuando la emperatriz le regaló su collar de perlas. Días antes de partir a Francia, el que consideró un viaje rápido y ligero, Carlota citó a la Nina en el salón de té del castillo. La señora la vio bajar por la escalera privada que iba directo a sus aposentos. Llevaba su cabello oscuro recogido en dos trenzas enrolladas a cada lado de su cabeza; su rostro no desmentía las ojeras de mal sueño que había padecido las últimas noches. El salón era pequeño. La Nina Ramos hizo una reverencia que la llevó casi hasta el suelo. La emperatriz apenas la miró, sus ojos estaban perdidos en la gran calzada que Maximiliano había hecho construir para ellos, que más tarde sería el eje de la ciudad, el que uniría y separaría a las clases sociales. Sin perder más tiempo, dejó sus recuerdos del Paseo del Emperador y fue a sentarse en un sillón de dos plazas. Le señaló a la Nina el lugar vacío a su lado. Era la única persona en quien podía confiar. Las dos mujeres estuvieron ausentes de sí mismas y se entregaron una a la otra con la devoción de madre e hija que aplazan viajes por temerle a las despedidas. La emperatriz se llevó las manos a la nuca y desabrochó un collar de perlas diáfanas que le había obsequiado la reina Victoria, antes de emprender la aventura del nuevo imperio, y lo puso en sus manos. El recuerdo de aquella tarde hizo que la Nina tocara el collar y, como si fueran cuentas de rosario, volviera a vivir aquellos años como dama de la corte, las recepciones del palacio al lado de Su Majestad, cuando se quedaba como regente, mientras el emperador hacía viajes a caballo por el país para conocer a su pueblo. Cómo

olvidar cuando el emperador llegaba a los pueblos y la gente desenganchaba los caballos para jalar el carruaje; el júbilo desbordado cuando lo miraban de cerca, enorme y rubio, vestido de charro.

"Si por lo menos hubiera podido llegar a Analco —se repetía la Nina Ramos—. Si el emperador me hubiera hecho caso y hubiera buscado refugio en Analco, nada le hubiera sucedido". Pero Maximiliano estaba cansado de huir, había perdido la confianza en todos los que lo rodeaban y se negó a dejar su patria. "Yo escogí este país para vivir, y fuera de aquí soy extranjero", le decía a Blasio, su secretario. El centro del país era un hervidero; los que antes habían sido imperialistas ahora lo negaban. La Nina Ramos estuvo pendiente de la farsa del juicio que lo condenó a muerte, por lo que organizó un grupo de doscientas mujeres para pedirle el indulto al presidente Benito Juárez. Faltaban dos días para la ejecución, pero la audiencia nunca llegó. Hasta el escritor Víctor Hugo, desde Francia, mandó una carta pidiendo indulgencias y también la ignoraron. Desesperada, buscó al general Miguel López, que comandaba el último bastión leal de sus majestades: el Regimiento de la Emperatriz, y lo urgió a hacer lo imprescindible para evitar la sentencia. Pero fue demasiado tarde. Miles de soldados republicanos custodiaban la prisión del emperador, las plazas públicas, las calles de la ciudad y el Cerro de las Campanas. Meses después la Nina hacía cumplir otra sentencia: el general Miguel López ajusticiaba al coronel Platón Sánchez, presidente del tribunal, cuyo voto había resuelto el empate de los seis miembros del jurado y decidido la suerte del emperador. Maximiliano quiso morir de pie, vestido con traje de charro. "No es que yo hubiera estado presente —le dijo la Nina Ramos al doctor Leonardo Ralla, en uno de sus desayunos—. Pero es que todos conocimos los detalles y, en cierto modo, también todos lo abandonamos en el último momento". En los mercados de la capital, por años, se vendieron mechones rubios de su barba, pedazos de tela quemada como retazos de sus últimas ropas. En las plazas de las provincias se decía que no era cierto que lo habían matado y que estaba preso en San Juan de Ulúa. Que había indias con hijos de ojos azules, las mismas que todavía se persignaban al ver una imagen del emperador.

Muchos acontecimientos se habían producido en esos últimos sesenta años. Por fin la Revolución se había apaciguado. Por esas fechas ya no quedaba ni un caudillo vivo. La Gran Guerra había acabado con los imperios del viejo continente. Las mujeres mostraban las piernas y decían que el corsé era del siglo pasado, querían trabajar en las fábricas junto con los hombres y elegir mediante su voto a sus gobernantes. La Nina leyó todas esas noticias en los periódicos y se dijo que el mundo estaba loco de remate, pero que nada de eso

sucedería en Analco.

Entre otro de los encargos de la Nina Ramos a Abundio Martínez había un fonógrafo que vio anunciado en el diario, como oferta de importación de una tienda departamental, con la colección completa, en seis discos de acetato, de los valses de Chopin. La Nina lo quería para su Fiesta del Aniversario, sabía que el aparato sería un gran regalo para Dolores. Abundio le dijo que ya los conocía, que una vez le había llevado uno igual a don Pedro. El hombre recogió del escritorio unos pesos de oro que la Nina había extraído de un cajón con llave, levantó un costal de ruidos que estaba junto a sus pies y salió de la biblioteca. Cuando estuvo afuera se calzó el sombrero y se quedó mirando hacia la cocina. “Anda a que te conviden un taco, para que ya te vayas almorzado”, escuchó la voz de la señora.

Abundio Martínez había dejado Comala después de haber matado a Pedro Páramo. Se hizo arriero de vacas ajenas y compró un par de burros para mercar novedades en los pueblos de Los Altos. Aunque su especialidad era las malas noticias y defunciones, en uno de sus viajes llevó a Severo Berumen postales con mujeres fotografiadas en ropa interior o en poses provocativas. Al principio Severo las guardaba en la bolsa interior de su mandil de carnicero. Con el tiempo juntó tantas que ya no podía traerlas encima, así que las ataba con un mecate, las envolvía con papel de estraza y las dejaba en el rastro donde creía que era un lugar seguro. “Mira nomás vale, de no creerse”, le dijo una tarde a Abundio al ver las últimas que le había llevado. Eran mujeres mostrándose desnudas, con las piernas abiertas o abrazadas entre sí, casi besándose. “¡Ni cuándo tenga viejas como éstas María la Blanca!” Pero el gusto le duró hasta que su hijo Rosendo las encontró de casualidad una tarde en que su padre lo dejó afilando los cuchillos, después de que oyeron matar a dos puercos. Justo Rojas y otros muchachos de la Villa parecían gozar con los berridos del animal. “Éstos siempre hacen mucho escándalo”, les decía Severo entre los gritos de la matanza. A veces Ataúlfo iba con ellos y les demostraba lo que había aprendido en el laboratorio del doctor Leonardo Ralla, diseccionando los intestinos, el hígado o el corazón aún palpitante. Al primer descuido de Severo, se aventaban las vísceras y pateaban los testículos hasta reventarlos. El matancero blandía un machete y corría detrás de ellos. “¡Condenados, y mañana no regresen, ya no los voy a dejar entrar!” A la semana siguiente volvían al rastro como si nada hubiera pasado. Severo Berumen les convidaba un vaso con sangre de vaca que, según él, tomaba para engrosar la propia y tener más vigor. Para ellos era un reto y un pacto de silencio.

Rosendo competía por el liderazgo del grupo con el hijo del

alcalde, y aunque a nadie se lo confesaba, también estaba enamorado de Dolores Ralla. Ataúlfo Rojas siempre tenía algo que enseñar a sus amigos, a quienes les divertía su capacidad para escribir y hablar al revés. Justo, su hermano, le decía que quería ser como él, que le enseñara a hablar así, y le preguntaba si era cierto que podía entenderse con los pájaros. Con el pretexto de que esperaban a Ataúlfo afuera de la casa del doctor cuando sabían que estaba solo en el laboratorio, Rosendo pegaba la boca a los barrotes de la ventana y le gritaba a doña Lucrecia que estaba loca, aunque no lo hacía para molestarla a ella, sino a Ataúlfo. La competencia entre los dos se hizo más evidente cuando les prohibió que pasaran por él, y que no caminaran frente a la casa del doctor Leonardo Ralla. Rosendo no hizo caso y una tarde lo esperó a que saliera, ocultando un cuchillo recién afilado. Sólo que ese día, Ataúlfo se dilató en salir, por estar cuidando unos nuevos cultivos de mango. Minutos antes de las campanadas de la bendición, Justo se encontró con Rosendo y trataron de meterse en la casa de María la Blanca.

También el padre Ramberto les prohibía entrar a la iglesia en horas en las que no hubiera misa, después de que un día explotaron unos cohetes en pleno oficio de tinieblas de miércoles santo. La gente salió despavorida, pisándose unos a otros. Todo hubiera quedado en un susto si no hubiera sido por la túnica de san Martín de Porres que propagó un incendio. Rosendo y sus amigos, desde el balcón del coro, veían el chiflido de los buscapiés, el lujo de los fuegos artificiales reventar en la bóveda y chamuscar las pinturas del techo. El padre Ramberto sólo alcanzó a agarrar de los cabellos a Justo Rojas y al Tetus, uno de los muchachos de la Villa, pero eso fue suficiente para que en pocos minutos todo el grupo estuviera en calidad de ser juzgado en casa de la Nina Ramos, y luego considerado culpable en la presidencia municipal. Don Belisario arremangó parejo y se dio gusto aporreándoles las nalgas. Después de la primera tanda acabó tan cansado, que pidió refuerzos. Afuera había ya una hilera de beatas escuálidas comandadas por Eduviges la de Rufino, que sacaban fuerza de Dios sabe dónde para no cansarse. Tal fue la tunda que recibieron, que Justo Rojas confesó todas las que debían y las travesuras que estaban por cumplir. Con tanto dramatismo se las imaginó su padre, que tuvo que sentarse porque ya se había cansado de tener la boca abierta. “He criado monstruos”, pensó.

Lo único bueno que sacó don Belisario del alboroto, fueron las postales que le habían robado a Severo. “Éstas se quedan conmigo”, le dijo a Rosendo Berumen, y el muchacho tuvo que enfrentarse a otra friega al llegar a su casa. Al otro día Severo fue a la presidencia municipal a reclamarlas y don Belisario le contestó que tuviera

vergüenza y se diera de santos que no lo encerraba por pervertido. Cuando los ánimos por fin se aplacaron y ya recordaban la quemazón como cosa del pasado, Rosendo volvió a hacer de las suyas. De nuevo embaucó a Justo Rojas y juntos descubrieron el escondite de las postales. Las volvieron a revisar una por una, metieron la mitad en un sobre de la presidencia y las dejaron como limosna en la alcancía de las ánimas del purgatorio. Tamaña fue la sorpresa del padre Ramberto al descubrir el contenido del sobre. Según correspondía a su investidura, armó tal escándalo con la Nina Ramos que ni el alboroto del incendio fue tan mayúsculo. De eso se valió el cura para revivir el pleito insepulto con María la Blanca, de los hijos regados que, decía, tenía el alcalde. No desaprovechó la oportunidad de ridiculizarlo en el púlpito, se autonombró juez del Santo Oficio Redimido y bajo ese tenor amenazó con escribir a Roma para pedir su excomunión. Organizó una comisión con las mismas beatas flagelantes para pedirle a la Nina Ramos que destituyera a don Belisario Rojas como presidente municipal.

Todo estaba dispuesto para la Fiesta del Aniversario. Por fin llegó Abundio con el fonógrafo, pero sin discos. La Nina se enfureció, le dijo que era un bueno para nada, un inútil, que no quería volver a verlo por el resto de su vida. Aunque Abundio se defendió con el argumento de que en el siguiente viaje le traería los discos, la señora le contestó que los necesitaba en ese momento y no cuando él quisiera. “Nomás eso me faltaba, que viniera un muerto de hambre como tú a faltarme al respeto”, le reprochó. Abundio se fue muy ofendido y le cumplió el capricho a la señora. Por años no regresó; siguió mercando por los pueblos de Los Altos. Sería por los tiempos de la guerra cristera cuando volvería a cruzar el río Santiago, con un hombre medio muerto a quien llevaría a revivir a Analco.

Antes de pasar una vergüenza mayor, don Belisario Rojas presentó su renuncia. Se dijo que ya era un hombre viejo, que prefería morir porque lo único que sabía hacer en la vida era gobernar. Hasta esa fecha, Carmen Rojas había parido veinticuatro hijos: catorce mujeres y diez varones. Dos habían muerto a manos de Lupe Santos, nueve estaban casados y sus hijos sumaban veintisiete nietos: diecinueve mujeres y ocho hombres. Pero no pararían ahí. En total, don Belisario y Carmen Rojas llegarían a tener treinta y tres hijos: veintidós mujeres y once varones, y un número incontable de nietos. El mismo día que presentó su renuncia los juntó a todos en su casa para avisarles que pronto se iba a morir, que su vida había sido un fracaso. “Cuando llegue el momento no quiero que me lleven al padre Ramberto, respeten mi honor de liberal”, le respondió a Adela con la Constitución en la mano. Justo preguntó cómo sería, y don Belisario

les contó que una vez el doctor Leonardo Ralla lo amenazó con prescribirle una buena dieta, porque de lo contrario no sobreviviría el año. Por lo que desde ese día ordenó banquetes matutinos y recalentados vespertinos. Dio rienda suelta a su imaginación y a su apetito. Noé Rojas hizo honor a su nombre y, como si viviera un nuevo diluvio, apartó una pareja de cada animal para evitar que se extinguieran sobre la faz de Analco. Hasta el padre Ramberto tuvo que marcar un alto al alcalde porque éste ya le tenía echado el ojo a las palomas del atrio. Se contrataron tortilleras que, en relevos pares, torteaban día y noche. Con el último filo de poder que le quedaba, le pidió permiso a la Nina Ramos para traer chiquihuites extra de fruta, y ella, sorprendida por su coraje suicida, lo dejó hacer su voluntad. Envió la renuncia de don Belisario al gobierno y en menos de una semana la señora les leía el nombramiento del nuevo alcalde: el doctor Leonardo Ralla.

Entre sus primeras disposiciones, el doctor puso en vigor un reglamento al burdel de María la Blanca y pasó riguroso examen médico a sus doce putas. Aún tenía bajo su cuidado a Rosendo Berumen. Una mañana que Rosendo no fue a sus labores en el rastro, por fin convenció a María la Blanca para que lo dejara entrar y conocer a una mujer de verdad. La casa tenía equipales guangos en lo que era la sala, una barra enorme y en la pared del fondo un espejo que lo miró con ojos implacables. Sobre la mesa del comedor, muchas botellas vacías y un queso añejo cueveado por gusanos. “Ora, ahí les va éste para que lo enseñen a ser hombre”, gritó la matrona. Detrás de unas cortinas de terciopelo salieron dos mujeres. Al verlo una se dio la media vuelta y se fue rascándose el trasero, a la otra no le quedó más remedio que atenderlo. “Otra vez con tus caridades, María”. “Es para que te entretengas un rato”. Rosendo se quitó el sombrero y el cabello le quedó lacio y castaño sobre la frente. Caminó detrás de la mujer, pasaron el segundo patio, el tendedero, el corral de las gallinas ponedoras y llegaron a un cuarto atrás de las letrinas. El lugar olía a humedad y a ceniza de cigarrillo. En un abrir y cerrar de ojos Rosendo se desnudó, se acostó sobre la cama, una de madera fina que en sus buenos tiempos pudo haber pertenecido a una princesa. La mujer se quitó el vestido, le pidió ayuda para desabrocharse el corsé, luego le ordenó quitarle el liguero de una pierna, él quiso hacer lo mismo con la otra pierna pero ella se negó; le dijo que era de mala suerte la primera vez. Con cada prenda que dejaban caer al suelo, la Toña también dejaba caer la pereza de sus carnes; ya no era una jovencita, el peso de los años se le había cargado en el busto y oscurecido sus pezones. Estaban en el mismo cuarto que una vez escondió a Judith, y que después le prestó María la Blanca a Toña para citarse con el

Cápora, cuando creyó que lo recuperaría con la muerte de la Martina.

El mayoral ni siquiera respetó el duelo por su mujer. Desde la segunda noche en que la velaban, luego de pasear su pena vuelta y vuelta por la plaza con el mariachi detrás, cuando el recuerdo se le aparecía más vivo, disparaba al aire y gritaba como animal moribundo. Llegó borracho hasta la puerta de Toña y se encerró tres días a expiar el antiguo olvido de su año de gracia, los días inútiles del amor convenido de la que fue su mujer. También desde ese día, el Cápora se hizo devoto de la primera misa de la mañana y aprendió a rezar en silencio. Siguió visitando a Toña con regularidad, pero nunca un domingo, porque era el día en que le llevaba a la Martina flores al panteón. Era precisamente ese día cuando Toña quería pasear cogida de su brazo por la plaza, pero él nunca le cumplió el gusto; al contrario, en las noches cuando dormían, ella se despertaba por los sollozos del Cápora y lo consolaba entre sueños en el altar de su seno. A la mañana siguiente, el cenicero amanecía lleno de colillas. Nadie fumaba tanto como él y eso a los ojos de la Toña lo hacía más hombre. Cuando a veces Abundio no le llevaba el paquete blanco sin membrete con una docena de cajetillas, el Cápora se ponía furioso y lo sentenciaba, por lo que ella siempre tenía de reserva un paquete en el fondo del ropero, junto a su ropa interior. Al cabo de unos meses, las visitas se hicieron más continuas, casi a diario. Por fin, ella estaba segura de haberse ganado su amor. Hasta que un día de agosto, cuando el tiempo de aguas los hacía hablar a gritos, le dijo a María la Blanca que pronto se casaría con el Cápora. “Si serás pendeja —le contestó la matrona—, me vas a decir a mí que te quiere, como si no lo conociera. Ese hombre ya ni siente, es más, te aseguro que ni te cumple”, terminó diciéndole y salió antes de verla llorar. Y así era. Aunque la visitaba más a menudo y se encerraban toda la tarde, habían dejado de hacer el amor. Lo que él buscaba era la tranquilidad de su seno, pero a veces ni eso era suficiente y en más de una ocasión el Cápora se violentó al grado de llegar a la locura de ponerle su pistola en el cuello para que le volviera a cantar una y otra vez la misma canción.

El Jueves Santo Toña se quedó esperándolo, y así el viernes. El sábado a media tarde supo que no llegaría. No quiso recibir a otros hombres, ni escuchar los gritos de María la Blanca para que se pusiera a trabajar. El domingo muy temprano salió desesperada al mercado para ver qué averiguaba, y se enteró de que el Cápora andaba en la barranca haciendo cumplir encargos de la Nina Ramos. Entonces se desesperó y fue a casa de su madrina. Anduvo rondando la puerta pero no se atrevió a entrar. Pasó un rato. Dejó de escuchar el piano y vio a Micaela salir corriendo rumbo al mercado. Siguió esperando

cuando las campanas de la iglesia tañeron el cuarto para las dos. Como ya era la hora de la comida, pensó que no sería bueno interrumpir, así que esperó a presentarse después de la siesta. Fue a buscar sombra en el portal. Al escuchar las llamadas a coro del campanario, caminó decidida, pero la vergüenza la hizo detenerse en la puerta. Pomposa salió a decirle que la señora la esperaba desde hacía rato. La Nina, que estaba sentada en su poltrona, le ofreció un vaso de agua fresca para que le volviera el color al rostro. La Toña lo bebió de un trago y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Madrina, quiero casarme con el Cápora, yo sé que él me quiere —le dijo.

—No, muchacha, eso ya está decidido. El Cápora es hombre de una sola mujer, tú ya tienes tu vida hecha, déjalo que siga expiando su pena —puntualizó la Nina.

Toña insistió, le dijo que si ella lo mandaba, de seguro él le haría caso. Pero no consiguió nada. A la mañana siguiente fue a ver a Nacha, a encargarle algo que la hiciera dichosa para él. La yerbera le pidió una prenda del Cápora, con la que hizo un bultito de tierra serenada, le añadió flor de romero y otros augurios para que lo llevara en el vientre, amarrado a los calzones. Le dio unas gotas especiales para que las tomara en ayunas en un vaso con agua. “Procura que te ocupe la segunda noche de luna llena”, le aconsejó. Tuvo que esperar seis meses para probar la efectividad del romero. Por desafortunadas coincidencias, las noches de luna el mayoral no estaba en Analco; la Nina, con cualquier pretexto, lo mandaba a la barranca. Cuando se le fermentaron las gotas y remendó el bulto, en una noche sin luna, el Cápora le dijo que sí se casarían, para cuando la Nina dispusiera. La Toña por fin lo sintió suyo y lo urgió a que vieran a la señora. Pasaron varias semanas y él no volvió a mencionar el tema, así que ella utilizó sus argumentos de mujer enamorada para sacarle la promesa de que a la mañana siguiente iría a buscar la bendición de la madrina. Al amanecer los despertaron los gritos de las otras mujeres. El Cápora estaba en calzones cuando escuchó descargas de balazos y no alcanzó a coger su pistola. La figura de unos hombres llenó el claro de la puerta: eran Lupe Santos y sus revolucionarios.

Ahora Rosendo le volvía otra vez la ilusión y también le decía Antonia, como el Cápora. “Tú me dices a qué hora”, le dijo el muchacho cuando ya estaban desnudos sobre la cama. De pronto al sentir Rosendo que la sangre se hacía nudos en el bajo vientre, brincó sobre la Toña y ella lo recibió con las piernas abiertas, con un susto que la hizo voltearse de risa. “Así no, muchacho. Despacito. Ven, te

digo cómo", le murmuró. Durante toda la tarde se escucharon los reparos de la cama o a la Toña tararear una canción que terminaba en una fuerte carcajada. Al anochecer, María la Blanca les tocó la puerta. "Toña, ya es hora de trabajar, echa a la calle a ese muchacho". Rosendo salió por la puerta de atrás, la misma que no se había utilizado desde que Juan Belisario la abrió para defender a Judith. Al otro día volvió, así como los siguientes días. Aunque poco le duró el gusto. Una mañana amaneció con un chancro supurante en la parte anterior del pene. El doctor Leonardo Ralla le sacó la verdad con tirabuzón y probó con él una nueva fórmula. Para el fin de semana, Rosendo estaba con sus amigos presumiéndoles sus andanzas en casa de la gran puta, exagerando detalles. Les habló del amor y sus confines. Ataúlfo no quiso escucharlo y le dijo que él prefería esperar a hacerlo con la mujer que amaba.

Tres días duró la fiesta de la Nina Ramos. El viernes se suspendieron las labores del campo. La iglesia se llenó de flores y el mercado fue un bullicio de regateo. Chuy Lumbreras, el cohetero, estuvo haciendo durante ese año los chifladores, las luces de bengala, los cohetes que reventaban en flor. Para la ocasión armó un castillo de más de doce metros de altura y el padre Ramberto le dijo que era una barbaridad, que se caería antes de encenderlo, era como retar a Dios con la Torre de Babel. Pero los cálculos del cohetero nunca lo habían hecho quedar mal. Quería que la coronita subiera hasta ser vista más allá de la noche de Analco. Los portales, la iglesia, la casa de la Nina, la presidencia municipal y hasta el kiosco francés, que por pilares tenía a las nueve musas y en el techo un emplomado bizantino, se llenaron de luces de artificio que al mismo tiempo formarían una cascada de fuego de colores en honor a la Nina Ramos. En la Fiesta del Aniversario, se lucieron un sinnúmero de eventos. Se empedraron calles, se volvieron a encalar las paredes, se hizo una tienta de novillos bravos en el lienzo de la Fundición y al día siguiente un concurso de suertes charras donde los hombres floreaban la soga tan suave, como si fuera un rebozo de encaje al viento. Para el baile del sábado se dispuso de todo el tequila de La Rojeña. Esa tarde Ataúlfo le prometió a Dolores que bailarían todos los valses; ella le contestó que no sabía bailar y que la Nina le había prometido un maestro de la capital para su fiesta de quince años. "Yo me refiero al vals de nuestras almas —le dijo Ataúlfo—. Quiero ser el primero que baile en tu corazón", le suplicó.

Leonardo Ralla se vistió de frac, desempolvó sus guantes de algodón, volvió a insistir a su esposa en que lo acompañara al baile, pero una vez más doña Lucrecia se negó. Minutos antes de las ocho de la noche subió a su carruaje negro con chapetones dorados. La gente

todavía se admiraba al verlo pasar, los chiquillos lo seguían en carrera y sus voces de ánimo se perdían en el rechinar de los muelles. El doctor revisó su Elgin de bolsillo.

La Nina Ramos salió puntal, acompañada de Dolores y Pomposa. En la puerta se encontraron con don Belisario Rojas que vestía traje de charro con botonadura de plata, el que había mandado a agrandar tres veces por su loca carrera hacia el suicidio. Al ver al doctor se tentó la pistola como para asegurarse que sí la traía. Se hizo el distraído y apenas saludó. Leonardo Ralla le dio la mano a la Nina y todos ocuparon sus asientos en el carruaje. De una a otra azotea pendían banderines de colores, hechos con papel de china, la gente tiraba flores al paso del carruaje y el aire se había impregnado de sus olores. Un hijo adolescente del cohetero caminaba adelante del coche, zumbando luces que reventaban en el cielo. La Nina apenas se asomaba por las ventanillas y saludaba a sus ahijados que hacían valla para verla y recibir su bendición. Esos eran los momentos que más disfrutaba Pomposa, que también se sentía vitoreada. Antes de llegar al baile, le dieron dos vueltas a la plaza, subieron por la calle del Ahogado hasta el Santuario, donde se les sumó el padre Ramberto. Bajaron por Los Naranjos, doblaron a la derecha por la avenida Corona y tres calles más adelante, por donde corría el agua de las tormentas dejando un reguero de bichos, y que la gente había llamado del Alacrán, el carruaje se detuvo unos instantes por la aglomeración de personas. La Nina se volvió a asomar y los aplausos la pusieron contenta. A una señal del doctor, el cochero azuzó los caballos y continuaron.

Al llegar, la banda de música arrancó tocando algo parecido a una marcha. Por el patio central de la escuela se dejaba ver el gris plomizo de la noche y, ya para las diez, el lugar estaba abarrotado. La Nina Ramos se sentó en su poltrona que estaba acondicionada en un parapeto de reina, con alfombra roja y terciopelos abrillantados. La fiesta comenzó al terminar el besamanos y al acabar de recibir la madrina los presentes que le regalaron sus ahijados, quienes hicieron una larga fila por más de una hora. Luego compartió la mesa con el doctor Leonardo Ralla, Dolores, el padre Ramberto, y Carmen Rojas con tres de sus hijas solteras, Adela, Esperanza y Chepa. Don Belisario andaba de mesa en mesa, no quería sentarse con su madrina porque ahí estaban dos de sus enemigos políticos: el padre Ramberto y Leonardo Ralla. Así que prefirió estar con Noé, su hijo, o en la mesa de María la Blanca, que estaba acompañada por un hombre de la barranca apodado el Sapo, gallero de los buenos y muy amigo de don Belisario, que siempre por los días de las fiestas patronales amarraba navajas con cualquiera de Los Altos que se atreviera a cruzar el río.

Era invicto de abolengo, situación que nunca entendió, como tampoco escuchó los consejos. “Déjate ganar, ¿qué no ves que luego ya nadie va a querer pelear sus gallos con los tuyos?”, le aconsejaba don Belisario. Y así fue, los últimos dos años no hubo retadores porque sabían que nadie les podía ganar a los gallos del Sapo, por lo que la Nina le dijo que tenía que pelear a su giro y su colorado en el palenque para no dejar morir la tradición. Pero como los gallos eran del mismo bando, las peleas se prolongaban por días. El gallero, detrás de su bigote espeso que se juntaba con las patillas, presumía dos dientes de oro que eran su lujo. Al filo de la medianoche llegó el mariachi, con la sorpresa de haber incorporado la trompeta. De momento a la Nina le pareció excesivo el sonido y les dijo que opacaría los demás instrumentos. Después les recomendó aumentar las guitarras o violines y no exceder más de dos trompetas. En eso estaban cuando la campana mayor del templo pulsó las doce campanadas y un escándalo en la puerta hizo volver la mirada de todos. La gente se apartaba como repelida, abriendo camino hasta llegar a la mesa de la Nina Ramos. Era doña Lucrecia Ralla, descalza, con su gorro para dormir, como la habían imaginado los muchachos que le decían la Llorona. Buscó el rostro de su marido y a él le dijo: “Se está muriendo”.

Ataúlfo miró el reloj de la pared y se fijó que faltaba un cuarto para las doce. Estaba trabajando desde antes de las ocho. En su cuaderno de notas subrayaba los ingredientes que ya había utilizado en un matraz especial para mezclas. De vez en cuando revisaba la temperatura, abría la escotilla y añadía más carbón al fuego. Los tubos de ensayo estaban formados en hilera, igual que tres probetas con líquido ambarino, rojo y azul. Por primera vez tomó la pluma fuente de su maestro, una Sheaffer de carey con punta de oro que había querido usar desde que se la trajeron de la capital con el nuevo microscopio. La miraba deslizarse sobre el papel, la apretaba con la zurda y se enamoraba de su trazo. “Así hasta yo escribo poemas como los de Amado Nervo”, pensó, y siguió haciendo laberintos de líneas en su cuaderno. Tenía sólo un quinqué de luz cerca de él, no quería que doña Lucrecia se diera cuenta de que aún estaba en el laboratorio. Sintió ruidos en el corredor y fue a atrancar la puerta. Escuchó a lo lejos el mariachi en el baile y un sonido de trompeta le llamó la atención. Volvió a su puesto, miró de nuevo el reloj, verificó la temperatura y sopló dentro del matraz con la pipeta. Mezcló los colores y siguió soplando con fuertes aspavientos. Apoyó sus manos sobre su quijada y durante unos minutos observó el bullicio de su fórmula. Cuando buscaba la estilográfica, había encontrado una llave en el escritorio, y en ese momento recordó que en la gaveta más alta, el doctor Leonardo Ralla guardaba algo bajo llave. Se subió a un

banco y le dio dos vueltas al cerrojo. En el interior vio un estuche de pasta negra y tupido altorrelieve de flores en ambos lados. Al abrirlo, admiró un bordado en filigrana de oro que enmarcaba el daguerrotipo de una mujer que lo conmovió, bella como su amada Dolores, y también de cabello blanco. Se paró de puntas para ver hasta el fondo de la gaveta y descubrió un pañuelo oxidado con las letras más vivas que jamás había visto antes, y el nombre de una mujer: Magdalena. Junto al pañuelo había dos frascos: uno translúcido y pestilente con tapón de corcho, el otro contenía un líquido de color débil ambarino que no cambió de tono al cogerlo; era un perfume de magnolias y aromas dorados, que lo hicieron recordar a la Nina Ramos. Se asustó y volvió todo a su lugar. Según el tiempo de la fórmula, la fragancia que preparaba ya debía estar lista y sabía que tenía hasta las doce de la noche para llevársela a Dolores.

Miró de nuevo el reloj, faltaban sólo unos minutos para la medianoche. Apartó el libro *La amada inmóvil*. Por fin vertió el líquido en los tubos de ensayo. Esperó. Dejó de escuchar la música del mariachi y sintió la cuerda de las campanas que se agitaban para sonar. Entrecerró los ojos y algo brincó en su interior. Se sintió más vivo que nunca, pero fue sólo un instante, lo que dura un golpe de campana. Comenzó a sentir la falta de aire. Una punzada le estalló en la frente y quiso cogerse de la mesa. Sintió que la quijada se le trababa y supo que ya era demasiado tarde. Se desvaneció. En su caída miró otra vez a Dolores en el río, bajo el agua. La escuchó reírse como la vez que chocaron en la plaza. Su memoria se arrebató con el tañer. En ese momento supo que jamás la besaría y recordó el beso en la mano como el momento más feliz de su vida. Se acordó de lo hermosa que le parecía su madre cuando la veía dormir, de la rabia que le daba compartirla con sus hermanos; por eso se había refugiado en Adela. Le volvió el deseo indeciso de que su madre hubiera sido doña Lucrecia y se sintió afortunado porque había estado rodeado de mujeres. Miró a Justo en cuclillas jugando a las canicas y le quiso hablar, pero se dio cuenta de que tenía la quijada trabada. El golpe que lo recibió en el suelo le volvió los ojos a su padre y comenzó a llorar. Nunca había recibido una caricia suya, ni una mirada de aprobación, y se acordó que también le tenía miedo a la Nina Ramos. Mientras convulsionaba, se supo en brazos de su maestro, el único ser en el mundo que estaba pendiente de él, al que remedaba hasta en el caminar y a quien decidió respetar como a un padre.

Ataúlfo Rojas murió al amanecer. Le faltaba un mes para cumplir quince años. Dolores estuvo con él en las últimas horas; fue el primer hombre que besó. Con un beso lleno en la mejilla. Leonardo Ralla ventiló el laboratorio que aún olía a mezcla de metales y gases que

Ataúlfo había aspirado por horas hasta quemarle las entrañas. Recogió su estilográfica, puso en un frasco la nueva fragancia, guardó en la gaveta con llave el cuaderno de notas de su discípulo y el libro *La amada inmóvil*. Meses después, cuando floreció la nueva variedad de mango que habían trabajado el último año, la bautizó con su nombre: Ataúlfo.

12

Dolores se despertó, llamó a Micaela, su doncella, y gritó dos veces el nombre de Pomposa. Trató de incorporarse al escuchar el leve silencio de las horas. Entonces supo que no estaba en casa de la Nina Ramos, sino en la de sus padres. Pero eso no fue lo que la sorprendió, sino saber que por primera vez estaba sola, sin nadie que la cuidara, sin doncella que la asistiera, sin la mirada vigilante de su madrina. Quiso levantarse de la cama pero no pudo, el rostro le ardía. Sintió el cuerpo hecho jirones. Recordó las últimas horas: el sol enorme en medio del patio, la voz fuerte de la Nina Ramos, gritándole, tratando de parar las hemorragias. Sintió otra vez el encierro en su cuarto, mientras escuchaba a alguien llorar muy cerca. Los recuerdos se le juntaban. Le preguntó a Micaela quién lloraba y la doncella no respondió. Era un llanto fuerte, desesperado. Se abrazó a sí misma, juntó las piernas a su pecho, se cubrió las orejas con sus manos para no seguir escuchando ese lamento que la estremecía. Entre murmullos se preguntaba de quién era ese quejido en su recuerdo y escuchó de nuevo la voz de la Nina Ramos detrás de su puerta. “Déjala que llore todo lo que quiera. Nadie se burla de mí”. Entonces comprendió que el lamento alucinado era el suyo, en los días pasados. Se recordó en el suelo, abrazada a los pies de la Nina, rogando para que la dejara estar con él, que la perdonara, y diciéndole que lo amaba con toda su alma. “¡Tú qué sabes lo que es el amor, escuincla!”, volvió a decirle la Nina.

Dolores siguió delirando. Su cuerpo estaba caliente. Murmuraba nombres, repetía por qué una y otra vez. Escuchó la puerta que se abría, fácil, sin las dos vueltas del cerrojo. Era su padre que entró sin llamar; de inmediato reconoció sus pasos. El doctor descubrió los tres velos de la cama y se sentó a su lado, la acarició, le habló muy dulce.

—Ya nada nos va a separar nunca más —dijo Leonardo Ralla.

—¿Dónde está, papá? Quiero ir con él.

—Mira cómo te dejaron. Mi princesa.

Una voz en la calle los sacudió. Era el padre Ramberto que gritaba en italiano dantesco, repetía que llegaría el apocalipsis. “¡Sólo nos quedan tres días! ¡Mañana viene la peste de las langostas! ¡Arrepiéntanse!” Su voz cruzó las calles y se fue a la iglesia. La Nina lo veía desde la puerta de su casa, le daba lástima su poca voluntad, y pensó que era mejor que se volviera loco. Se enojó consigo misma por no poder controlar el flujo de su saliva. Escupió. Rápidamente

Pomposa le limpió con su manga la barbilla y el peto del vestido. La ayudó a entrar de nuevo a la casa, casi cargándola, como si el zaguán fuera un camino escarpado. Afuera del comedor vieron a don Belisario Rojas dispuesto con una pistola en la mano, como el día en que murió Ataúlfo.

El velorio de Ataúlfo Rojas fue en el comedor de su casa. El doctor Leonardo Ralla ofreció la suya, pero don Belisario le dijo que el muerto era de su familia. "No lo maté, como debería, por respeto a la Nina", le advirtió. Cuando encontraron a Ataúlfo, tirado en el laboratorio, lo llevaron a la recámara de Dolores; el doctor le tomó el pulso, le acarició su rostro agradecido y supo que ya nada se podía hacer. El alcalde se abrió paso entre los mirones, culpó al doctor Leonardo Ralla, sacó su pistola y le apuntó al corazón. "Baja el arma, Belisario", ordenó la Nina Ramos y lo sacó del cuarto. Lo tendieron sobre la mesa, con un traje blanco, rodeado de flores de la temporada. Se mandaron a traer todas las sillas del pueblo y aun así hubo gente que se quedó de pie. Sus hermanas se desbordaban en murmullo de rosarios. Adela se tragaba las cuentas entre los dedos y repetía con voz recia las letanías lauretanas: *Virgen Venerable, Virgen Prudentísima, Virgen Poderosa, Virgen Misericordiosa, Virgen Fiel, Espejo de Justicia*… Cuando Rosendo lo vio tendido se le llenó el estómago de vacío, pensó que la vida no podía ser tan chiquita y le nacieron muchas preguntas que lo acompañarían el resto de su vida. Poco a poco a Ataúlfo se le fue componiendo el rostro. La muerte por aspiración de ácidos le había dejado la cara acartonada, pero ahora su gesto era tan vivo que las mujeres lo veían sonriendo, con la sonrisa triste de los que se van sin querer marcharse. Fue entonces cuando por fin confesó Régulo, el churrero, la razón de enviarle a Carmen Rojas media docena de roscas los domingos: por agradecimiento a las bondades de su hijo. Una tarde que Ataúlfo pasaba por los portales del mercado, Régulo le dijo que lo ayudara con el cazo de la manteca, y él lo hizo sin chistar; caminaron más abajo de La Bola de Oro. El churrero le quiso dar una propina, pero Ataúlfo no aceptó, entonces le preguntó su nombre y al saber que era hijo del presidente municipal se apenó tanto que le mandó las roscas los domingos, hasta que destituyeron a don Belisario Rojas como alcalde por el asunto de las postales. Se había vuelto tradición que un hijo de Carmen Rojas fuera monaguillo de limosnas, y Ataúlfo fue el mejor, según comentó el padre Ramberto. Después de la misa de un viernes primero, mientras se cambiaban en la sacristía, le dijo al señor cura que le explicara algunas dudas acerca de la creación del hombre y el paraíso. Como aún no había cumplido los doce años, Ramberto lo tomó como un asunto de niños y en menos de diez minutos le repitió la historia del barro y el soplo divino, el cuento de

la costilla usurpada y la traición de Eva, embaucada por una serpiente, la maldición del Señor y el pan de cada día. Semanas más tarde Ataúlfo terminó de leer *El origen de las especies*, de Charles Darwin, que tenía el doctor Leonardo Ralla en su laboratorio, y siguió a pie de nota el embarazo de su madre, creyendo que su nuevo hermano nacería con cara de chango. Carmen Rojas le dejaba tocarle la panza, pegar la oreja para escucharlo o hablarle por la cerradura del ombligo. "Pero que no se entere tu padre", le repetía. En sus observaciones diarias, Ataúlfo descubrió el inmenso amor que su mamá sentía por don Belisario y se enojó. Un par de años después, cuando el alcalde reunió a su familia para decirles que pronto moriría, y mientras sus hermanas se azotaron en llanto, la noticia le cayó como bálsamo y su sorpresa no fue la frialdad con que la recibió, o angustiarse por la inminencia de la muerte, sino comprobar, meses después, el fracaso de tan anunciado suicidio. Sin quedar conforme con la explicación del padre Ramberto, que ya se la había repetido muchas veces, aparte de dejarle leer como penitencia otras tantas el libro del Génesis, le devolvió la sotana de monaguillo de niño de siete años y renunció a seguir participando en el oficio de la misa. Se dijo que él sería hombre de ciencia y prefirió esperar a que su madre pariera. Estuvo pendiente detrás de la puerta escuchando los trabajos de parto, los pujidos de otras mujeres cuando a Carmen Rojas le faltaba el aire. El día que nació Pánfila, se decepcionó del maestro Darwin porque su nueva hermana no tenía cara de chango, sino apenas un mechón de pelos necios en la cabeza.

Al recoger las pertenencias de su discípulo muerto en el ejercicio del deber, el doctor Leonardo Ralla descubrió unos apuntes del origen del hombre, una investigación inconclusa que sostenía la evolución del universo a partir del reino vegetal y una fajilla de cartas con letra de su esposa.

Para sepultarlo no hizo falta un cajón especial, ni tampoco se preocupó el carpintero en tomarle las medidas. De una tanteada supo que cabría en uno de angelito, en un cajón de apenas un metro quince. Pero el entierro se demoró porque la Nina se empeñó en que le hicieran un retrato al difunto. Después de la misa de cuerpo presente, se encaminaron al panteón. Dos hombres cargaban la caja; uno de ellos era Leonardo Ralla, con los ojos llenos de imágenes, mientras la banda de guerra rompía los cristales de la tarde. Los tambores sonaban como descargas de caballería contra los plomos de sol. Ataúlfo siempre quiso formar parte de la banda y estuvo algunas semanas practicando con la trompeta, hasta que dos días antes de las fiestas de san Pedro, su padre lo vio tocando con la zurda y, tal como se lo había advertido, lo sacó del grupo. La mañana del desfile, el doctor Leonardo Ralla había ido a verlo a la alcaldía. “Hombre, don Belisario, Ataúlfo toca como ninguno y no es justo que se quede sin desfilar”, le dijo. “Mire doctor, el muchacho es mi hijo y yo sé lo que hago. Bastante me ha separado usted de él”, le contestó.

Mientras caminaba el cortejo hacia el panteón, Justo Rojas apenas sostenía las notas, los pulmones se le llenaban de vivencias. Ese día se juró que no sólo con la trompeta, sino también con las canicas, el trompo, el balero, con todos los juegos para los que su hermano nunca fue bueno, él sería el mejor. Todos se sorprendieron al ver a doña Lucrecia Ralla caminar de luto detrás del cajón, lo que no dejaba la menor duda de que a veces estaba en su sano juicio. Sólo ella sabía el cariño que la unía a Ataúlfo Rojas. Durante los años en que el aprendiz trabajó en el laboratorio, en muchas ocasiones se habían cruzado en los corredores de su casa, hasta que la costumbre de verse los hizo intercambiar miradas y luego palabras. Doña Lucrecia le hizo jurar que nadie debía enterarse, pues podrían creer que estaba loca debido a su amistad con un muchacho del servicio. Cuando Ataúlfo la defendía de las bromas de Rosendo, la señora lo comparaba con su esposo y lo llamaba Leonardo, hecho que al aprendiz llenaba de gusto. Valoraba por sobre todas las cosas la compañía de Ataúlfo; con él conversaba de París, de una hija que tuvo y que se había casado con un príncipe rubio en una góndola en Venecia. No se cansaba de repetir que estaba rodeada de enemigos, que más de uno quería verla muerta o volverla loca. Le repetía que él era su confidente, que cuando

regresara su esposo de la Revolución se irían a París, y se lo llevarían con ellos. Le daba cartas para el correo y Ataúlfo se las entregaba a Abundio, aunque nunca recibía respuestas. Cuando el burrero dejó de pasar por Analco, por el problema del fonógrafo y los discos, Ataúlfo guardó las cartas en su cajón del laboratorio, sin saber que los sobres contenían hojas en blanco, algunas con fechas del siglo pasado. Los primeros resultados como científico se los ofreció a la esposa del doctor y doña Lucrecia se llenó de colores. Le dio un ramo de dos brazadas con rosas azules y morado cardenal.

Doña Lucrecia llevaba una sombrilla de encaje sobre la cabeza. No miraba a nadie, como si ella fuera la única que acompañara al difunto. “No les voy a dar gusto a esta sarta de murciélagos de que me vean llorar”, se decía. Como el muerto era hijo de don Belisario Rojas, ex alcalde de Analco, la Nina Ramos autorizó veintiuna salvas en cohetes hechos a la medida de las circunstancias, que reventaron otra vez el llanto de las mujeres. El sol parecía incendiado. A Dolores no la dejaron acompañar a Ataúlfo en su último camino por las calles de Analco. Se quedó toda la tarde en el salón de música; los acordes del piano rompieron el bullicio de las enredaderas, acentuaron los rosales y a las malvas. Sin embargo, con el correr de los meses, cuando todos habían dejado en el pasado el recuerdo del fatal accidente, la Nina Ramos seguía escuchando el sollozo de su ahijada por las noches. Dolores seguía encerrándose en el salón de música, tocaba durante horas todo su repertorio, luego lo que su dolor le dictaba para empacho del recuerdo. Inagotables oraciones que hacían a la gente detenerse ante su ventana. Otra vez la multitud se agolpó afuera de la casa de la Nina Ramos, pero ahora fue para llorar. El piano de Dolores Ralla les hacía recordar a sus muertos, a sus amores perdidos, a sus frustraciones. Así los encontró el tiempo de secas, cuando la tierra se agrieta de tanta resolana y el calor se hace espeso, como si el viento se quedara entre ellos a escuchar, para después seguir su carrera al monte, llevándose las notas entre su cuerpo blando. Decían los de La Loma, las gentes de la barranca, las mujeres de Santa Teresa, que hasta allá se escuchaba el piano de Dolores. Fue entonces cuando la Nina comprobó que su ahijada más querida ya no era una niña y sufría la pérdida del amor, por lo que decidió comenzar a preparar su baile de quince años, con una antelación de dieciocho meses.

Modesto Najar venía de la capital y llegaría en tren al pueblo más cercano de Analco. En su momento la Nina convino con don Porfirio en desviar la ruta del ferrocarril del oeste. Tala estaba más allá de la barranca, del otro lado de la sierra. Modesto Najar se negaba a montar a caballo, decía que él no montaba bestias, por eso se empeñó en viajar en tren y que fueran por él en coche. Con tal de que llegara lo

más pronto posible, la Nina Ramos aceptó sus condiciones y le comentó al doctor Leonardo Ralla, un domingo que tomaban el fresco en la plaza: "Ya ve cómo son los artistas, los hombres parecen mujeres y las mujeres se sienten hombres". Don Belisario Rojas y Antonino fueron por el maestro. Se tuvo que hacer una panga más grande para poder subir el coche y llenar las lámparas de queroseno, porque de regreso viajarían incluso de noche. Llegaron a Tala al mediodía. Algunas veces don Belisario había ido a comprar allí azúcar para Analco y los víveres que había dejado de llevar Abundio. Era el tiempo de la zafra y frente al coche que recogería al maestro de vals pasó una hilera de carretas copeteadas de caña, tiradas por bueyes, justo a una calle de la estación. Don Belisario se apeó del coche y se enjugó la media luna de las axilas, el sudor de la frente; se colocó otra vez el sombrero y desde ahí alcanzó a ver a Modesto Najar, de pie en el andén, que revisaba su reloj de leontina y con la otra mano se abanicaba el sombrero panamá frente a la cara. Era un hombre elegante, más joven de lo que suponía, que no hacía más que esperar y abanicarse. Estaba junto a un hombre vestido de frac, con el cabello amarillo como hoja de maíz y un cerro de petacas.

Modesto Najar era un hombre de formas. Hijo de un ministro de don Porfirio, vivió el exilio con su familia cuando la Revolución. Fue educado en las brumas de Londres, donde concluyó sus estudios de literatura inglesa y estuvo pendiente de sus padres, hasta que murieron sin poder regresar a su patria. Siendo hijo único, le dio gusto a su familia y se casó a temprana edad con la hija de lord Sahlinger. Su vida se hubiera desarrollado entre salones y palacios, pero lo que a él realmente le gustaba era el teatro. Presumía saberse de memoria la voz del príncipe Hamlet y haber actuado en las obras completas de Oscar Wilde en el vigésimo segundo aniversario de su muerte. Su devoción por el arte lo había hecho ser el candidato ideal que buscaba la Nina Ramos, por eso había aprobado las cartas de recomendación que envió don Augusto Pimentel y lo había mandado traer de la capital, cumplido sus caprichos y recibido como huésped distinguido en su casa. Modesto Najar pronto hizo notar su presencia no sólo en casa de la señora, sino en todo Analco. Hasta don Belisario y Carmen Rojas, el padre Ramberto, y en ocasiones el doctor Leonardo Ralla, llegaban puntualmente a las cinco de la tarde a casa de la Nina Ramos para tomar el té, en unas tazas minúsculas con filos de oro, que él mismo había traído de Londres. A la Nina le gustaron tanto que meses más tarde, cuando Modesto se mudó a la que sería su casa, le regaló a la madrina el juego completo de porcelana Meissen, estilo primer imperio. A don Belisario se le hacía tan complicado rellenar las tazas dos o tres veces que, un miércoles por la tarde, Modesto Najar le dijo

que era un sacrilegio poner un pocillo de peltre bajo el chorro de la tetera. Lo mismo pensó Pomposa al ver que el maestro servía leche al té de hojas de naranjo. Degustaban unos bocadillos hechos con un pan muy ligero, que Tyler horneaba, a los que se refería como sándwiches. El maestro de vals se las ingenió para seguir practicando su *hole in one* en el corral de su casa, en un césped que acondicionó lo mejor que pudo, junto a un estanque de lotos somnolientos. También se habituó al caballito de tequila a la hora de la comida, al helado de pasta que se vendía en el portal, a las largas conversaciones afuera de la casa de la señora, en redondos equipales de cuero, y a decir una oración rápida entre los tres toques de campana de la bendición. La Nina Ramos no le dio importancia al comentario de Modesto Najar sobre las mujeres que aún usaban corsé y vestían de largo como en los tiempos de la emperatriz Carlota; ni le extrañó que a veces quisiera acompañarlas a la hora de la lectura y el bordado. Parecía como si él hubiera conocido a los autores que leían y les contaba historias maravillosas de sus vidas, sus amores y delirios. Todas notaron el cambio de atmósfera que obró por las tardes. Adela Rojas, que había ofrecido su soltería a Dios para cuidar la vejez de su madre, fue la primera en llegar el lunes siguiente, con un vestido nuevo de bordado primoroso y un peinado que le acentuaba el busto. Desde esa tarde olvidó sus juramentos al Señor y se perdía en el movimiento exacto del afilado bigote de Modesto.

Para las clases de vals se acondicionó el salón de música de la Nina Ramos, pero cuando la señora decidió que Esperanza Rojas y Encarnación González también hicieran su fiesta de quince años con Dolores, necesitaron un lugar más amplio, por lo que se mudaron al salón que ocupaban los párvulos en el colegio del Espíritu Santo. La ceguera de Dolores no le impidió estar en los brazos del maestro, acompañar sus pasos y recrear su oído con la voz de manantial de Modesto. Poco a poco se fue dejando llevar, soltándose a los ritmos que guardaba en su memoria. En los meses siguientes no sólo fueron tres las alumnas de Modesto Najar; la Nina les concedió a las jóvenes en edad de casarse tomar clases de vals con el profesor. Así que los corredores del colegio se llenaron de murmullos, y mientras seguían el compás en sus brazos, aprovechaban para dejarle cartas de amor en el bolsillo. No sólo en el mercado, incluso los hombres de la barranca hablaban del maestro de baile. Decían que enamoraba a todas las mujeres, que usaba los pantalones muy ajustados y que desde el primer día criticó la manera de vestir de todos, diciendo que eran modas del siglo pasado. Al final de los ensayos Modesto terminaba con los pies hinchados de tantos pisotones, con la camisa manchada de afeites y empapado en sudores, pero nunca perdía su impostada

arrogancia. Para esas noches, Tyler, su valet, le tenía lista una palangana de agua caliente, refrescada con sales y yerbas purificantes para masajearle los pies. Le preparaba la tina para el baño con espumas de fantasía y lo esperaba con una toalla olorosa, para secarlo. Luego le echaba encima una bata de satín y Modesto se dejaba hacer el nudo del gazné de seda. Tyler le preparaba una cena ligera que servía a la luz de las velas y sólo se retiraba a continuar con sus obligaciones cuando escuchaba a su amo despedirse.

—*Good night, Tyler*.

—*Good night, my lord* —le contestaba.

Cuando Modesto Najar y Dolores Ralla se sintieron en confianza, le pidieron permiso a la señora para interpretar la comedia de equívocos, *La importancia de llamarse Ernesto*, de Oscar Wilde. La Nina Ramos aceptó gustosa, siempre y cuando el padre Ramberto revisara la obra. Una semana después, el cura le regresó el libreto con escenas tachadas, aquéllas que hablaban con ligereza sobre el matrimonio y, con veracidad, sobre el divorcio. Le prohibió cualquier beso en el escenario, cambió nombres a los personajes e hizo anotaciones en los diálogos. Nombró un grupo de chaperonas para que vigilaran los ensayos y cada tanto les caía de sorpresa.

Con el tiempo, Modesto Najar se hizo asiduo visitante de la casa de don Belisario Rojas. Adela era la sexta de sus hijos y la única soltera de entre las muchachas de su edad. A pesar de su belleza reservada no se había casado, por cumplir la promesa hecha a su madre de velar por ella hasta el día de su muerte. De momento Carmen había apreciado el sacrificio, pero después, la angustia que adivinaba en la mirada de su hija le hablaba de soledad más que de resignación. Cuando Adela cumplió los veintiún años —ningún hombre la había pretendido, ni la Nina Ramos había dado su consejo para un buen matrimonio— se convenció de que Dios había tomado su palabra como empeño para el sacrificio y sintió que ya no podría arrepentirse. Pero la tarde en que vio a Modesto bajar del coche que lo trajo a Analco, sereno como retazo de algodón, después de ese viaje tan largo, supo por el encuentro de sus miradas, su reverencia con la cabeza, que Dios sí había escuchado su más profundo ruego, el que ni siquiera ella se atrevía a revelar. Rezó con tanta devoción ese domingo en misa que el cabello se le fue soltando del intrincado laberinto de su peinado, mechón por mechón, hasta quedar éstos recostados sobre su espalda. Adela presintió que el Señor la estaba liberando de su compromiso, y no volvió a trenzarlo, mucho menos después de que Modesto Najar le confesó que por su cabello había volteado la cabeza

para mirarla, el domingo que la vio pasar del brazo de su madre. Todos notaron su cambio. Desde la muerte de Ataúlfo, Adela aún conservaba el luto. A ella le había tocado cuidar a su hermano desde que nació y lo veía como el hijo que nunca podría tener. Sin embargo, ahora estaba ilusionada. Pronto aprendió a servir el té, quiso leer a los contemporáneos ingleses, a los poetas malditos, a todos los autores de los que le hablaba Modesto, siempre con voz queda y con modales que no se parecían a los de ningún otro hombre que hubiera visto en su vida. La hora y cuarto que pasaban juntos se les hacía tan escasa en minutos, que a veces ella quería hacer trampa y citarlo en otro lado a solas, no en el fresco del patio de su casa, siempre bajo la vigilancia de su madre. Una tarde, antes de irse al bordado, se atrevió a decirle a su madre que quería estudiar inglés. Carmen Rojas no le respondió nada, continuó con los ojos clavados en el bebé que amamantaba. Adela salió del cuarto y apenas alcanzó a oír: "Dile a tú papá. Lo que él decida". Don Belisario le respondió que estaba loca, que eso no servía para nada, más que para enredarse la cabeza. Gracias a la intervención de la Nina, dos semanas más tarde comenzó sus clases. Media hora diaria en el despacho de su madrina, ahora bajo la vigilancia de Pomposa.

Pero después de sus arrebatos de felicidad, una serie de pequeños percances la hicieron dudar, creer que había equivocado los avisos del Señor, quien ahora la castigaba por haber faltado a la vocación de ser báculo en la vejez de su madre. Una mañana que calentaba agua para el té, se quemó el dorso de la mano. Como debía pagar su penitencia a flor de piel, no dejó que le pusieran ungüentos de árnica. Desde que Modesto Najar llegó a su vida, se pinchó, como nunca, los dedos en el bordado, y tuvo sueños húmedos, que ella concluía como posesiones del demonio, y sintió la angustia impaciente que se revolvía en su pecho cuando pasaba un día sin ver a su maestro de inglés. Muy en el fondo ella misma no se sentía dichosa; había dejado de comulgar y rehuía la mirada del padre Ramberto, como si fuera un testimonio vivo de su conciencia. No pudiendo más con la culpa, el siguiente viernes primero, en secreto de confesión, le murmuró que había faltado a su razón de vida: velar por su progenitora y ofrecer su castidad a Dios. Se aguantó las ganas de llorar, y por fin se declaró enamorada. Ramberto se molestó, le dijo que un juramento era sagrado. "No te dejes llevar por las tentaciones de Satanás y aparta esos malos pensamientos", le ordenó. Pero no cumplió su penitencia: siguió viendo a Modesto Najar y pensando en él como una posesión de su alma. El padre Ramberto le negó la comunión diaria y no desaprovechaba la oportunidad de decirle que vivía en pecado, que si en ese momento muriera, su alma se iría derechito al infierno. Adela

se vio enfrentada a sí misma, a sus ganas de vivir, al vacío que a veces percibía en la mirada de Modesto, en sus pequeñas ausencias, cuando el maestro se quedaba mirando por la ventana.

Por esas fechas el escándalo visitó de nuevo la casa de don Belisario Rojas. Natividad, nieta de la nana Prudencia, estaba embarazada. La chiquilla acababa de cumplir los trece años. Se había criado con su abuela y trabajaba fregando pisos en casa de los Rojas. Todos lo supieron después de una tunda de golpes que le gratificó Prudencia al verla jorobada. No le dio tiempo de nada, la cogió de los cabellos y la arrastró por el piso que había limpiado desde temprano, se ensañó con ella y lloró de coraje al sentirse traicionada por su nieta favorita. Natividad no dio nombres, ni trató de defenderse. La nana Prudencia conocía muy bien a los hijos de su patrón y esperó a ver en los ojos de su nieta al hombre que la había embarazado. Primero habló con Carmen, luego retó a don Belisario, pidió el consejo del padre Ramberto y los dos fueron a buscar el apoyo de la Nina Ramos. Mientras, encerró a la muchacha en un cuarto del corral y no le preocupó recoger la comida sin probar. Cuando la abuela cerraba la puerta, el cuarto de Natividad se quedaba aislado de la luz y de los ruidos, sólo un filo de plata se metía por la cerradura y era su forma de saber que ya era de noche. A tientas reconoció los muebles y los objetos que la acompañaban en su clausura, pronto se acostumbró al insoportable chillido de las ratas entre los tiliches. La tarde en que la Nina tomó cartas en el asunto y fueron a sacarla de su encierro, Natividad tenía los ojos saltados y el vientre hinchado como una toronja. Nacha le calculó veinticuatro semanas y la urgió a que comiera, o le nacería un espinazo con cabecita de pollo. En la merienda del día de san Juan, mientras la lluvia reventaba las flores de jazmín y dejaba boquiabiertas a las amapolas, la Nina Ramos les dijo a todos que el niño que esperaba Natividad era de Justo y que el muchacho debía cumplirle. Fijaron la fecha de la boda para los últimos días del mes siguiente. Don Belisario no tuvo nada que decir, hizo una mueca que le abultó más el bigote de mosca y torció los ojos hacia su mujer. Esa noche, a punto de acostarse, le reclamó su falta de cuidado con la sirvienta. “Ya ve, por su culpa, por andar en los puros rezos no le pone atención a sus hijos”.

El rumor venía desde el otro lado del río, se decía en los portales y se dejaba en las canastas del mandado. En el templo de San Pedro, entre rezos, se pasaban claves de confirmación; decir “Ave María” significaba que no había peligro, pero si se acompañaba de “sin pecado concebida”, indicaba que tenían que andar con más cuidado. De un día para otro los muchachos de Analco se hicieron fieles a la misa de ocho, la iglesia estaba atiborrada de hombres armados y desde

el púlpito el padre Ramberto les hacía señas con los ojos. Una noche de julio después de la bendición, poco antes del matrimonio de Justo y Natividad, se reunieron en la sacristía con el padre Ramberto y la Nina Ramos los mejores hombres del pueblo. “Quieren que vivamos como animales”, dijo Rosendo muy enardecido al conocer el edicto que el presidente de la República había promulgado: La Ley Calles. Por esos tiempos el doctor Leonardo Ralla estaba por cumplir tres años como alcalde de Analco, tiempo suficiente para olvidarse de los enredos de las beatas del templo, por lo que la Nina pidió la anuencia del señor gobernador, y en menos de una semana ya estaba otra vez don Belisario Rojas en el poder. “Si el general Álvaro Obregón ya está trabajando su reelección a la presidencia, no veo por qué Belisario no pueda ser otra vez alcalde de Analco”, les dijo la Nina. Ella sabía que podía confiar en él, que sería su brazo fuerte. “Quiere el gobierno que nos muramos sin confesión ni nada, imagínense el perdedero de almas. Con la nueva ley, se van a cerrar los templos y conventos”, vociferaba el padre Ramberto. La reunión en la sacristía fue determinante. El amanecer los sorprendió alegando y, entre otras cosas, estuvieron de acuerdo en consagrar la campana mayor para usarla sólo cuando la emergencia de un ataque los tuviera rodeados. Severo y Rosendo Berumen, Justo Rojas, los muchachos de la Villa, los mezcaleros del Maloaste, los charros del lienzo de la Fundición, y los hombres de la barranca estaban listos para cualquier ofensiva, haciendo entre ellos un saludo que apenas murmuraban y que habían aprendido a leer entre labios: “Viva Cristo Rey”. Más adelante la casa de María la Blanca fue el centro de reunión y, aunque el padre Ramberto no estuvo conforme, se alineó a las disposiciones de la Nina Ramos.

Los meses siguientes fueron de tensa calma. Llegaban noticias de hombres colgados por llevar una cruz al cuello, de asaltos a conventos por parte de soldados federales sólo para violar monjas. La gente de Los Altos comenzó a armarse. La Nina Ramos supo que la cosa iba en aumento al ver bajar una hilera de indios huicholes de lo más alto de la sierra, armados con machetes y puñales tallados en obsidiana, que repetían el nombre de la madrina acompañado con un Ave María. Se presentaron a su puerta. Algunos traían cruces tatuadas en el pecho, otros la Virgen de Guadalupe que refulgía en el charol de sus espaldas. Entonces la señora le ordenó a Rosendo que tiraran una tapia del Patio del Mineral; cuando el muchacho le preguntó el motivo, la respuesta de la Nina fue contundente: “Tú hazme caso”, le ordenó, y descubrieron tres baúles de los años del Virreinato, con cartas originales del cura Hidalgo, el sable emancipado del emperador Agustín de Iturbide y una muda de ropa con los galones en oro.

Rosendo quiso quedarse con lo que la Nina le dijo que era la primera bandera nacional, ondeada por Agustín de Iturbide durante el triunfo de la Independencia. “Eso no es para ti —le señaló—. ¡Nada de lo que hay en ese baúl les incumbe, abran los otros dos!”, ordenó. Con unas llaves oxidadas y curvas como garfios de pirata, abrieron los candados y descubrieron dobles, triples y hasta quíntuples fondos. Encontraron tal cantidad de armas que bien podían pertrechar un nutrido ejército. Durante los años que don Alonso pasó en Analco siguió mercando armas con el consentimiento de la Nina, quien en más de una ocasión firmó cartas de salvoconductos y prestó su casa para esconder cargamentos. Rosendo y Justo se llevaron los baúles a casa de María la Blanca y la fila de indios se fue detrás de Rosendo y Justo Rojas. Tres días y sus noches estuvieron armando al que se formara, apuntando brigadas con nombres de animales y dando órdenes, según ellos, militarizadas. Poco después el doctor Leonardo Ralla tuvo en sus manos el arcabuz taraceado de manufactura francesa de don Alonso de Alvarado, que reconoció porque tenía el monograma del español, mismo que estaba grabado en toda su casa.

—Estamos armando a nuestros mejores hombres con mosquetes y arcabuces del tiempo de la Conquista —le dijo a la señora.

—¿Y qué? También ésos matan federales.

—Los muchachos están enardecidos —insistió Leonardo Ralla—, tienen la nostalgia de la Revolución. Además, no tenemos un líder con experiencia en la guerra.

—Se equivoca, doctor. Usted es ese líder, o ¿ya se le olvidó el tiempo que pasó con los hombres de Lupe Santos? —le preguntó la Nina Ramos con una jovialidad desconocida.

Los hechos llegaron a su punto culminante de intolerancia en enero del año siguiente. Don Belisario Rojas recibió un telegrama del secretario de gobierno informándole del levantamiento en armas de “fanáticos religiosos”. Le ordenaba disolver cualquier orden religiosa y apresar a los curas. El alcalde, en cumplimiento estricto de su deber, con el telegrama en la mano, fue a la sacristía a hacer cumplir la ley. Llegó minutos antes del rosario y le dijo al padre Ramberto que estaba detenido. El Chato alcanzó a escuchar y salió corriendo a avisarle a la Nina Ramos. Al llegar la señora, las beatas que años antes habían pedido su destitución como alcalde, estaban a punto de lincharlo. Fue entonces cuando la señora, harta de tantas diferencias, le informó al señor gobernador que cesaba de reconocerlo y declaraba a Analco territorio “liberado” de la guerra. En los meses siguientes, dos

excursiones federales fracasaron en su intento de tomar la barranca; no lograron salvar la frontera del Paso del Vigía, ni los bancos de niebla que les revivía una angustia de huida y los hacía matarse unos a otros. Los sobrevivientes corrían enloquecidos por el monte y se encontraban con Rosendo Berumen y sus arcabuces. Así fue como don Belisario Rojas siguió siendo alcalde de Analco y Rosendo Berumen, su primer jefe militar. El pueblo continuó con sus actividades diarias hasta el segundo martes de agosto, cuando regresó Abundio Martínez por el camino de la barranca, evitando el río y los túneles. Nadie lo vio acercarse, a pesar de que era media tarde y el sol comenzaba a herirse en el cielo. Llegó directo a casa de Nacha con un hombre cruzado en el lomo de una de sus bestias.

La yerbera lo acostó en un petate; por la mancha en la espalda supo que era una herida de bala, y que también tendría que enfrentarse a Azrael, el Ángel del Exterminio. Por su porte se dio cuenta de que el muchacho era de la región de Los Altos y al limpiarle la cara se maravilló por la hermosura que le acentuaba su nariz aguileña. “Seguro es cristero”, dijo Abundio. Nacha lo desnudó poco a poco y se fijó que la bala había salido por debajo de la tetilla derecha. “A este muchacho le clarearon el pulmón”, sentenció, mientras le calculaba unos veinte años de edad. Vestía el uniforme caqui de los revolucionarios y llevaba una cruz prendida en el interior de su camisa. En el bolsillo, un camafeo de oro y concha nácar con el retrato de una mujer antigua, y en el guardapelo, un mechón castaño, como el color de sus cabellos. “Ha de ser su mamá”, dijo Abundio mientras le sacaba las botas. Se pasaron algunas noches en vela, viendo cómo reaccionaba ante los ungüentos de Nacha. El burrero se sentía con derechos sobre el herido, incluso lo veía como a un familiar suyo. El día que la Nina Ramos se enteró de que Abundio había vuelto con un extraño medio muerto, se enfureció. “Nada bueno puede traer ese inútil”, le gritó a Pomposa, y mandó llamar a Rosendo Berumen y a don Belisario Rojas. Les reclamó que de nada servía la vigilancia que tenían en los alrededores del pueblo. “Un hombre con dos burros y un moribundo pasó por sus narices hasta el corazón de Analco y nadie se ha dado cuenta”, se quejó la señora. No quiso ir a verlo, sólo le mandó decir a Nacha que en cuanto el herido pudiera beber agua se lo llevara Abundio por el mismo camino por el que había llegado.

El muchacho sobrevivió a la primera crisis la madrugada en que vomitó un cuajo verde y hediondo en mitad de su inconsciencia. Nacha supo que había ganado, que se le había salido la muerte del cuerpo y había dejado el sueño profundo de los justos. Hablaba entre delirios y mencionaba un caballo. Sus pesadillas lo llevaron otra vez a su niñez. Una convulsión lo estremeció de pies a cabeza. Entre Nacha

y Abundio lo contuvieron. A medianoche volvió a soñar: se miró otra vez junto a su general y volvió a escuchar lo que le había dicho al oído; luego lo llevó donde estaba un caballo rojizo, de cara blanca, igual que las patas. Era la primera vez que montaba, el general le dijo cómo y lo ayudó a subir. “No le tenga miedo. Se llama Cantarito”. Fue su primer caballo y lo tuvo hasta que se le murió de viejo, tres o cuatro años después. Ya muy entrada la madrugada por fin se relajó.

En el mercado decían que la yerbera se había enamorado de él, que le daba de beber influjos para que sólo la obedeciera a ella. Decían que era manso y tierno como borreguito, pero fuerte y enorme como toro. Cuando los árboles se quejaban por el viento de las siete de la tarde, al muchacho le subía la temperatura, se empapaba de recuerdos y en plena oscuridad prolongaba sus delirios. “Ándele muchachito, enséñese a lazar”, escuchaba a su general, y se veía en medio del campo, echando manganas. Luego lloraba al descubrir llorar al general. En mitad de la noche despertó a Nacha con un grito desesperado: “Vámonos a la sierra. El general me ordenó tocar retirada”. “Qué retirada ni qué nada, usted se está quieto”, respondía Nacha. “Abundio, no te quedes ahí parado, tráete agua y los trapos para bajarle la calentura”. Las siguientes noches fueron iguales. Quince días después durmió ya sin sudores ni delirios. Entonces se recordó reconstruyendo una hacienda, junto con el ejército de mil hombres y unos doscientos chiquillos huérfanos. El general les dijo que ya se había acabado la Revolución, que la hacienda era suya y ahora criarían puercos y trabajarían la tierra. Recordó a su segundo caballo, un prieto azabache. Se miró cabalgando junto al general.

Rosendo Berumen y Justo Rojas fueron a ver cómo seguía. “No dilatará en agarrar conciencia, es cuestión de uno o dos días para que le vuelva el ánima al cuerpo”, respondió Nacha. Estaba casi sentado sobre el petate, con vendas cruzadas por el pecho, su respiración era forzada. “Es que le clarearon un pulmón”, respondió Abundio antes de que los muchachos preguntaran. Al herido se le encendía más el rostro por la barba rojiza y unos cirios de sebo que humeaban el cuarto. Ya el padre Ramberto había ido a verlo; le untó los santos óleos, por si las dudas, y hacía la vista gorda cuando la Nina Ramos despotricaba por la situación, sobre todo cuando le aseguró que sí era cristero. “Por muchachos como él, que dan su vida por la fe, se está salvando el mundo”, le dijo. “Es un revoltoso”, pujó la señora.

Esa noche llovió a cántaros y el arroyo de la Tuba casi se desborda. La yerbera y Abundio ponían ollas de peltre para atrapar las goteras. Lo dejaron durmiendo tranquilo y apagaron la lumbre del comal antes de recogerse. Él estaba otra vez en el despacho del

general y lo escuchaba decirle que era el mejor de sus hombres, que lo mandaría a Estados Unidos a estudiar para político, para que luego se hiciera presidente de la República. Le dijo que se estuviera listo, porque mañana irían a la ciudad a un bautizo y aprovecharían para comprar lo que le hiciera falta. Pero él se escondió, creyó que su general lo dejaría esa misma mañana en el internado. Desde la azotea vio al general en medio del patio, gritando órdenes para que lo encontraran, luego lo vio subir al auto con seis hombres y salir a toda prisa dejando una nube de polvo.

Al amanecer, el cristero despertó de un brinco y se llevó la mano al pecho. La herida volvió a sangrar. Escuchó su respiración y miró los cuatro cirios a su alrededor. Se quejó con un gesto y el dolor lo hizo desmayarse de nuevo. Nacha le gritó a Abundio que se apurara, que sólo era un desmayo. Volvió a caer en un sueño profundo y encontró sus recuerdos donde los había dejado. Como polvorín corrió la noticia de la emboscada y la muerte del general Pancho Villa. Las tropas leales que vivían en la hacienda se atrincheraron y todos decían que pelearían hasta morir, pero que los federales no ocuparían Canutillo. Semanas más tarde escapó de la hacienda, se juró que vengaría la muerte de su general y abordó un tren con rumbo desconocido.

Ya era media mañana cuando volvió a despertar. Se miró vendado y con las uñas largas, se tocó la cara y los dedos se le perdieron entre la barba. Pidió agua y preguntó por su caballo. Abundio le respondió que lo había encontrado medio muerto, que él lo había salvado. Nacha le preguntó su nombre, al tiempo que le acercaba un pocillo con agua. El muchacho se incorporó un poco más, la volvió a mirar a los ojos, supo que podía confiar y respondió: “Salvador Fonseca”.

—Lo voy a matar.

La Nina Ramos quiso detenerlo pero se quedó con las palabras en la boca. Don Belisario salió sin mirarla con el revólver en la mano. El padre Ramberto estaba hincado en el atrio de la iglesia, con las rodillas hundidas en la arena ardiente. El alcalde lo miró unos instantes y Ramberto se le acercó, dejando una ruta de serpiente.

—¡Es el Apocalipsis! ¡Ya se han roto los cuatro primeros sellos —le gritó el señor cura— tú lo sabes mejor que nadie! ¡Tú eres el cordero degollado!

—Qué cordero ni qué ocho cuartos —se quejó don Belisario.

—¡Ya no tardarán en llegar las langostas! ¡El cielo se oscurecerá y la luna se pintará de sangre! ¡Ella tiene las llaves de la muerte y del infierno! ¡La del cabello blanco, ella es la resucitada, fue muerta y ahora vive por los siglos de los siglos!

En medio de una peste recalentada, don Belisario apuntó su arma al pecho de Ramberto. El párroco abrió los brazos en cruz, cerró los ojos como queriendo encontrar un sueño y escuchó un carruaje que venía desde lejos. Se vio recién llegado a Analco, a una parroquia abandonada en la que los feligreses creían más en milagros de yerbas que en la fuerza de la oración. Se enfrentó primero a las brujerías de Nacha y más tarde al oficio de María la Blanca. Como nadie en el pueblo, creyó en la Nina Ramos y juzgó como alucinaciones propias de la edad las confesiones de la vieja sor Matea. Se convenció de la veracidad de las palabras de la señora, unos días atrás, en la conversación que mantuvo con ella cuando le confesó el origen de su familia, la suerte de su madre. La Nina Ramos le dijo que había nacido del vientre de una monja, que a su abuela la habían quemado acusada de bruja en los cadalsos de la Santa Inquisición. Le habló de sus pactos de venganza, de sus oscuras soledades y su niñez perseguida. En medio de la devastación, el padre Ramberto, sin quererlo le creyó. Con la diestra hecha cruz, murmuró unas palabras en latín endulzado y la bendijo. En ese momento supo que su alma también estaba perdida. Las palabras de la Nina Ramos lo llenaron de horror. Por eso, ahora, al ver a don Belisario Rojas frente a él, pistola en mano, y sentir el pecho encendido con cada descarga, abrazó a la muerte como el fin de sus tormentos, de los secretos de confesión que ya no lo dejaban vivir y que lo perseguirían hasta en la otra vida. Cayó de

bruces sobre la arena. El suelo se pintó de rojo y el color se fue extendiendo por todo el atrio. Trepó los ángeles góticos que apretaban una cruz entre sus manos y también ellos comenzaron a sangrar de los ojos, de las orejas, por unas llagas que se les abrieron en el cuerpo y que días después seguirían escurriendo. El rojo se avivó como fuego manso, trepó los muros de la iglesia hasta llegar al campanario y quiso alcanzar la campana mayor, la que Ramberto bautizara con el nombre de Esperanza.

El alcalde enfundó su pistola. El calor se hizo imposible bajo sus pies. Salieron alacranes de debajo de las piedras, de las macetas, de entre la corteza de los árboles. "¿Estos alacranes serán las langostas que decía el padre Ramberto?", se preguntó, y sin mirar atrás caminó hasta la presidencia municipal. Llegó empapado de sudores, ahogándose. Su despacho estaba en total abandono, buscó balas en una gaveta, recargó su pistola y no dejó de limpiarse el sudor de la frente. Se dejó caer en su sillón, que reventó de ruidos. Puso el revólver sobre el escritorio y de nuevo se enjugó la nuca. Seguía agitado, como si bufara. Otra vez tomó su pistola. De repente oscureció y unos gritos como de mujer lo hicieron volver en sí. Enfundó el arma y salió a la calle. A ras del cielo volaba una gigantesca parvada de rapiña que cubría el largo de su vista. Analco se había convertido en un podridero de gente y el hedor atrajo a los pájaros.

La Nina fue a casa del doctor Leonardo Ralla; no iba allí desde los tiempos en que el general Lupe Santos sitió Analco. Quería saber sobre la salud de Dolores. Pero no llegaría a cruzar la puerta; en cuanto doña Lucrecia la vio le hizo la señal de la cruz y le gritó: "¡Bruja!" Entonces le pidió a Pomposa que fueran a casa de Nacha. Las dos mujeres caminaron por calles desiertas, malolientes, bajo un cielo rojo que parecía reventar sobre sus cabezas. Por fin Pomposa habló. "¿Madrina, y los túneles?" "Sssh, cállate, ésos están clausurados". Siguieron su camino y, al llegar al arroyo de la Tuba, a la Nina Ramos le pareció ver a lo lejos el burro de Abundio, con un hombre cruzado en el lomo. Al llegar, escucharon el bramido de los pájaros y vieron en el cielo una nube prieta que se movía con rapidez de alas. De pronto el mundo se oscureció.

La Nina Ramos tentaleó en la oscuridad. El temblor de la mano izquierda no la dejaba en paz, le caminaba por el brazo, se le hacía nudo en el cuello y reventaba en su cabeza con punzadas sordas. Se incorporó entre los almohadones y recordó que había dejado su pastillero sobre el tocador. Encontró los cerillos y al segundo intento revivió al quinqué. El temblor la ponía nerviosa. Apoyándose en su

bastón se miró de cuerpo entero en la luna del ropero. Al volver a la cama escuchó unos golpecitos en la puerta. Era Pomposa que le preguntaba si se sentía bien. “Deja ya muchacha, no pasa nada, mañana será un día largo”, resolvió. Y en efecto, al día siguiente sería la boda de Justo y Natividad.

Apenas unas semanas antes Justo Rojas había agarrado su primera borrachera en casa de María la Blanca. Rosendo Berumen pagó los tragos de todos los presentes, feliz porque se casaba su mejor amigo. Desde el mediodía no soltaban el mariachi y ya para las diez de la noche habían tirado balazos al aire; también se habían peleado y reconciliado varias veces. Justo había ido y vuelto en dos ocasiones del cuarto verde, como le decían a la habitación donde gobernaba una mujer de rostro pálido que cariñosamente llamaban La Pintada. Rosendo no paraba de retar a los gallos del Sapo, de pedirle sus secretos para no dejarse ganar. El gallero sonrió presumiendo el oro de sus dientes y lo palmeó en la espalda. Buscaron algo más de tequila en las botellas que estaban amontonadas en la mesa. Ya para la madrugada no les quedaba ni una gota, por lo que Rosendo le dijo a María la Blanca que mandara por otra barriquita con José Cuervo.

—No son horas de andar pidiendo, y ya estuvo bueno —respondió la matrona.

La Toña, de pie detrás de Rosendo, le pasó los brazos por el cuello y buscó su oreja para decirle algo.

—Quítate cabrona —la apartó— esto es cosa de hombres, no empieces a salarme la fiesta. Ora canijo, pídele a tu cuñadito Modesto, dicen que trae harto vino —le gritó a Justo.

Además del cerro de baúles que habían cargado en el coche del doctor cuando recogieron a Modesto Najar en la estación de trenes, también descargaron en casa de la Nina Ramos muchas cajas de vino europeo que tomaba a cualquier hora del día como agua de uso. Casi al cumplirse dos meses de haber llegado, la señora le dio una casa que convirtió en un solar de flores amaestradas, y en la oscuridad de un cuarto del que sólo Tyler tenía llaves, encerró miles de botellas. Mandó instalar unos estantes de piso a techo y de pared a pared donde las acomodó por fechas, dejando a la mano las más nuevas y las que databan del siglo pasado, en la repisa más alta adonde sólo se llegaba con la ayuda de una escalera. Más tardó en descorchar la primera, que las mujeres del mercado en chismear que el maestro de vals era vampiro y que tenía un cuarto lleno de sangre para él solo.

Un domingo por la mañana, su sirvienta le pidió permiso para ir con Nacha a curarse un ojo de pescado que ya no la dejaba caminar. Fue por eso que Modesto se ofreció a hacer las compras en el mercado. Escogió de todo: frutas gordas, verduras de colores, yerbas de olor y hasta veladoras para la imagen de un santo rubio que tenía flechas en el cuerpo. Las mujeres quedaron encantadas con su presencia. "Nada de vampiro", decían algunas. "A mí que me chupe lo que quiera", murmuraban otras. Su olor era de maderas finas, sus manos de seda envolvían todo lo que tocaba y la gentileza de sus modos lo hacía irresistible. Antes de salir, un perro se le prendió del pantalón. Modesto tiró la canasta y sacudió la pierna queriéndoselo quitar, y una mujer se lo espantó a escobazos. De inmediato le dijeron que el perro era de Rosendo Berumen, y que su carnicería estaba a la vuelta. Modesto Najar dejó la canasta en el suelo y fue a quejarse. Severo estaba en la puerta, dormitando al sopor del mediodía.

—¿Rosendo Berumen? —preguntó Modesto y Severo apenas señaló para adentro.

A pesar de que el maestro de vals pronto cumpliría un año de vivir en Analco y la semana siguiente sería padrino de anillos en la boda de Justo y Natividad, no conocía a Rosendo. Modesto entró a la carnicería en el momento en que el muchacho tenía el brazo en alto, con el aplanador azotaba la carne. El ruido de los golpes volvió en sí al maestro, pero no vio la mano de Rosendo, ni se fijó en la acción que repetía, sino en la fuerza nervuda de su antebrazo y en la Y griega que se abría de su camisola, abajo del cuello. Lo miró poco a poco hasta encontrarse con sus ojos de animalito y con una voz que le dijo: "Dígame". Modesto Najar no respondió, el color se le fue del rostro y soltó la tensión de sus manos. Salió más rápido de lo que había entrado, furioso consigo mismo, mientras oía una y otra vez el golpe del aplanador sobre la carne. Esa tarde canceló su paseo por la plaza con Adela, se encerró en su habitación con el fonógrafo y la música de *Turandot.* Repitió tantas veces *Nessum Dorma,* que Tyler no se atrevió a hacerse presente. Se quedó todo el día y la noche en la puerta de su señor, escuchando la misma aria una y otra vez.

Adela Rojas tenía los ojos grandes, por eso se le notaba el amor. Cuando era niña, alguna vez oyó a la Nina Ramos decirle a su madre: "Carmen, a esta niña se le ha ido en puro crecer. Si sigue así, no va a encontrar marido". En el catecismo siempre era la última de la fila y se quedaba con la ropa que le dejaba Carmen, no la de sus hermanas. Era alta como el aletear de aves. El busto le despertó a temprana edad, tenía cintura de anillo y una especie de vapor entre las piernas que le ondeaba el vestido al caminar. Hablaba poco, pero cuando lo hacía

era como si tuviera un dardo en la voz. En contra de la voluntad de su madre se soltaba el cabello desde el día que Modesto le dijo que era un lujo, y no quiso volvérselo a trenzar. Carmen le advertía que en el pueblo la iban a tachar de mujer fácil, que no era propio andar así. Modesto Najar le enseñó otros sabores en la cocina, le leía novelas prohibidas en siglos pasados, le descubrió un mundo de color y de aromas, le dio su primer beso en los labios, que ella guardó para siempre en la orilla soleada de su corazón. Él siempre llegaba con algún regalo: flores de agua, violetas de chocolate o una caja de música con una melodía barroca para dormir insomnios, que Adela tocaba en noches de ilusión; conciliaba el sueño mirándolo en un retrato ovalado con ribetes de oro, que Modesto le regaló el día en que le declaró su amor. Al pasear por la plaza caminaban siempre dos pasos adelante de una doncella, guardando el espacio suficiente para no rozarse y guarecidos bajo una sombrilla que, en ocasiones, combinaba con el traje de lino o el chaleco de seda de Modesto.

El compromiso de su matrimonio fue un hecho que estuvo más allá de las circunstancias. Justo quiso que su hermana fuera la madrina de anillos y, como ya tenía un par de meses de noviazgo con Modesto, le pidió a éste que fuera la pareja de ella. Pero el padre Ramberto les recordó que Adela no podía comulgar porque estaba faltando al juramento de vida que hizo ante el Señor. Además, hasta donde sabían, Modesto estaba casado en Londres y desde su llegada había mencionado, apenas dos veces, el nombre de su esposa. Fue entonces cuando el maestro de vals les contó que lady Elizabeth Salhinger había muerto brutalmente en los bosques del castillo de Essex. Una bala perdida la encontró la tarde que montaba un corcel blanco. La tragedia de su muerte no fue por la bala que le atravesó el corazón, sino por la carrera desbocada del caballo que la arrastró hasta el cansancio y volvió a los establos sin un estribo. Al anochecer encontraron el cuerpo desgarrado de lady Elizabeth Salhinger entre la hojarasca tierna. El padre Ramberto se empeñó en ver el acta de defunción y el doctor Leonardo Ralla en traducirla para todos. De aquel matrimonio de abolengo, lo único que conservó Modesto fue a su valet. Un viejo escocés educado para servir, sin más voluntad que la de su señor. Tyler era el encargado de lustrar las tres docenas de pares de zapatos, botines y polainas; de tener lista la ropa que usaría y que, en todos los años que Modesto Najar vivió en Analco, nunca repitió. Tyler enseñó a las mujeres del servicio a apagar las velas con el cortapabilos, en su inglés cuadriculado —nunca aprendió otro idioma — les decía que era de la peor naturaleza soplarle a una flama y la manera más sucia de desperdiciar el aliento. El valet era siempre el último en irse a la cama, después de dejar todo en orden, dispuesto

para la mañana siguiente. También era el primero en levantarse, vestido con su traje de frac, que no se quitaba ni en los peores meses de la canícula. Disponía todo para las tres comidas del día y para el té de las cinco de la tarde, siempre con los cubiertos de plata y la vajilla de Meissen, con las copas de cristal de diamante y las servilletas bordadas. Hacía almidonar los dos manteles con los que vestiría la mesa y él mismo servía la comida con sus guantes de cabritilla. Su virtud estaba no en hacer bien las cosas, sino en adivinarle los deseos a su señor aun antes de que éste los pensara. Pocas veces salía de la casa y su única diversión era tocar la gaita con soplos de nostalgia, y fumar cigarrillos que guardaba en una pitillera de plata, grabada con las iniciales de su patrón. Modesto Najar se la había regalado cuando se compró una de oro, y para Tyler fue el mejor regalo que le hicieron en toda su vida.

Con el matrimonio de Justo y Natividad se formalizó la relación de Modesto y Adela, para que pudieran ser padrinos de anillos. "Aunque no estén casados, pero sí comprometidos, es suficiente", decidió el padre Ramberto. Modesto Najar contuvo su enojo. Dentro de sus planes no estaba casarse de nuevo. Pero todo se había dispuesto de tal manera que de nada le sirvió confesar su viudez. No podía contrariar la paciente voz de Adela ni la ilusión absorta de sus suspiros. Cumplió como un caballero y entró de su brazo, después de los novios, de don Belisario y Carmen Rojas y de un cortejo de chiquillas. Fue una boda sencilla pero muy concurrida. El morbo por ver a Natividad embarazada abarrotó la iglesia.

Antes de que llegara el invierno, Natividad tuvo un hijo flaco y orejón que bien podía caber en el hueco de una sandía. Tan pequeño que no hubo trabajo de parto y se le salió en el primer pujido. El doctor Leonardo Ralla hizo lo que estaba a su alcance para normalizarle el pulso, y Nacha, con un solo vistazo, les vaticinó que no sobreviviría la semana. Antes del domingo, el bebé murió sin hacer ruido. Los siguientes años, Natividad y Justo tendrían tres hijos, todos varones, pero ninguno llegaría a la adolescencia. Justo, que se convertiría en un temido jefe cristero perseguido hasta la vejez por sus crímenes de guerra, apenas conocería a su único descendiente, el hijo que años después tendría con una guerrillera cubana y que respondería al nombre de su padre: Belisario Rojas.

Los vestidos de quinceañera de Dolores, Esperanza y Encarnación se confeccionaron en París. Gracias a los contactos de Modesto Najar y a su buen gusto, escogieron las telas de moda y el diseño rompió con lo establecido en Analco. Se escotaron los hombros y se acentuó el busto sin la ayuda del corsé. Dolores se recogió el cabello en una

cascada de brillantería y la palidez de su pecho se dividía con las dos salientes líneas de sus clavículas. Era una joven dulce de mentón firme, su rostro era tan tenue que a veces parecía una acuarela en boceto. La Nina estuvo presente la tarde en que cuatro doncellas la vistieron. Sentada en su poltrona, la señora miraba todos los ángulos en los tres espejos, le describía a Dolores la flor con alas de mariposa que estaba viendo, el lujo envidiable de sus ojos azules. Antes de salir para el baile, que sería ahí mismo, en la casa de la Nina Ramos, llegó Pomposa con el regalo que le tenía reservado la madrina: un hilo de perlas con broche de zafiro en forma de brillante. Era la otra parte del collar que guardaba como única herencia de la emperatriz Carlota. Sobre el pecho de Dolores, la joya evocaba una época que hacía muchos años se había perdido y que terminaría por morir un año después, al llegar el mensajero de don Augusto Pimentel con la noticia del fallecimiento de la emperatriz, como la loca del Castillo de Bouchout. Dolores reconoció el collar al tocarlo. El juego lo completó con dos pendientes en oro y medias perlas, con broche de pellizco, porque la Nina decía que sólo a los esclavos se les perfora la piel. Veinticuatro damas y doce chambelanes tuvo Dolores Ralla en su baile de quince años. La orquesta tocó valses que se evaporaban entre la orla de los vestidos. Dolores bailó con su padre la primera pieza y continuó bailando toda la noche con sus chambelanes, hasta terminar en los brazos de su maestro. Pasadas las doce, Modesto Najar los sorprendió con las notas de un nuevo ritmo que fue el goce de los jóvenes y el escándalo del baile: el charlestón. La Nina ocupó la mesa de honor y, en un espacio de silencio, el doctor Leonardo Ralla la felicitó por la atinada decisión del maestro de vals.

Como si fuera el final de un trabajo por entregas, esa noche Modesto Najar se sintió liberado y bailó con las tres quinceañeras más que con su prometida. Departió con los muchachos en la fiesta y copa tras copa se fue incluyendo en el grupo que comandaba Rosendo Berumen. Nadie sintió tanto su ausencia como Adela, quien sólo bailó dos valses con Modesto y toda la noche se la pasó sentada entre su madre, que apenas podía moverse por la cuarentena de su último parto, y su cuñada Natividad, que estaba en el quinto mes de su segundo embarazo y disfrutaba la fiesta como si también fuera suya. Rosendo hablaba de la casa de María la Blanca como su segundo hogar y en el baile aprovechó para reclamarle a Modesto sus ausencias. “Oiga maestro, hace por lo menos dos años que usted vive aquí y nunca nos ha hecho el honor de su visita. Cuando usted quiera por ahí lo esperamos, yo invito”. Después de esa noche, Rosendo Berumen se hizo amigo de Modesto Najar y para sellar su amistad, el maestro le dio una llave del cuarto de los vinos. Una semana después,

armaron una fiesta privada con música de charlestón y el fonógrafo tocó a todo volumen. Tyler estaba con ellos, de pie en un rincón, con su traje de monosabio, como le decía Rosendo. Ni siquiera parpadeaba al verlos bailar juntando sus rodillas, entrelazando sus dedos, o vaciando una botella de vino en el sombrero canotié para luego echárselo encima. Las visitas a Adela Rojas se redujeron a los viernes y domingos. Por su parte, Rosendo dejó de visitar a la Toña por una semana y Justo Rojas entraba y salía de la casa de su cuñado como si fuera la suya. Más tardaba el servicio en levantar la mesa de una holgada comida que en volver a ponerla porque la cena ya estaba lista. El escándalo del mariachi reventaba los botones en flor y se fumaban los mejores habanos del caribe; aspiraban rapé y se aclaraban las gargantas con vinos afrutados. Se hicieron tan íntimos que Rosendo le dijo a Modesto que quería ser como él, le pidió que le enseñara a vestirse igual, a hablar con esas palabras que parecía que no decían nada pero que siempre lo dejaban pensando. Modesto le regaló algunos de sus trajes, le abrió un ropero lleno de zapatos y le dio a escoger los que quisiera llevarse. Personalmente lo peinó de raya en medio con brillantina, le afeitó la pelusa que se le amontonaba alrededor de los labios, lo urgió a bañarse todos los días y le prometió que al año siguiente, cuando cumpliera los dieciocho, le regalaría una loción para caballero.

Un día llegó Rosendo con un colorado bajo el brazo y le pidió a Modesto que se lo guardara, porque en su casa no había lugar seguro. Si su madre lo encontraba era muy probable que luego se lo sirviera en mole. El gallo era de los buenos, según le dijeron, y quería pelearlo con el mejor del Sapo. “Si ganamos —le dijo—, me voy a comprar un fonógrafo como el tuyo, para tocar tus discos y acordarme de ti”. Modesto se hizo cargo del gallo, sus instintos se despertaron y le daba de comer en su mano, lo cargaba para todos lados y al poco tiempo lo encanijó. “Suéltalo a que ande”, le decía Rosendo y el gallo, al sentirse libre, buscaba otra vez el calor del cuerpo y cacareaba alrededor de Modesto. “Pinche gallo maricón”, le gritaba Rosendo y le picaba la cresta para hacerlo enojar. Un día se encontró con el Sapo y éste le dijo que ya sabía que su gallo estaba encanijado y que sólo caminaba alrededor del maestro de baile. “A lo mejor tu gallo es bailarín”, terminó carcajeándose y doblando la apuesta. Por fin, Tyler o el Gringo, como ya le decían, fue quien le amarró las navajas al colorado, y lo soltaba en un ruedo de ilusión con gansos salvajes para que aprendiera a defenderse hasta de los perros bravos si un día se le presentaba la ocasión. Le hablaba en su lengua sintética y el gallo estiraba el pescuezo y movía la cabeza de un lado a otro. La pelea se celebró durante las fiestas patrias de septiembre. Reabrieron el

palenque y éste se abarrotó de hombres con sombreros nuevos, mujeres de Santa Teresa y chiquillos deslenguados que gritaban cualquier sarta de improperios. Un hombre barrigón con pantalones de charro en gamuza, montados hasta la cadera, gritaba con voz de mujer los bandos a enfrentarse; cazaba apuestas y contaba uno que otro chiste mamón sobre los gallos gringos y los de la barranca de San Pedro. El colorado llegó en brazos de Modesto Najar. Se lo pasó a Rosendo, mientras Tyler, con su frac del diario le amarraba la navaja del doce, y no dejaba de hablarle. El gallo destripó cuanto giro le pusieron enfrente. Esa noche se redistribuyó la riqueza en el pueblo, y el Sapo, quien por más de diez años fuera invicto, perdió hasta sus dientes de oro, con lo que Rosendo se hizo una sortija para el dedo meñique igual a la de Modesto. La fiesta terminó en francachela en casa del maestro de vals. Al día siguiente el colorado amaneció muerto en el regazo de un chiquillo, después de que se pasó la noche en brazos porque todos querían cargar al vencedor, se emborrachó con tantos olores de sobaco y clavó el pico cuando el niño le torció el pescuezo mientras dormían. Ahí terminó la vida de gallero de Rosendo Berumen. Años más tarde se entretendría contando mosquetes para una revolución de cruces que estaba a la vuelta de la esquina. Quien siguió criando gallos de pelea fue Tyler, pero sólo para enseñarles el inglés de la reina y platicar con ellos en las tardes de bochorno.

Modesto Najar pospuso dos veces su matrimonio, con la imperiosa razón del retraso del vestido, que no llegaba de Francia. Hasta que un día don Belisario Rojas lo amenazó: “Si se cambia una vez más la boda, yo a usted me lo quiebro”. Ése fue motivo para que por la noche Modesto se encerrara otra vez en el cuarto de los vinos, con el fonógrafo a todo volumen, pero no con música de ópera, sino con los discos de charlestón que había bailado con Rosendo. Adela se quejó con su madre de que su novio ya no era el mismo, una tarde rojiza en que meneaban un ate de mango en la cocina. Le dijo que lo notaba triste, o ausente con un libro de poemas, y que a veces ni siquiera le quería coger la mano. El viernes siguiente, que era Viernes Santo, por fin llegó el ajuar de novia. Todas se extrañaron porque ese día era de guardar, y nadie se atrevió a decir que era de mal agüero. Venía en tres cajas enormes forradas en tela, con los sellos del puerto de Biarritz y las gomas de la aduana de Veracruz. Estaba hecho en *moiré* de seda y lo había confeccionado un grupo de monjas ciegas del claustro de Mont Saint Michel. Digno vestido para subir al cielo, según pronunció la Nina Ramos el día que Adela se lo midió.

Una semana antes de la boda, Rosendo le cumplió el compromiso a Modesto Najar y lo invitó a casa de María la Blanca. Desde un sillón grande que parecía nuevo y lo hacía sentirse dueño del burdel,

Rosendo hizo desfilar a las putas frente a ellos y le dio a escoger la que quisiera. Los acompañaba Justo Rojas y los amigos de la Villa. Las mujeres se recargaron en la barra. Eran gordas y lucían vestidos de otra época, que sostenían con trucos de su oficio sus grandes tetas. La Toña estaba sentada con ellos y zumbaba risitas al oído de Rosendo. Modesto pidió que le sirvieran otro caballito de tequila, lo bebió de un trago y puso el caballito para que le sirvieran otro y otro, hasta que por fin decidió.

—¿Estás seguro, cuñado? —volteó a verlo Justo Rojas.

Después de unos instantes de cuchillo, Modesto Najar asintió con la cabeza y volvió a señalar a la misma. La mujer dejó la barra haciendo un movimiento de cabeza que le azotó el cabello rizado en la espalda, cogió al maestro de vals de la mano y se perdieron entre las cortinas de terciopelo rojo que enmarcaban un pasillo donde el piso cambiaba de color. Al cabo de un rato, los demás se quedaron dormidos en los sillones, en las mesas o hechos bolita en el suelo. Antes del amanecer salió Modesto tan fresco como había entrado, y en la puerta se encontró con los ojos inyectados de Rosendo, que le echó en cara el montón de horas que se había pasado con la puta. Esa noche, Modesto Najar había tomado la primera decisión de su vida y estaba dispuesto a defenderla a cualquier precio. Regresó a su casa con el cantar de los gallos, se encerró en el cuarto de los vinos y escribió cartas con una caligrafía sepia que inspiraba el rigor de su diestra. Otra vez lloró, pero ahora sin música; ya no podía continuar con la farsa del noviazgo. Se sintió solo, en un pueblo donde ni siquiera Rosendo, que se había convertido en su mejor amigo, podría rescatarlo. Cayó en la cuenta de que no tenía ni una pistola en su casa, que nunca había jalado un gatillo. En las cacerías de los bosques británicos no podía rehusar su horror a las armas de fuego y entonces se perdía solo con su sabueso y regresaba con las manos vacías, empantanado hasta las rodillas. Modesto Najar sabía que su deber de caballero era presentarle sus disculpas a Adela, ofrecerle una explicación inconfesable y largarse para siempre de Analco. Al salir del cuarto de vinos, se aferró a una botella de tinto agonizante 1867, y a un montón de cartas lacradas abajo del brazo. Encontró a Rosendo en el corredor de su casa, quien lo apresuró a que huyera, le dijo que tenía unos caballos listos en el rastro. “Pero yo nunca he montado un animal de ésos”, contestó Modesto, le entregó un sobre para su amante y le pidió tiempo para ir a hablar con Adela. Rosendo sacó un revólver que era de su padre, se lo puso en las manos y se fue a seguir con el plan. Antes de las diez de la mañana, la noticia ya estaba en boca de todo el pueblo y se convirtió en un escándalo que ni la Nina Ramos pudo detener. Se enteró mientras la vestían de negro solemne por la

muerte de la emperatriz Carlota, luto que nunca más se volvió a quitar. “Válgame Dios, se había tardado ese muchacho”, murmuró la Nina. La noticia la recibió don Belisario Rojas mientras hablaba con Rufino Munán afuera de su tienda. Desde hacía rato notó que todos lo miraban con extrañeza hasta que preguntó qué pasaba. Pistola en mano fue a la casa de Modesto Najar.

—*Excuse me, sir* —lo recibió Tyler.

—¿Dónde está tu patrón? Tú has de ser igual de atascado que él.

—*I beg your pardon* —contestó Tyler, con un gallo bajo el brazo.

El alcalde lo empujó y entró furioso, pero el silencio de las enredaderas lo persuadió a no seguir buscando. Modesto estaba prácticamente metido en su ropero, no por miedo, pues ni cuenta se dio de que don Belisario estaba ahí para ajustar cuentas. Por primera vez Tyler entró sin tocar y Modesto le preguntó por la ropa adecuada para presentarse en casa de Adela. El valet sacó un traje negro con chaleco de acero. Preparó el baño, lo ayudó a afeitarse, se puso brillantina en las manos y le acarició el cabello hacia atrás. Al despedirse, Modesto se quitó la sortija con el escudo de su familia, se la dio a su valet, no se dijeron nada y, como no era su costumbre, salió de la casa sin llevarse la pistola.

Don Belisario lo buscó por todo Analco, fatigándose el doble porque no quería que nadie lo ayudara. “Esto es cuestión de honor —decía—, sólo yo puedo matarlo”. Estuvo en casa de María la Blanca, pero las mujeres ya habían salido para el rastro. Amenazó a la matrona y terminó echándole la culpa. De ahí se fue a casa de la Nina Ramos. La señora lo desconoció y le dijo que se serenara, que ya hablaría ella con el maestro de vals y todo tendría solución. Don Belisario salió sin despedirse. Entonces la Nina mandó a Pomposa a encontrar a Modesto Najar para que lo llevara ante su presencia. La doncella salió volando y se encontró a Rosendo en el camino, quien no le quiso revelar el plan de la huida porque no confiaba en ella y la mandó para otro rumbo. Pomposa entró a la sacristía. El padre Ramberto estaba contando las limosnas del domingo y despreocupadamente le advirtió que no se apurara, que don Belisario no era capaz de matar a nadie. “Ya no me distraigas o perderé las cuentas. Cuando termine voy con la Nina Ramos a ver si ahora sí se convence de clausurar el burdel” le dijo, mientras con la mano le hacía una seña para que se fuera. Pomposa siguió para el mercado, renegando porque se sintió vieja para andar en esos trotes. Sin nombrarlo siquiera, la mujer que sentada en el suelo vendía ate de

mango le gritó que el maestro estaba en su casa, que se apurara porque don Belisario andaba hecho un energúmeno. Cuando la doncella llegó a casa de Modesto, Prócoro, el campanero, estaba por anunciar las doce, y Tyler, que no sabía de parte de quién estaba, la confundió con señas para que se fuera. Por su parte, Rosendo mandó a su mujer a buscar el apoyo de la Nina, y otra vez fue la Toña a casa de la señora a rogar por un hombre. La Nina Ramos dejó a Dolores en el salón de música, y la recibió en el zaguán, la reconfortó diciendo que ya había mandado a Pomposa a buscarlo, que la situación era muy delicada, pero ella sabía que Modesto Najar era un caballero e impediría cualquier acto de violencia en su contra. “Ya habrá tiempo para ajustar cuentas con aquélla”, le dijo antes de despacharla.

La muchacha que había pasado la noche con Modesto Najar y que lo esperaba en el rastro para huir, era el hijo de una de las putas de María la Blanca. Recién cumplidos los seis años, en un descuido de su madre, lo violó un hombre al que apodaban el Matacién y que días después apareció muerto a cuchilladas camino al Maloaste. Rito creció entre las mujeres del burdel y, por imitación, jugaba usando las prendas de su madre y las pinturas que encontraba en los desechos. Se convirtió en un muchacho hermoso de piel tostada y cabello rizado como tramas de laurel. Afilaba su rostro con polvos de sueño y arqueaba la ceja con un desplante que hipnotizaba a cualquier cliente que titubeara. Con la facilidad del convencimiento propio, las caderas se le hicieron de mujer y se torneaba las piernas con medias de seda. Se convirtió en la más bella de las muchachas de María la Blanca. Tenía una voz aguda y cantaba a capela canciones que versaban sobre la libertad. Esa noche vivió el amor en carne propia. Modesto Najar la trató como a la más frágil de las mujeres. Ella cerró la puerta con un sonido que lo estremeció. Rito caminó hacia él dejando un rastro de prendas, murmurando imágenes que hicieron a Modesto acercarse para verlas mejor. Conversaron largas horas, que se convertían en instantes cuando juntaban sus cuerpos. Él le recitó poemas de Rimbaud, le juró que la amaría toda la vida, que estaba cansado de seguir huyendo, y le pidió que lo esperara, sólo resolvería unos pendientes y volvería por ella para llevársela lejos. Al amanecer le dio un último beso que se prolongó por espacios de tiempo que fueron como bocanadas de vida en el pecho de un moribundo. Ahora, mientras lo esperaba en el rastro, ella volvió a leer la carta que le había mandado con Rosendo y que terminaba con las mismas palabras que se habían declarado. “Siempre te esperaré, amor mío”.

Don Belisario Rojas nunca se imaginó que encontraría a Modesto en su propia casa, y su descaro, como le dijo, lo enfureció aún más. Ahí mismo lo mató sin darle tiempo de defenderse, entre los gritos de

su mujer y sus hijas, y ante el llanto de los chiquillos. Modesto Najar cayó muerto a los pies de Adela. La casa se llenó de vergüenza. Don Belisario cerró las puertas y no dejó salir a nadie. A Modesto Najar lo sacaron por la casa de la Nina Ramos. Le dieron rápida sepultura, luego de una misa improvisada que el padre Ramberto apenas podía creer. Tyler, el valet escocés, tocó la gaita en el funeral de su señor. Terminó por comprarle todos sus gallos al Sapo y se hizo el gallero más respetado de la región. Rito volvió a ocupar su cuarto en el burdel de María la Blanca y todas las noches dormía con la carta perfumada de su amado. Sólo Adela Rojas no derramó ni una lágrima. Se encerró en su cuarto a mirarse en el espejo. Estaba convencida de que era un castigo de Dios por haber faltado a su promesa. Se trasquiló los cabellos y se aguantó las ganas de llorar. Su padre, al parecer, se enojó más por eso que por todo el escándalo y la mandó a comer a la cocina hasta que le creciera el pelo. Sin embargo, todas las noches ella se lo volvía a trasquilar, en franca rebeldía a los designios del Señor.

14

El descaro de las ratas era por hambre. Salieron por todos lados con sus chillidos de acero y treparon el cerro de muertos amontonados en el atrio. Don Belisario Rojas desvió los ojos del cielo; era como si de pronto hubiera caído la noche a las cinco de la tarde. Dejó la presidencia municipal, y el viento apestado que le pegaba en la cara lo hizo caminar más rápido. Se mareó, detuvo sus pasos y buscó el refugio del kiosco al sentir los pájaros al ras de su cabeza. Se manoteó, como si las ratas lo treparan, y siguió caminando sin perder de vista a los pájaros. Siguió hasta la casa del doctor Leonardo Ralla, golpeó las puertas, azotó el bronce que sostenía una boca de diablo. Se apoyó sobre la madera y vio a los pájaros que gritaban desde el cielo, aunque él los creyó al alcance de su brazo. Se sintió rodeado. Al sentir que una rata lo mordía en una pierna, sacó la pistola. Estuvo a punto de disparase en la pierna derecha cuando del otro lado de la puerta cayó la aldaba, y un sonido ahogado hizo eco en el zaguán. La rata salió atarantada y el alcalde la mató a pisotones. Empujó al doctor, con el único propósito de huir con el caballo alazán que, desde que empezó la tempestad, doña Lucrecia tuvo la precaución de ocultar en un cuarto de la casa; ella seguía creyendo que le traería a su esposo de regreso. El alcalde caminó entre los muebles del corredor, abrió puertas, seguro de encontrarse al caballo. Doña Lucrecia le saltó a la espalda como animal de monte. El alcalde disparó varias veces hasta que Leonardo Ralla intervino. Don Belisario les apuntó con determinación. “Deja que se lleve el caballo, mañana volverá”, le ordenó a su mujer. Doña Lucrecia se fue soltando poco a poco hasta dejarse caer al suelo y quedar a los pies del doctor. Siguió llorando. En ese momento el alcalde notó que una bala le había perforado un pie, pero no le importó. Cogió una de las antorchas que ardían en el pasillo y fue hacia el carruaje, lo enganchó al caballo, encendió las lámparas de queroseno y salió a toda prisa rumbo a su casa. Metió el coche en el patio y le gritó a Adela que se apurara, que juntara a las niñas porque se iban de Analco. Las chiquillas eran seis y ninguna tenía más de diez años de edad. Adela salió del cuarto de su madre y lo miró desde su amargura.

—Vámonos, a este pueblo ya se lo cargó la chingada —le gritó el alcalde.

Don Belisario se movía rápido. Metió a las niñas en el coche y fue a la casa de la Nina Ramos. Del despacho de su madrina sacó varias talegas gordas de centenarios. Cargó algo de valor que encontró a su paso: una mesa estilo imperio con cubierta de mármol que siempre le

había gustado, esculturas pesadas resistentes al tiempo, un reloj barroco de mármol y oro cargado por desnudos caballeros. Mientras acarreaba las cosas, recordó lo que le había dicho la Nina Ramos la mañana que huyeron Juan Belisario y Judith. La señora estaba furiosa, y contó como una traición sin precedente que su hijo hubiera huido de Analco. "¡Jamás permitiré que lo entierren aquí! ¡Para mí, Juan Belisario está más que muerto y tú deberías de pensar lo mismo! ¡Nadie, óyelo bien, nadie abandona esta tierra!", condenó la señora. "Ya veremos", pensó el alcalde y siguió metiendo cosas en el coche. Sólo dejó espacio para su mujer y las niñas, pero Adela le impidió subirlas. Entonces don Belisario la golpeó con el fuete del cochero, desquitando un coraje que se había convertido en penitencia en los últimos años. Le ordenó que se subiera y ella le volvió a decir que no. Nunca dejaría Analco. Se quitó el rebozo y le mostró la cabeza trasquilada. Desde el día en que su padre mató a Modesto Najar, no se la dejaba ver a nadie.

—Usted no le dio oportunidad de defenderse —le reclamó—. Si hubiera sido cierto lo que decían, yo misma lo habría matado.

Las niñas comenzaron a salir una a una del coche, rodearon a Adela y don Belisario le dijo que estaba loca. Aprovechando el espacio libre, cargó más porcelanas y cosas de plata que no tenían mayor valor que ser objetos que siempre había visto en casa de la Nina Ramos. De pronto sintió una punzada en el pie, que le estalló hasta la cadera, se apretó el muslo y no quiso vérselo. Se montó en el carro y antes de salir escuchó a Adela gritarle una sentencia. Don Belisario Rojas ni siquiera volteó a verla, azuzó al caballo con un grito rasposo y de un tirón dejó la casa. Buscando el mejor camino para huir, se encontró con la Nina Ramos y Pomposa que venían a lo lejos, así que dobló a la derecha en la primera esquina. Dos calles más adelante, la misma imagen lo sobresaltó. Vio a la señora cogida del brazo de Pomposa, no como estaba ahora de vieja, sino como él la recordaba: enérgica. Arreó al caballo con más fuerza y el animal, desbocado, echaba espuma por el hocico. Los pájaros le rozaban la cabeza y cuanto más andaba, más calles se tendían a su paso. Dobló a la izquierda, a la derecha y al tomar una esquina angosta se detuvo absorto. Había regresado al mismo punto: la casa del doctor Leonardo Ralla, y vio, cada vez más cerca, la imagen de su madrina y la doncella. Convencido de que se estaba volviendo loco, se quiso apear del coche y el caballo; como si hubiera escuchado la voz de doña Lucrecia, arrancó en carrera por el laberinto de calles en el que se había convertido el pueblo. Tiempo después, en los rumores del silencio, se escucharía el sonido del carruaje, que nadie veía ni escuchaba porque nadie volvería a encontrar el camino a Analco.

Por fin Salvador Fonseca pudo dejar el petate donde estaba recostado. No quiso que nadie lo ayudara; fue solo a la letrina que estaba en el corral. Hizo del cuerpo con una purga de aceites que le dio Nacha y luego se quitó la mugre de casi tres semanas. Ni él mismo soportaba su olor impregnado de ungüentos a base de manteca, hierbas y lodo acedo. Se afeitó con la navaja dura de Abundio. También trató de zurcir el doble hoyo de su camisa, de lustrar sus botas con un poco de jabón de calabaza y al cabo de un par de horas volvió a la casa de Nacha a darle las gracias y despedirse. La vieja curandera no hizo caso y lo recibió con un almuerzo abundante. Al caer la tarde todo Analco sabía que Nacha lo había regresado del más allá. En cierto modo, la yerbera había cargado toda su vida con el peso de las culpas ajenas; la Nina Ramos aún le reprochaba que podían ser ciertas las especulaciones de doña Lucrecia Ralla, cuando afirmaba que por sus influjos, Dolores había nacido albina. Por ese motivo, desde la noche del atentado, Nacha siguió al pie de la letra las indicaciones de la señora y se esmeró en devolverle la vista. Años después, cuando regresó Lupe Santos para vengarse, la madrina volvió a manejar, para su beneficio, las culpas y la apartó de su lado, dándole la casa del arroyo de la Tuba. Y aunque Nacha no quería, la Nina le dijo que ya se manejara sola, y se hizo la desentendida. Ahora, con Salvador, la señora no quiso saber más detalles y le mandó decir que al día siguiente quería a ese muchacho lejos de la barranca. Esa noche, la yerbera fue a hablar con su madrina, a decirle que Salvador no podía irse todavía, que estaba débil y con el brazo derecho inmovilizado por los vendajes que le cruzaban el cuerpo. La Nina le preguntó qué había almorzado y Nacha le mintió afirmándole que sólo había comido dos huevos tibios. Le ocultó la verdad: Salvador casi se había tragado una pierna de lechón, media docena de huevos y la garrafa completa de leche que Noé Rojas le acababa de dejar. No le dijo que había saciado su hambre con tortillas rellenas de frijoles y las piezas de pan dulce que le habían sobrado de la merienda; tampoco le mencionó que después había vuelto a dormir todo el día y a sonreír entre sueños. La Nina Ramos le repitió que no lo quería en Analco. “¡Que se vaya, he dicho, y no me discutas! Habráse visto. De algún modo siempre te has aliado con mis enemigos”, le reprochó la Nina, y le recordó la vez que puso sobre aviso a Lupe Santos. El recuerdo la hizo violentarse y volvió a decirle que en verdad nunca había estado a la altura del futuro que le tenía reservado. “No me extrañaría nada que hayas sido tú quien le dijo al Cápora que Martina estaba embarazada. En cierto modo tu cara bonita ha sido el lastre que te ha tenido en el pasado y apenas te ha dejado pensar”, volvió a arremeter la Nina, y terminó diciendo: “Y dile a Abundio que también se vaya”.

La Nina estaba sentada en su equipal de cuero, en la puerta de su casa, disimulando la discusión y saludando a la gente que pasaba. De golpe abrió su abanico sevillano y dio por terminada la plática. Nacha se levantó con la seguridad de que Salvador Fonseca no se iría, era un reto de voluntades entre ambas; la yerbera se movió rápido y supo acertar un golpe definitivo. A la mañana siguiente, mientras desayunaban, se presentaron Rosendo Berumen, Justo Rojas, el Tetus y tres muchachos de la Villa a hablar con su madrina, por el que ya consideraban su capitán. La Nina se atragantó por la insistencia. Nadie entendió el motivo de su enojo y su rara determinación de que el cristero se fuera. Por primera vez se sintió contrariada y estuvo a punto de perder los estribos con el doctor Leonardo Ralla, al opinar que Salvador era el líder que necesitaban. En plena discusión, la señora recibió un telegrama del señor gobernador, donde la prevenía para que no opusieran resistencia: *Analco en la mira del general Joaquín Amaro, ministro de defensa. Es el único pueblo de la región donde puede estar el cristero Salvador Fonseca. Hombre peligroso.* Dolores, que desde sus quince años ya desayunaba con ellos, preguntó de quién hablaban, qué era eso de la cristeada. “No es cosa que te incumba”, respondió la Nina. Por eso redobló la vigilancia sobre ella. Se la encomendó a Pomposa, advirtiéndole que no se le despegara ni un instante, y que en nadie confiaba más que en ella para esa tarea.

—¿Y de quién la vigilo? —rezongó la doncella.

—En su momento sabrás. No quiero apresurar vísperas. Pomposa relacionó el telegrama con la orden. Pero para la Nina Ramos eso no tenía importancia, ni aunque viniera del señor gobernador.

—Ponte lista, Pomposa, que Nacha ya no es de fiar —le advirtió.

Dolores Ralla se pasaba las tardes tocando en el piano. Tocaba después de la siesta, hasta minutos antes de la hora de lectura, cuando llegaba Esperanza Rojas y la distraía para que conversaran un rato a solas. Salía poco a la calle. Y en sus horas reservadas al ocio le había vuelto el recuerdo decidido de Ataúlfo Rojas, porque Adela aún se empeñaba en hablar de él. Desde la muerte de Modesto Najar no hacía más que revivir a los difuntos en conversaciones estériles. No había querido saber nada más de ningún hombre y se dedicaría absolutamente al cuidado de su madre, a la crianza obligada de sus hermanos, a buscar en la cocina el sabor de los besos de su amado, a descubrir el olor azucarado de sus manos en las recetas que él le había enseñado, a evocar por las noches, en la oscuridad mortaja de su cama, el fresco pálido de su piel y el sosiego abrillantado de sus cabellos. Sin poder llorar la ausencia perpetua y artera de Modesto,

Adela se dormía con las manos hechas puño entre las piernas, como si sostuviera en ellas el recuerdo de su última mirada, no de miedo ni de resignación, sino de infinito desahogo. Dolores también se preguntaba cómo sería si ella se hubiera casado con Ataúlfo, en dónde estarían en ese momento. Según sus cuentas, él tendría casi veinte años.

Una tarde de viernes primero, antes de la merienda, Dolores le pidió a Pomposa que la llevara a la iglesia a prenderle una veladora al Santo Niño de Atocha. Pasaban de las siete y Prócoro tocaba la campana menor en cada misterio. La Nina, desde una ventana de su casa, las vio cruzar la calle y entrar al templo. Dolores sintió el olor a sudores e incienso, escuchó una voz chillona que repetía la mitad del Padre Nuestro y luego el corrillo de viejas que lo continuaron. Las oyó en las bancas de adelante, a su derecha. Siguió el correr de unas niñas apretando risitas y una voz autoritaria y queda que las aplacó. Caminaron a la capilla del Santo Niño y oyó a Pomposa buscar entre sus ropas los cerillos y el raspar de uno de ellos, el olor a fósforo en un primer intento y luego otro, y sintió cómo las velas chisporroteaban. Comenzó entre dientes una oración con un fervor que hasta ella desconocía, pero que sintió desde el fondo de su pecho, y antes determinarla oyó unas pisadas fuertes que hacían crujir la madera del piso, con tanta vida como los latidos de su corazón. Escuchó voces de hombres. Distinguió la de Justo Rojas, la de Rosendo Berumen, una más fuerte que las demás, la del padre Ramberto y en medio de todas sintió una voz nueva que la invadió por completo, le erizó el cuerpo y la confundió. En ese momento Pomposa recordó las palabras de la Nina, supo que tenían que irse de inmediato. Por el jalón del brazo, Dolores tiró unas velas, pero no se movió ni un ápice. Los latidos del piso se acercaban a ellas. Al tenerlo enfrente pudo sentir su respiración; su olor era distinto. Dolores se tocó el pecho y, por el murmullo del rosario, supo que nadie lo escucharía. Abrió la mano y soltó otras velas. Salvador se agachó a recogerlas y se las dio a Pomposa. En ese momento Rosendo los presentó y Dolores no tuvo aliento para decir nada. La doncella de la Nina Ramos apenas dio las gracias y la jaló hacia la salida.

—¿Cómo es? —inquirió Dolores.

—¿Cómo es quién? —preguntó Pomposa y apretó el paso.

—Ese muchacho que no es de aquí, el que habla diferente.

—Usted no tiene por qué fijarse en esas cosas. Ni tienes edad ni nada. Que se entere la Nina y verás cómo nos va.

Desde esa noche Dolores ya no pudo dormir tranquila, pero no era razón de pedir otra vez el camastro para las pesadillas ni que alguien velara su sueño, o los recuerdos que a veces la despertaban. Necesitaba recrear cada aliento de esa voz y el sonido premonitorio de sus pasos.

Los muchachos estaban enardecidos, las pocas noticias que llegaban de la guerra eran terribles y eso aumentaba su determinación. En las noches se reunían en el curato, planeaban estrategias y hacían cálculos de aventura. El padre Ramberto les alimentaba sus ganas, aun sabiendo que con su armamento apenas levantarían una escaramuza. Fue entonces cuando Abundio Martínez se ofreció a traer lo suficiente. “En cuatro días regreso con harto de todo”, les prometió. Salvador Fonseca era el hombre de confianza del coronel Lauro Rocha, segundo en la escala de mando de los cristeros, y por ese motivo era tan buscado por los federales. Cuando llegó se organizaron las cosas para dar un paso decidido contra el oscuro enemigo. Unos meses antes le había llegado al padre Ramberto una carta del arzobispado ordenándole cerrar las puertas de su parroquia y suspender los oficios hasta nuevo aviso. Pero el cura se negó a acatar los lineamientos y siguió con su rutina, además la Nina Ramos le aseguró que nada pasaría, que no se preocupara. Sin embargo, la señora organizó con armas virreinales a los muchachos del pueblo y ordenó guardias de día y de noche. En las reuniones clandestinas con Salvador, a veces en el curato, otras en la sacristía, el padre Ramberto se dio cuenta de que no era cosa sencilla, que hablaban realmente de una guerra tanto o más sangrienta que la que habían vivido diez años atrás. Él mismo fue a hablar con la señora y le pidió lo suficiente para equipar bien a los suyos, le dijo que Abundio era el único en quien podían confiar, pues se sabía todos los atajos de la sierra y la barranca. Así, una madrugada, salió Abundio con sus burros a la comisión más importante que se le hubiera encomendado, con un recado repetido en su memoria hasta el cansancio, que le serviría de salvoconducto y que sólo debía revelar una vez, a un hombre que estaba para recibirlo en el portal sur de San Juan de los Lagos.

Por esos días Salvador Fonseca ya era huésped del padre Ramberto en la casa cural y se había ganado la admiración de Rosendo Berumen y sus amigos, quienes todas las mañanas se presentaban en lo que decían era su cuartel de operaciones y cuyo saludo era militar. Fue Rosendo quien le platicó detalles de Dolores Ralla y le dijo dónde vivía. Esa misma tarde, Salvador por fin estrenó la camisa, casi nueva, que le había regalado el doctor Leonardo Ralla. Cepilló los pantalones de montar abombados, lustró con grasa intensa sus botas y polainas de cuero y a la mañana siguiente, en ayunas, fue

a casa de la Nina Ramos a presentar sus respetos a Dolores Ralla. Pasadas las doce, todos lo vieron caminar por las calles de Analco. Resolvía la distancia con pasos largos. Las mujeres lo seguían con la mirada, como si fuera una cosa extraña. El sombrero de fieltro le sombreaba su rostro determinante de ojos hundidos. Se desvió a la tienda de Rufino Muñán, y apenas le contestó el saludo. Compró unos cigarrillos y ahí mismo encendió el primero. Se sentía observado, la corbata le llegaba arriba de la cintura, la alisó con la diestra y siguió su camino. En un abrir y cerrar de ojos estaba frente a la casa de la Nina Ramos. Escuchó el palpitar del piano. Comprobó que era verídica la música que escuchaba entre sueños convalecientes, lejana, como si fuera un recuerdo ajeno. Hizo el movimiento inconsciente de acomodarse la pistola, que no traía. Tiró el cigarrillo. Escuchó aún más cerca la música y al asomarse por la ventana vio la espalda de Dolores, el amarillo casi blanco de sus cabellos, en bucles de muñeca azucarada. Vio las manos rodar de un lado a otro del teclado. La música le provocó un suspiro. Dolores sintió su presencia y paró de golpe. Salvador se decidió a entrar. La Nina Ramos lo esperaba de pie al final del corredor, con las manos sobre el bastón. Salvador supo que era la vieja de rasgos eternos de quien le habían platicado.

—A Analco sólo llega quien tiene que llegar —dijo la señora.

—Su servidor, Salvador Fonseca —contestó el capitán.

—El destino ya está escrito y nuestra razón de vida es cambiarlo, ya sabrá usted de eso —dijo la Nina y lo invitó a sentarse de cara al patio.

Sin saber de dónde había salido, al instante apareció Pomposa a un lado de su señora. A Salvador le pareció que era la versión joven de la madrina. Sin más rodeos, el capitán le pidió la mano de Dolores Ralla. “Eso es imposible —contestó la Nina—, usted es un bandolero. Tenga la atención de dejar esta casa”. Como si no hubiera escuchado las palabras de la señora, Salvador quiso ver a Dolores y Pomposa atajó que desde ayer estaba indispuesta. Sin prisa, el cristero miró a su alrededor, se volvió a calzar el sombrero y antes de salir, presentó de nuevo sus respetos a la Nina Ramos. Dolores Ralla no se enteró de la visita. Sin embargo, desde ese día se sintió prisionera. Por cualquier pretexto se le restringieron sus salidas, pero de momento ella no le dio importancia. De un día para otro ya no la dejaron sentarse en la ventana para oír pasar a la gente, y aunque se quejara del calor, tocaba en el salón de música con las ventanas cerradas. Se espaciaron las salidas al atardecer con sus amigas, y ya no era la doncella Micaela quien las acompañaba, sino Pomposa. Más por instinto que por

razones infundadas, Dolores comenzó a desconfiar de quienes la celaban, excepto de sor Juana. Fue después de una semana de la visita de Salvador Fonseca, mientras estaban en la huerta de Los Naranjos, cuando Dolores le confesó a sor Juana sobre el muchacho que había conocido en la iglesia, al pie del altar del Santo Niño. Se lo dijo con voz queda, como si supiera que nadie debía oírla. También le dijo que desde esa noche no dormía tranquila, que le parecía escucharlo de nuevo, y a veces lo presentía mirándola cuando tocaba el piano. Por fin se animó y le susurró que sentía una opresión en el pecho al sentir su voz en los recuerdos del anochecer. Sor Juana, también con voz queda, la puso al tanto de la guerra cristera, le dijo que el gobierno mataba a cuanto cura encontrara, que Analco estaba a salvo por un pelito y que dos meses atrás había llegado a lomo de burro, herido de muerte, un muchacho que defendía la fe y era capitán del ejército cristero. “Desde hace días lo vi merodeando la casa, se queda horas parado en la esquina del portal, mirando a tu ventana”. La monja —que ya no dilataba en ser coronada santa—, siguió diciéndole que sí era guapo, que tenía los ojos medio verde revolcado y que a ella se le hacían como tristes. “Muy en el fondo, pero tristes”, le volvió a decir. Terminaron la tarde hablando de la gallardía del capitán, de cómo había organizado la guardia civil, del lustre de su cabello castaño, de su imponente presencia. Quedaron de acuerdo para buscarlo al día siguiente, encontrárselo como una casualidad. Luego de dos días sin verlo, parecía que se lo hubiera tragado la tierra. Sin querer, sor Juana preguntó por él en el curato y no le supieron dar razón. En el mercado tampoco. Pensó preguntarle a Rosendo, pero luego se dijo que era un atrevimiento. Fue hasta el domingo cuando el capitán se hizo presente.

Desde las cinco de la tarde ya estaba la banda de música tocando en el kiosco, el churrero imprimiendo sus roscas y pregonando precios como si fuera el último día. Los vendedores de fruta con chile y algodones de azúcar ya estaban instalados. Un hombre de la barranca vendía trozos de caña, y otro hacía bailar a un par de canarios que adivinaban la suerte con papelitos de colores. La Nina Ramos, Leonardo Ralla y el padre Ramberto disfrutaban de la música, sentados en unos equipales, y en la banca de al lado, Dolores conversaba de cualquier cosa con Esperanza Rojas, cuchicheaban, y a veces escondían una risita que las ruborizaba. De improviso, de entre la gente, surgió Salvador Fonseca, inclinó la cabeza frente a la madrina y presentó sus respetos al doctor Leonardo Ralla. Él le respondió que ya sabía quién era y también le daba mucho gusto conocerlo. Sin esperar más el capitán le pidió permiso para dar una vuelta a la plaza con su hija. La Nina le ordenó a Pomposa que los

acompañara. Fue la primera vez que Dolores Ralla caminó un domingo por la plaza del brazo de otro hombre que no fuera su padre, y no dieron una sino tres vueltas. Pomposa iba apenas dos pasos atrás de ellos y aunque quería oír lo que platicaban, no pudo, porque en realidad hablaron poco. El corazón de Dolores parecía galopar; tenía el brazo rígido y sentía su rostro hervir. Se sintió observada por todos, los cuchicheos de la gente le sonaban cercanos. Estaba feliz y no recordaba ningún otro momento tan dichoso como ése. Al cabo de un rato volvieron al punto de partida; Salvador le pidió permiso para visitarla y ella le respondió que tenía que consultarlo con su madrina. El capitán dijo que quería verla a diario y la Nina Ramos opinó que no era lo más conveniente, por lo que sólo les dio la oportunidad de citarse dos veces a la semana. Así que a partir de ese último domingo de julio, la casa de la Nina fue un revuelo de artillería. La cita era a las siete de la noche, en cuanto terminaba el bordado, y concluía antes de la merienda. Nunca se le invitó a quedarse. Las citas siempre se cumplían en el lugar preferido de Dolores: el salón de música, y nada le gustaba más a Salvador que escucharla tocar. Conversaban muy poco y la presencia de Pomposa hacía las visitas más difíciles, aún más cuando la Nina hacía alguna entrada imprevista, que siempre anunciaba por los golpes de su bastón. El segundo día que Salvador Fonseca se presentó en la casa de la señora de Analco, ella lo interrogó intempestivamente, y el capitán contestó siempre con puntualidad. Le dijo que por familia consideraba a Gabina y Pedro Rubicundo, quienes habían muerto de viejos mucho antes de llegar a la hacienda de Canutillo. También por los relatos de Salvador, la Nina supo que Judith había terminado perdida entre los hombres de la Revolución. A pesar de que había vuelto al lecho del general Pancho Villa, y de que él se había querido matrimoniar con ella y cumplirle un destino de pronta viudez, ella siguió negándose con obstinación de mala yerba. Salvador terminó con el tema de Judith abruptamente; se notaba que le dolía.

—No lo puedo creer —dijo una mañana la Nina Ramos al doctor, mientras le revisaba el Parkinson—, parece que este muchacho siempre ha estado cerca de nosotros.

Otro día, mientras Micaela alzaba la recámara, Dolores estaba sentada frente a la luna redonda de su tocador. Como si se mirara en el espejo, se tocó la cara, se acarició la mejilla, el cuello. En ese momento entró la Nina y la miró con un amor que le reveló años de sacrificio, se acercó despacio y pasó su mano arrugada sobre sus cabellos. Dolores se sobresaltó, estaba ensimismada y no escuchó el golpe del bastón, ni el rastro que siempre dejaba oír el vestido de su madrina. La acosó con preguntas simples. “¿Soy bonita, madrina?,

¿crees que Salvador quiera casarse conmigo?" La Nina pidió a Micaela que la ayudara a sentarse en el taburete, la doncella la cogió del brazo y poco a poco la fue dejando caer. "Qué cosas dices, si todavía eres una niña", le respondió con tono indiferente.

Esa tarde Dolores jamás la olvidaría en su vida. Mientras Pomposa estaba asistiendo a la señora y Micaela chaperoneaba la visita de Salvador, ante los ojos boquiabiertos de la doncella, el capitán deslizó el cerco de metro y medio de sillón que los separaba. Dolores lo sintió a su lado y antes de decir algo, el capitán la tomó de las mejillas con ambas manos, acercó su rostro, entreabrió los labios y buscó los de ella. Fue un beso que duró lo que un suspiro, lo que tarda un sueño en despertar, un aleteo sonoro de colibrí que después de besar huye sin irse muy lejos. Esa noche mientras le ponían su ropa de dormir, Dolores le preguntó a Micaela lo que había visto y la doncella contestó: "absolutamente nada".

Por esos días regresó Abundio con los burros cargados de armas y unas balas largas que parecían colmillos de animal y otras chiquitas apenas más grandes que un frijol. Entre las novedades, traía la noticia de que habían matado al presidente electo, el general Álvaro Obregón. La versión oficial señalaba que había sido un asesino solitario, un fanático religioso que lo responsabilizaba por la persecución a los católicos. El presidente de la República, Plutarco Elías Calles, había nombrado una comisión investigadora para esclarecer el crimen. Sin embargo había quienes aseguraban que después del primer disparo que le reventó los sesos sobre el plato de mole que comía, le llenaron el cuerpo de plomo, algo así como dieciséis disparos. Lo cierto es que el general Obregón era el último caudillo que quedaba de la Revolución y su asesinato enardeció los ánimos de los federales contra los cristeros. Abundio no pudo ver al coronel Lauro Rocha, pero el salvoconducto de Salvador Fonseca le dio toda clase de facilidades. Regresó a Analco unos días antes que el tiempo de aguas, se dilató más de la cuenta porque tuvo que rodear casi toda la Sierra Madre, y en cada pueblo se encontraba con buenas noticias: los cristeros llevaban la delantera y tenían tomada casi toda la región de Los Altos. Además, los antiguos villistas, que aún estaban en pie de lucha honrando la memoria de su jefe, se incorporaron al bando cristero. Con el nuevo armamento, Salvador Fonseca organizó un pequeño ejército en Analco, adiestró a los hombres de Rosendo Berumen en el manejo de las armas y fijó fecha para volver a la guerra. No alcanzó a decírselo a Dolores, sino que ella se enteró por boca de Pomposa, una tarde que la peinaba para recibirlo. Ese día, después de discutir con Salvador largo rato, él le dijo que la amaba, que quería casarse con ella.

—Pero entonces, ¿por qué dices que te vas? —lloriqueó Dolores.

Él le explicó una infinidad de veces que su deber era estar con sus hombres, que no podía faltar a su causa y traicionar sus principios, ni la memoria de su general, que la amaba más que a su vida. “Por piedad, llévame contigo, ya no puedo vivir sin ti”, le imploró. Salvador Fonseca se levantó del sillón, sacó un cigarrillo pero no se atrevió a prenderlo frente a ella, se arrodilló ante Dolores y buscó su regazo. Micaela brincó de su asiento y fue a buscar el fresco de la última ventana. “Llévame contigo”, le volvió a pedir en tono de súplica, mientras le acariciaba el rostro. Salvador le habló de los peligros de la guerra, dijo que no se atrevía a ponerla en riesgo, luego se contradecía, trataba de levantarse pero se quedaba quieto. Le dijo que ella no era mujer para un revolucionario, para un hombre que no tenía familia y había crecido a la buena de Dios. En ese momento se debatía entre el deber y la angustia de quererla. Salvador fue quien lloró. Lo hizo como si apenas hubiera descubierto lo que era eso. Lloró por sus muertos, por no recordar el rostro de sus padres, por la completa orfandad en la que había quedado después de la muerte de su hermana Gertrudis. Por la vieja Gabina y Pedro Rubicundo que lo defendieron hasta con su vida en una revolución de perdedores. Lloró por el amor desperdiciado que le tuvo a Judith, pues él la escogió para amarla como a una madre y en el último momento ella también lo había abandonado. Lloró por su general, quien lo quiso apartar de su lado para que estudiara y se hiciera presidente. Ahora en el regazo de Dolores recordó el coche en la hacienda de Canutillo, lo vio salir a toda marcha y lloró porque se iba, porque jamás lo volvería a ver. Él sabía que no podía quedarse mucho tiempo más, tarde o temprano lo encontrarían. La seguridad de Dolores y de Analco dependía de la distancia que pusiera de por medio, y así se lo dijo. Pero también le habló de las buenas noticias que traía Abundio, de cómo los cristeros habían replegado a las fuerzas federales al centro del país. Le rogó de nuevo que lo dejara marcharse a cumplir con su deber, y le prometió volver por ella. Para sellar su amor, de entre sus ropas sacó el camafeo con la fotografía de su hermana Gertrudis, se lo dio a guardar y la abrazó con fuerza de resucitado.

Dolores Ralla aprendió a descubrir el corazón de las frutas. Según dijo a las mujeres, una mañana de domingo mientras preparaban galletas de animalitos en la cocina de Carmen Rojas. Esperanza se rio de ella y le preguntó dónde estaba el corazón del plátano, y Dolores le contestó que estaba en la punta.

—¿Pero si le doy la vuelta?—siguió retando.

—Bueno —dijo Dolores—, del lado en el que le das la primera mordida.

—¿Y los mangos? —volvió a decir.

—Ésa es la única fruta que tiene dos corazones, uno en cada mejilla —contestó.

—¿Y la ciruela? —insistió ahora la doncella Micaela.

—Pegadito al hueso, tienes que descubrirlo con los dientes.

—A ver mi niña —oyó a Prudencia—, ¿dónde está el corazón de la guayaba?

—En su olor —le dijo—. La guayaba tiene corazón de aire. Todas estaban divertidas alrededor de Dolores cuando les preguntó si querían saber dónde estaba el corazón de la fresa y Adela Rojas respondió: "Toda la fresa es un corazón". Las demás se quedaron calladas y una complicidad de lazarillo nació entre las dos.

Salvador Fonseca y sus hombres planearon dejar Analco el día primero de octubre. Sólo doce hombres partirían con él. Dejaría un resguardo de sesenta hombres bien armados y al mando de don Belisario Rojas. Al término de la guerra cristera, sólo cuatro de esos doce hombres quedarían con vida y el único que llegaría a anciano sería Rosendo Berumen, quien contaría historias de un pueblo que sólo podía existir en los recuerdos de su imaginación, de un paraíso que estaba en lo más hondo de la Sierra Madre, gobernado por una mujer hecha de años, que conocía el mundo como si todo estuviera a la vuelta de la esquina, inspiración de emperadores y presidentes, consejera de músicos y poetas, poseedora de una mano eterna donde todo se movía a su voluntad. Rosendo Berumen murió en los años sesenta, como indigente en las calles de la capital, enfrentado el fuego enemigo, un 2 de octubre que nunca nadie olvidaría, denostado por la historia. Nunca se le comprobó nada, pero sus compañeros de armas juraban que fue él quien le puso la trampa al coronel Lauro Rocha el día que lo emboscaron. No tuvo descendencia; la sífilis que en la pubertad le contagió la Toña, sería el azote de su vida. Otro de los sobrevivientes fue Justo Rojas, que huyó a España y también hizo suya la Guerra Civil. Años más tarde regresaría para convertirse en un guerrillero incansable por todo el continente. Su nombre sería bandera liberal de muchas batallas y la muerte lo encontraría dormido, en su catre de campaña, en la Sierra Maestra, cuando comandaba un grupo de revolucionarios barbudos. De los otros dos, nadie recordaría ni sus

nombres, porque ellos mismos, sin ponerse de acuerdo, negaron cualquier nexo con Analco.

Todo estaba listo para que salieran a las seis de la mañana, sus vidas dependían de los caballos, así que escogieron las mejores monturas del pueblo y fijaron el punto de encuentro en los corrales del rastro. Una noche antes, Adela se puso de acuerdo con Dolores para que estuviera lista pasada la medianoche. Aprovecharían la primera profundidad del sueño para salir sin ser escuchadas, por la puerta de su casa. “Llévate sólo una muda de ropa —le advirtió—, tienes que ir ligera”. Entre las dos organizaron una pequeña petaca y sólo se alumbraron por la luz de una luna gorda, prendida en medio del silencio. Llegaron a la sacristía y Adela hizo sonar la manita de bronce que empuñaba un mundo. El sonido retumbó por todo el interior del patio. Esperaron un rato que les pareció muy largo. Al escuchar pasos del otro lado del portón, Adela corrió a la esquina, pegó la espalda a la pared, ahogándose con su propia respiración. Salvador abrió la mirilla y vio a Dolores de pie, esperando.

15

Jamás nadie vio a la Nina Ramos tan enojada como esa mañana. Era un coraje de dolor. Se dejó caer sobre la poltrona, aventó su bastón y maldijo. Con su diestra hizo un puño huesudo y se golpeó el pecho, la respiración se le fue y Pomposa corrió a asistirla, pero se enojó aún más. “¡Eres una inútil, no sirves para nada! ¡En ti deposité mi confianza y la desperdiciaste!”, le gritó. Pomposa comenzó a llorar. En cuatro patas se arrastró a sus pies y quiso tocarla. Le pidió perdón y se encomendó a Dios. La Nina intentó patearla. “¡Quítate de mi vista! ¡El suelo es tu lugar! ¡Ojalá te arrastres toda la vida, como los gusanos!” Pomposa se puso de modo tal para que la golpeara, para que se desquitara con ella. La Nina Ramos le advirtió que no quería oírla ni tenerla cerca, que era una malagradecida, y la mandó a buscar a Nacha. “Búscala hasta debajo de las piedras, y manda llamar a Belisario”. La mujer se levantó de un brinco y salió corriendo a la calle.

Esa mañana se suspendió el desayuno con el doctor Leonardo Ralla, el té de las cinco de la tarde, la hora de bordado y lectura. No se volverían a repetir las tientas en el lienzo de La Fundición, ni procesiones de vírgenes por la calle, ni volvería a escucharse la banda de música los domingos en el kiosco de la plaza. Ese día cambió radicalmente la vida de todos en Analco. Cuando llegó Nacha, la señora la esperaba en la biblioteca aún en ropa de dormir; su rostro estaba marcado como si fuera de cera quemada. Apenas la miró, le

ordenó que ese mismo día se fuera de Analco.

—Ese bandolero envenenó a Dolores —le dijo—. Estoy harta de que siempre hagas tu voluntad, de que me retes y quieras jugar a ser dios, que quieras igualarte conmigo.

En ella había planeado heredar un legado que sumaban tantos años como los cuentan más de dos siglos de historia. La Nina Ramos le enseñó los límites que separan el recuerdo y el olvido, la vida y la muerte; achicar distancias y andar entre la multitud sin dejar rastro. Pero la llegada del doctor Leonardo Ralla a Analco cambió el destino de Nacha, quien lo sintió de inmediato, desde que lo vio instalarse con sus instrumentos de trabajo en la magnífica casa de la viuda Fidela. Sin soltar una mano de la otra, cuidando disimular sus temblores, la señora continuó.

—Sólo yo decido quién vive y muere, quién sana y cómo. Siempre tuviste mala entraña, pero qué tarde me vine a dar cuenta.

Nacha, que estaba de pie frente al escritorio, le clavó los ojos, tragó una bocanada de aire y se envalentonó.

—Pues a ver de qué cuero salen más correas —le dijo y salió corriendo.

La Nina buscó a Pomposa y en un santiamén la doncella estuvo presente. Le preguntó por don Belisario, quien debía de haber llegado al mismo tiempo que Nacha para escarmentarla. Pomposa le recordó que el alcalde no estaba en Analco, habían acordado que encaminaría a Salvador Fonseca y sus hombres hasta la salida del Paso del Vigía y lo esperaban de regreso al anochecer. La Nina le encargó entonces que Antonino y unos hombres de La Purísima hicieran el trabajo de don Belisario. “¡Pero muévete!”, le volvió a gritar. Pronto corrió la voz por todo Analco de la desgracia de Dolores Ralla, y fue el chisme lo que acabó de rematar la buena voluntad de la Nina Ramos, la burla que hicieron de su tragedia. Poco antes del mediodía, seis hombres se apersonaron frente a la señora y le dijeron que no encontraban a Nacha por ningún lado, como si se la hubiera tragado la tierra, y que si la señora disponía, la seguirían buscando hasta encontrarla. La Nina les contestó que la buscaran hasta en las copas de los árboles, que se la trajeran viva o muerta. Les previno a redoblar la guardia que dejó Rosendo Berumen y les advirtió que mantuvieran los ojos bien abiertos. “Avísenme cualquier cosa, a la hora que sea”, puntualizó.

En la puerta de la casa grande, Antonino y sus hombres se

encontraron con el doctor Leonardo Ralla, lo saludaron apenas con la cabeza y salieron con la vista gacha. El doctor pidió ver a la Nina y se tomó la libertad de decir que la esperaba en la biblioteca. Pomposa, que seguía muy confundida, le dijo que estaba bien, que la señora no dilataba. El doctor se sorprendió al verla aparecer, todavía en camisón de dormir. La vio hecha una anciana, el cabello le caía sobre la espalda en dos chorrillos de trenzas, caminaba apoyada de su bastón y tuvo que levantar la cabeza para verlo de frente. Leonardo Ralla iba decidido a llevarse a su hija. La Nina ocupó su lugar en el escritorio y puso las manos en su regazo.

—Es usted un blando, doctor, apenas se puede creer —dijo la Nina.

—Perdone que la contradiga. Mi hija está enamorada —le contestó.

—Qué amor ni qué nada, es un capricho —volvió a retar—. Qué va a saber Dolores de esas cosas si apenas es una niña. Ya se le pasará, yo me encargo de eso.

Estuvieron alegando un rato. Por momentos el doctor subía la voz y luego se serenaba, otras veces se quedaba callado con los ojos clavados en el suelo, escuchando. Hasta que prefirió conocer la voluntad de su hija. Dolores Ralla estaba en su habitación, encerrada con doble llave y no había dejado de llorar durante toda la mañana. Llegó del brazo de Pomposa, fijó sus ojos azules en la mirada de la Nina, como si pudiera verla, y contestó sin titubear a la pregunta concreta de su padre.

—No tengo por qué irme contigo, ésta siempre ha sido mi casa.

Un ruido extraño en el cielo despertó a Analco. Pomposa dejó el chocolate que meneaba en la cocina y corrió al patio a ver qué sucedía. Entre el resplandor del amanecer vio algo grande en el cielo, pero no alcanzó a distinguir qué era por un grito de la señora que la hizo correr a su cuarto. Entró sin tocar y se echó las manos a la cabeza. La Nina Ramos seguía en la cama, en un grito de dolor, quejándose por su reuma. La doncella salió por el árnica y otra vez se entretuvo en el patio mirando al cielo, como Felícitas, Antonino y Micaela, con los ojos llenos de asombro. Aún no se ajustaba la semana de la partida de Salvador Fonseca y así como él lo había pronosticado, llegaron unos hombres, por aire y tierra a buscarlo. Eran soldados federales, armados hasta los dientes, una fuerza que sumaba casi doscientos hombres de caballería, montados en animales de raza

inglesa, comprados en Norteamérica. Caballos educados en la alta escuela, mejor alimentados que sus jinetes. Cayeron de madrugada sin accionar un sólo disparo, sin romper una sola rama del campo; y sin el mayor obstáculo capturaron a la guardia estratégica que cuidaba el acceso al pueblo. Fue tal la sorpresa que ni siquiera atinaron a tocar la campana mayor. Llegaron en dos columnas, como chorros de agua inundaron Analco. Los chiquillos corrían atrás de ellos, tocando puertas y ventanas a su paso para que la gente saliera, como si se tratara de un desfile. Hasta el doctor Leonardo Ralla dejó su laboratorio y, aún con las gafas puestas, fue a admirar los caballos. Al verlos dijo que tales bestias no servían para esos montes.

Esa mañana, la Nina Ramos desayunó en su cama y siguió quejándose de los fuertes dolores. Pasado el mediodía, Pomposa fue a decirle que unos hombres con cara de diablos querían verla; uno de ellos era un general del gobierno. La señora les mandó decir que estaba indispuesta, que volvieran por la tarde si tanta era su urgencia. El general Joaquín Amaro se retiró con los cuatro militares que lo acompañaban. Al salir vio en cada esquina de la calle a dos o tres de sus hombres, en espera de instrucciones. Caminó por el pueblo, reconociendo el terreno, notó que la iglesia estaba abierta y entró sin quitarse la gorra militar, gritando para que alguien lo atendiera. Nadie acudió y sólo se escuchó a sí mismo en repetidas ocasiones. Salió por otra puerta y se fue para el mercado, miró a las viejas gordas echadas en el suelo, espantando las moscas de las frutas. Cada una estaba en lo suyo y eso fue lo que más le molestó, que nadie le prestara atención. Era el general Joaquín Amaro, ministro de guerra y comandante en jefe del ejército de la República, que se había dispensado unos días y en persona buscaba al cristero Salvador Fonseca, y sin embargo, era invisible en medio del barullo. De una patada tiró un canasto de mangos y con el brazo aventó a una mujer que pasaba con un chiquigüite de pan dulce en la cabeza. El chillido de la anciana paró de golpe el cuchicheo. Entonces gritó que no le colmaran la paciencia, que les perdonaría la vida si le entregaban vivo o muerto al cristero. Poco a poco el silencio se fue encendiendo hasta convertirse de nuevo en el zumbido que lo había recibido; se llevó la mano a la funda de la pistola y volvió a gritar. A punto de soltar unos disparos al aire llegó un subalterno, quien se cuadró ante él y le informó que el cura se les había ido por piernas, y que tenía afuera a un atado de monjas, y si lo disponía, ahí mismo las ejecutaba. Joaquín Amaro salió a verlas. Les perdonó la vida porque estaban más viejas que las Sagradas Escrituras y no servían ni para un caldo de gallina, les dijo. Entonces ordenó que juntaran en la plaza a un montón de gente, que sitiaran los lugares públicos, levantaran el mercado y ubicaran el putero.

Regresaron a las monjas al convento y los de la tropa se divirtieron un rato con ellas. Con los libros de la biblioteca prendieron un fuego grande en el patio, hasta escucharon al piano reventar en medio de la lumbre. Por fin alguien dijo que Salvador Fonseca se había ido hacía poco menos de un mes y que se había llevado algunos muchachos y al señor cura. En la plaza, tumbados a la sombra del kiosco, estaban amarrados el doctor Leonardo Ralla, Severo Berumen, don Belisario Rojas y otros más. El general Joaquín Amaro no creyó nada sobre la huida; de ser cierta, entonces el templo estaría cerrado, les gritó. Para que escarmentaran dio orden de que colgaran a tres de los prisioneros. Así murió Noé Rojas, el tendero Rufino Muñán y estuvo a punto de ser colgado también don Belisario, pero en el último momento el general desistió: estaba muy gordo y se les dificultaría jalar la cuerda; que en todo caso se agenciaran uno más joven. Estaban jalando las sogas cuando otro militar se le acercó al oído y le dijo algo importante.

—Según me informan —volvió a gritar—, hay doce camas en el convento y yo sólo conté diez monjas, o sea que faltan dos. ¿O también se fueron con el cura?

Faltaba sor Tadea, que había muerto a manos de los esbirros del general Lupe Santos; y sor Juana que estaba en casa de la Nina Ramos cuidando de Dolores Ralla. Ahí la había sorprendido la llegada de los militares. Juana le dijo a la Nina que se entregaría, para no poner en peligro su casa y evitar más muertes. Era la monja más joven de la orden; la señora le prohibió que saliera a la calle o sería carne de cañón, la mandó a quitarse el hábito y la vistió con ropas de mujer.

—Y quita esa cara de mustia —le dijo—, a leguas se te nota que eres monja.

El general Joaquín Amaro volvió a decir que no tenía prisa, que les volvería a preguntar en la tarde, y si no conseguía la respuesta que buscaba, colgaría a otros tres, hasta llenar de racimos los árboles. Dejó su asiento en el kiosco —que era una silla virreinal utilizada como trono para la reina de las fiestas patrias—, bajó del templete que se había erigido y se encaminó al burdel, donde fincó su cuartel general de operaciones. María la Blanca le dijo sentirse distinguida por el honor y puso a su disposición a cualquiera de sus mujeres. El general las revisó de arriba a abajo, entretuvo su mirada empequeñecida por los gruesos lentes en dos nuevas muchachas que recién habían llegado de Santa Teresa. Escogió a la mejor, según dijo a la mañana siguiente. Desde la primera noche, el general durmió en el cuarto con Rito. Por la tarde fue otra vez a casa de la Nina Ramos y pidió hablar con la

señora. Pomposa le repitió la misma respuesta de la mañana, y le pidió que volviera otro día. El general se azotó las piernas con el fuete y les advirtió que no lo hicieran enojar, que tenía el poder de matar a todo el pueblo si se le antojaba. Dejó dos guardias en la puerta de la casa y ya en la presidencia municipal pidió que le trajeran al alcalde. Don Belisario Rojas entró a su despacho por la puerta de visitas y vio en su lugar a un hombre corto, de ojos rápidos, protegidos por un armazón redondo. El general le pidió que se sentara y le dijo que tendrían una conversación cordial. Le ofreció disculpas por los malos entendidos en la plaza y escuchó su versión sobre el hombre que venía buscando. Don Belisario dio rienda suelta a sus fantasías y mencionó a Abundio Martínez, le dijo que un día llegó con un hombre medio muerto y se lo llevó a Nacha para que lo reviviera y que luego se enteró que sí lo había vuelto del más allá, pero hecho un animalito amaestrado, nomás para su querencia. El general metió las narices en un cerro de papeles y se fijó que a Nacha no la tenía registrada. “Ni la tendrá”, contestó don Belisario y continuó diciendo que estaban fugados, que la muy descastada ni siquiera sus prendas se había llevado.

El general sacó cuentas con los dedos y le dijo que ésa era la quinta versión que escuchaba. Don Belisario le siguió repitiendo el mismo cuento del hechizo. “La yerbera primero lo convirtió en estatua de sal, pero cuando calculó que se le desmoronaría con las lluvias, entonces le dio forma de perro, hasta que se le llenó de pulgas, contagiado por sus otros animales; decidió achicarlo en una pepita para traerlo en el seno”, le dijo el alcalde, y hubiera seguido con mayores disparates si el general no lo para en seco con la punta de su revólver. A la mañana siguiente despertaron con seis muertos más en los laureles de la plaza y, como si no tuvieran dueño, nadie los fue a reclamar. El general Joaquín Amaro volvió a la casa de la Nina Ramos, justo al mediodía, porque desde muy temprano había salido a caballo con el doctor Leonardo Ralla a dar una vuelta por las huertas. El doctor le platicó sobre sus investigaciones, le dijo que en realidad a él lo tenían sin cuidado los curas, y que había servido a la causa revolucionaria del general Pancho Villa. Al escuchar el nombre del caudillo, Joaquín Amaro se enderezó. “Yo también fui villista”, le dijo y presentó sus respetos, y como si el recuerdo le cayera en el cuerpo, mencionó a uno de sus mejores hombres: el general Lupe Santos.

—Mire nomás qué chiquito es el mundo, y yo tanto que los he confrontado —se disculpó el general.

Ya en casa de la señora, Joaquín Amaro tuvo otra actitud. De nuevo lo recibió Pomposa, quien volvió a darle la misma respuesta:

que por favor volviera mañana, que no era nada contra él, pero que la señora seguía indispuesta. El general le presentó sus dispensas y le dejó puros buenos deseos para la Nina; dijo que con mucho gusto regresaría al día siguiente y salió de la casa en posición de firmes. Esa tarde mandó descolgar los muertos y organizó una fiesta para sus oficiales en el burdel de María la Blanca. Se emborracharon con el tequila de José Cuervo —que había muerto años atrás—; ahora lo fabricaba Anita González Rubio, su viuda, y cantaron corridos de la Revolución. Tiraron balazos al aire y estuvo escuchando las más disparatadas versiones sobre la huida de Salvador Fonseca, mismas que lo hacían reírse a carcajadas. En el momento más álgido de la fiesta, pidió un minuto de silencio por el eterno descanso de los colgados, diciendo que eran infortunios de la equivocación, y mandó liberar a los presos que aún tenían en la alcaldía. Se sintió honrado de estar en el pueblo del general Lupe Santos y echó un sentido discurso por el que fue su subalterno, resaltando su valentía y lealtad. "Hombres como el general Lupe Santos han nacido para ocupar los lugares más distinguidos de la gloria, gentes como él necesita este país para construir su futuro. Es una lástima que haya muerto en plena batalla, enfrentado él solo contra un ejército enemigo. Ya la historia lo recogerá como un prócer de los más preclaros", dijo y bebió un tequila tras otro. Al otro día, aguantando un fuerte dolor de cabeza fue a ver a la Nina Ramos y Pomposa le dijo que la señora lo recibiría a la hora de la comida, con toda su tropa.

A las dos de la tarde en punto, el general Joaquín Amaro y sus casi doscientos soldados fueron a la cita. La Nina Ramos los recibió tan elegante como la ocasión lo ameritaba. La comida se prolongó en una fiesta hasta muy entrada la madrugada. El general Joaquín Amaro no dejaba de mencionar las hazañas del general Lupe Santos y nadie se atrevió a decirle que precisamente Analco había sido una de sus grandes hazañas y que no era hijo predilecto, como él suponía. Durante la fiesta ni siquiera recordó el caso que lo había traído a la barranca, ni mencionó el nombre de Salvador Fonseca. Fue hasta el día siguiente, cuando ya se habían cumplido cuatro de haber llegado y se movía por las calles del pueblo como si de verdad lo conociera, que se entrevistó en privado con la Nina Ramos, en su biblioteca, llevando un botellón de barro con agua, para mitigar la resaca.

—Señora, he insistido tanto en verla, porque el señor gobernador me ha dicho que usted es la mera buena de estas tierras y eso ni discutirlo, rápido uno se convence.

—Ah, qué señor gobernador, lo ha de decir porque soy la más vieja.

—No, señora, le digo que el general Lupe Santos la mentaba y mi general Villa la tenía muy presente. Vaya usted a saber por qué.

Joaquín Amaro aprovechó para contarle la hazaña inesperada de Lupe Santos, cuando el asalto a la hacienda de Santa Ana, donde perdió el brazo derecho el general Álvaro Obregón, y la que le valió ganarse el grado de general villista. La Nina lo interrumpió diciéndole que conocía la historia de primera mano, y fue ella quien acabó revelándole detalles que nadie conocía. Por fin le dijo la misión que lo había llevado a Analco: iba en busca de un hombre muy peligroso que, según sus cálculos, debió de haber pasado por estas tierras y no debería estar muy lejos, puesto que iba herido. La Nina preguntó por qué necesitaba tantos hombres para agarrar a uno solo y el general le repitió que era muy peligroso. Entonces la señora le contestó que sí había estado por ahí y que estaba herido de bala, pero que no había aguantado ni la víspera y se le había adelantado por tantito. “Con seguridad Severo Berumen debe saber en qué fosa está enterrado —le contestó—. Si pone en duda la veracidad de mis palabras, usted dispensará que no pueda acompañarlo, pero el doctor Leonardo Ralla me hará el favor de enseñarle el camino”. El general Joaquín Amaro no quiso importunarla más, le ofreció sus respetos y le dio su palabra de que mañana temprano emprenderían la retirada.

A la mañana siguiente, el general Joaquín Amaro devolvió los poderes al presidente municipal, reorganizó la tropa, volvió a montarse en el biplano que lo había traído a Analco y que lo esperaba en el Solar de las Ánimas, custodiado por una veintena de federales. Desde que aterrizó, de día y de noche la gente hacía fila para verlo y no fue sino hasta el día de la fiesta en casa de la Nina Ramos que el general dio permiso para que se le acercaran. Sólo algunos fueron los afortunados que pudieron subirse, escalando sus dos alas paralelas, y mirar a los demás desde el asiento de control. Era un avión utilizado en la Gran Guerra, que el gobierno compró para perseguir a los cristeros desde el aire. Antes de irse, el general Joaquín Amaro dijo a los que habían ido a verlo despegar, que esa noche ya dormiría en la capital, que con este aparato ya no había distancias. Subió a Rito en el asiento de atrás, quien iba como la más feliz de las mujeres, con su cabello recién lavado, luciendo el mismo vestido con el que iba a huir la mañana en que mataron a Modesto Najar.

La Nina Ramos siguió desayunando a diario en su cuarto y comiendo en la larga mesa del comedor, a veces sola, a veces con algunos de los hijos de don Belisario Rojas. Salía poco de su casa. Dejó de visitar la iglesia y prefería recibir la comunión en su oratorio privado, y no en la parroquia de San Pedro. Por las noches escuchaba el llanto enamorado de Dolores y mantenía la orden estricta de encerrarla con llave. “Jamás se me vuelve a salir a medianoche”, le ordenó a Pomposa. Para finales de año, los hombres de don Belisario seguían buscando a Nacha y todas las tardes le reportaban a la Nina que no encontraban un solo rastro. El doctor Leonardo Ralla dejó de visitar su casa y el padre Ramberto sólo lo hacía para darle la comunión. Pero a la Nina Ramos eso la tenía sin cuidado, lo que realmente le dolía era la distancia insalvable entre ella y Dolores. En más de una ocasión se quedó con los nudillos sobre la puerta del cuarto de su ahijada, sin permitirse tocar, escuchando su llanto. Pomposa, desde la cocina, veía a su señora frente a la puerta pero no se atrevía a acercarse, ni a decirle nada; sabía que su madrina sufría por el llanto de Dolores Ralla y a ella eso también le dolía. “A qué sufrir tan parejo”, se repetía. Las noches se tornaron interminables y los días daban la sensación de no tener fin. Los que antes detenían su paso para escuchar el piano fascinante de Dolores, ahora lo hacían para descubrir su llanto, llevárselo untado en los ojos y prestarlo a los suyos. Así fue como un día le volvió el recuerdo a doña Lucrecia Ralla, que entró en el laboratorio del doctor y le pidió ver a su hija. Le preguntó dónde estaba; le habían dicho que seguía llorando, desde el día en que nació. El doctor fue por ella esa misma tarde. Dolores tenía los ojos hinchados y el rostro púrpura. Se dejó llevar sin darle la

menor importancia, cruzó el portal del brazo de su padre, con su cabello blanco suelto en la espalda, revuelto entre listones verdes. Al verla pasar, la gente se santiguaba. Los hombres se descubrieron la cabeza y quedaron atónitos ante la paz de su belleza resignada. Por primera vez, Dolores sintió un escalofrío premonitorio, una tristeza que se le fue ahondando con los días. “Quédate a merendar con nosotros, Magdalena”, la invitó doña Lucrecia, confundiéndola con su hermana. Le habló de sus estancias en París y de una hija que le habían arrebatado al nacer. El doctor pasó la noche en su laboratorio, bebió todo el coñac que encontró y no quiso dejar de recordar.

La Nina Ramos durmió más de veinte horas. Se despertó casi al mediodía siendo ya el año nuevo. Desde la cama pidió ayuda a Pomposa. Ya no pudo bajar sola. Ordenó agua caliente para limpiarse las lagañas. Después de un baño de esponja, de desenredarse el cabello aperlado, le dijo a su doncella que la dejara y se pasó las horas mirándose en el espejo. Primero como una anciana decrépita. Pero luego buscó atrás, y vio una niña regordeta y llorosa en medio de un enorme patio, con una pila en el centro y paredes tan altas que parecían no tener fin. Escuchó unas campanas de rosario y vio una hilera de monjas mercedarias acudir a la capilla, mientras ella espiaba atrás de un pilar. Dejó su cepillo sobre la mesa del tocador y se llevó las manos a la cara. El espejo le revelaba sus veinte años, cuando amaneció en la alcoba imperial del Castillo de Chapultepec, y un beso de Agustín de Iturbide la despertó de la pesadilla recurrente que soñaba: la niña en el claustro, llorando porque no sabía el verdadero nombre de su madre. “Apenas se puede creer que estemos en manos de los gringos —le dijo un día al presidente Santa Anna—, es más de la mitad del territorio. A veces también es de hombres saberse rajar”. Pero él no le hizo caso. Fue por las fechas en que la señora acababa de volver de Francia. Con esfuerzo se levantó del tocador y antes de caminar hacia su poltrona midió los pasos, cuatro o cinco, pensó, y emprendió el viaje. Sólo conocía a dos mujeres tan hermosas como la emperatriz Carlota: Nacha, su antigua favorita, y su niña Dolores. “¿En qué fallé, Dios mío?”, por fin dijo. Hasta ese momento supo que el corazón de Nacha era el único que no había logrado conocer y se estremeció al pensar que la había traicionado, que la había dominado la soberbia. Volvió su mirada al espejo y miró sus otros años: la adolescente fuerza del Cápora, la inquieta niñez de Lupe Santos, pelirrojo y pecoso como pitaya, vendiendo manzanas forradas de caramelo, pegadas a un palo que era el doble de su tamaño, por lo que le decían el Varitas. No quiso dejarse vencer. “Nada está perdido”, pensó, “todo es cuestión de esperar”. Del otro lado de la puerta, Pomposa estaba atenta; trató de interceder con Dolores, pero la

muchacha hizo oídos sordos y le pidió que se fuera. Había días que no quería dejar la cama, le revivían las ganas de morir. Pero recordaba la promesa de Salvador y se repetía que estaba dispuesta a esperarlo.

El invierno de enero tenía la frescura del mineral. Dolores estaba sentada en su tocador, frotándose las manos, sentía que ya no podía tocar el piano; desde aquella noche se lo habían prohibido. Se buscó los ojos y renegó por su condición de ciega, quiso llorar pero no pudo, era más grande su coraje. Fue al ropero, abrió la puerta y escogió un vestido, luego de tocar dos o tres antes de decidir cuál ponerse. Cambió de opinión y dejó el ropero abierto. Fue a buscar la silla de su secreter, se imaginó que era un piano, y estaba en actitud franca de tocarlo cuando entró, sin avisar, Esperanza Rojas. Le comentó lo último que sabían de la guerra y Dolores le contestó rápido que no quería saber nada de eso. Esperanza le dijo que la extrañaba, y le preguntó cuándo volverían a pasear juntas por la plaza, a reír como antes, que por qué ya no tocaba el piano. También le insistió en que la ayudara con los preparativos de su boda. Habían fijado fecha para principios de la cuaresma. Dolores recordó que a Esperanza, apenas un mes mayor que ella, ya le estaban preparando su casamiento y que a ella la seguían tratando como a una niña, entonces cambió de actitud y se sintió agredida, ya no le dio gusto seguir escuchándola. “Todo el mundo habla de ti, dicen que estás embarazada, que por eso la Nina no te deja salir a la calle. Cómo le hiciste caso a Adela, si está loca. Mi mamá rápido supo que Adela fue quien te calentó la cabeza, pero no quiso decir nada para que no se entere la Nina. Cállate la boca si la Nina se entera”, terminó diciendo Esperanza con cara de espanto. Antes de irse, Dolores le pidió que le acercara el libro *La amada inmóvil.* Días antes sor Juana lo había sacado de la biblioteca de la Nina sin que nadie se diera cuenta y se lo leía de vez en cuando, quedito como un secreto. Por las noches, dormía abrazada al libro y no volvió a separarse de él. Después de que se marchó Esperanza, se refugió en su cama, encogió las piernas hasta su pecho y se puso a recordar.

“Llévate sólo una muda de ropa. Tienes que ir liviana, ándale yo te ayudo a hacer la petaca. Vengo por ti después de la medianoche”. Dolores no necesitó que Adela le dijera que había luna llena; la sintió sobre su cabeza cuando cruzaron el atrio. El reloj estaba por marcar las doce y cuarto, ella podía escuchar los engranes mordiendo el tiempo. “Dile a Salvador que se vayan hoy mismo”, le decía mientras se acercaban a la pared de piedra de la sacristía. “Por cualquier cosa, yo estaré un ratito aquí a la vuelta, y por favor, Dolores, váyanse”. Fue lo último que le dijo, porque después no volvieron a cruzar palabra. De pronto se detuvieron, y también el viento dejó de perseguirlas.

Dolores se abrazó al rebozo y unos fuertes golpes de metal le retumbaron en el pecho. Sintió cerca de sus pies la petaca que dejó caer Adela y luego sus pasos que se alejaban. Dolores siguió escuchando los pernos del reloj como un gotear de segundos en medio del silencio, y una escotilla en la puerta la alumbró como un parpadeo. Sintió el sonido de la tranca y el crujir de la madera y la tortura de las bisagras. Las manos de Salvador le descubrieron el rostro, la sujetó por las mejillas mientras le llenaba la cara de besos. Supuso que volvió a cerrar la puerta con todo y aldaba, pues a partir de ese instante ya no escuchó más, sólo el corazón que se le salía por la boca y su respiración que no terminaba de serenarse. Se dejó llevar. Entraron a un cuarto pequeño, íntimo como un puño. El olor de Salvador estaba por todos lados, la fue rodeando a cada paso. Los susurros de él le hacían cosquillas en el oído, le erizaban la piel. Salvador la fue despojando. Jamás había sentido la mano de un hombre sobre su pecho, y la dejaba ardiendo por instantes. Estaba segura de que se iba a morir, que el corazón se le detendría. Comenzó a temblar. Él se puso más cerca de ella, más cerca todavía, tanto que lo sintió dentro de sí, aún más adentro que el corazón que se le arremolinaba en el pecho. Sintió que le cortaba la respiración desde el vientre y por un instante creyó no soportar su peso. Luego rodaron, él la sostenía en el aire. Salvador le seguía hablando con palabras que ya ahora no quería repetir para que no se gastaran. Pero cuánto las recordaba, y como si sus músculos tuvieran memoria, a veces sentía las manos de Salvador dibujando círculos sobre sus muslos, sobre su espalda, y se estremecía como en ese momento último que de tan caliente le congeló los pies, las piernas, le estalló en el vientre, le hizo de piedra los pezones y un nudo en la garganta que la dejó sin respiración, con un resollar agónico. Toda la sangre se le movió de arriba a abajo, le hirvió la piel y la mojó de sudores nuevos, de olores calcinantes. Se abandonaron al tedio de tocarse con los dedos y descubrirse tan parecidos en las diferencias exactas de sus cuerpos.

Con la seguridad de los milagros propios, el padre Ramberto fue a ver a Dolores. En unos días más comenzaba la cuaresma y lo perturbaba la idea de que la ahijada consentida recibiera la comunión en el estado en el que se encontraba. “Arrepiéntete y perdona, hija mía”, le pidió el cura. Dolores siguió enroscada en la cama, como si no lo escuchara. El sudor la tenía empapada y llevaba más de tres días sin bañarse.

—Me gustaría que fueras este miércoles a tomar ceniza —continuó el padre Ramberto—, que acompañes a la Nina, como cada año. Ya verás que con el fervor de nuestras oraciones el Altísimo nos cuidará a Salvador —al mencionarlo, el cura bajó la voz.

—¿Usted cree que sirva? —contestó Dolores.

—Por supuesto. No pierdas la fe. Se lo encomendaremos también a la Santísima Virgen, para que nos lo traiga prontito.

Dolores comenzó a llorar, le pidió al padre un milagro para no dejar desamparado a Salvador, que ella haría cualquier penitencia con tal de que él se salvara. Comenzaron a rezar la novena a San Judas Tadeo y Ramberto aprovechó para ordenarle determinantes expiaciones, y la hizo jurar con un beso en la cruz de su rosario que dejaría en las manos de Dios el destino de ese amor descabellado y, sobre todo, que buscara el perdón de la Nina Ramos. En eso estaban cuando entró Micaela con un servicio para comer y el padre Ramberto se despidió, haciendo hincapié en el miércoles de ceniza. Dolores lo oyó cerrar la puerta. Por fin comió todo lo que le llevaron, consintió en bañarse y volvió a salir al huerto de Los Naranjos. De cualquier forma, siguió durmiendo con la puerta cerrada bajo llave y la Nina tuvo que esperar hasta ese día para tener una discreta reconciliación.

El templo de San Pedro Apóstol tenía sólo una torre y un campanario con cinco campanas menores, rodeando una mayor. Como todas las mañanas, a las cinco, Prócoro dio los siete toques del alba que Dolores contó. Un par de horas más tarde, Micaela entró con algo de ropa. La Nina Ramos le había mandado un vestido en *moiré* de seda bordada y aplicaciones de chaquira, el faldón arrastraba una cauda con adornos en forma de rosa. La doncella le contó que todas las mujeres de la casa estaban emocionadas por su recuperación, y que el vestido era digno de una princesa. Micaela se auxilió de una chiquilla para que la ayudara a acarrear agua caliente hacia la tina y le dijo que también el jabón de olor era nuevo. Dolores sacó los brazos del camisón y lo dejó caer al suelo; su cuerpo desnudo apenas se erizó y sus pezones se hicieron puntiagudos. Con la ayuda de Micaela se metió en la bañera de porcelana y se dejó consentir por la doncella, que no dejaba de hablar y de decirle lo que había ocurrido en Analco desde que ella no salía a la calle. El agua con la que la bañaron era una infusión de fresno orejón y encino rojo que despedía un olor a bosque tierno. Le recortaron las uñas de las manos, le tallaron los pies con piedras porosas que flotaban sobre el agua. La tina se llenó de espuma y luego le pasaron por el cuerpo diferentes esponjas y estropajos. Aplicaron en su cabello un tratamiento de aceites de yerbas, y por último la secaron con toallas diferentes para no revolver olores. En silencio, desde un rincón del baño, Pomposa supervisaba todo. La vistieron en su cuarto con esmerado rigor, empezando por una camisa muy fina de algodón y *bloomers* abajo del corsé de raso y encaje. Dolores estaba de pie sobre un banco de madera y se dejaba

llevar alzando los brazos, bajando la cabeza. Le colocaron encima las enaguas y una crinolina enorme para sostener el vestido. Toda la ropa era nueva, confeccionada por Leocadia Rubio en brevísimo tiempo. Para el final dejaron las medias de seda y los zapatos de raso, con una lujosa hebilla al frente. Se pasaron casi una hora haciéndole los bucles en el cabello, entrelazando los listones celestes, le pusieron un poco de colorete en las mejillas y manteca de cacao en los labios. Pomposa seguía sin descuidar detalle. Cada tanto hacía una seña ordenando apretar más el corsé o que le pusieran más listones en el cabello, ya casi era la hora del desayuno. La Nina estaba sentada a la mesa del comedor, esperándola. Dolores entró del brazo de Micaela y a la señora se le llenaron los ojos de lágrimas.

Nacha había salido de su cueva. Desde muy temprano andaba por las calles sin ser vista, perdida como un pensamiento. Se paró frente al campanario, lo miró con sus ojos vacíos, obró un maleficio de palabras y soltó las pasiones que estaban contenidas en cada tañer de campana. Poco a poco fue recogiéndoles el sonido en pequeños costalitos de aire. Desde hacía días que lo venía haciendo y había calculado bien la presencia de la Nina a la hora del ángelus. Cuando Prócoro vio que la Nina y Dolores llegaban, soltó el tañer de las campanas, que sería el último que retumbaría por todo el ámbito de Analco. El templo estaba abarrotado. El campanero estuvo de acuerdo con el señor cura para lanzar otro júbilo de campanas en el momento en que la Nina Ramos llegara al altar para tomar ceniza. Intentó primero con la mayor, luego las menores, jaló todas juntas y el viento seguía sin llevarse el sonido. Entró a la iglesia a ver al señor cura. Arrastraba la pierna izquierda, su figura pequeña era un sube y baja abriéndose camino entre la gente. El padre Ramberto lo urgió a que subiera a revisar el campanario y le dijo a la Nina Ramos que algo no andaba bien. Pomposa miró al suelo y vio culebrillas de arena que se remolineaban en los pies. Escucharon al viento desgarrarse como entre dientes de metal y estirarse a lo largo de la iglesia, hasta sentir la tensión de sus amarres. La gente, despavorida, echó a correr, mientras el padre Ramberto gritaba arrebatos entre los ahogos de la incertidumbre. Dolores se aferró al brazo de su madrina, le dijo que escuchaba voces desconocidas, lamentos, gritos en otras lenguas. Que oía la carrera del viento y quejidos que no eran de este mundo.

16

Analco estaba lleno de túneles que comunicaban la casa de la Nina Ramos con la iglesia, con la presidencia municipal, llegaban hasta los establos de La Purísima y de ahí se bifurcaban en siete diferentes rutas: al Maloaste, al Solar de las Ánimas, a la ribera del río Santiago, a lo más caliente de la Sierra Madre y a un lugar que nadie conocía, que estaba en la zona más profunda de la barranca. Algunos habían oído hablar de él como un presagio del más allá, como una antecámara de las tinieblas, donde las voces no tenían cuerpo y a veces los cuerpos no necesitaban de ojos. Había aves con cara de mujer y pies de pezuña, seres mitad caballo y mitad hombre. Decían los más aventurados que en la Hacienda Abajo había nacido la Nina Ramos y que era la única en saber qué túnel era bueno para llegar. Ningún ser humano había estado en ese sitio, donde los arbustos nacían con forma de animal y cobraban vida al anochecer. En la Hacienda Abajo nacía El Jardín de las Luces, donde reinaban felinos alados de tres ojos y voz femenina, que respondían al nombre de quimera.

Los túneles se habían construido en los años de la Santa Inquisición y eran pocos los hombres que los habían transitado, sobre todo después de que un monaguillo, cuyo nombre nadie se atrevía a invocar, encontró el túnel que estaba debajo del altar mayor. La entrada era una cripta falsa que guardaba los restos del conquistador Hernán Cortés; ahí escondía el muchacho los diezmos que se robaba después de la misa del domingo. Hasta que en una ocasión, como si alguien lo llamara desde la profundidad oscura y fría, caminó día y noche hasta perderse en los laberintos de la tierra, y al cabo de una semana salió detrás de un cerro. Volvió a Analco, guiado por el olor a mezcal, loco y mudo, como si le hubieran tragado la lengua, con un pánico en los ojos que se contagiaba. Vivió arrastrándose en las calles del pueblo, comiendo desperdicios que le aventaba la gente. Los niños le picaban el trasero con palos y se echaban a correr espantados porque se defendía con arañazos de gato. Por las noches su ronroneo era tan fuerte que paraba los pelos de punta. Sólo decía, “an, an”, y así lo llamó la gente: An. Eso fue por los tiempos en que la Nina Ramos atendía en la capital las voluntades de la emperatriz Carlota. A su regreso, la señora mandó tapiar los túneles y recogió al loco para meterlo en una jaula que tenía lista en las caballerizas de La Purísima. Hasta que un día comenzaron a amanecer muertos, uno tras otro, sus caballos. La Nina pensó que los había atacado un gato montés y mandó a muchos hombres a cazarlo. Al mes siguiente, cuando la luna era un lunar visible en el cielo, casi un centenar de vacas amanecieron

del mismo modo: degolladas y sin una gota de sangre. El caballerango, el herrero y los ordeñadores aseguraban espantados haber visto a An hacerse como los gatos, salir de su jaula, tomar forma de bestia del infierno y devorar a los animales. Entonces la Nina ordenó que lo abandonaran en el monte, amarrado y desnudo. La historia de An sobrevivía hasta esos días, aumentada como una leyenda para espantar a los niños. Decían que era un hombre que tenía una pata de puerco y la otra de cabra y la lengua de víbora, y que no había muerto como todos creyeron. Había quien aseguraba haber visto sus huellas y escuchado sus ronroneos, que se aparecía en lo alto de La Loma, reventando la oscuridad con aullidos de hambre. Por eso cuando Pomposa le habló a la Nina Ramos sobre los túneles, la señora le dijo que ni los mentara, que nadie podía abandonar Analco.

Seis días separaban a Salvador Fonseca de Analco. Los cristeros se sintieron traicionados por los jerarcas de la iglesia. Cuando ganaban posiciones y se encontraban a pocos días de tomar la capital, el diecinueve de junio el arzobispo Pascual Díaz firmó el armisticio en nombre de Su Santidad con el presidente de la República. No estuvo presente el general Enrique Gorostieta, que era el jefe supremo de los cristeros, ni el coronel Lauro Rocha, que fue su brazo derecho. A partir de ese día el gobierno decretó que todo aquél que no entregara las armas sería perseguido como rebelde. Eran más de catorce mil los alzados y seguirían luchando casi diez años más, ya no por el clero, ni por Cristo Rey, sino por salvar el pellejo. La emboscada que le tendieron a Gorostieta dejó a los cristeros desorientados. El miedo que le tenían los federales hizo que se encarnizaran con él y lo pasaron por las armas sin un juicio justo. Gorostieta era temido por sanguinario, y eran de sobra conocidas sus ejecuciones de prisioneros: para no desperdiciar parque, prefería quemarlos o enterrarlos vivos en fosas comunes. Al conocer la ejecución de su jefe, el coronel Lauro Rocha tomó su lugar y siguió peleando contra un gobierno que estaba seguro de que no respetaría su vida ni la de sus hombres. Sabía que si lo atrapaban, correría la misma suerte que su superior, como sucedería siete años más tarde cuando gobernaba el general Lázaro Cárdenas, quien había propuesto en su campaña apaciguar al país y recuperar el petróleo de manos extranjeras.

Días después de “Los arreglos de junio” —como le llamaron al entuerto firmado por el clero y el gobierno—, y de la muerte del general Gorostieta, Salvador Fonseca despertó una madrugada mojado en sudores, con una opresión en el pecho y un vivo sueño de Dolores Ralla. Estaba seguro de que la había tenido entre sus brazos con alientos de despedida, ahí mismo en su casa de campaña. Dolores le dijo que había esperado noticias suyas, que le rezaba a la virgen para

que pronto volviera; que cumplió sangrantes penitencias para que lo cuidaran todos los santos, y ya no podía vivir un día más sin él. A oscuras Salvador Fonseca se sentó sobre sus talones y se olió el cuerpo, sus manos aún tenían el roce de Dolores Ralla, y sentía su perfume por todos lados. No esperó al amanecer. Fue con su coronel y le pidió licencia por unos días. "Es asunto de vida o muerte —le dijo —. No, capitán. Lo necesito cerca de mí. No me perdonaría si también usted cae en manos federales", le contestó determinante Lauro Rocha.

A la hora del almuerzo, Salvador habló con Justo Rojas y le dejó una carta para el coronel. Al anochecer se vistió con ropas de civil, cogió el mejor caballo del regimiento, que era el suyo, y abandonó el campamento a todo galope. Salvador Fonseca llegó a Analco acompañado por un viento quieto que se manifestó como un sopor sólo comparado con el tufo del abandono; sobre un caballo que chorreaba espuma por el hocico, y que a Pomposa la hizo recordar el alazán del doctor Leonardo Ralla. Llegó a un pueblo vacío que apenas sostenía paredes. Lo rodeó un silencio de puerta cerrada, donde sólo retumbaba el eco de los cascos de su animal. De inmediato se fijó que nadie salía a su paso: ni los chiquillos que se pegaban de la cola de los caballos, ni las viejas que se encerraban cuando lo veían pasar. Sintió un aire diferente, amasado con un olor a podrido que le revolvió el estómago. Más adelante lo sobresaltó el golpe de una ventana que se azotaba por el chisguete de viento que había quedado entre las cuatro paredes de la pieza y que el eco multiplicaba en un duro tronido contra la nada. Salvador fue directo a la casa de la Nina Ramos. La vio en ruinas. Pomposa de nuevo volvió a oír el restregar de espuelas sobre el zaguán, creyó que era el ánima del Cápora que venía para jalarle los pies, y fue a sentarse en la poltrona de la Nina Ramos. Escuchó espuelas abrir una y otra puerta, y mientras el sonido se acercaba más adonde ella estaba, se amacizó bien en el sillón. Cuando vio que giraban la perilla de cristal adiamantado, no esperó más; contuvo el aire y cerró los ojos. Salvador la vio temblando.

—¿Dónde está Dolores? ¿Qué pasó en Analco? —le preguntó desesperado, al tiempo que la sacudía.

"Analco es un refugio", se repetía la Nina. El temblor de sus manos casi la hacía tambalearse. Dejó de mirar el cielo y dictó órdenes que a Pomposa le parecieron extrañas. Se fueron a la biblioteca y vieron todo destrozado. Una ventana estaba abierta y la borrasca seguía buscando rincones, rascando con filos grandes, como uñas de animal de monte, mordiendo hasta los entresijos. Furiosa, levantó el puño, aún cogiendo su bastón, y ya no tuvo fuerza para golpear a su doncella. Le ordenó atrancar la ventana. Desde el cuarto de al lado

escucharon el quejido de Dolores y eso volvió a la Nina a sus cabales. Dolores Ralla estaba enferma desde el pasado miércoles de ceniza. Fue como si el conjuro de Nacha también la hubiera poseído. La perseguían lamentos del más allá, voces que no dejaban de susurrarle, los sentía cerca de su cuerpo, eran gritos que la llenaban de espanto. Nostalgias de otras vidas y abismos del viento lleno de extrañas advertencias. Volvió a escuchar a Inguma, otra vez al acecho. Volvió la soledad intensa de sueños frustrados. La Nina salió de nuevo al pasillo y caminó entre la mortandad. Sacó un manojo de llaves que traía atadas a la cintura y entró a la habitación. La cama estaba al fondo, en medio de un círculo de sal bendita, protegida por los tules que colgaban del dosel. Tocó a Dolores que deliraba en calenturas. Le ordenó a Micaela que no dejara ni un momento de ponerle las compresas; la doncella asintió y salió por más agua fría. Al cerrar la puerta, la Nina Ramos escuchó un rechinar de garras en el piso, el resoplido de fuego y un constante abatir de alas. Era Azrael, convertido en legión.

Los días se precipitaron, los instantes de conciencia fueron cada vez más escasos, como si el tiempo también se hubiera revuelto. La salud de Dolores no mejoró ni con las sangrías que le aplicaba Pomposa, ni con los cuidados extremos de la Nina Ramos que, después de mucho tiempo, volvió a utilizar sus remedios y yerbas. No quiso que el doctor Leonardo Ralla interviniera y por eso lo mantuvo alejado del cuarto de Dolores. El primer sábado de cuaresma, cuando por fin cesó la tempestad y vieron el sol crecido como luna llena y creyeron que todo había terminado, el doctor Leonardo Ralla insistió en ver a su hija. Se impuso ante la Nina y la señora no tuvo más remedio que dejarlo pasar. La escena que vio lo espantó, no por el sebo de las velas, ni por la sal alrededor de la cama, ni por las yerbas que colgaban de todos lados, ni por las gallinas sacrificadas, ni por el olor a sangre seca, ni por los caracoles tirados al pie de Eleguá, sino por la inconsciencia de Dolores, sus fiebres sudorosas y su cuerpo lleno de heridas. Esa misma tarde la transportaron en el baldaquín de la Virgen, sin saber que el sol no era de este mundo. Dolores despertó al segundo día después de haber llegado. Llamó a Micaela, su doncella, gritó dos veces el nombre de Pomposa. Trató de incorporarse al escuchar el leve silencio de las horas. Entonces supo que no estaba en casa de la Nina Ramos, sino en la de sus padres. Pero eso no fue lo que la sorprendió, sino saber que por primera vez estaba sola, sin nadie que la cuidara, sin doncella que la asistiera, sin la mirada vigilante de su madrina. Quiso levantarse de la cama pero no pudo, el rostro le ardía, sintió el cuerpo hecho jirones. Escuchó los pasos de su padre y su voz con una dulzura que la empalagó. Luego los gritos del

padre Ramberto en la calle y a don Belisario Rojas decir que lo iba a matar. Se sintió sola y con los ojos húmedos de tantos sueños. De nuevo la invadió el recuerdo gigante de Salvador Fonseca y se volvió a dormir.

Despertó con el primer toque del alba. La campana mayor le sonó como un presagio. Salvador ya vestía su uniforme caqui. Le dijo que la amaba. Pero que su vida era el monte, la guerra, la causa cristera. Le explicó que no podían huir juntos, que la noche anterior había creído que todo era posible, pero que la había visto dormir por largo rato, desnuda, y se había llenado de espanto, porque allá, en su mundo, se le moriría entre los brazos. Dolores le suplicó. Hincada en la cama le abrazó la cintura y volvió a repetirle que se apiadara, que cada disparo de esa guerra sonaba a eternidad y no resistía la idea de pensar que pudiera tocarle a él. Salvador tenía la boca llena de palabras, pero no sabía cómo decirlas, atormentado por el diluvio en la voz de Dolores.

—Llévame contigo, la sangre que corre por mis venas te reclama. Si has de marcharte prefiero que me mates aquí mismo, prefiero morir en tus brazos que lejos de ti —seguía abrazada a él, tan fuerte como si sujetara un imposible—. Te amo desde que oí tus pasos en la iglesia y el sonido de tu cuerpo sigue palpitando en mi pecho.

—Dolores, por el amor de Dios, no hagamos esto más difícil.

—Por esa mansedumbre con que miras a la Santísima Virgen júrame que no has dejado de quererme.

Salvador contó las campanadas del reloj. Escuchó tres. Faltaba un cuarto de hora para las seis de la mañana. Entonces atinó y le habló de las tentaciones de la guerra, comprendió él mismo el peligro de su tenacidad y no quiso compartirlo. Le ordenó que se levantara, la regresaría a casa de la Nina Ramos. Pero Dolores se quedó quieta como si hubiera escuchado las vueltas al cerrojo. El padre Ramberto llegó apresurado, no por la misa de siete, sino para darle la última bendición a Salvador, antes de acompañarlo al rastro donde lo esperaba Rosendo Berumen. Se sorprendió al ver a Dolores. “Jesús bendito, han profanado la casa de Dios”, murmuró. “Serénese, padre, aquí nadie ha profanado nada”, contestó Salvador. Dolores lo sintió como aliado suyo y le dijo lo que habían vivido, le pidió que lo persuadiera para quedarse, le quiso explicar los peligros de la guerra y no supo cómo, luego, le exigió que los casara, ya no podía volver así a la casa de su madrina. Dolores atropellaba las palabras, le ganaban las lágrimas. Por momentos el cura estaba de acuerdo con ella y le decía

que sí, que los casaría de inmediato, pero luego le daba la razón a Salvador. Por fin acordaron esperar a que él volviera, y que Dolores regresara a casa de la Nina. Ya el padre Ramberto se ocuparía de cuidar de ella.

Pomposa continuó contándole a Salvador que la Nina Ramos jamás le perdonó el descuido de Dolores, ni a Nacha por haberlo sanado cuando llegó en uno de los burros de Abundio, ni a todo el pueblo por el chismerío que hicieron de su tragedia. Le dijo que muy en el fondo, ella creía que tampoco había perdonado a Dolores el capricho de ese amor, ni que hubiera decidido abandonar Analco.

—Ésa fue la peor ofensa para la Nina. Porque nadie por su propia voluntad ha querido dejar Analco. Nadie —puntualizó.

—¿Y Juan Belisario y Judith? —retó el capitán.

—Pero ya vio el destino que tuvieron. Los que nacimos aquí, aquí mismo hemos de morir —rebatió.

Luego le preguntó qué influjos había utilizado para enamorar a Dolores. Pomposa seguía rellenando los pocillos de té y Salvador se fijó que había adquirido un parecido extraordinario con la Nina Ramos. Se movía con dificultad, trataba de peinarse igual que la madrina y usaba algo parecido a un bastón, así como uno de los vestidos de diario de la madrina, que conservaba desde el tiempo en que sirvió en la corte de la emperatriz Carlota. Cuando Pomposa llegó de niña a la casa grande, usaba uno de esos vestidos sólo en el día de su cumpleaños, el que le asignó la Nina, porque los registros de esa época se los llevaron los frailes dominicos al dejar Analco. A la Nina parecía no importarle escucharla llorar por las noches, ni mucho menos que durmiera debajo de la cama, como era su costumbre. Pomposa era hija de Nepomuceno Aguirre y la Nina la recogió el mismo día en que el panguero mató a su mujer a golpes, motivo por el que lo desterró del pueblo y lo confinó al río para el resto de su vida. Como guardián de su conciencia le impuso un perro oscuro que no lo dejaría dormir nunca. No le valió la intervención de Fidelidad, su doncella, madre de Nepomuceno y viuda de Jonás, el esclavo negro de don Alonso de Alvarado.

Pomposa siguió relatándole a Salvador que Dolores no quiso abandonar la casa, cómo se resistió a la dureza de la Nina Ramos, a su encierro. “Imagínese, hasta dejó de tocar el piano”, le dijo. La doncella cada tanto cambiaba de tono al hablar y con uno áspero le reclamó que él había traído la maldición a Analco, que su presencia había

desatado las pasiones. “Por su culpa Dolores dejó de reír, luego de comer y no hacía más que llorar y pasarse los días durmiendo”. Le contó que todos acabaron pagando la culpa, porque hasta su madrina se enfermó de los nervios. Luego les echaron una maldición y el cielo se les vino encima, como si fuera el juicio final. A Salvador todo le pareció una desbordada fantasía y no quiso seguir escuchando.

—¡Siéntese que aún no he terminado! —le ordenó Pomposa antes de que cruzara la puerta.

La misma tarde del incendio que devoró su casa, el doctor Leonardo Ralla entró en el cuarto de Dolores; su hija seguía delirando, por lo que quiso pensar que estaba dormida y no inconsciente. Se sentó a su lado y le acarició el cabello, le pidió perdón y repitió que ya todo terminaría, que él también estaba cansado. La recostó en su regazo, la vio sonreír. Dolores se sintió en los brazos de Salvador y en su sueño profundo se dejó llevar por la música de piano. Tan sonoros eran sus pensamientos que el doctor escuchó otra vez a su hija tocar; era una música distinta, las notas caían como heridas de cristales. Dolores estuvo otra vez junto a Salvador, en su catre de campaña. Se despidió de él. Más tarde lo vio discutir con el coronel Lauro Rocha, y la mañana siguiente entregarle un sobre a Justo Rojas, y antes del anochecer, dejar a todo galope el campamento cristero. Escuchó que le marcaron un alto, que él ignoró, y una intensa descarga de fusil que lo acercó a ella.

Al rato entró doña Lucrecia al cuarto de Dolores y le dijo a su esposo que ya estaba lista para partir, que ya había despedido al servicio, empacado la plata, y había decidido no llevar ninguna doncella de regreso, que se diera prisa porque su hija los esperaba. “Leonardo, Magdalena ya está muerta, vámonos”, terminó diciendo. El doctor Leonardo Ralla fue a su laboratorio. Del perchero descolgó una de sus batas, y se la puso. De entre sus ropas sacó la llave del cajón superior del escritorio, lo abrió y hurgó entre los papeles, sin prestarle atención a su pistola. En el fondo encontró lo que buscaba, lo guardó en el puño de su mano izquierda y recogió los apuntes que había encima: fórmulas que sabía de memoria. Hizo una pila en medio del laboratorio y siguió abriendo y cerrando cajones, sacando papeles, amontonando libros y cuadernos. El cerro seguía creciendo. Se tocó el pecho buscándose la corbata. Recordó que la había perdido, no supo dónde; de todos modos se abrochó el botón de cobre. Recogió la Sheaffer del escritorio y se la guardó en el bolsillo interior de su bata. De pie junto al cerro de papeles echó un último vistazo alrededor. Arriba de las gavetas había fetos de animales flotando en enormes vitroleros, una maqueta con insectos secos, y en su mesa de trabajo el

busto de bronce de Luis Pasteur. Con la llave que escondía en la mano izquierda, abrió la gaveta más alta, sacó el cuaderno de notas de Ataúlfo Rojas, el libro de poemas *La amada inmóvil* y los echó a la pila. Sacó el portarretratos de Magdalena pero no quiso mirarlo. Encontró el perfume que hizo Ataúlfo, seguramente para Dolores, y lo volvió a dejar ahí mismo. Del fondo sacó un frasco de cristal de roca, lleno de un líquido ambarino: era el perfume que le hacía personalmente a la Nina Ramos y que nunca recibía la señora en mano propia. Estaba por entregárselo el miércoles de ceniza. Pensó en quemarlo junto con los papeles, pero se arrepintió y lo regresó a su lugar. Por fin cogió el frasco translúcido con tapón de corcho y lo guardó en la bolsa de su chaleco, junto a su reloj. Cerró con llave la gaveta. Con los cerillos para encender el mechero le prendió fuego al montón de papeles y salió. Fue a la cocina. Vertió en dos vasos de agua un chorrito del líquido incoloro del frasco y fue a buscar a doña Lucrecia. Le ofreció su brazo y caminaron al cuarto de su hija. "¿Nos vamos?", preguntó admirada. "Sí, todo está listo, mi gracia", contestó y bebieron junto a la cama de Dolores.

Pomposa se llevó las manos a la cara. Comenzó a llorar. Hizo un gesto como si viera de nuevo la lumbre que venía de la casa del doctor Leonardo Ralla. La Nina les ordenó a ella y a Adela que entraran. Entre las dos sacaron el cuerpo intacto de Dolores. "Fue a la única que enterramos", dijo al momento de santiguarse. "A los demás se los comieron los pájaros. Un día el cielo se puso negro, se oscureció de tanto pájaro, por eso es que no hay animales, ni gente, ni nada, ¿no ve?" Pomposa siguió contándole el destino de todos: al padre Ramberto lo habían matado por loco; María la Blanca cansada de ayudar con tanta mortandad, cogió sus pertenencias y huyó por el camino de Santa Teresa. Fue el mismo día que llegaron los pájaros. María iba con dos o tres de sus putas, pero no alcanzaron ni a llegar al Maloaste. "¿Y Nacha?", preguntó Salvador. Pomposa no quiso ni oír su nombre, se tapó las orejas con las manos. "Esa mujer estaba loca, yo siempre se lo dije a la Nina, pero decía que eran figuraciones mías", dijo la mujer y continuó hablando más quedo. "Le vendió su alma al diablo. Quién sabe qué conjuro nos echó, fue uno grande, chingón, figúrese, en seis días se acabó el mundo". Luego Pomposa, simulando estar arrepentida de sus palabras, comenzó a rezar una letanía de otro tiempo, y en medio de tanta boruca nombró a don Belisario Rojas. "A ése no se lo comieron los pájaros. Por ahí anda como alma en pena, suelto entre la vida y la muerte". Luego le cambió la actitud y volvió a hablar como la Nina Ramos. "Cuando usted se fue, vino un general del gobierno con una hilera de federales, venían para detenerlo. Ahorcaron a unos cuantos y estuvieron tres o cuatro días, hasta que la

Nina se los echó a la bolsa y todos se fueron como habían llegado, rapidito".

Salvador fue a casa del doctor. No quedaban más que piedras muertas, tiznadas de hollín. De Dolores sólo se conservó un mechón de sus cabellos, guardado en el camafeo que él le había regalado antes de partir y que Pomposa recuperó de entre los escombros, como también recuperó el frasco de cristal de roca con el perfume de la Nina Ramos. No había nada más que hacer en Analco, se dijo, y regresó adonde estaba Pomposa, quien terminó diciéndole que ella estaba muy contenta ahí sola, que a veces visitaba a Adela en el lecho de su madre. Eran las únicas tres sobrevivientes. Las hijas más pequeñas de Carmen Rojas fueron muriendo, una por día, y ya no tuvieron voluntad para enterrarlas en el panteón, por lo que en el patio de la casa del alcalde había seis pequeñas cruces. Carmen Rojas seguía conjurada, durmiendo un sueño eterno que no la dejaba morir, y como Adela había hecho el juramento de cuidarla hasta el final, tampoco ella podía permitirse morir. Ya de regreso en casa de la Nina, Salvador Fonseca le preguntó a Pomposa dónde estaba la señora.

Al día siguiente de haber enterrado a Dolores Ralla, la Nina Ramos oye el trotar de un caballo, muy lejos. Es un animal que corre desbocado, sabe que trae peso muerto. Le dice a Pomposa que ya no tiene nada que hacer en Analco, que Nacha ya ha cumplido su venganza. Que ahora el tiempo se le viene encima, pero que ya tendrá oportunidad de ajustar cuentas. Le dice que se va, pero que cuando menos se lo espere, volverá. Pomposa lloriquea, se arrastra a sus pies y le suplica que se la lleve con ella, que desde que tiene uso de razón ha estado bajo su cuidado. "Si me abandona me muero", termina diciendo. La Nina le pasa la mano por la cabeza y le hace una seña para que se levante. La doncella cae en la cuenta de que ésa es la primera caricia que recibe de su madrina y llora con más fuerza, cuando la Nina le dice que ella es la única persona en quien ha confiado. Pomposa se le acurruca en el regazo. "Pronto llegará", dice la Nina. Desde su poltrona, mira el daguerrotipo que le hizo Guillermo Kahlo a principios de siglo. Desconoce a la anciana que la ve a los ojos.

—No tarda ya, no tarda —le dice a Pomposa, como si oyera el trotar del caballo a la vuelta de la esquina—. Démonos prisa. A donde voy —continúa la señora—, nadie puede acompañarme. Para algunos puede ser un camino sin retorno.

—Madrina, si usted se muere, yo me muero con usted —lloriqueó Pomposa.

—¿Quién habla de morir? Tu misión aún no ha terminado, apenas viene la más importante. En tus manos dejo Analco, yo voy a la Hacienda Abajo.

Al escuchar eso, Pomposa se levanta asombrada y mira a su señora, busca la pared para apoyarse. Entonces sí existe, se dice, y con una firme convicción de lealtad, le contesta que la esperará.

La Hacienda Abajo es un palacio colonial cuyas paredes son más altas que los muros de la Iglesia de San Pedro Apóstol, rematado por vivas gárgolas. En su interior hay infinidad de pasillos, cientos de pilares y arcos. Torres de homenaje y atalayas. Es como el centro de un laberinto. Pomposa le repite a Salvador que nunca nadie ha estado ahí; ni siquiera el Cápora, el más macho de los hombres, pensó en aventurarse en las profundidades de la barranca, adonde sólo se llegaba por los túneles. “Dicen que allá los hombres se hacen bestias —la doncella habla en secreto—. Que allá nace el árbol de la vida, el que tiene doce brazos, imposibles de leer”. Aún estaban en el cuarto de la Nina cuando se comenzaron a filtrar los primeros sonidos de la noche. Pomposa lo apresura a salir de ahí antes de que oscurezca. En la puerta, Salvador le dice que le hable más de ese lugar, y de momento la doncella se rehúsa, murmura que le da miedo. “El que tenga oídos que se los tape y el que tenga ojos mejor que los cierre. La Hacienda Abajo es un lugar maldito, lleno de apariciones”. Luego le invita un té de amapolas en la cocina y Salvador la sigue. Antes de la segunda taza, Pomposa comienza a hablar otra vez de los túneles y a echar cálculos sobre cuál es el indicado para llegar a la Hacienda Abajo. El capitán le vuelve a preguntar si la Nina Ramos está de verdad allá y Pomposa asiente. Entonces él se empeña en ir y la doncella le dice que no, que ya han tentado mucho a Satanás y no pondría en riesgo su vida. “¿No le da miedo?”, pregunta. El capitán insiste y la vieja sabe que ha caído en la envoltura de sus palabras, así que le sugiere esperar hasta la mañana. “Tiene que ir y volver de día, si lo agarra la noche en la Hacienda Abajo acabará devorándose a sí mismo”. Luego le pide que ya salga de su cocina, ése no es lugar para hombres. “Váyase a dar una vuelta por ahí, pero no muy lejos, porque ya en un rato está lista la cena. Ándele”. Una hora más tarde lo llama al comedor. Sobre la mesa hay tres candelas que hacen lo propio, sin embargo, no mitigan la penumbra. La mesa le parece interminable, sólo hay una silla en la cabecera y Pomposa lo invita a ocuparla. Salvador pregunta por la suya y la doncella le contesta que ella pertenece al servicio y no está bien visto que se siente con las visitas. Le sirve un caldo hirviendo, avinagrado, con yerbas que no recuerda haber probado antes. De segundo plato, filetes de hígado encebollado, también con yerbas que le saben amargas. El olor a comida le

devuelve el recuerdo del hambre. Se termina todo lo que le sirve la vieja. Se siente cansado pero aun así acepta la invitación a tomar el té en el salón de música. Pomposa camina delante de él, empeñándose en llevar el candelabro con tres velas. Pareciera que cada bastonazo hiere el piso; el capitán lo escucha muy hondo junto con el crujir de la tela del vestido. El salón se ilumina conforme avanzan. No está como él lo conoció, todo es una ruina, excepto el piano, que sigue impecable, como si apenas unas horas antes lo hubieran dejado de tocar. A Salvador le causa extrañeza y le pregunta a Pomposa si sabe tocarlo. Ella le responde que no, y que ni siquiera sabe leer. En las paredes cuelgan cuadros de santos sangrantes: san Jerónimo sacándose el corazón, san Francisco de Asís en éxtasis con el cuerpo lacerado, santa Lucía sin ojos y una leve sonrisa en los labios, otros que Salvador desconoce, mutilados, retorciéndose entre las llamas del infierno. Al capitán le parecen horribles y le asegura no haberlos visto antes en la casa. "No —dice Pomposa—, los tenía en mi cuarto. La Nina no me dejaba ponerlos en la casa. Pero ahora que ella se fue, me dijo que dispusiera de todo como yo quisiera. Mire, éste es mi favorito". Acerca el candelabro. Es Judith con la cabeza de Holofernes en bandeja. Salvador se lleva una mano a la nuca y Pomposa afirma que está cansado. "Mejor dejamos el té para mañana, ¿le parece?"

Lo lleva a dormir a la habitación de Dolores. Antes de salir le dice que no debería dejarlo descansar en ese cuarto, pero que todo lo hace por su niña, por el gran amor que se tuvieron. Salvador siente que el olor de Dolores se le viene encima, es como si hubiera estado ahí minutos antes. Ya hay un quinqué esperándolo en el buró. Le parece que todo sigue igual, como cuando ella lo habitaba. La cama enorme de emperatriz con un velo alrededor, en la pared de enfrente un juguetero con una colección de muñecas de caritas y manos de porcelana, todas con cabellos blancos y ojos azules. A pesar de la penumbra alcanza a distinguir en la mesita de noche frascos y medicinas. Ve el ropero con una luna enorme, lo quiere abrir pero está cerrado. Se sienta en el taburete del tocador y coge el cepillo con cuerpo de plata. Todo está dispuesto para usarse. Prefiere no quitarse la ropa, sólo se descalza, se afloja el cinturón y se desabotona la camisa. Descubre la cama y levanta las almohadas; siente el olor de Dolores más vivo, se lleva las almohadas a la cara y frunce el ceño aguantándose el recuerdo. Revisa su pistola, se acuesta con ella sobre su pecho. Apaga la luz del quinqué y la oscuridad lo confronta, le pesa. Mientras se duerme oye una risa de niña, voces que cuchichean y siente que lo miran acostado. Sabe que no está solo, pero ya no puede levantarse. Los párpados le pesan, siente mareos y oye maullidos, muchos gatos en una pelea a muerte. Los sonidos se le

revuelven, le duele la cabeza. Por fin desde muy lejos escucha música de piano, y la voz de Dolores como viento le roza la cara, le arrulla el sueño. Se duerme.

Al amanecer, Salvador se da cuenta de que le han preparado el baño. Lo delata el olor a agua caliente. Ve entornada la puerta que la noche anterior quiso abrir. Es un baño lujoso, con tina de porcelana y un espejo que comienza a empañarse. Todo está listo: jabón para afeitar y brocha, navaja nueva, también empañada, un frasco de loción para caballero, un tarro con crema que seguramente el capitán jamás ha usado y que ese día tampoco usará. Entre los vapores alcanza a ver un juego de toallas blancas y una barra de jabón sobre un banquito. Por fin se decide y se mete a la tina, se sumerge en esa agua hirviendo que asfixia yerbas. Se talla con fuerza las axilas y entre las piernas. Al cerrar los ojos siente que alguien lo mira, muy cerca, la misma presencia que ha sentido desde que llegó. Abre los ojos tratando de sorprenderla, pero es más rápida que él y se pierde entre el vapor del cuarto. Sale de la tina y entre el sonido del agua oye otra vez risas. El piso le parece muy frío, se seca rápido tratando de encontrarse con esos ojos que lo miran, el vapor es denso, como una niebla que no lo deja ni mirarse. Camina hacia el espejo, le quita la humedad con la mano, se afeita con cuidado, se seca las manos en la toalla que trae amarrada a la cintura. El espejo se vuelve a empañar. Él siente que respira vapor, va y revisa el agua de la tina. Aún está hirviendo, siente que pierde mucho tiempo afeitándose, porque el espejo se le empaña en un abrir y cerrar de ojos. Hasta el vapor huele, se dice, es un olor a campo. Se vuelve a poner la misma ropa que traía puesta, la siente pesada. Sale. Salvador percibe la casa llena de olores, ese constante y lejano a animal muerto, y otro más cercano, a guisos picantes que reviven el hambre. Qué decir del que lo acompañó toda la noche: la suave transpiración de Dolores en su cuerpo, y ahora, junto con el amanecer, un fino aroma de magnolias. “¿Y si Dolores no estuviera muerta? —se le ocurre—. ¿Si hubieran sido mentiras las historias de Pomposa? ¿Por qué creerle a la doncella? ¿Por qué ahora tanta amabilidad?” Por fin la encuentra haciéndole una seña desde la cocina, invitándolo a ocupar su lugar en la mesa. Pomposa ya lo espera con una carne con chile, muy picosa, como desayuno. Mientras le sirve, le dice que son unos chiles bolita que le regaló Adela de la huerta de Carmen Rojas, que las enredaderas se han convertido en una plaga robusta y han trepado las paredes de la casa de don Belisario. Aún no acaba de amanecer. Salvador come sin hambre, por la pura costumbre de comer. Le parece que se repite la noche anterior, la misma penumbra, los mismos movimientos de Pomposa, la comida muy condimentada con yerbas, ese parecido extraordinario de la

doncella con la Nina Ramos, el mismo vestido que ahora le viene grande. También un poco jorobada, la misma sonrisa, el golpe del bastón que suena más veces de las que lo apoya en el suelo. Recuerda que Pomposa no usaba bastón y se lo pregunta. “A mis años una no sabe cuándo va a dar el ranazo”. Salvador le mira el temblor de las manos, por instantes cree que está frente a la señora de Analco.

—Pomposa, aún no me ha dicho de qué murió Dolores.

—De amor. Usted le envenenó la sangre —contesta con los ojos inyectados—. Sí, mi niña murió de la sangre.

Salen de la casa cuando empieza a reventar el sol. Pomposa se echa un rebozo encima y le dice que lo acompañará hasta la boca del túnel que va a la Hacienda Abajo. Salvador le pregunta por su caballo y Pomposa contesta que no lo necesita. Se dirigen rumbo al Santuario, en silencio. Antes de llegar a La Purísima, la mujer le advierte que desde ahí parten todos los caminos. Entonces Salvador aprovecha para preguntarle si escuchó a los gatos. “Ningún gato, ya le dije que en Analco ya no hay animales, se los comieron los pájaros. Eran hartos pájaros —Vuelve a decir como para sí misma—. Negros como zopilotes, pero dijo la Nina que no eran zopilotes, que eran peores. De tantos hasta nublaron el cielo y se comieron todo, hasta a las ratas se las llevaron entre las garras, seguro que para engordar sus nidos”.

Salvador mira todo el silencio, quieto. La tierra parece como un caparazón de tortuga. Nada se mueve, no hay viento, sólo el ruido de la nada que le parece que viene desde muy lejos. Pomposa vuelve a hablar, le avisa que hasta ahí llega ella, que siga caminando derecho hasta encontrarse una lomita, que no la suba, sino que la rodee y se encontrará una cueva, que se meta y siga la corriente del viento, y eso lo llevará hasta el túnel de la Hacienda Abajo. “Acuérdese, tiene que volver antes del anochecer”. Ésas fueron las últimas palabras que le dijo. Mientras Salvador otea el horizonte, Pomposa regresa por el mismo camino por el que llegaron. Él sigue caminando y recuerda que desde su llegada no ha visto ningún animal en Analco. Es más, ni siquiera volvió a ver su caballo después de desmontarlo. Recuerda la cena de la noche anterior y la carne con chile del desayuno y cae en la cuenta de que se ha comido su propio caballo.

No muy lejos se le revela la lomita y sin dificultad la entrada de una cueva. Todo ha sido demasiado fácil, piensa, como si alguien tuviera mucho interés en que llegue rápido. Por las dudas, desenfunda su pistola antes de entrar, se quita la camisa y la enrolla en la punta de un palo, la prende con un cerillo, entra medio encorvado y no tiene

problema para encontrar el túnel que lo llevará a la Hacienda Abajo. Un fuerte chiflón lo jala. Sobre su cabeza zumba el chillido de murciélagos, ojillos rojos como luces se mueven bajo sus pies. No ha dado ni veinte pasos en el interior cuando su antorcha se apaga, sus ojos se ciegan, así que espera un momento hasta acostumbrarse a la oscuridad. Busca los cerillos y los prende de a uno. Sigue caminando. La ruta es de bajada, a veces siente que le falta el aire, que está demasiado encerrado. Camina tanteando las paredes húmedas y rasposas. Siente asco. Se le agotan los cerillos y sigue andando con los brazos extendidos, sintiendo en los dedos la corriente del viento y otra vez la presencia de alguien detrás, como apoyándose en su espalda. Voltea rápido, seguro de encontrársela, pero no hay nadie. Su corazón late, atento. Escucha agua que corre, muy caudalosa. Hay algo que se arrastra en el suelo, que sigue sus pasos. Salvador patea varias veces para que eso que lo sigue se revele, intuye que esa presencia tiene vida, porque se mueve al ritmo de sus huellas. Camina aferrado a su pistola, busca la luz de Dolores en sus recuerdos, y cuando menos lo espera, llega al final del túnel. Mira al suelo y sólo ve sus botas enlodadas. Enfrente aparece un río en mitad de una niebla espesa, ancho como la plata. Ve a un panguero remar hacia él. Es un hombre viejo que se mueve sin dificultad. Se acerca. Sólo tiene un ojo y dos colmillos. Por entremedio de ellos, saca la lengua al hablar.

—¿A la Hacienda Abajo? —le pregunta.

Salvador asiente y sube de un brinco. Ve algo que se mueve en la panga y oye ladridos desesperados. Es un perro oscuro con tres voces diferentes. El panguero hace un sonido y el animal se calla. Salvador no vuelve a escucharlo. Mientras cruzan el río hay figuras que nadan bajo el agua, en sentido contrario a las corrientes. Los vapores suben conforme avanzan, escucha lamentos. Al primer descuido pierde de vista al panguero. No hay perro, va solo. Por fin llega a la orilla, camina por la panga para bajar y el hombre se le pone enfrente. Salvador se espanta. “Hasta aquí llego”, escucha. Está del otro lado. Salvador voltea hacia atrás y el río le queda muy lejos, ve al panguero como una cosa difusa. Camina bajo un cielo zafiro, las nubes se amontonan sobre su cabeza, lo persiguen, apenas las mira, el bosque está sobrepoblado, húmedo. Un coro guiado de niños lo conduce por un camino real, flanqueado por árboles gigantescos, hasta una casa enorme y blanca con las paredes recubiertas de hiedra. Escucha los cantos cada vez más cerca. De pronto callan. Descubre una fuente divertida: una docena de niños que se orinan unos a otros. El portón está labrado con infinidad de caras. Salvador lo ve abierto, tiene que levantar la cabeza, cubrirse con la mano el reflejo del sol para alcanzar a verle la altura. En cuanto cruza el zaguán mira los techos

sobrepuestos adornados con mampostería eterna y querubines rasantes que lo guían. Escucha la invitación de un piano y la risa de un niño que dice perseguir duendes y una voz de hombre que recita en francés. El restregar de espuelas como cadenas y el chirrido de una silla de ruedas. Alguien habla en castellano antiguo. Salvador escucha su nombre como lo pronunciaba Judith y una campanita de monaguillo que acompaña los pasos de una sotana. Entre el piano que no deja de sonar, percibe música de vals y carcajadas fáciles de mujeres. Le parece ver un grupo de monjas que pasan sin mirarlo y otra vez el perfume de magnolias, el golpe del bastón sobre el suelo, sobre un mosaico que hace figuras preciosísimas con sus líneas. Salvador llega a una terraza sostenida por columnas dóricas y cariátides humanas. Frente a sus ojos, un espectáculo de fuentes diurnas y jardines vírgenes de flores votivas y pasillos de agua. Las nubes están al alcance de la mano, Salvador las toca. Ya no siente su corazón con la prisa de hace un rato. El aire es limpio y el viento trae otros sonidos. Una voz militar que habla de justicia lo hace voltear. Se sorprende, todo es distinto; el recorrido es diferente. Camina por donde cree que ha llegado y nuevas formas se abren a su paso. Salvador se refleja en infinidad de espejos donde él está junto a otros, algunos a quienes desconoce. De nuevo voltea a su alrededor, esperando verlos. Pero no están ahí, sino sólo en los espejos. La multitud abre paso y en el medio distingue a Dolores Ralla, tal como la tenía viva en su pensamiento. Y a su izquierda, sostenida por un bastón, la presencia absoluta de la Nina Ramos.

—Bienvenido, Salvador Fonseca. Todos estamos contentos de tenerlo de regreso. De volver a empezar.

Acerca del autor

RODOLFO NARÓ nació en Tequila, Jalisco, el 22 de abril de 1967. Ha sido becario del programa Jóvenes Creadores del Fonca en la disciplina de novela. Es autor de los libros de poesía: *Los días inútiles* (1996), *Amor convenido* (1999), *Del rojo al púrpura* (2000), *El principio* (2004) y *El antiguo olvido* (2005), todos ellos compilados en *Poesía convenida (1986–2007)*, editados tanto en México como en Argentina, y de las novelas *El orden infinito* (2007), finalista del Premio Planeta Argentina 2006 –considerada una de las mejores novelas de ese año por la revista *Gatopardo*–, y *Cállate niña* (2011). Desde 2008 escribe el blog *La columna chueca*. Actualmente vive en la Ciudad de México.

Twitter: @RNaro

Facebook e Instagram: Rodolfo Naró